

DOSSIER

*Al abordaje de la
comunicación
contemporánea.
Cultura, lenguaje y
sociedad en los mundos
de la mediación digital*

Escriben en este número

ROSALÍA WINOCUR
SARA I. PÉREZ
FEDERICO GOBATO
LUZ MARÍA GARAY CRUZ
LUCÍA CANTAMUTTO
RENATO DE ALMEIDA ARAO
GALHARDI
JOSÉ ALBERTO SBATTELLA
PABLO IGNACIO CHENA
PILAR PALMIERI
LEANDRO MARCELO BONA
NOEMÍ M. GIRBAL-BLACHA
LUIS ERNESTO BLACHA
CARLOS LA SERNA

FOTOS DE DIEGO NARVÁEZ

revista de ciencias sociales

segunda época

año 5 • número 23 • otoño de 2013
publicación semestral • ISSN: 0328-2643

Director: Carlos Fidel • Roque Sáenz Peña 352, Bernal, Buenos Aires



Universidad
Nacional
de Quilmes
Editorial



**Revista de Ciencias Sociales, segunda época**
Presentación del Director / **3****DOSSIER | AL ABORDAJE DE LA
COMUNICACIÓN CONTEMPORÁNEA.
CULTURA, LENGUAJE Y SOCIEDAD
EN LOS MUNDOS DE LA MEDIACIÓN
DIGITAL****SECCIÓN PERSPECTIVAS***Rosalía Winocur*

Etnografías multisituadas de la intimidad *online* y *offline*. Diversidad y perspectiva del actor: compromisos claves en cualquier etnografía de lo "real" y de lo "virtual" / **7**

Sara I. Pérez

Tecnologías digitales, análisis del discurso y multimodalidad: de la lingüística crítica a la semiótica social / **29**

Federico Gobato

La interacción social en la comunicación contemporánea / **49**

SECCIÓN EXPLORACIONES*Luz María Garay Cruz*

Estudiantes, usos de tecnologías digitales en ámbitos de vida cotidiana y escolar. Retos de formación para los docentes / **71**

Lucía Cantamutto

La recursividad de las interacciones contemporáneas. Límites teórico-metodológicos del estudio de los SMS como conversación / **83**

Renato de Almeida Arao Galhardi

Buscando la mexicanidad en una posmodernidad digital. La mexicanidad en la presentación de mexicano-americanos en Facebook / **105**

MISCELÁNEAS

José Alberto Sbattella, Pablo Ignacio Chena, Pilar Palmieri, Leandro Marcelo Bona
Excedente económico y distribución del ingreso en la Argentina de la posconvertibilidad / **123**

Noemí M. Girbal-Blacha

Acerca de la memoria y la reflexión histórica en la Argentina bicentenaria / **145**

Luis Ernesto Blacha

Certezas e incertidumbres de *lo social*. Las perspectivas culturalista y figuracional / **169**

**DOCUMENTOS POLÍTICOS
DE COYUNTURA**

Presentación / **187**

Carlos La Serna

Imaginaros y materialidades en la transformación del Estado en la Argentina de la última década / **189**

EXPRESIONES ARTÍSTICAS*Diego Narváez*

Coordenadas antárticas / **205**

RESÚMENES / 213



revista de ciencias sociales



Universidad
Nacional
de Quilmes
Editorial

Rector

Mario E. Lozano

Vicerrector

Alejandro Villar

Arte editorial

Producción: Editorial UNQ

Diseño: Hernán Morfese

Revista de Ciencias Sociales

UNQ / Departamento de Ciencias Sociales
Roque Sáenz Peña 352 (B1876BXD) Bernal,
Provincia de Buenos Aires. República Argentina
Dirección electrónica: revistacs@unq.edu.ar

Publicación propiedad de
Universidad Nacional de Quilmes
Roque Sáenz Peña 352 (B1876BXD) Bernal,
Provincia de Buenos Aires. República Argentina
www.unq.edu.ar

Nº de registro papel 5091021

Nº de registro internet en trámite

El contenido y las opiniones vertidas en cada uno de los artículos son de exclusiva responsabilidad de sus autores. Para su publicación, los artículos son evaluados por parte del Consejo editorial, del Consejo académico, y árbitros externos.

Director

Carlos H. Fidel

Secretario de redacción

Juan Pablo Ringelheim

Consejo editorial

Martín Becerra
Alejandro Blanco
Cristina Carballo
Jorge Flores
Oswaldo Graciano
Sara Isabel Pérez

Consejo académico

Carlos Altamirano (Conicet, UNQ)
Daniel Aspiazu (Conicet, FLACSO-Argentina, 1948-2011)
Dora Barrancos (UBA, UNQ, Conicet)
Elena Chiozza (UNLU, 1920-2011)
Emilio de Ípola (UBA)
Carlos De Mattos (Pontificia Universidad Católica de Chile)
José Déniz (UCM)
Emilio Duhau (UAM-A, Conacyt)
Noemí Girbal (UNQ, Conicet)
Anete Ivo (UFBA)
Noé Jitrik (ILH, FLL, UBA)
Bernardo Kosacoff (UNQ)
Pedro Krotsch (uba, 1942-2009)
Jorge Lanzaro (ICP, URU)
Jorge Lara Castro (Relaciones Exteriores, Paraguay)
Ernesto López (UNQ)
Armand Mattelart (UP 8)
Adriana Puiggrós (Diputada Nacional, Conicet)
Alfredo Rodríguez (SUR-Chile)
Alejandro Rofman (UBA, CEUR, Conicet)
Héctor Schmucler (profesor emérito de la UNC)
Miguel Talento (UBA)
Alicia Ziccardi (PUEC, UNAM)

Revista de Ciencias Sociales, segunda época

PRESENTACIÓN DEL DIRECTOR

La publicación que presentamos expresa un esfuerzo que congrega a un conjunto amplio y diverso de intelectuales e investigadores del ámbito de reflexión de las ciencias sociales; algunos de ellos desarrollan sus actividades en la Universidad Nacional de Quilmes (UNQ), otros en distintos centros académicos del país y del exterior.

En el *dossier* de este número se presenta el resultado de diversas investigaciones que abordan la comunicación, el lenguaje, la sociedad y la cultura en los mundos concretos de la mediación digital. Las actuales tecnologías digitales se han constituido en un objeto de estudio relevante, analizable desde diversas perspectivas y, al mismo tiempo, las tecnologías disponen nuevos objetos de estudio o conducen a reformular los ya existentes. A partir de diferentes enfoques que provienen de distintas disciplinas –la antropología, la lingüística, la sociología y los estudios de la comunicación– el *dossier* que presentamos busca contribuir al debate sobre las estrategias de abordaje de los fenómenos, tensiones y conflictos sociales vinculados a las nuevas tecnologías, como también abrir espacios para explorar qué teorías y metodologías se presentan como propicias para el análisis.

El *dossier* contiene seis artículos que establecen entre sí una suerte de diálogo. Los primeros tres, reunidos en la sección “Perspectivas”, y cuyos autores son Rosalía Winocur, Sara I. Pérez y Federico Gobato, abordan problemas teóricos y metodológicos de la etnografía, la lingüística y la sociología. Los de la segunda sección, “Exploraciones”, cuyos autores son Luz María Garay Cruz, Lucía Cantamutto y Renato de Almeida Arao Galhardi, presentan investigaciones originales desde la comunicación educativa, la sociolingüística interaccional y la microsociología.

El *dossier* combina reflexiones teóricas y metodológicas, como investigaciones originales, que proponen perspectivas que buscan realizar un aporte a los estudios sobre las nuevas tecnologías llevados a cabo en el ámbito académico argentino.

El *dossier* fue organizado por el profesor e investigador de la UNQ Federico Gobato, un especialista en la materia, a quien agradecemos su amplia y generosa disposición en la elaboración de este número. En ese sentido presentamos los resultados de un grupo de investigadores radicados en la UNQ y del exterior, que conjuntamente presentan los resultados de sus investigaciones.

En un segundo bloque se incluye una diversidad de temas. Posteriormente se presenta un eje temático que aborda la coyuntura política nacional. Y, por último, pero no por eso menos importante, hay una sección artística.

La concreción de este número fue posible por el valioso apoyo y estímulo de las

autoridades del rectorado de la UNQ, conjuntamente con el profesor Jorge Flores y el equipo de la editorial de la universidad. Por eso agradecemos especialmente a los miembros de los consejos editorial y académico, y a los especialistas que aportaron los comentarios y la evaluación de los trabajos que se publican en este número.

CARLOS FIDEL



AL ABORDAJE DE LA COMUNICACIÓN
CONTEMPORÁNEA. CULTURA, LENGUAJE
Y SOCIEDAD EN LOS MUNDOS
DE LA MEDIACIÓN DIGITAL

Rosalía Winocur

Etnografías multisituadas de la intimidad *online y offline*.

DIVERSIDAD Y PERSPECTIVA DEL ACTOR:**COMPROMISOS CLAVES EN CUALQUIER****ETNOGRAFÍA DE LO “REAL” Y DE LO “VIRTUAL”**

Hace más de dos décadas, y cuando internet era todavía el privilegio de unos pocos, la antropóloga Rosana Guber (1991) escribió un libro profundamente reflexivo sobre la teoría y práctica antropológica que no ha perdido actualidad porque los compromisos epistemológicos allí esgrimidos son perfectamente válidos también para la antropología *de la red y en la red*:

El antropólogo social como elaborador de conocimiento científico se ha ocupado fundamentalmente de distancias culturales —que son también sociales—; no ha sido un mero coleccionista de rarezas, sino que se ha revelado profundamente preocupado en familiarizarse con mundos diversos, y más recientemente, en exotizar los mundos familiares y *virtuales*, para lograr un conocimiento superador de sociocentrismos y etnocentrismos. En resumen, el antropólogo social ha buscado ya centenariamente una alteridad —sea en otras sociedades, sea en la propia— que le permita superar los límites tanto del sentido común como de los siempre perfectibles paradigmas teóricos. El antropólogo social se ocupa de *producir la diversidad*, gracias al descentramiento de sus propios parámetros. [...] cuando hablamos de diversidad no aludimos a meras referencias empíricas —por ejemplo formas de vestir, de elegir un jefe, de sanar a un paciente, *de interactuar en las redes sociales*—, aunque estos referentes constituyen la materia prima de

la investigación antropológica. Aludimos, más bien, a la construcción teórica que asigna a la diversidad algún papel en la explicación (Guber, 1991, p. 73, las cursivas son nuestras).

Muchas de las investigaciones sobre las prácticas digitales e interacciones virtuales tienden a fragmentar la biografía de los sujetos, y crean una condición epistemológica particular para su objeto de estudio en el mundo *online* u *offline*, ignorando u oponiendo el otro mundo como si los sujetos vivieran en realidades paralelas que no se tocan. En estos estudios, la heterogeneidad es regularmente entendida como la variación dentro de las prácticas y los imaginarios que corresponden a cada mundo, asumiendo de forma explícita o implícita que dentro de la variación no existe coherencia (o no es relevante estudiarla), con otros espacios y referencias de la biografía de los sujetos. En el sentido expuesto, quisiéramos plantear tres compromisos epistemológicos de asumir la diversidad como un constructo antropológico para estudiar la complejidad de las prácticas y los imaginarios en los universos reales y virtuales que incluyen, y al mismo tiempo trascienden, la condición *online/offline*:

1. El estudio de la diversidad en las sociedades contemporáneas es fundamentalmente el estudio de la complejidad de las nuevas formas de alteridad que hicieron estallar los referentes tradicionales que organizaban en el imaginario lo íntimo y lo público, lo propio y lo ajeno, lo nativo y lo extranjero, lo local y lo global, lo familiar y lo extraño, lo de adentro y lo de afuera, lo tradicional y lo emergente, lo real y lo virtual, etc. En algunos casos reelaborando el sentido de la alteridad, en otros rechazándolo y en otros mutando sus sentidos. Cuando hablo de “mutar” no me refiero solo a la operación simbólica de invertir los significados (lo que antes era íntimo o privado ahora puede ser público), sino a las diversas situaciones de hibridación entre lo público y lo privado que se despliegan según las circunstancias, imbricando tres procesos que pueden darse en forma simultánea o superpuesta: a) según el contexto de actuación, una estructura de alteridad puede asumir un sentido u otro; b) ambos significados pueden convivir en la misma situación sin que eso represente un conflicto de sentido; y c) la reelaboración de una estructura tradicional de alteridad no necesariamente deriva en adhesión o rechazo a sus formas tradicionales, sino en modos paradójales de actuación y de relación con los *nuestros* y con los *otros*.

2. Reconocer el valor epistemológico de la diversidad tampoco pasa por asumir la contradicción como una condición natural de la relación de los sujetos con las diferencias, los diferentes, los contrastes

invertidos o las dicotomías alteradas, sino por comprender bajo qué condiciones, y de qué forma, esas aparentes contradicciones y paradojas se vuelven consistentes dentro de los mundos de vida. Y es allí donde las trayectorias biográficas, como bien lo señala Rossana Reguillo (2010), adquieren un valor heurístico clave para descifrar la complejidad de las prácticas *online* y *offline*. En ese sentido, no se puede comprender plenamente la relevancia epistemológica de la diversidad como constructo antropológico, si no se le reconoce la misma importancia a la recuperación de la perspectiva del actor para comprender los diversos modos de actuación y de relación de los sujetos, particularmente aquellos que a la luz de la observación nos resultan contradictorios o paradójales:

Esta noción de *diversidad* está profundamente imbricada en nuestra concepción de la naturaleza del mundo social y en la importancia que otorgamos al papel de *la perspectiva del actor* en la explicación socioantropológica. [...] A ese universo de referencias compartido –no siempre verbalizable– que subyace y articula el conjunto de prácticas, nociones y sentido organizados por la interpretación y actividad de los sujetos sociales, lo hemos denominado “perspectiva del actor” (Guber, 1991, pp. 74-75, las cursivas son nuestras).

Como señalan varios autores (Carmona Jiménez, 2011; Ardévol *et al.*, 2008; Urraco Solanilla, 2008; Domínguez Figaredo, 2007; Arriazu Muñoz, 2007; Rybas y Gajjala, 2010), es bastante cuestionable considerar la simple observación de conductas y rutinas en las redes sociales como un registro etnográfico sin interrogar a los sujetos por los significados que le otorgan a sus prácticas:

El campo de una investigación es su referente empírico, [...] lo real se compone no solo de fenómenos observables, sino también de la significación que los actores le asignan a su entorno y a la trama de acciones que los involucra; se integran en él prácticas y nociones, conductas y representaciones (Guber, 1991, p. 84).

También resulta bastante dudosa la estrategia de reconstruir el significado de las interacciones y prácticas virtuales entrevistando a los sujetos a través de un cuestionario que se les envía por *mail* o a través de las redes sociales. En mi propia experiencia y en la de muchos investigadores que conozco, la situación de entrevista *online* no solo, y no siempre, ayuda a comprender dichos significados. A veces se requiere del encuentro cara a cara, donde la comunicación empática y espontánea fluye mejor. En estos casos el informante no se siente obligado a escribir sobre su actuación para

una investigación anónima, la mayoría de las veces sin conocer a su interlocutor, contradiciendo la propia naturaleza de la experiencia que es el goce narcisista de escribir sobre sus estados anímicos en las redes sociales para un auditorio que le garantiza trascendencia aunque no lo lea y que no le pide explicaciones acerca del sentido de lo que escribe.

Otras veces el estudio de la intimidad puede requerir autoetnografías, como lo resolvió el antropólogo Francisco Cruces en sus talleres de “autoexploración colectiva” en la ciudad de Madrid. Estos talleres tenían por objeto explorar las intimidades metropolitanas, que por supuesto incluían las prácticas *online*, como bien lo indica el título de los talleres: “Prosumidores. Lógicas de producción/consumo en las culturas de la red” (Cruces, 2012, pp. 66-67):

Los talleres se definieron como una exploración colectiva de carácter autoetnográfico. Se trata de sesiones de dos o tres horas de duración, coordinadas por un miembro del equipo a las que proponemos alguna tarea que facilite el intercambio de experiencias y miradas [...]. Las actividades realizadas comprendieron entre otras: aportar textos propios y ajenos, realizar y mostrar fotografías, bailar, escuchar música, hacer un recorrido por el espacio, contar historias, pintar, cocinar, hacer un plano de equipamientos domésticos (Cruces, 2012, pp. 65-66).

La estrategia metodológica seguida fue absolutamente coherente con la mirada del investigador sobre la relación entre intimidad, cuerpo y autonarración: “Esa relación estrecha entre esfera íntima, espacio doméstico y autorrelato del yo constituye el principal hallazgo del estudio sobre la intimidad metropolitana de jóvenes-y-no-tan-jóvenes en los talleres de autoexploración colectiva” (Cruces, 2012, p. 64); y los compromisos teóricos que implicaba dicha mirada, básicamente apuntalados por Giddens y sus narrativas del yo: “En términos del sociólogo Anthony Giddens, ‘las narrativas del yo’ permiten a las personas pensarse como proyecto abierto permanentemente tensionado hacia una ‘colonización del futuro’” (Cruces, 2012, p. 65).¹ Lo cual evidencia, por una parte, que la decisión de asumir un tipo u otro de etnografía no preexiste al objeto mismo, ni está exenta de sufrir modificaciones en su diseño a partir de la relación de implicación con los informantes: “El investigador se arriesga a participar desde su experiencia como sujeto posicionado en su propia intimidad, no como un observador neutro” (Cruces, 2012, p. 66); y, por otra, muestra el estrecho vínculo entre teoría, referente empírico, campo de observación y reflexividad del etnógrafo.

¹ El libro de Giddens citado por Cruces es *Modernity and Self-Identity: Self and Society in the Late Modern Age*, Stanford, Stanford University Press, 1991 (en castellano: *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*, Barcelona, Península, 1995).

A continuación presentaremos algunos ejemplos de nuestras propias investigaciones. Los objetos de estudio implicaron en cada caso diseñar estrategias de registro etnográfico diversas que se fueron desplegando en la medida que se profundizaba el conocimiento de los sujetos de estudio. La primera investigación, realizada en la ciudad de México en el año 2007,² tuvo por objeto reconstruir las prácticas y representaciones de los jóvenes universitarios en internet a través de entrevistas en profundidad cara a cara; la segunda, dar cuenta de las nuevas formas de sociabilidad e inclusión social entre jóvenes de 16 a 35 años usuarios de las redes sociales.

Intimidad y *extimidad* en las redes sociales

Podría parecer paradójico, y de hecho lo es, plantear una etnografía de la intimidad en las redes sociales cuando la exhibición cruda de los pesares y pudores de sus usuarios cuestiona todas las condiciones para la preservación de la privacidad según se las entiende tradicionalmente. También podría resultar contradictorio desde la tradición antropológica realizar una etnografía en ausencia del contacto cara a cara con el *otro*. Sin embargo, ambas etnografías son posibles si recuperamos el compromiso epistemológico de la antropología con la *diversidad* y la *perspectiva del actor* (Guber, 1991), sin amarrar al sujeto y a sus circunstancias, en ninguna condición física, virtual o situacional particular que pudiera otorgarle un carácter esencialista a la descripción etnográfica.

Sorprende con qué facilidad algunas especulaciones sobre la pérdida de la intimidad y la invasión de la privacidad en las redes sociales se da por descontada, sin que eso tenga su correlato en la indagación de la perspectiva de los sujetos acerca de lo que está pasando con su intimidad, no tanto con el ánimo de desmentir la evidencia de esos cambios, sino con el de profundizar en su dimensión simbólica y subjetiva. Existe una sobredeterminación de interpretación sobre el comportamiento visible de los sujetos, más precisamente de algunos sujetos que aparentemente exhiben todos los rincones de su intimidad en internet, que por una parte lleva a ignorar la manera como construyeron subjetivamente esos actos, y cómo se los representan en términos de su intimidad; y, por otra, induce a pensar que los casos excepcionales son casos paradigmáticos de la erosión de la privacidad, cuando en realidad la abrumadora mayoría de las personas muestra muy poco de sus pensamientos más íntimos en las redes sociales. En ese sentido, coincido con Rosana Reguillo en que “las tecnologías digitales no anulan o hacen

² La investigación se realizó dentro del proyecto “Redes virtuales y comunidades mediáticas: nuevos núcleos de sociabilidad y pertenencia” (Área de Investigación Básica e Interdisciplinaria. Departamento de Educación y Comunicación. Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco).

desaparecer la relación entre privacidad, anonimato y seguridad, sino que la reformulan” (2012, p. 94).

Una mirada rápida y superficial de la página de cualquier usuario medio de una red social induce a pensar que allí se encuentran exhibidos, con distinta intensidad y grado de audacia, todo lo que tradicionalmente se consideraba parte del reino de la intimidad: diálogos amorosos, referencias eróticas, conversaciones cotidianas, chismes, fotos familiares, estados anímicos y comunicación del malestar físico o psicológico. No obstante, para entender el sentido de esta nueva clase de “intimidad pública” (Arfuch, 2005), o “extimidad”³ (Sibilia, 2008, p. 16), no basta con registrar “lo obvio” ni tampoco descartarlo por “obvio” (Mayans i Planells, 2006), sino que es necesario preguntarse por el significado que tiene para los sujetos a partir de su experiencia en internet, especialmente con los blogs y las redes sociales. Y para responder esta pregunta parece pertinente abandonar el presupuesto y lugar teórico de referencia de todo lo que tradicionalmente se considera parte del reino de la privacidad, y estar abiertos a que las respuestas traigan nuevas definiciones sobre lo íntimo, lo privado y lo público, que no necesariamente implican una pérdida de la intimidad en la perspectiva de los sujetos: “Para mí, el participar en todas las redes sociales no es señal de estar visible, uno puede publicar de pe a pa su vida en la red, pero siempre quedará algo en la parte privada, que celosamente guardamos y que desconfiamos de ‘colgar’ en la red” (Mónica, 29 años).

En el primer estudio mencionado (Winocur, 2011), le preguntamos a nuestros entrevistados de entre 19 a 25 años cuáles eran las cosas íntimas-privadas y cuáles las públicas en la vida de las personas.⁴ La pregunta se planteó de forma general con toda la intención de comprobar si los espacios virtuales aparecían espontáneamente como referencia para definir lo íntimo y lo público, pero curiosamente ninguna respuesta mencionó la red.

Lo íntimo es tu habitación, tus cosas personales. Y lo público comienza en la misma casa, pero como la cocina, lugares comunes a toda la gente que vive ahí donde estén en relación (Víctor, 25 años, estudiante de psicología).

Yo creo que lo público es todo lo que quieres dejar ver, y lo privado pues lo contrario, ¿no? Pero eso ya depende de cada persona (Ana Cecilia, 20 años, estudiante de medicina).

Las cosas públicas son aquellas que la misma persona quiera difundir. [...] Y las íntimas las que no quiere decir, pues yo creo

³ Se trata de un juego de palabras que propone la autora, que busca dar cuenta de las paradojas de esta novedad, consistente en exponer la propia intimidad en las vitrinas globales de la red.

⁴ A pesar de que en el año 2007 la mayoría de nuestros entrevistados no pertenecían a las redes sociales, como Facebook, que hoy son muy populares, todos tenían una participación social muy activa en la red. Hacían un uso intenso del mail y del Messenger, pertenecían a diversas comunidades virtuales, posteaban en diferentes foros y muchos de ellos tenían su propio blog.

que podría no querer decir su edad, podría omitir su ocupación, podría no querer dar explicaciones (Alma, 20 años, estudiante de letras hispánicas).

Pues yo creo que las cosas públicas en la vida de las personas son las cosas que la persona está dispuesta a decir y dar a conocer. Las cosas íntimas son las que, o no quieres decir, o no quieres que los demás sepan. Creo que esa es la distinción, una cuestión de voluntad (Loana, 23 años, estudiante de diseño).

La última frase del testimonio de Loana es bastante ilustrativa respecto de la reflexividad que caracteriza a los nuevos discursos sobre la intimidad: “Creo que esa es la distinción, una cuestión de voluntad”. La intimidad, en ese sentido, ya no puede darse por hecho, ya no forma parte de los *como si* de la vida cotidiana, es algo que *voluntariamente* hay que construir, lo cual requiere invertir una cantidad considerable de energía. Una sólida puerta de madera cerrada de una casa o habitación era un claro símbolo de que “aquí comienza la intimidad de mi hogar o de mi persona”, pero las múltiples puertas y ventanas virtuales que están a nuestra disposición vulneran con más facilidad los candados de nuestra intimidad, ya que tenemos menos control sobre la privacidad de lo que allí guardamos, lo cual nos obliga a decidir permanentemente cuándo estar visibles y cuándo no y, en consecuencia, a construir o a utilizar diversos lenguajes disponibles en la red para marcar nuestros estados anímicos y la disponibilidad para interactuar (Winocur, 2011a).

Es un hecho que los jóvenes no tienen necesidad de separar la vida *online* de la vida *offline*, porque en sus prácticas cotidianas y en sus universos significativos ninguno de estos ámbitos existe ni funciona sin la presencia del otro (Winocur, 2009). Esto sugiere, desde el punto de vista metodológico, que para entender el significado de la exhibición de la intimidad en la red es necesario ubicar el problema en un marco de observación e interpretación más amplio que los escenarios de internet (Winocur, 2012). Este marco comprende el conjunto de los espacios, tiempos y actividades de la vida cotidiana, y no solo los virtuales; y requiere el diseño de una combinación de técnicas de observación e indagación de las prácticas *online* y *offline* para poder recuperar los significados que esas prácticas tienen para los sujetos. La consecuencia que esto tendría para el diseño de una entrevista es que, independientemente de que nuestro objeto de estudio esté ubicado en un universo o en otro, necesitamos hacer (y hacernos) preguntas que involucren a los dos mundos.

En el caso particular de nuestra investigación, una indagación de esta naturaleza evidenció que la intimidad más que desaparecer ha sufrido una transformación de sus sentidos, y uno de esos cambios se expresa en el desdoblamiento de su naturaleza en una “intimidad pública” (Arfuch, 2002) y otra privada, donde los mismos actos pueden ser objeto y expresión de ambos tipos de intimidad, en ocasiones mantenerse cuidadosamente separadas y en otras confundirse. Tal vez los jóvenes tengan dificultades para definir en abstracto lo que significa un espacio u otro, o para hablar de alguno de ellos sin referirse inmediatamente a su contraparte (mi cuarto es parte de mi intimidad, pero al mismo tiempo se vuelve público cuando chateo, o hablo por Skype en mi compu), pero pueden dar múltiples ejemplos en su biografía de lo que ambos representan situados en distintos escenarios de su vida diaria y en diferentes momentos de su historia (Winocur, 2012). Y en ese sentido, lo público y lo privado-íntimo siguen representando dos ámbitos que pueden distinguirse en la experiencia cotidiana y biográfica. Lo de “situados” reviste particular importancia en sus relatos, porque respecto al tema que nos interesaba, la exhibición de la intimidad en las redes sociales, ellos hicieron mucho hincapié en marcar que en ciertas circunstancias que van cambiando con la edad, las mudanzas o diversos espacios de socialización, algo que en algún momento fue considerado de carácter íntimo puede hacerse público y a la inversa. Lo anterior implica la necesidad de admitir que ciertas afirmaciones de nuestros informantes pueden ser consideradas adecuadas para un momento específico, en determinando contexto o a cierta edad, y en otros inadecuadas, contradiciendo todos los dichos y afirmaciones anteriores. En consecuencia, el protocolo de entrevista, en lugar de eludir o eliminar la contradicción, tiene que explorar esos diversos escenarios para ver cómo el sujeto sutura diversas experiencias –aparentemente contradictorias o paradójales– para que resulten consistentes dentro de su mundo de vida.

Por otra parte, las realidades que desde el sentido común consideramos autoevidentes pueden distorsionar considerablemente la interpretación de un fenómeno. Cuando un joven describe en su muro un acto de masturbación, no nos cuestionamos acerca del estatus de su actuación y damos por hecho que está haciendo una exhibición descarnada de su intimidad, por lo cual no consideramos necesario requerir su punto de vista o interpretación sobre lo que acaba de mostrar.

—Estoy como en la peli loco por mary, tengo semen en el pelo (Leandro, 27 años).

—nahhhh!!! NOOOO!!! no podes tirar éstos comentarios!!!
noooo :O

P.D.: espero que estés hablando de algún trabajo rural que estés haciendo.. (tapándome los oídos y los ojos para no enterarme de lo que vas a contestar) (Fabiola, 25 años).

— Asas Florencia a todo hombre le ha pasado al menos una vez en su vida jajaja (Leandro, 27 años).

No obstante, en nuestra indagación pudimos comprobar que Leandro no estaba exhibiendo su intimidad sino haciendo de su intimidad una actuación, que es algo muy distinto. Se trata de una intervención calculada y en ocasiones cuidadosamente preparada, cuyo material lo toma del repertorio de escenas íntimas de su vida privada y la composición está inspirada en las múltiples narrativas que consume en internet, y en los medios electrónicos. Una producción de sí mismo donde lo que importa es la “verosimilitud del personaje” (Mayans i Planells, 2002, p. 193). A diferencia de lo que se piensa, mientras más audaz es el acto de exhibición, más elaborado y preparado suele ser. Lo que se escribe o lo que se muestra no es producto de un acto espontáneo e irreflexivo, sino que requiere en cada momento pensar a quién va dirigido, quiénes serán testigos y qué efectos puede causar:

Yo comparto muchas intimidades pero de maneras más sutiles, intento que tengan ingenio y que no describan exactamente lo que pasó, sino solo contar una parte. Por ejemplo, si me peleo con Jorge un día, pondría algo como “vaya que es cierto eso de que todos los hombre son iguales, ¡igual de pendejos!”. Eso sería si estuviera realmente enojada, pero NUNCA pondría algo como “me peleé con Jorge, es un idiota” (Valeria, 19 años).

Exhibirse y practicar el voyeurismo es parte del juego y, a diferencia de lo que ocurre en el mundo *offline*, son comportamientos completamente aceptados porque garantizan la condición de visibilidad siempre y cuando el *voyeur* no se extralimite en su intento de pasar “del otro lado del espejo”, es decir, cuando intenta *hackear* una cuenta, o deja comentarios ofensivos en el muro de alguien. Es en ese momento que la persona siente vulnerada su intimidad, no cuando la exhibe, sino cuando esta es profanada: “Por lo menos en mi caso me he sentido desnudada, he sentido que me han despojado de la posibilidad que tengo de ser sujeto, para ser objeto. Lo digo de esta manera porque una persona me ha privado de la libertad de tener mi intimidad metiéndose a mi Facebook” (Ana, 24 años).

Los jóvenes admiten que tienen necesidad de “mostrarse” en la red, pero no reconocen que eso signifique exhibir o violentar su intimidad. En su percepción, controlan su intimidad mientras nadie violenta la vulnerabilidad de los límites, es decir, intentan romper o traspasar la pared “transparente” que lo separa de la intimidad del otro. Con lo cual podemos concluir que el deseo de comunicarse es mucho más fuerte que el de mostrarse, y que al mostrarse no están necesariamente desnudando su intimidad, sino produciendo una actuación con el objetivo de estar visible en los espacios significativos donde transcurre la sociabilidad –tanto *online* como *offline*–, los cuales constituyen escenarios clave de recreación y dramatización de las nuevas formas de inclusión social (Winocur, 2012).

Etnografía de una intimidad *online* recuperada *offline*

En lo que sigue, presentaremos un caso significativo del proceso de reconstrucción biográfica que los migrantes y exiliados establecen a menudo en la red, pero también los adultos de más de cuarenta años. Dicho caso, que se estudió en el contexto de una investigación sobre diversas formas de expresión del sufrimiento en internet, trata de la historia de una pareja que se reencontró a través del *mail* después de treinta y seis años de no verse. Obviamente no representa todas las historias posibles de reencuentros en la red, sino que la seleccionamos porque es especialmente emblemática del tipo de dispositivo simbólico que instaura internet en la subjetividad contemporánea, marcada por la incertidumbre y la amenaza de fragmentación biográfica.

La estrategia metodológica para abordar el caso trascendió, desde el punto de vista epistemológico, el dualismo entre etnografía de lo real y etnografía de lo virtual, y se situó en la experiencia subjetiva de la entrevistada a partir de documentar su doloroso proceso de reconstrucción biográfica. Para lo cual, más importante que observar lo que ella hacía en la red, resultó el significado que le daba a sus búsquedas y juegos virtuales en el transcurso de la entrevista en profundidad, donde no la interrogamos acerca de sus competencias, preferencias e interacciones, sino de su experiencia virtual en el contexto de su vida como exiliada (Winocur, 2011b). La idea era que ella pudiera gobernar en el relato el sentido de la experiencia y dotarla de significados desde su intimidad y sus necesidades afectivas, y no como resultado de las exigencias prácticas que le planteó el manejo de la tecnología. En esta dirección, nos

parece importante para los objetivos de este artículo describir las diversas operaciones epistemológicas que se siguieron en el transcurso de la entrevista.

Primera operación epistemológica: ubicarnos en la experiencia subjetiva de la informante y no en su experiencia pragmática con las TIC

Alicia, una exiliada argentina que vive en España desde hace treinta años, perdió el eslabón que la unía a un pasado de terror, muerte y desapariciones en la época de la dictadura. Pero junto con ello extravió su niñez, sus amigos de la secundaria, sus compañeros de la universidad y su primer amor de adolescencia. Luego de una terapia psicológica en un centro especializado para víctimas de la tortura y la represión, Alicia recuperó su historia a través de internet treinta y cinco años más tarde. Alicia declaró en los juicios como sobreviviente acusando a sus captores y represores, también responsables de la desaparición, tortura y muerte de su marido. Pero el proceso que referiremos aquí alude al aspecto más íntimo de reconstrucción de su biografía, donde internet, por una parte, actuó como un mediador en su sufrimiento, catarsis y recuperación de los lazos que la unían al pasado y, por otra, le permitió construir un puente imaginario entre el presente y el pasado:

En todo este proceso de empezar el puente que yo necesito es conectarme conmigo, es decir, conmigo misma. Es que yo había perdido incluso mi propia conciencia de mí misma, yo no sabía cómo era antes de la militancia [...]. Incluso yo no tenía casi recuerdos, yo no recordaba cómo era, como que yo me recordaba dentro del partido o me recordaba post en España, pero ni cómo me vestía, no tenía casi recuerdos, estaba todo borrado.

La palabra clave que usa Alicia para explicar su ruptura con el pasado es “desconexión”, y lo hace sin mencionar a la computadora: conectarse con los antiguos y recientes conocidos tanto reales como virtuales, conectarse con el pasado y con el futuro, pero sobre todo conectarse consigo misma. Su insistencia en marcar que esta desconexión es “consigo misma” nos muestra claramente que lo que perdió no es externo a ella. Y volver a conectarlo requería una operación de manipulación de su biografía, reuniendo los fragmentos dispersos, las huellas y las marcas del pasado para volverlos a dotar de significado, no el que tuvieron en el pasado, sino los que le hacen sentido en el presente.

Alicia tuvo que desarrollar ciertas habilidades para manejar algunos programas y aplicaciones, pero no son estas las ventajas que advierte para rehacer su biografía. En su relato jamás aparece ninguna referencia a las posibilidades operativas de los sistemas y paquetería que utiliza, ni siquiera sabe cuáles son. El extrañamiento que le produjo el acercamiento a la nueva tecnología, igual que a la mayoría de los adultos de más de cuarenta años, fue resuelto; se convirtió en una ampliación de su propia intimidad, pero que no se extiende hacia afuera de *sí misma*, sino hacia el interior de *sí misma*. La apropiación que Alicia hizo de internet se produjo en un espacio de mediación simbólica entre ella y la computadora, donde necesariamente esta debió ser humanizada para volverse una interlocutora válida: “Yo le digo el Señor Google, voy a consultar al Señor Google ¡El Oráculo! [risas]. Sí, aparte para mí es como una persona que está en mi casa porque le puedo hacer preguntas”.

Alicia se refiere a internet como el “oráculo”, expresión muy utilizada por los usuarios habituales de los motores de búsqueda como Google o Yahoo. Y la metáfora no puede ser más acertada para reconstruir el sentido de estas búsquedas. Los oráculos, cual espejo de nosotros mismos, más que información nos dan claves para reconstruir el rompecabezas de nuestras vidas, entender los acertijos no resueltos del pasado y adivinar qué nos depara el futuro. En ese sentido, internet nunca se comporta para quienes lo utilizan como un gran espacio abstracto y neutral de información (Winocur, 2009). En el imaginario y en las prácticas de apropiación de la red, internet es, en la medida en que puede ser usado y significado a partir de necesidades y experiencias individuales o compartidas colectivamente, y que solo hacen sentido en el universo simbólico y en la biografía personal de quienes lo utilizan: “Los medios técnicos son el sustrato material de las formas simbólicas [...]. Sin embargo, la naturaleza de los soportes técnicos difiere enormemente de un tipo de producción simbólica a otro, y las propiedades de los diferentes soportes técnicos facilitan y circunscriben a su vez los tipos de producción simbólica y posibles intercambios” (Thompson, 1998, p. 36). En el caso de internet, la emergencia de dicho proceso se expresa en la recreación y ampliación de la intimidad que permite un viaje hacia las profundidades de la memoria mediante un ejercicio de autoreflexividad constante. No hay manera de estar en internet sin reflexionar sobre el sí mismo y sobre los otros: “La autoidentidad se convierte en esfuerzo reflexivamente organizado. El proyecto reflexivo de sí mismo, que consiste en el mantenimiento de la coherencia en las narraciones biográficas, a pesar de su continua revisión, tiene lugar en el con-

texto de las múltiples posibilidades filtradas a través de los sistemas abstractos” (Giddens, 1996, p. 38).

Desde sus formas más elementales hasta sus formas más elaboradas, internet requiere de un proceso de reflexividad explícito para ser utilizado. A pesar de las múltiples opciones que nos presenta para crear y editar cualquier clase de texto o imágenes, ninguna de ellas “están dadas”. No existe un *habitus* en el sentido de Bourdieu (1998) que nos habilite a usarlas sin producir un acto de reflexividad explícito. Además de contar con las habilidades informáticas necesarias, escribir, chatear, participar, postear, responder e incluso hablar a través de una cámara implican seleccionar una forma de organizar y comunicar las ideas entre muchas posibilidades que, a diferencia de lo que ocurre en la vida cotidiana, no están dadas.

Alicia, alentada por sus descubrimientos en la página de Yahoo, decide que es hora de buscar a su primer amor de adolescencia, asignatura pendiente por la irrupción de la militancia política en su vida:

En enero del 2006 se me ocurrió por primera vez poner el nombre de él en Google, entonces me meto y aparecen cinco personas con ese nombre [...]. Y veo una carta en el correo de lectores que había aparecido en el periódico [...] con una dirección de *e-mail*. Cuando vi el tono y el texto y vi el nombre de “viejodinosaurio@”, digo “este es de izquierda, seguro, porque solo la gente de izquierda habla de los dinosaurios” [...]. Entonces yo mandé un *e-mail* que decía algo así como “estoy buscando a Gustavo, soy una vieja amiga (no iba a decir la novia de 17 años), la persona que yo busco cursaba filosofía a finales de los 60 [...] y firmo Alicia. [...] Y eso lo mando a las 8 de la mañana de España, como a las 5 de la tarde recibo una carta de cuatro páginas... que empieza diciéndome “sí, soy yo...” [...]. No fue que nos encontramos desde la nostalgia [...], sino que había habido una historia de amor muy profunda que había quedado congelada... y que esa historia y el paso de los 35 años habían hecho a cada uno procesar las cosas, pasar por distintos lugares.

Después de varios meses de intercambios virtuales, Alicia y Gustavo se encuentran en Argentina y necesitan confirmarse que todo lo que se dijeron a través de la red no ha sido un espejismo, sino una realidad que puede ser reeditada luego de 35 años. Necesidad del presente pero anclada imaginariamente en el pasado como asignatura pendiente: “Por internet lo armamos y detallamos, es decir nos hablamos todo y nos contamos todo con fotos (antes del encuentro cara a cara). El primer encuentro fueron siete horas sentados en la

mesa con el café [...] hasta que un mes después de volver a España nos declaramos los dos lo que nos estaba pasando”.

A diferencia de los medios electrónicos, las nuevas tecnologías de información y comunicación le permiten a los sujetos reorganizar las circunstancias espaciales y temporales de su biografía para que hablen en su nombre en lugar de que ellas solo los representen en los relatos mediáticos de su época. Alicia y Gustavo manipularon el tiempo y el espacio en dos sentidos: por una parte, crearon un espacio propio para encontrarse en la red que no reconocía la distancia que los separaba; y por otra, condensaron el pasado y el presente en un tiempo inexistente en sus vidas:

Internet nos ha permitido desarrollar distintos planos de relación [...]. Tenemos juegos de personajes que hemos ido creando que se escriben entre sí, es paralelo a que nosotros nos escribimos como Gustavo y Alicia. [...] cuando hablo para los demás digo *e-mail*, pero para mí un *e-mail* es cuando pasas un documento, pero cuando escribes páginas y páginas y páginas son cartas pero llegan rápido, vuelan [...]. Internet es nuestra vía para contarnos todo desde lo que me pasa a mí hoy, de mis dudas con respecto a todo, de mis miedos respecto a todo.

Todo lo que ocurrió entre el momento de su despedida a los 20 años y el reencuentro a los 55 años perdió su propia historicidad para convertirse en el tiempo que debió pasar para posibilitar el reencuentro. Los treinta y cinco años de separación, en lo que ninguno supo ni necesitó del otro, fueron reinterpretados a la luz del reencuentro. Internet les permitió manipular, en sentido real y en sentido metafórico, la biografía de cada uno para poder realizar una operación de sutura entre el pasado y el presente que los unía.

Segundo desplazamiento epistemológico: superar la dicotomía de las prácticas offline-online para explicar la condensación simbólica entre las realidades presenciales y virtuales con su intimidad

La bibliografía dominante que se ocupa del tema separa en dos ámbitos, *online* y *offline*, la relación de los sujetos con las tecnologías digitales. Alicia y Gustavo, en sus relatos y en sus prácticas, nunca separan su intimidad amorosa de sus juegos en internet. Aunque reconozcan las diferencias entre ambos mundos y sus formas de comunicación, la experiencia los integra subjetivamente y les da un sentido que trasciende esas diferencias. En el proceso de bucear

en su pasado y darle un sentido desde su presente, Alicia va y viene entre sus realidades *offline* y *online*, y las operaciones realizadas en internet se van amalgamando con su propio proceso interno de abrir y cerrar puertas entre el pasado y el presente. “Estar conectada”, “recuperar la conexión” o “volver a conectarme” son expresiones que aluden al mismo tiempo al proceso físico de relación con la máquina y al proceso emotivo de su duelo.

En la perspectiva expuesta, lo “real” y lo “virtual”, considerados en relación a la experiencia de los sujetos, manifiestan la dificultad de ser analizados como mundos paralelos en los cuales se está o se deja de estar a través del procedimiento mediado por la tecnología de conectarse y desconectarse. Entre ambos mundos existe una multiplicidad de referencias afectivas y simbólicas que los imbrican más allá de que la computadora esté encendida o apagada. El espacio de integración de la operación física y emocional de *conectarse* no se da en la máquina, sino en el sujeto. Con lo dicho no estamos negando la mediación del soporte tecnológico con todas sus aplicaciones y posibilidades técnicas, sino haciendo hincapié en que el lugar donde esta mediación adquiere realidad y sentido para el sujeto no es en el artefacto de la computadora, sino en el ritual cotidiano que recrea internamente su carácter fundacional. De ahí que la mayoría de las personas no estén muy preocupadas ni se pregunten por el origen de las computadoras ni de internet, sino que las hayan aceptado e incorporado como algo que debía llegar para expresar el sino de los tiempos que les tocó vivir.

Tercer desplazamiento epistemológico: en el análisis trascender la explicación causa y efecto entre tecnologías y usuarios, para situarse en el marco de las transformaciones culturales más amplias donde se inscriben estas relaciones

La experiencia con la computadora, internet y el móvil no solo se explica como un impacto de las múltiples posibilidades que brindan sus programas y aplicaciones, sino también como consecuencia de una impronta social y cultural que encontró en dichas tecnologías un soporte simbólico ideal para expresarse. Esta impronta cultural, que en términos de Giddens (1996) caracteriza a la modernidad tardía, alteró radicalmente la naturaleza de la vida cotidiana y afectó las dimensiones más íntimas de nuestra experiencia:

Tras su reflexividad institucional, la vida social moderna está caracterizada por un profundo proceso de reorganización del tiempo y del espacio, emparejado con la expansión de mecanismos de

desmembración –mecanismos que liberan a las relaciones sociales de la influencia de los emplazamientos locales recombiniéndolas a través de amplias distancias espacio-temporales. La reorganización del tiempo y del espacio añadida a los mecanismos de desmembración radicalizan y globalizan los rasgos institucionales de la modernidad; transforman el contenido y la naturaleza de la vida cotidiana (Giddens, 1996, p. 35).

De ahí la importancia de abordar la relación con internet y el móvil más en su carácter existencial que instrumental: como escenarios simbólicos constitutivos de nuevas formas de sociabilidad y entretenimiento, como espacios reales e ilusorios para controlar la incertidumbre, como territorios imaginarios para fijar el *lugar* –en el sentido antropológico– amenazado por la dispersión y la deslocalización del ámbito doméstico, y como un recurso para sostener, acercar y reinventar la presencia de *los nuestros* y de *los otros* (Winocur, 2009, p. 14).

Las palabras “red” y “conexión” preexisten a la computadora y a internet en varios sentidos literales y metafóricos. La novedad ahora es que a partir de internet nunca habían expresado de manera tan explícita diversas realidades de inclusión y exclusión, comprendida la digital, y nunca habían denotado tanto la naturaleza de los vínculos sociales. Pero en cualquier caso el impulso de conectarse y de entrar en conexión con otros no obedece intrínsecamente a necesidades sistémicas de la red, sino a nuevas formas de ensamblar lo social que desafían nuestra mirada como investigadores de las ciencias sociales:

Al retomar el proyecto de las ciencias sociales y volverlo a la fuente del asombro de la que surgió, es importante recuperar la sensibilidad con respecto a tipos muy extraños de ensamblados. Cuando creíamos ser modernos, podíamos contentarnos con los ensamblados de la sociedad y la naturaleza. Pero hoy tenemos que volver a investigar de qué estamos hechos y extender el repertorio de vínculos y la cantidad de asociaciones mucho más allá del repertorio propuesto por las explicaciones sociales (Latour, 2008, p. 347).

El tipo, o mejor dicho, los tipos nuevos de ensamblados que nos plantea la red como objetos de estudio representan un desafío socioantropológico de primera magnitud: en cierto sentido constituyen formas novedosas de ensamblados y, también, reproducen formas tradicionales de poder y de relación entre los actores sociales. De ahí que mucho más complejo que determinar el estatus sociotecnológico de la red sea reconstruir los hilos invisibles que

amarran ambos mundos en la subjetividad individual y colectiva contemporáneas.

Ilusoriamente la red representa el máximo de posibilidades imaginarias de abarcar nuestras circunstancias, nuestra historia y nuestro pasado manipulando una gran cantidad de aplicaciones disponibles. No obstante, el amor y los afectos no son un stock disponible de sentimientos en el que las personas se meten a bucear dentro de la caja de Pandora digital, aunque la acción explícita y la intención declarada sea esa. Internet no es algo que ocurre fuera de las personas ni tiene una externalidad ajena a la experiencia humana aunque esté mediada por un soporte tecnológico. En el sentido expuesto, no coincido con las opiniones compartidas de que las relaciones en internet se caracterizan por su bajo nivel de compromiso y volatilidad. Más bien constituyen la forma más radical de lo que Giddens (1996) denomina “las relaciones puras”, propias del período más avanzado de la modernidad. Internet se amalgama muy bien con lo que este autor denomina el proceso de “transformación de la intimidad”:

Una relación pura conlleva la disolución de los criterios externos: la relación pura existe meramente por todo lo gratificante que ella pueda proporcionar. En el contexto de la relación pura, la confianza puede ser movilizad única mente por un proceso de apertura mutua. La confianza, en otras palabras, no puede estar anclada en criterios externos a la propia relación –como los criterios de parentesco, deber social u obligación tradicional. Como la autoidentidad con la que se encuentra profundamente entrelazada, la relación pura tiene que ser reflexivamente controlada a la larga frente al soporte de las transiciones y transformaciones externas” (1996, p. 40).

Etnografías multisituadas y diversamente comunicadas

No existe una manera específica y unívoca de hacer etnografía. Ni sujetos ni realidades que la amarren en alguna condición real, virtual o existencial en particular. La etnografía virtual es un camino posible de indagación –entre otros igualmente válidos– que necesita nutrirse en cada caso de las características del objeto de estudio, de los interrogantes de la investigación, de la experiencia concreta del campo, de las perspectivas teóricas para pensar la realidad y del proceso de reflexividad del investigador. Si recuperamos su compromiso con la *diversidad* y la *perspectiva del actor*, va en con-

tra de su condición epistemológica etiquetarla *a priori* como real o virtual, o cuestionar su capacidad hermenéutica en ausencia de los sujetos de carne y hueso. Es el objeto de estudio, y no la etnografía, el que requiere ser estudiado en escenarios reales o virtuales, y eso determinará en gran medida si necesitamos ambos escenarios de observación y análisis, si nos ubicamos en uno u otro, o, como en el caso de Alicia, prescindimos de ambos, porque aislados de la experiencia subjetiva de la entrevistada o al margen de su proceso de reconstrucción biográfica tenían poco que decir.

En el estudio acerca de la exhibición de la intimidad en las redes sociales, pudimos comprobar que el sentido común se puede colar muy fácilmente en el modo de concebir el recorte empírico o en la manera de observar la realidad en estudio, y descartamos explorar su significado en el mundo *offline* porque consideramos los dichos del sujeto en el muro de Facebook como verdades “autoevidentes”. Para evitar dicho sesgo, que podría llevar a conclusiones prematuras y prejuiciosas, es necesario diseñar una estrategia de llegada al campo que combine la observación sistemática de los intercambios *online* en las redes sociales con entrevistas a profundidad cara a cara, individuales o colectivas. Y de paso no estaría mal precisar que la profundidad de una entrevista no está dada por las respuestas abiertas a nuestras preguntas –como erróneamente se cree–, sino por el proceso articulado de observación, registro, interrogación y reflexividad sobre el objeto de estudio, que puede requerir, además de tiempo, cambiar la forma de hacer (y hacer-nos) las preguntas y la estrategia de exploración.

En síntesis, si un investigador declara la imposibilidad de la etnografía virtual por la ausencia de interacción cara a cara con el sujeto está restringiendo la comprensión de la subjetividad en las realidades virtuales que tiene su propia densidad simbólica y formas particulares de ensamblaje. Del mismo modo que también limita su comprensión, si prescinde por completo de los significados que el actor le otorga a su experiencia para interpretar sus prácticas e intenciones en la red. En este sentido, coincido con Marcus (1998, p. 3) en que “la etnografía virtual más que un proyecto acabado es la búsqueda de la etnografía desde un escenario multisituado” (citado por Hine, 2004, p. 191), que no solo incluye las diversas representaciones y actuaciones de los sujetos de estudio, sino también las del investigador.

Por último, me gustaría agregar una reflexión sobre la manera de comunicar los resultados de la investigación, que no constituye un detalle meramente formal, sino que es profundamente constitutivo del registro etnográfico. Así como no hay una sola forma de hacer etnografía, tampoco existe una única manera de escribirla.

Nuevamente, en cada caso su expresión depende de la naturaleza del objeto, del proceso de negociación de sentidos con los informantes y del reconocimiento de nuestra implicación en el texto. A pesar de nuestro compromiso con la hermenéutica de los significados, la recuperación de la subjetividad y la reflexividad del investigador, cuando redactamos, nos cuesta liberarnos de la pesada carga del positivismo para comunicar las ideas. De ese modo, la escritura signada por la exigencia formal de presentar una introducción, un marco teórico, una presentación de los resultados y unas conclusiones, se divorcia de las condiciones epistemológicas de la producción del objeto de conocimiento y de nuestro propio proceso de involucramiento en la interpretación del texto. En la etnografía de Alicia, aunque lógicamente edité gran parte de la transcripción de su entrevista, y lo hice bajo mis propios criterios y no los de Alicia, traté de acompañarla por el derrotero de sus emociones sin imponerle un corsé teórico para interpretarla. Asimismo, aunque el análisis estuvo enfocado a responder mis interrogantes de investigación –que tampoco son los suyos–, para hacerlo me conecté emotivamente con ella a través de la experiencia del exilio que no me es ajena y tiene resonancias dolorosas para mí. En síntesis, para poder escribir sobre ella la dejé que hablara con todas las voces que acudieron en mi interior en el proceso de la interpretación: la del objeto de estudio, la de la práctica en el campo, la de la teoría y la de los sentimientos.

Bibliografía

- Ardévol, Elisenda, Adolfo Estalella y Daniel Domínguez (2008), “Introducción”, en Ardévol, Elisenda, Adolfo Estalella y Daniel Domínguez (coordinadores), *La mediación tecnológica en la práctica etnográfica*, San Sebastián, Ankulegi antropología elkarte. Disponible en <http://mediaciones.es/wp-content/uploads/05_volumen_mediaciones.pdf>.
- Arriazu Muñoz, R. (2007), “¿Nuevos medios o nuevas formas de indagación?: una propuesta metodológica para la investigación social on-line a través del foro de discusión”, *FORUM: Qualitative Social Research*, vol. 8, N° 3. Disponible en <<http://www.qualitative-research.net/index.php/fqs/article/view/275>>.
- Bourdieu, Pierre (1988), *La distinción*, Barcelona, Taurus.
- Carmona Jiménez, J. (2011), “Tensiones de la etnografía virtual: teoría, metodología y ética en el estudio de la comunicación mediada por computador”, *F@ro. Revista Teórica de la Facultad de Ciencias Sociales*, año 7, N° 13, semestre I, Valparaíso, Universidad de Playa

- Ancha. Disponible en <<http://web.upla.cl/revistafaro/n13/arto3.hmt>>.
- Cruces, Francisco (2012), "La intimidad soy yo. Intimidaciones metropolitanas", *TELOS. Cuadernos de Comunicación, Tecnología y Sociedad*, N° 93, octubre-diciembre de 2012, Madrid, Fundación Telefónica, pp. 60-69. Disponible en <http://sociedadinformacion.fundacion.telefonica.com/DYC/TELOS/ResultadoBsquedaTELOS/DetalleArticuloTelos_93TELOS_DOSSIER2/seccion=1227&idioma=es_ES&id=2012102310550002&activo=6.do>.
- Domínguez Figaredo, D. (2007), "Sobre la intención de la etnografía virtual", *Revista Electrónica Teoría de la Educación, Educación y Cultura en la Sociedad de la Información*, vol.8, N° 1, mayo de 2007, <http://campus.usal.es/~teoriaeducacion/rev_numero_o8_o1/n8_o1_dominguez_figaredo.pdf>.
- Giddens, Anthony (1996), "Modernidad y autoidentidad", en Giddens, Anthony et al., *Las consecuencias perversas de la modernidad*, Barcelona, Anthropos.
- Guber, R. (1991), *El salvaje metropolitano*, Buenos Aires, Legasa.
- Latour, B. (2008), *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*, Buenos Aires, Manantial.
- Mayans i Planells, J. (2002), *Género Chat o cómo la etnografía puso un pie en el ciberespacio*, Barcelona, Gedisa.
- (2006), "Etnografía virtual, etnografía banal. La relevancia de lo intrascendente en la investigación y la comprensión de lo ciber-social", III Congreso Online - Observatorio de la Cibersociedad. Conocimiento Abierto, Sociedad Libre, 20 de noviembre al 3 de diciembre de 2006, <<http://www.cibersociedad.net/congres2006/gts/comunicacio.php?id=772&llengua=es>>.
- Reguillo, Rossana (2010), "La condición juvenil en el México contemporáneo. Biografías, incertidumbres y lugares", en Rossana Reguillo (coord.), *Los jóvenes en México*, México, Fondo de Cultura Económica.
- (2012), "Intimidaciones selectivas. Espacio inmunitario en la metrópolis", *TELOS. Cuadernos de Comunicación, Tecnología y Sociedad*, N° 93, Madrid, Fundación Telefónica, octubre-diciembre 2012, pp. 93-95. Disponible en <http://sociedadinformacion.fundacion.telefonica.com/seccion=1266&idioma=es_ES&id=2012102310570001&activo=6.do>.
- Rybas, N. y R. Gajjala (2007), "Developing Cyberethnographic Research Methods for Understanding Digitally Mediated Identities", *FORUM: Qualitative Social Research*, vol.8, N° 3. Disponible en <<http://www.qualitative-research.net/index.php/fqs/article/view/282/620>>.
- Thompson, J. (1998), *Los media y la modernidad*, Barcelona, Paidós.
- Urraco Solanilla, M. (2008), "Cuando despertó... la tienda de campaña era una aldea virtual (y global). De lo novedoso y lo que no lo es tanto. Reflexiones en torno a la 'etnografía virtual'", *Gazeta de Antropología*, vol. 24, N° 2. Disponible en <http://www.ugr.es/~pwlac/G24_42Mariano_Urraco_Solanilla.pdf>.

- Winocur, R. (2009), *Robinson Crusoe ya tiene celular. La conexión como espacio de control de la incertidumbre*, México, Siglo XXI.
- (2011a), “O lugar da intimidade nas práticas de sociabilidade dos jovens”, *MATRIZES*, vol. 5, N° 1, San Pablo, Universidad de San Pablo, pp. 179-193. Disponible en <<http://www.matrizes.usp.br/index.php/matrizes/article/view/51>>.
- (2011b), “Etnografía de un proceso de reconstrucción biográfica en internet”, *Etnografías Contemporáneas*, N° 5, junio, Buenos Aires, Instituto de Altos Estudios de la Universidad Nacional de San Martín, pp. 165-175.
- (2012), “Transformaciones en el espacio público y privado. La intimidad de los jóvenes en las redes sociales”, *TELOS. Cuadernos de Comunicación, Tecnología y Sociedad*, N° 91, abril-junio, pp. 79-88. Disponible en <http://sociedadinformacion.fundacion.telefonica.com/DYC/TELOSONline/SOBRETELOS/Nmerosanteriores/DYC/TELOSONline/SOBRETELOS/Nmerosanteriores/Nmerog1/seccion=1282&idioma=es_ES.do>.

(Recibido el 12 de febrero de 2013.)

(Evaluado el 1 de marzo de 2013.)

Autora

Rosalía Winocur. Doctora en Antropología Social, docente e investigadora en el Departamento de Educación y Comunicación de la Universidad Autónoma Metropolitana (México), y miembro del Sistema Nacional de Investigadores de México. Especialista en la apropiación de los medios electrónicos y digitales en la vida cotidiana de diversos sectores socio-culturales.

Publicaciones destacadas:

- *Ciudadanos mediáticos: la construcción de lo público en la radio*, México, Gedisa, 2002.
- *Robinson Crusoe ya tiene celular*, México, Siglo XXI editores, 2009.
-

Cómo citar este artículo

Winocur, Rosalía, “Etnografías multisituadas de la intimidad *online* y *offline*”, *Revista de Ciencias Sociales, segunda época*, año 4, N° 23, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, otoño de 2013, pp. 7-27, edición digital. En línea: <<http://www.unq.edu.ar/catalogo/311-revista-de-ciencias-sociales-n-23.php>>.



Sara Isabel Pérez

Tecnologías digitales, análisis del discurso y multimodalidad: de la lingüística crítica a la semiótica social

Introducción

Las tecnologías digitales y su rápida expansión han actuado como un factor condicionante de transformaciones en las prácticas y los procesos comunicacionales en distintos ámbitos de la esfera pública y la vida social. Esto ha llevado a investigadores de distinto origen disciplinar y teórico a preguntarse por los cambios sociales y discursivos, en particular, que implican fenómenos como la red, internet, los blogs, los SMS, el chat, los videojuegos, entre otros.

En el campo de la lingüística los procesos de incorporación y apropiación de estas nuevas tecnologías han sido variados. Encontramos disciplinas que se han configurado en torno a estos avances para realizar sus aportes, como lo es la lingüística computacional, y vemos también cómo las distintas ramas los han incorporado como instrumentos de programación y análisis de la información, y como herramientas que tornan más exhaustivas y rigurosas algunas técnicas de investigación. La lingüística del corpus y los estudios de adquisición del lenguaje, entre otros, han visto multiplicadas geométricamente sus posibilidades de indagación.

Una obra ineludible que marca la importancia del impacto de internet en la lingüística es el libro de David Crystal, *El lenguaje e*

internet (2001). Advierte allí el autor que recién entre 1996 y 2000 encontramos una producción relevante, desde el punto de vista académico, de lo que acontecía en el campo de los problemas del lenguaje en relación con internet y con las tecnologías digitales. Menciona como un hito relevante, entre otros, la aparición del *Journal of Computer-Mediated-Communication* y la creciente producción académica sobre estos temas en las distintas revistas de la especialidad. En sus diferentes campos y teorías, la preocupación por las nuevas prácticas, los nuevos usos y las nuevas formas textuales puede verse de manifiesto en las obras que han aparecido dedicadas al tema.

Los estudios sobre escritura y alfabetización, en particular, espacio interdisciplinario en el que la lingüística ha tenido un rol protagónico, han comenzado a problematizar su objeto mismo a partir de los cambios estructurales que en esta coyuntura histórica y cultural se ponen de manifiesto (Coiro *et al.*, 2008; Kamil *et al.*, 2000; Reinking *et al.*, 1998).

En el campo del análisis del discurso, y en particular en el de los estudios críticos del discurso, que es el que abordaremos en este artículo, podemos encontrar también diversidad de miradas sobre el fenómeno, entre las que se destacan, en el ámbito de los estudios críticos del discurso, por su importancia teórica y su difusión, los trabajos primeros de S. Herring sobre lo que se denominó, en un principio, la “comunicación mediada por computadoras” (CMC), la teoría de la mediación, en particular el análisis mediacional desarrollado por R. Scollon (2004) y los estudios sobre semiótica social multimodal, cuyos principales referentes son G. Kress y T. Van Leeuwen (1996, 2001).

Ha sido la semiótica social, de la mano de estos dos últimos autores, centralmente, junto a otros como B. Hodge (Hodge y Kress, 1988), J. Lemke (2002) y K. O'Halloran (2004), la que concentra un mayor interés, ya que es en el marco de esta teoría que podemos observar cambios epistemológicos centrales, atribuibles estrictamente a la naturaleza novedosa del objeto u objetos de estudio que la irrupción de las tecnologías digitales impone o propone a la semiótica.

La comunicación contemporánea mediada por tecnologías digitales configura espacios de prácticas, textos, discursos y agencias que han llevado a la teoría semiótica social, en ocasiones denominada “semiótica multimodal”, a construir un nuevo edificio teórico y analítico, cuyas bases se asientan en la lingüística sistémico-funcional de M. A. K. Halliday (1994), pero que, sobre todo, pone en cuestionamiento los principios teóricos centrales de lo que denomina la “semiótica tradicional”.

A lo largo del artículo expondremos primero un panorama acerca del análisis crítico del discurso (ACD), luego revisaremos brevemente las aproximaciones y los estudios realizados por Ron Scollon y S. Scollon, y luego la propuesta de S. Herring. Finalmente, nos concentraremos en la propuesta más relevante, tanto desde el punto de vista teórico como por su proyección y difusión, que es la semiótica social o semiótica multimodal.

El análisis crítico del discurso

El análisis crítico del discurso, como conjunto de estudios sobre el lenguaje desde una perspectiva social y política específica, se configura como espacio académico a inicios de la década de 1990 en Europa. Autores como Teun Van Dijk, Ruth Wodak, Ronald Scollon, Gunther Kress y Norman Fairclough son algunos de los referentes teóricos más reconocidos. Todos ellos coinciden al destacar que el análisis crítico del discurso no constituye una escuela monolítica teórica o metodológicamente, sino que se caracteriza por reunir a estudiosos de fenómenos discursivos que abordan el lenguaje en su dimensión social. Un hecho relevante es que en esta línea confluyen estudiosos de la gramática textual, el análisis del discurso estructural, el análisis conversacional, la sintaxis, la sociolingüística, la pragmática, la semántica y la lingüística sistémico-funcional, lo que llevó a enriquecer las discusiones teóricas y metodológicas. Además de ellos, la tradición de estudios iniciada por Gunther Kress, Roger Fowler, Bob Hodge y Tony Trew puede articularse claramente como el antecedente central de este espacio.

En un artículo publicado en 1997, N. Fairclough y Ruth Wodak describen, entre los principios constitutivos del ACD los siguientes: (i) el análisis crítico del discurso estudia problemas sociales; las relaciones de poder son discursivas; (ii) el discurso constituye la sociedad y la cultura; (iii) el discurso hace trabajo ideológico; (iv) el discurso es histórico; (v) la relación entre texto y sociedad está mediada; (vi) el análisis del discurso es interpretativo y explicativo; (vii) el discurso es una forma de acción social.

Años después, R. Wodak (2004) reivindica como preocupaciones del ACD, además, la necesidad de una investigación interdisciplinaria y la búsqueda de una teoría crítica del lenguaje que contemple la construcción social de los significados y la concepción del discurso como acción social. N. Fairclough (1992), por su parte, reconoce distintos tipos de antecedentes, a los que clasifica en antecedentes críticos y antecedentes no críticos, destacándose entre los primeros la lingüística crítica y la escuela francesa de análisis del discurso.

Al igual que la mayoría de los autores de esta tradición, N. Fairclough propone analizar el uso del lenguaje como un tipo de práctica social, más que como una actividad puramente individual o como el mero reflejo de variables sociales. Esto implica que el discurso es un modo de acción así como un modo de representación y que hay una relación dialéctica entre discurso y estructura social. Por un lado, el discurso es formado y determinado por la estructura social en el amplio sentido de la palabra, en todos los niveles; por el otro lado, el discurso es socialmente constitutivo.

Un evento discursivo específico varía en su determinación estructural de acuerdo con el dominio social particular o el marco institucional en el que se genera. Por otro lado, el discurso contribuye a la constitución de todas aquellas dimensiones de la estructura social que la configuran y la determinan, directa o indirectamente.

Podemos distinguir, según estos autores, tres aspectos de los efectos constructivos del discurso: (i) el discurso contribuye a la construcción de identidades sociales y de “posiciones de sujeto” para los sujetos sociales; (ii) ayuda a construir las relaciones sociales entre la gente; (iii) contribuye a la construcción de sistemas de conocimiento y creencias. Estos tres efectos corresponden respectivamente a las tres funciones del lenguaje y dimensiones del significado que coexisten e interactúan en todo discurso: la identidad, la relacional y la ideacional, que coinciden parcialmente con las tradicionales funciones propuestas por Halliday (1994).

La práctica discursiva es constitutiva en un modo convencional y creativo: contribuye a reproducir la sociedad (identidades sociales, relaciones sociales, sistemas de conocimiento y creencias) tal como es y también contribuye a transformar la sociedad. La práctica social, por su parte, tiene diversas orientaciones —económica, política, cultural, ideológica— y el discurso puede estar implicado en todas ellas sin que ninguna sea reducible al discurso. Es el discurso como un modo de práctica ideológica y política lo que constituye el objeto de las preocupaciones de N. Fairclough.

Otros autores que se han destacado en esta escuela, como T. Van Dijk y R. Wodak, han incorporado, además, ciertas preocupaciones de orden cognitivo. T. Van Dijk, en particular, se aleja de la posición sistémico-funcional que defiende N. Fairclough y promueve una semántica textual y discursiva que ve en los estudios de la cognición social una interfaz fundamental para el estudio de la relación entre lenguaje, ideología y sociedad.

Sin embargo, debe destacarse aquí que, tal como se advirtiera en la reunión fundacional a principios de los noventa y en sucesivos espacios académicos, lo que caracteriza a los estudios críticos del

discurso es la concepción básica de la relación entre discurso, poder y sociedad, y no así la homogeneidad teórica y epistemológica.

En el siguiente apartado abordaremos dos de las propuestas de investigación que, enmarcadas en esta perspectiva, volcaron su mirada a los procesos y prácticas discursivas que emergieron con las tecnologías digitales y el mundo de internet.

Internet, nuevas prácticas discursivas, nuevos problemas, nuevos abordajes analíticos

En un artículo publicado en el *Handbook of Discourse Analysis*, Susan Herring (2001) presenta un panorama sobre los inicios y las líneas principales de los estudios en el campo conocido como *computer-mediated-discourse* (CMD),¹ del cual es la referente más importante. La autora fue quien comenzó a manifestar la necesidad de considerar la mediación tecnológica como una variable de análisis relevante y al tipo de discurso que emergía en las nuevas prácticas como una variedad específica. S. Herring destaca que las redes de computadoras son consideradas en este campo como un *médium* que posee efectos en la comunicación. Se entiende aquí que el CMD incluye no solo la escritura por medio de máquinas, sino la comunicación por vía electrónica, en redes. De allí que se insiste en esta etapa en que este tipo de comunicación es distinta a la de la oralidad y también a la de la escritura, y que las diferencias no se restringen a los modos de “tipeo”, sino a condiciones de distribución, velocidad de interacción, cantidad de participantes simultáneos, entre otras. Al momento de escribir ese artículo, la autora advierte que una de las diferencias con la oralidad es que la información disponible en la oralidad cara a cara se transmite por diversos canales (visual, auditivo, táctil, gestual, etc.), mientras que –en ese momento– la comunicación mediada por computadoras es pobre, en tanto solo transmite información por canal visual. Si bien, advierte la autora, se ha demostrado que puede ser igualmente expresiva que en los otros casos. Los ritmos y la profundidad de los cambios tecnológicos han dejado algunas afirmaciones sin sustento, no obstante lo cual, este relevamiento de la situación de comunicación y del CMD nos permite dar cuenta de los cambios ocurridos y de la estrecha relación que se pone de manifiesto entre las potencialidades de los medios tecnológicos y las posibilidades semióticas y comunicacionales que de allí emergen. La naturaleza semiótica y los modos puestos en juego variarán en la medida en que la incorporación de nuevas tecnologías habilita la posibilidad de disponer de nuevos recursos semióticos.

¹ S. Herring (2001, p. 626) afirma que esta denominación surgió como etiqueta en 1995, en la Mesa Redonda sobre Lenguajes y Lingüística, de la Universidad de Georgetown.

Es importante destacar, en este sentido, que los inicios de las investigaciones pueden rastrearse hasta mediados de la década de 1980, antes aun de la gran expansión de internet. Las investigaciones realizadas entre esa fecha y el inicio del siglo XXI intentaron, como primera estrategia, identificar y clasificar los distintos modos de comunicación y discursos mediados por computadoras.

Una clasificación de los tipos de CMD de acuerdo con los *médiums* tomaba como parámetros si estos eran sincrónicos o asincrónicos, por un lado, y si permitían transmisión de “una vía” o “dos vías”, es decir, si el mensaje como unidad era reconocido como tal por el receptor una vez que había sido completado y enviado o si los participantes podían leer/escuchar el mensaje al tiempo que este se iba produciendo (en este último caso se incluía, por ejemplo, el ICQ, ejemplo de comunicación sincrónica, de dos vías).

Otro tipo de clasificación atendía a las categorías culturalmente reconocidas (*emic*) como tales, las que además poseen una historia particular. Se reconocen las diferencias culturales de las distintas prácticas y formas de interacción mediada.

Respecto de las características formales, la discusión se centró en la capacidad expresiva de este tipo de discurso, en la cercanía/distancia con la oralidad y la escritura, y en la identificación de variables que intervienen en las variedades y estrategias a las que recurren los participantes para comunicarse.

Otro aspecto relevante y que ha sido objeto de análisis es el de la estructura interaccional, que es bastante novedosa; el análisis conversacional clásico (Sacks *et al.*, 1974) tomado al principio como referencia generó ciertas dificultades, pero fue un punto de partida muy productivo para abordar este tipo de discursos.

Una de las características de estos estudios es el foco en la mediación como definitorio del objeto y cierta heterogeneidad en el recurso a categorías pragmáticas para los estudios de orden interaccional. La compleja relación entre oralidad y escritura ha sido un tema recurrente que aparece relativamente problematizado, pero no abordado en su total complejidad.

Encontramos actualmente diversas investigaciones que, tomando como antecedentes las propuestas de S. Herring, han incurrido en el estudio de los nuevos géneros que surgen con la web 2.0, los entornos virtuales, el chat, Facebook, Twitter, entre otros. Trabajos como el de Francisco Yus (2010), por ejemplo, han incorporado y ampliado este tipo de estudios en español, en el marco de la pragmática cognitiva, clasificando también los nuevos géneros que emergen con la aparición de la web 2.0.

Desde un enfoque de raigambre más etnográfica, encontramos los trabajos de R. Scollon y S. Scollon (2004), quienes analizan las in-

teracciones sociales y lingüísticas que se dan en los ochenta, a partir de la incorporación del correo electrónico, primero, y de otras tecnologías, después, a las prácticas educativas universitarias de Alaska.

Si bien su obra más importante centrada en las prácticas discursivas emergentes a partir de la existencia de internet es publicada en 2004 (Scollon y Scollon, 2004), sus trabajos son pioneros en el campo y se retrotraen a los noventa –y refieren a sus propias prácticas en Alaska, a fines de los ochenta–. Sus presentaciones llamaron a la reflexión sobre distintas dimensiones discursivas, lingüísticas y sociales que se ponían en juego en estas nuevas prácticas.

El análisis del discurso mediado, como se reconoce a este enfoque, tiene como eje el estudio de la relación entre discurso y acción social y cómo esta se configura en situaciones sociales complejas. El entramado teórico en el que se enmarcan los estudios de esta línea articula y pone en diálogo la etnografía de la comunicación, el análisis de la conversación, la sociolingüística interaccional y el ACD. Es de destacar que el concepto de mediación con el que trabaja esta tradición teórica no se restringe a, ni surge de la mediación tecnológica, tal como ocurriera en el caso de los trabajos sobre CMD. Se trata de aquí de un principio teórico que estructura esta propuesta, que hace de la mediación y el nexo el foco de estudio de la (inter)acción social.

Del ACD toma esta teoría la preocupación por tratar temas vinculados con el conflicto y el cambio social y el principio teórico de entender a las prácticas discursivas como prácticas sociales. Por otro lado, de la sociolingüística interaccional y la lingüística antropológica recuperan la preocupación o el foco en las interacciones en tiempo real y las inferencias que los individuos necesitan hacer para construir e interpretar significados. El análisis de los nexos (*nexus analysis*) consiste en abrir la circunferencia de análisis alrededor de los momentos de la acción para comenzar a ver las líneas de los procesos sociales e históricos por los cuales los discursos llegan conjuntamente en el momento particular de la acción humana, así como para hacer visibles los modos en que las transformaciones en los discursos, en los actores sociales y en los recursos mediacionales emanan de esos momentos de acción (Scollon, 2004). Al centrarse en la acción mediada como unidad de análisis, destacan la necesidad de estudiar el punto, el momento de acción, en el que se articulan concretamente el individuo como actor social y los grupos o instituciones a través de instrumentos de mediación. En este sentido, definen la práctica como una acumulación histórica en el *habitus*/cuerpo histórico del actor social de acciones mediadas llevadas a cabo en su vida (experiencia) y que son reconocidas por otros actores sociales como “la misma” acción social (Scollon, 2004, p. 240).

Los instrumentos de mediación pueden ser cualquier cosa accesible a los actores sociales, incluyendo los sistemas simbólicos como el lenguaje; al igual que las acciones y las prácticas, el autor propone estudiar los instrumentos de mediación desde los puntos de vista de los participantes (Scollon, 2004, p. 250).

Al abocarse al estudio de las prácticas comunicativas, que comenzaron en los tempranos ochenta, Scollon y Scollon abordan mediante el análisis de nexos las interacciones mediadas en las que participaron en Alaska, mediante el uso de correos electrónicos, más rudimentarios en los inicios y con características del orden interaccional específicas y las posteriores prácticas, en contextos más adelantados tecnológicamente y cuyos cambios repercutieron en el tipo de actividades realizadas. Es de destacar que si bien se trata de un enfoque que se enmarca en el ACD, no se trata de un análisis que tenga al discurso en el centro, sino a la acción mediada. Las unidades y categorías de análisis de los textos no son aquí el objeto de preocupación o de definición. Las interacciones, por otro lado, son estudiadas a la luz de las propias definiciones teóricas que surgen del análisis mediacional –inspirado, como se dijo, en la propuesta teórica de E. Goffman, entre otras—. Concluyen sus investigaciones demostrando la importancia y potencialidad que tienen estos nuevos medios y estas nuevas prácticas en la medida en que pueden ser apropiadas por los sujetos y permiten nuevas experiencias históricas de comunicación. Sus estudios, siempre atravesados por la dimensión sociocultural, destacan que estas nuevas formas de interacción permitían reconfigurar las posiciones en el orden social de la interacción y facilitaban el acceso a nuevas prácticas discursivas a sujetos sin experiencias comunicacionales en el marco institucional universitario. Advierten además, a partir del estudio de los ciclos de discurso, que estas prácticas afectan también a las estructuras y modos de interacción institucionales (gubernamentales y universitarias, entre otras) en las que emergen y con las que se articulan.

Por último, es fundamental considerar que, como conclusión de sus investigaciones Scollon y Scollon prefieren ver en su propuesta teórica no solo un modo de investigación, sino un modo de intervención. En este sentido, se preguntan cuáles serán los modos más apropiados para investigar los usos de las tecnologías contemporáneas de comunicación y sus consecuencias. Se plantean un interrogante más específico, y es si estos cambios tecnológicos generarán en el corto plazo rupturas o reordenamientos sociales y si la reestructuración de estas prácticas comunicacionales tendrá efectos profundos en otras prácticas sociales, en los modos de administración y gobierno, en otras prácticas institucionales. Y, en este sentido, concluyen, es necesario mantener abierta la discusión

y la reflexión de manera crítica y continua (Scollon y Scollon, 2004, p. 151) y el análisis del discurso debe ubicarse en las zonas significativas de identificación para poder interrogarse y participar en los cambios sociales en curso.

De la lingüística crítica a la semiótica social: removiendo los cimientos

A fines de 1970, un grupo de lingüistas desarrolló en East Anglia una serie de estudios, publicados luego bajo el título *Lenguaje y control* (Fowler *et al.*, 1983). Sentaban en esa obra los principios de lo que denominarían de allí en más “lingüística crítica”. Este grupo, constituido por Gunther Kress, Roger Fowler, Tony Trew y Bob Hodge constituyó uno de los antecedentes centrales del análisis crítico del discurso, así como de la semiótica social. A partir de sus primeras investigaciones comienzan a generarse una serie de reflexiones teóricas y metodológicas que concluyen en lo que hoy se conoce como “semiótica social multimodal” o “análisis de discursos multimodales”.

Una de las características centrales de esta teoría es que la preocupación por trabajar con nuevos discursos desde un paradigma teórico alternativo ha conducido, paulatinamente primero y más vertiginosamente después, a la conformación de una teoría cuyos cimientos teóricos se alejan significativamente de la tradición semiótica tradicional y discuten los conceptos centrales formulados por F. de Saussure y sus discípulos.

Ya en sus primeros trabajos (Hodge y Kress, 1979), los autores de la lingüística crítica sostienen que el lenguaje es, en términos generales, una precondition para casi toda la vida social y es el medio por el cual se organizan los procesos del pensamiento y de la comunicación. Siguiendo a M. A. K. Halliday, ven en el lenguaje uno de los instrumentos privilegiados de socialización y afirman que su estudio es indispensable para el conocimiento de la sociedad. Por otro lado, reafirman la necesidad de articular el campo de los estudios sobre lenguaje y sociedad con las teorías que hablan sobre el lenguaje y la mente o el lenguaje y el pensamiento. En este campo, se apoyan en las investigaciones que realizó B. Lee Whorf en la década de 1930. Este autor sostuvo, desde una mirada antropológica, que el lenguaje juega un papel central y determinante en la percepción y representación del mundo. Siguiendo la propuesta de este autor sobre la relación entre ciencia y metafísica, los investigadores de la lingüística crítica la llevan aún más a fondo cuando discuten la relación entre lengua, ciencia e ideología.

Para los autores de la lingüística crítica, el significado lingüístico es inseparable de la ideología y ambos dependen de la estructura social. De esto infieren que el análisis lingüístico debe ser una herramienta poderosa para el estudio de los procesos ideológicos que mediatizan las relaciones de poder y de control. Por esto, afirman, es necesaria una lingüística crítica (Fowler y Kress, 1979). Este supuesto se ha mantenido a lo largo de más de 30 años y es uno de los pilares de la semiótica social.

La lingüística crítica toma como materia —en sentido saussureano— textos socialmente situados, a los que concibe como parte de complejas interacciones comunicativas. La estructura del discurso refleja y expresa, en este marco, los papeles de los participantes que a su vez son producto de la estructura económica (vale notar aquí la fuerte impronta de una visión marxista ingenua y clásica). La interpretación es el proceso de recuperación de significados sociales expresados en el discurso mediante el análisis de las estructuras lingüísticas a la luz de sus contextos interactivos más amplios.

Cabe destacar que desde los primeros trabajos del grupo, los principios de la lingüística general y de la sociolingüística son fuertemente cuestionados, de allí el adjetivo “crítica” que acompañará su propuesta teórica.

En 1988, Robert Hodge y Gunther Kress realizan los primeros movimientos epistemológicos y publican un libro titulado *Social Semiotics*. Allí plantean la necesidad de realizar una mirada a la totalidad de los sistemas de signos. En un gesto saussureano pero con supuestos teóricos claramente antisaussureanos, se proponen ir de la lingüística a la semiótica, extendiendo a la segunda los principios teóricos y algunas de las categorías de la primera. Privilegian la aproximación marxista de V. Volóshinov a la teoría del signo y discuten abiertamente los planteos de F. de Saussure. Entre los principios centrales que destacan y con los que polemizan con este autor está el de reivindicar la naturaleza material del signo, la importancia de estudiar las prácticas concretas de significación y la concepción de que la cultura, la sociedad y la política son inherentes a la semiótica. Haciendo uso de la obra de F. de Saussure como “antigua” (Hodge y Kres, 1988, p. 18) proponen, en el plano de las dicotomías saussureanas, privilegiar la diacronía frente a la sincronía, el habla frente a la lengua, los procesos frente a las estructuras y darle un lugar protagónico al tiempo y a la historia.

En el año 1993, Gunther Kress publica un artículo en el que manifiesta abiertamente su propia posición respecto de la naturaleza y los modos de funcionamiento de los signos. Al respecto afirma que los signos son siempre motivados por el interés del produc-

tor. Y es este interés el que determina las características que serán seleccionadas para representar al objeto. En este sentido, afirma el autor, todo sistema semiótico humano es siempre motivado y no es nunca arbitrario (Kress, 1993, p. 173). Retoma, en el mismo sentido, la teoría de V. Volóshinov (1992) para afirmar que la forma del signo está condicionada, sobre todo, por la organización social de los participantes. Es decir, se extiende la noción de “interés” de un alcance individual a hablar de individuos totalmente socializados, por lo que se impone considerar las historias sociales y culturales de los individuos que producen los signos, así como su posición social.

Afirma que todos los signos son, en algún sentido, metáforas y desprende de esta afirmación dos consecuencias para el análisis crítico del discurso. Por un lado, al ser metáforas, los signos codifican posiciones ideológicas y, como tales, también están sujetos a lecturas críticas por parte de todos los actores sociales, en el proceso continuo de construcción y reconstrucción social de significados.

En *Multimodal Discourse* (2001), años más tarde, Kress y Van Leeuwen comienzan a definir con más precisión lo que denominarán entonces una “teoría multimodal de la comunicación”. Esta teoría se concentra en dos ejes, los recursos semióticos de la comunicación, los medios y los modos usados, y las prácticas comunicativas en las que estos recursos son usados. Uno de los aportes principales de la teoría que aparece en este momento consiste en proponer el análisis de los *strata* de estas prácticas: discurso, diseño, producción y distribución; siguiendo la tradición de E. Goffman, problematizan la instancia de producción de los discursos. Los autores recuperan aquí una reflexión previa de G. Kress, quien afirma que es la aparición de la escritura la que permite de alguna manera la “separación” entre discurso y realización (o expresión, o producción).

Continúan aquí consolidándose las críticas y los distanciamientos de la teoría lingüística tradicional. Así, dicen explícitamente los autores, con la emergencia de los discursos multimodales, no podemos hablar ya de doble articulación. Se construye significado en cada uno de los estratos o momentos de la práctica comunicativa. No se hablará entonces de dos niveles de construcción de los sintagmas, sino de estratos de realización, siguiendo la propuesta de M. A. K. Halliday, extendiendo, además, esta propuesta a la articulación y realización de discursos multimodales como unidades cuyo significado se va enriqueciendo o componiendo en cada estrato, es decir, como un texto cuyo significado se construye en múltiples articulaciones (Kress y Van Leeuwen, 2001, p. 5).

Por otro lado, G. Kress y T. Van Leeuwen se refieren a los recursos semióticos que son los que intervienen en este proceso de producción. Y aquí se recuperan los fuertes cuestionamientos a la definición de signo de la semiótica estructural y de la semiótica peirceana, y más aún, a la tradición teórica saussureana binaria en torno a la arbitrariedad. Los autores reflexionan sobre la necesidad de referirse a los recursos como elementos que intervienen en una interacción y a los *modos* como los recursos semióticos que permiten la realización de los discursos.

Así, la distinción entre medios y modos constituye uno de los ejes analíticos centrales para el avance teórico. Es en 2001, entonces, que comienza a consolidarse con más claridad la idea de que la gramática es el producto de un proceso histórico, social y cultural. Proponen una mirada alternativa a los modos; las gramáticas, entendidas ya no como conjunto fijo y abstracto de reglas, sino como repertorio de signos. Advierten que es posible que sean los modos más gramaticalizados los que hayan adquirido mayor relevancia social y política a lo largo de la historia. Una vez que un modo se ha gramaticalizado, permite un metalenguaje que facilita tanto su enseñanza y reproducción, como su organización, normalización y teorización. Por otro lado, en esta etapa ya advierten que el conocimiento de estas “gramáticas” o reglas que estipulan el uso de los recursos no es simétrico; es decir, lo que para algunos usuarios expertos es un sistema gobernado por reglas y estructurado de algún modo, es un conjunto de recursos semióticos “lexicalmente” organizados para otros usuarios, como en el diseño gráfico o de tipografías, por ejemplo.

Es la aparición de internet y el predominio de los medios digitales lo que lleva a profundizar los ejes de la teoría multimodal y conduce paulatinamente a la necesidad de realizar algunas precisiones epistemológicas. En una obra centrada en la alfabetización, G. Kress (2003) advertirá sobre la importancia semiótica que adquiere el predominio de la pantalla sobre el papel. Afirma allí que la constelación del medio libro y del modo escritura, tal como se conoce, está dejando lugar a la articulación entre el modo imagen y el medio pantalla. En este punto, la escritura comienza a someterse a importantes cambios, cuyo estudio requiere de nuevas teorías y categorías. Si bien conserva su fuerte relación con el sonido, en algunos casos, el espacio y la luz, los efectos de los nuevos medios y modos muestran la necesidad de reflexionar nuevamente sobre su materialidad y su funcionamiento en términos semióticos, sociales y culturales.

Así pues, será la llegada de internet, pero sobre todo el predominio de las pantallas lo que conducirá a la revisión y sistematización de los principios centrales de la semiótica social y a la necesidad de revisar, incluso, los supuestos de trabajo en curso en esta teoría.

Una definición fundamental que debió ser revisada es la propia concepción de multimodalidad. G. Kress advierte sobre la necesidad de entender la multimodalidad como un dominio, como un campo de trabajo de la semiótica en el que se observan recursos y significados (2011, p. 38).

La emergencia de la multimodalidad como novedad en el campo de la lingüística y los estudios críticos del discurso y la constitución como objeto central de los “discursos multimodales” condujo a una percepción errónea respecto de la naturaleza de este fenómeno discursivo y semiótico. Es la semiótica social, que debe ser pensada como parte de una teoría social de la comunicación (Kress, 1993, p. 184).

Resumiendo, entonces, algunos principios teóricos que comparten los autores de la semiótica social que se han concentrado en el desarrollo de estudios multimodales son los siguientes:

- La comunicación, cualquiera sea el modo al que se recurra, ocurre siempre por medio de textos. Un texto es el resultado de la acción social semiótica de representación. Es el sitio social de la emergencia de discursos inmateriales (Kress, 2011).
- Todos los textos son, en algún sentido, multimodales (Kress y Van Leeuwen, 2001). Al pensar los textos como emergentes de prácticas discursivas, también pensamos la producción e interpretación en tanto prácticas sociales.
- Se entiende en esta teoría como prácticas sociales a las cosas que la gente hace para, por co con otros, en la medida en que siguen patrones reconocibles. Los elementos principales de las prácticas sociales son las acciones las constituyen, el modo en que estas acciones se llevan a cabo, los actores que participan en las acciones, los recursos necesarios para llevarlas a cabo y el tiempo y el lugar en el que transcurre la acción” (Van Leeuwen, 2005). Las prácticas sociales tienen lugar en campos de poder (Kress, 2003), lo que sigue la tradición de los estudios críticos del discurso.

Además, siguiendo los principio teóricos ya propuestos por M. A. K. Halliday en su modelo sistémico funcional (1994), se afirma también que todo texto realiza, al mismo tiempo, las tres metafunciones semióticas: ideacional –construye, propone una representación del mundo–, interpersonal –despliega y configura identidades y relaciones sociales– y textual –se presenta como una unidad coherente y cohesiva de sentido.

Por lo tanto, cuando se analiza desde una perspectiva semiótica cualquier fenómeno o práctica social, se analizan textos multimodales, que emergen en prácticas sociales específicas y que en todos los casos significan –activamente– algo acerca del mundo o del es-

tado de cosas del mundo y algo acerca de quién lo produjo y de su relación con los/as otros/as por medio de recursos semióticos diversos que ese/a hablante seleccionó para tal fin. La representación es siempre parcial; lo que se representa es lo que es central para el diseñador/productor de signos en un momento particular (Kress, 1993). Esto implica que el signo es transparente, en cualquier sentido, para el productor, y opaco, siempre parcialmente, para el lector.

Ahora bien, el acto de significación, la construcción de significado en una interacción, supone una práctica discursiva de diseño, de producción y de distribución. Quien produce un texto elige, dispone una serie de recursos semióticos, de distintos modos, que articula en un proceso de diseño primero y de realización después para comunicar aquello que desea comunicar. El *rethor* debe decidir cuáles son los modos² más apropiados para expresar aquello que se quiere significar en la situación de comunicación específica.

Contra la corriente. La semiótica social, los signos y los códigos

Los principios teóricos que fueron construyéndose y sistematizándose en la teoría durante los últimos 15 años ponen de manifiesto –y así lo han mencionado sus autores explícitamente– que la semiótica social multimodal cuestiona de raíz algunas de las nociones y supuestos de lo que Hodge y Kress (1988) denominan la “semiótica tradicional”.

El eje central y articulador es la discusión en torno al “signo”, su naturaleza y propiedades; el desplazamiento de la noción de “signo” por la de *recurso semiótico* o, como sostiene Kress (2010, p. 54), el dejar de hablar del *uso del signo* para hablar de la *construcción del signo*. Este desplazamiento, como vimos, es el corolario de una serie de cambios epistemológicos nodales. En primer lugar, esta teoría revisa el principio de arbitrariedad del signo, tan caro a la lingüística estructural. Se afirma que todo signo es motivado. Y esa motivación descansa en el interés –socialmente configurado y determinado– del *rethor* o autor.

Por otro lado, se destaca, y esto como un efecto claro de las condiciones contemporáneas de la comunicación, que el signo no es una unidad estable, sino que estamos ante situaciones semióticas inestables, frágiles y cambiantes. En la diversidad de prácticas contemporáneas, lo que constituye un recurso para significar no necesariamente es un signo ya disponible, de alguna gramática preexistente. Por lo tanto será el sujeto que tiene interés en significar,

² “El modo es un recurso cultural y socialmente configurado para la representación y la comunicación. Tiene aspectos materiales y lleva en todas partes el sello del pasado trabajo cultural y, entre otras cosas, el sello de las regularidades de organización (la sintaxis)” (Kress, 1993, p. 62). Cada modo tiene un potencial de significado diferente, posee permisividades y potencialidades específicas. Los recursos semióticos son las acciones, objetos y artefactos que usamos con propósitos comunicativos, producidos fisiológica o tecnológicamente. Tienen un significado potencial basado en sus usos anteriores y un conjunto de potencialidades basadas en sus usos posibles, los cuales serán actualizados en contextos sociales concretos, donde su uso esté sujeto a algún régimen semiótico (Van Leeuwen, 2005, p. 285).

el *rethor*, el que decidirá el recurso, los modos y el medio más apropiado para comunicar aquello que quiere significar. Pero el principio teórico que sustenta las definiciones y principios enunciados descansa en el cuestionamiento radical a la arbitrariedad del signo como propiedad que lo define. No solo se trata aquí de relativizar la afirmación de F. de Saussure, ni siquiera de recuperar las reformulaciones propuestas por R. Barthes (1990). G. Kress cuestiona además la misma propuesta de C. Peirce, quien desde un paradigma totalmente opuesto propone una clasificación de signos que reconoce, en una de las tríadas, la posibilidad de existencia de signos convencionales o arbitrarios. La semiótica social, entonces, no hace uso del modelo peirceano tampoco (Kress, 2010, p. 65), pues afirma que la posibilidad de existencia de arbitrariedad, aunque sea en un conjunto relativo de signos –los símbolos–, atenta con una perspectiva social de la semiosis. En el mismo sentido, critica además esta clasificación, en la medida en que atiende al tipo de vínculo –o de motivación– a partir de la relación entre significante (signo) y significado (objeto) y esta fundamentación neutraliza la fuerza explicativa que adquiere el principio de que el signo está motivado por el interés de quien construye el texto-signo. Para el autor postular la relación entre signo-sujeto constructor de signos-mundo es central para poder dar cuenta de todo proceso de representación y comunicación.

Esta concepción pone en tela de juicio también una concepción fija de la gramática. Y aquí la teoría de nuevo avanza en una concepción más histórica y social, al concebir a las gramáticas como el producto de procesos de regularización y convencionalización del uso de los modos. Las gramáticas darían cuenta de las sucesivas elecciones de los sujetos que interactúan socialmente, en una cultura específica, y que han privilegiado unos modos sobre otros y unos recursos sobre otros para significar distintas esferas de la actividad social. Los modos, a su vez, son el resultado de la formación social y comparten los trazos del trabajo de constante selección en muchos entornos (Kress, 2012, p. 45).

Y de aquí se deriva otro de los supuestos de la teoría, la equipotencialidad de significados que se presume de los modos. El hablar de multimodalidad supone considerar a todos los modos como iguales, potencialmente, en su capacidad para contribuir al significado de una entidad semiótica compleja, un texto. Es decir, hablar de multimodalidad supone afirmar que el lenguaje es solo uno de los muchos recursos para hacer significado. Y más aún, en su libro *Multimodalidad* G. Kress se pregunta si no es momento de pensar en la existencia de dos modos diferentes, la lengua hablada o el lenguaje y la escritura. En este sentido, afirma, cada modo necesita

ser estudiado y requiere categorías descriptivas aptas que surjan de su especificidad y su potencial material de significado. Y aquí equipara escritura a música, imagen en movimiento, gestualidad, imagen, entre otros.

En resumen, no estamos ante sistemas o códigos de signos, organizados por reglas, sino ante repertorios de recursos semióticos y modos, que son elegidos y utilizados por los sujetos dependiendo de sus potencialidades y posibilidades, de las condiciones y elecciones culturales históricas de la sociedad de la que forma parte, y de acuerdo con el interés que dicho sujeto pone en juego una vez evaluada la situación concreta de comunicación.

Por último, como aporte significativo que profundiza miradas previas sobre las prácticas discursivas, se complejiza aún más la instancia de producción y de interpretación. Se proyecta la noción de *strata* de la lingüística sistémico-funcional. Se habla de cuatro *strata*, discurso, diseño, producción y distribución, que se despliegan en los procesos retóricos (elección del discurso, de los significados como recursos) y de semiosis (diseño y producción, diseminación/circulación) que constituyen cualquier acto de producción de significado. Por lo tanto, no hablamos aquí ya de “condiciones de producción” (Fairclough, 1992), sino de dimensiones o *strata* de la práctica comunicativa, cada una de las cuales supone la posibilidad de “construir” o “hacer” significado, de configurar parte del sentido del texto que emerge en la interacción.

Reflexiones finales

La aparición de las tecnologías digitales y la complejidad de las nuevas formas de comunicación mediadas por estas tecnologías no solo han reconfigurado prácticas sociales y discursivas en la vida social, sino que también han tenido efectos epistemológicos en el campo de la lingüística y la semiótica.

G. Kress destaca que las características de la comunicación contemporánea es haber pasado, en el ámbito de los medios, del predominio del papel y del libro al de la pantalla (Kress, 2003). Y luego, como característica semiótica central, en el dominio de los modos, destaca el predominio de la imagen en el funcionamiento de discursos constitutivamente multimodales.

La primera operación teórica, entre medios y modos, con fuertes repercusiones analíticas, ha sido la distinción entre medios y modos y la discriminación sobre los cambios y transformaciones sociales que acontecieron en cada uno de estos, producto de las tecnologías digitales de comunicación.

Por otro lado, la idea de distintas operaciones discursivas o procesos retóricos y semióticos permite distinguir analíticamente los procesos materiales de producción de sentido y las diferentes agencias que pueden involucrar a los participantes en la interacción. El *rethor* puede ser, a un tiempo, quien diseña, produce y difunde un texto multimodal; pero estas tareas pueden estar distribuidas entre distintos individuos, grupos o instituciones y, en cada caso, los efectos serán distintos.

Por último, y lo más importante, la existencia de objetos semióticos complejos como los discursos multimodales que emergen en las interacciones mediadas por tecnologías digitales ha permitido poner en cuestión principios teóricos y metodológicos hasta ahora indiscutibles en la teoría lingüística y semiótica contemporánea. Entendemos que este es un debate que recién comienza, pero no podemos dejar de saludar que, una vez más, los cambios tecnológicos, sociales, culturales y discursivos obligan a las disciplinas y a las teorías a repensarse y a repensar sus objetos y sus categorías.

Bibliografía

- Barthes, Roland (1990), *La aventura semiológica*, Buenos Aires, Paidós, “Elementos de semiología”.
- Coiro, J. et al. (eds.) (2008), *Handbook of Research on New Literacies*, Nueva York, Lawrence Erlbaum Associates.
- Crystal, David (2001), *El lenguaje e internet*, Madrid, Cambridge University Press.
- Fairclough, Norman (1992), *Discourse and Social Change*, Londres, Polity Press.
- Fairclough, Norman y Ruth Wodak (1997), “Análisis crítico del discurso”, en T. A. van Dijk (ed.), *El discurso como interacción social*, vol. 2, Barcelona, Gedisa, pp. 367-404.
- Fowler, R. et al. (1983) [1979], *Lenguaje y control*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Fowler, Roger y G. Kress (1979), “Lingüística crítica”, en Fowler, R. et al. (1983), *Lenguaje y control*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Halliday, M. A. K. (1994), *An Introduction to Functional Grammar*, 2ª ed., London-Nueva York, Arnold.
- Herring, Susan C. (2001), “Computer-mediated Discourse”, en Schiffrin, Deborah, D. Tannen y H. Hamilton (eds.), *The Handbook of Discourse Analysis*, Malden, Oxford, Blackwell Pub, pp. 612-634.
- Hodge, Robert y Gunther Kress (1988), *Social Semiotics*, Ithaca, Cornell University Press.
- Jewitt, Carey (ed.) (2009), *The Routledge Handbook of Multimodal Analysis*, Londres-Nueva York, Routledge.

- Kamil, M. et al. (eds.) (2000), *Handbook of Reading Research*, vol. III, New Jersey, Lawrence Erlbaum Associates.
- Kress, Gunther (1993), "Against Arbitrariness. The Social Production of the Sign as a Foundational Issue of Critical Discourse Analysis", *Discourse & Society*, vol. 4, pp. 169-191.
- (2003), *Literacy in the New Media Age*, Londres, Routledge.
- (2010), *Multimodality. A Social Semiotic Approach to Contemporary Communication*, Londres-Nueva York, Routledge.
- (2012), "Multimodal Discourse Analysis", en Gee, James Paul y Michael Handford, *The Routledge Handbook of Discourse Analysis*, Nueva York, Routledge, pp. 35-50.
- y Theo Van Leeuwen (1996), *Reading Images. The Grammar of Visual Design*, Londres, Routledge.
- y Theo Van Leeuwen (2001), *Multimodal Discourse. The Modes and Media of Contemporary Communication*, Londres, Arnold Pub.
- Lavid, Julia (2005), *Lenguaje y nuevas tecnologías. Nuevas perspectivas. Métodos y herramientas para el lingüista del siglo XXI*, Madrid, Cátedra.
- Lemke, J. L. (2002), "Travels in Hypermodality", *Visual Communication*, vol. 1, N° 3, pp. 299-325.
- O'Halloran, Kay (2004), *Multimodal Discourse Analysis. Systemic Functional Perspective*, Londres, Continuum.
- Reinking, D. et al (eds.) (1998), *Handbook of Literacy and Technology: Transformations in a Post-typographic World*, Mahwah, Lawrence Erlbaum Associates.
- Sacks, H., E. A. Schegloff y G. Jefferson (1974), "A Simplest Systematics for the Organization of Turn-taking for Conversation", *Language*, vol. 50, pp. 696-735.
- Schiffin, Deborah, D. Tannen y H. Hamilton (eds.) (2001), *The Handbook of Discourse Analysis*, Malden, Oxford, Blackwell Pub.
- Scollon, Ron (2004), "Acción y texto: para una comprensión conjunta del lugar del texto en la (inter)acción social, el análisis mediato del discurso y el problema de la acción social", en R. Wodak y M. Meyer (eds.), *Métodos de análisis crítico del discurso*, Barcelona, Gedisa, pp. 205-266.
- Scollon, Ron y Suzie W. Scollon (2004), *Nexus Analysis. Discourse and the Emerging Internet*, Londres, Routledge.
- Scollon, Suzie W. e Ingrid de Saint-Georges (2012), "Mediated Discourse Analysis", en Gee, James Paul y Michael Handford, *The Routledge Handbook of Discourse Analysis*, Nueva York, Routledge, pp. 66-78.
- Van Leeuwen, Theo (2005), *Introducing Social Semiotics*, Londres, Routledge.
- Williamson, Rodney (2005), "¿A qué le llamamos discurso desde una perspectiva multimodal? Los desafíos de una nueva semiótica", *Actas del VI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Estudios del Discurso*, Santiago de Chile, ALED.
- Wodak, Ruth (2004), "De qué trata el análisis crítico del discurso (ACD). Resumen de su historia, sus conceptos fundamentales y sus desarrollos", en Wodak, Ruth y Michael Meyer (comps.), *Métodos de análisis crítico del discurso*, Barcelona, Gedisa.

Yus, Francisco (2011), *Ciberpragmática 2.0. Nuevos usos del lenguaje en Internet*, Madrid, Ariel.

(Recibido el 12 de febrero de 2013.)

(Evaluado el 4 de marzo de 2013.)

Autora

Sara Isabel Pérez es doctora en Lingüística. Actualmente se desempeña como Profesora Asociada en el Departamento de Ciencias Sociales de la UNQ, donde dirige el Programa de I+D “Tecnologías digitales, educación y comunicación: perspectivas discursivas, sociales y culturales”. Es profesora de las materias Fundamentos de Semiótica y Lingüística y Semiótica y el Seminario de Análisis del Discurso. Asimismo, dicta cursos regulares en la Maestría en Ciencias Sociales y Humanidades y en el Doctorado en Ciencias Sociales de la UNQ.

Publicaciones recientes vinculadas al tema de su colaboración en este dossier:

— “Prácticas de lectura y escritura en educación superior en entornos virtuales de aprendizaje; un estudio exploratorio”, en *Actas del V Seminario Internacional Red Universitaria de Educación a Distancia*, Tandil, Universidad Nacional del Centro, CIN, RUEDA, 2010.

— (compilación) *Comunicación y educación en entornos virtuales de aprendizaje: perspectivas teórico-metodológicas*, Bernal, UNQ, 2009, donde se incluye también su artículo “Los medios y los modos: una mirada semiótica a los entornos virtuales de aprendizaje”.

Cómo citar este artículo

Pérez, Sara Isabel, “Tecnologías digitales, análisis del discurso y multimodalidad: de la lingüística crítica a la semiótica social”, *Revista de Ciencias Sociales, segunda época*, año 4, N° 23, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, otoño de 2013, pp. 29-47, edición digital. En línea: <<http://www.unq.edu.ar/catalogo/311-revista-de-ciencias-sociales-n-23.php>>..



Federico Gobato

La interacción social en la comunicación contemporánea

La tradición sociológica de análisis de la “interacción”, en cualquiera de sus enfoques, ofrece un fecundo legado al investigador interesado en los fenómenos emergentes de la comunicación digital. Su vasto repertorio teórico-metodológico brinda puntos de mira diversos y atractivas opciones heurísticas, fértiles para indagar en aquellas tramas de la experiencia contemporánea donde la interacción acaece mediada por las computadoras personales, las redes que las interconectan, los teléfonos celulares y los múltiples tipos funcionales de dispositivos móviles, entre muchas otras disposiciones técnicas.

Un escollo de envergadura surge, sin embargo, al verificar que buena parte de esa tradición limita la observación de la interacción a los vínculos entre presentes, en una situación de intercambio cara a cara (*face-to-face*). En una disciplina científica signada por el “desacuerdo endémico”, la remisión consecuente y consensuada a la copresencia como requisito central para el desarrollo de la actividad interaccional no deja de ser sorprendente y, a la vez, un duro desafío para las pretensiones interpretativas de investigadores e investigadoras seducidos por los procesos socioculturales relacionados con los medios y las tecnologías de la comunicación.

Tanto en las corrientes de análisis simbólico, etnometodológico o dramaturgico, como desde la teoría de sistemas, el sentido y alcance de la noción de “interacción” está sujeto a la copresencialidad, entendida como la manifestación y percepción recíproca del cuerpo. La difusión de la comunicación a través de medios técnicos rompe con esa premisa: involucra, desde el inicio, una

reconstrucción de la presencia en el tamiz de la distancia. ¿Es admisible que la interacción, tal como ha sido descrita, perviva aún desgarrada la situación de copresencialidad? ¿Es posible la definición de límites situacionales más allá de la percepción del otro como cuerpo? Y en un plano de presuposición teórica, ¿por qué no abandonar, sin más, la noción de interacción para formular una nueva y distinta, deudora directa de los fenómenos cuya interpretación se persigue?

En este ensayo intentaré argumentar e ilustrar la posibilidad cierta de datar la interacción por fuera de las relaciones cara a cara, algo que es posible describir, al menos, desde la invención de la escritura y que se refuerza con cada innovación técnica. No se trata simplemente de polemizar con la tradición, sino de encontrar en sus propios desarrollos, aperturas y simientes que permiten pensar la interacción en otros horizontes de realización. La perspectiva teórica básica que asumo para estos propósitos combina la teoría de los sistemas sociales de Niklas Luhmann y el análisis de la interacción y de los marcos de la experiencia de Erving Goffman, conjugada con aportes diversos de los estudios de la palabra y la comunicación.

La hipótesis de Luhmann acerca de la centralidad de la comunicación, como proceso de selección de un significado entre las posibilidades dadas por un universo plural de opciones, es el paraguas bajo el que se aglutinan el resto de las perspectivas. La comunicación es una manera de observar el mundo que solo ocurre en el sistema –polo donde se data al observador– como síntesis de tres diferentes selecciones: la selección de la *información*, la selección del *acto de dar-a-conocer* y la selección que se realiza en el acto de *comprender* (*o no comprender*) la *información* y el *acto de darla-a-conocer*. Si la forma básica de la comunicación reside en la distinción *información/dar-a-conocer*, *comprender* es el acto por el que se *realiza* la comunicación.

Así, al postular que la comunicación se realiza en el momento de su recepción, Luhmann efectiviza una reinversión crítica respecto a las ideas convencionales, toda vez que supone que la comunicación es tal, cuando provoca otra comunicación. La recursividad y reflexividad de la comunicación le dan su carácter autorrealizativo y la dotan de –la hacen contener– toda la complejidad de lo social. El concepto de comunicación, como operación característica de los sistemas sociales, se construye por oposición a la metáfora de la transmisión, ampliamente utilizada por la teoría de medios e incluso por la cibernética, y no se configura como una noción estática, sino sujeta a los avatares del proceso evolutivo.

Elementos para una tipología y diferenciación de la interacción

Sugiere John B. Thompson que “con el desarrollo de los medios de comunicación, la interacción social se ha separado del espacio físico, lo que supone que los individuos pueden relacionarse unos con otros incluso sin compartir una ubicación espacio-temporal común. La utilización de los medios de comunicación, entonces, da lugar a nuevas formas de interacción que se extienden en el espacio (y quizá también en el tiempo), y que muestran un amplio conjunto de características que los diferencian de la interacción cara a cara” (Thompson, 1998, p. 116). La constatación de esta ampliación del campo de la interacción no debe ser reducida al efecto de los medios de comunicación desarrollados durante el siglo XX: la escritura, la imprenta y todas las formas en que la palabra se ha *tecnologizado* en el transcurso de la historia son adquisiciones evolutivas que progresivamente irritan y extienden los modos interaccionales.

La interacción cara a cara implica centralmente a la comunicación oral. Quienes, como Collins (2009, pp. 79-93), afirman que la presencia es insustituible para que la interacción se verifique, se basan en realzar tres elementos: la oralidad, los detalles extralingüísticos y la intensidad de la experiencia. “Sin presencia corporal no es fácil expresar que se participa del grupo y reafirmar la propia identidad como miembro. Sobre todo faltarían los microdetalles experienciales”, afirma Collins (2009, p. 80). La focalización en la condición oral copresente restringe la potencialidad de la interacción al término temporal del encuentro. Aun cuando se considere que los eventos interaccionales se suceden, encadenan y solapan unos con otros, no hay posibilidad de observarlos —ni de que ellos mismos se observen en cuanto tales— más allá del lapso temporal y del afinamiento espacial del suceso. En la raíz de este abordaje de la interacción existe, por lo demás, la convicción de que la oralidad es la forma auténtica de la comunicación.

En la perspectiva general que aquí propongo esa convicción es, cuanto menos, discutida. La aparición de la escritura y de la imprenta hacen mella en el carácter restrictivo de la distancia y de los límites espaciales. La escritura implica un esfuerzo renovado para la comunicación, que pone de relieve la capacidad adaptativa de los sistemas de interacción.

Respecto de la oralidad, la escritura debe hacer frente a la ausencia de soportes extralingüísticos en la interacción y construir la situación sin contar con el auxilio de un contexto espacial compartido por los interlocutores; pero la escritura gana en

permanencia al fijar la comunicación en un soporte, frente a la volatilidad de la oralidad. La utilización funcional de la deixis sustenta, en la oralidad, la operación indexical. La escritura transforma la espacialidad y la referencia a través de operaciones que transfiguran, literariamente, los modos de la *participación* en la comunicación.

La inversión interpretativa del orden cronológico de la comunicación, que provee la teoría de sistemas, permite afirmar que, en cualquier caso, medie o no la copresencia, solo el acto de comprender hace emerger la comunicación. El sustrato medial que posibilita el acto de comprender, entonces, no representa una dificultad, aunque aquel debe proveer algunos arreglos específicos para seleccionar la información y conducir exitosamente su difusión. Para el caso de la escritura, por ejemplo, esta “no puede alimentar a la variedad del medioambiente, ya que está definitivamente despojada del contexto y amarrada a una rígida autodisciplina. La escritura debe ser coherente, en el sentido de que todas sus partes deben apoyarse mutuamente sin contrastes ni contradicciones porque no hay ningún contexto externo al que recurrir para resolver cualquier inconsistencia” (Esposito, 2004, p. 14, traducción propia). Toda una serie de fórmulas y organizaciones del texto cooperan para lograr este propósito de autosuficiencia, en especial, mediante recursos paratextuales. Pero, como señala Carlo Ginzburg (1994), también existe un proceso de autonomización del texto escrito respecto de la experiencia material. Se verifica una “paulatina desmaterialización del texto, progresivamente depurado de toda referencia a lo sensible: si bien la existencia de algún tipo de relación sensible es indispensable para que el texto sobreviva, el texto en sí no se identifica con su base de sustentación” (Ginzburg, 1994, p. 148). Es esta idea de la desconexión entre el relato y su fuente sensible lo que otorga al primero autonomía para presentarse como verdadero, pero también lo libra a la suerte de que el receptor haya incorporado las habilidades suficientes para afrontar el nuevo tipo de comunicación, en especial, para lidiar con la radical autonomía que el texto/libro permite (Esposito, 2004, p. 21) y que, incluso, impone a la oralidad nuevos horizontes de realización.

El contexto, la base sensible de sustentación de la comunicación, no está ausente en la producción comunicativa mediante la escritura: está inscrito en el texto, para lo que requiere toda una serie de operaciones excelsamente conscientes y coherentes. Los medios, las tecnologías de la comunicación, crean así un doble efecto paradójal por el que invisibilizan el contexto y lo traducen y, a un tiempo, se invisibilizan como sustrato medial, pero conducen el contenido de la referencia en toda su artefactualidad.

En un ejercicio de simplificación es posible diferenciar cuatro modos o tipos de la interacción, tres de ellos —en sentido estricto— al influjo de los medios técnicos. En primer lugar, la *interacción cara a cara*. Es el modo fundante; como tal, entrega las características capitales de la experiencia interaccional y, por contraste, los ribetes más espinosos y abiertos al debate analítico. Luego, las tres siguientes implican la mediación técnica, a saber: la *interacción a través de la mediación de la escritura y de la imprenta*, la *interacción a través de la mediación de los medios electrónicos de comunicación de masas* y, por último, la *interacción a través de los dispositivos técnicos de la comunicación digital o virtual*.

El trasfondo de esta cuádruple distinción no está basado en el orden técnico de los sustratos mediales, sino en la forma en que condicionan la operación indexical y especifican la conformación de marcos para la interacción. A las operaciones déicticas de la oralidad y a las fórmulas literarias (textuales y paratextuales) de las que la escritura se sirve para traducir la experiencia, ha de sumarse, al menos conjeturalmente, lo siguiente: para los medios de comunicación de masas, las nociones de “simultaneidad desespacializada” (Thompson, 1998, pp. 53 y ss.) y de “oralidad secundaria” (Ong, 1987) que permiten recomponer los modos en que la interacción se activa a través de estos medios técnicos. Para las tecnologías digitales contemporáneas es preciso explorar los alcances de una serie de ideas, algunas con larga tradición en la teoría de la comunicación y, otras, de algún grado de novedad: la “interactividad”, las transformaciones que habilitan observar la experiencia de la deslocalización y la ubicuidad, y el abigarrado palimpsesto de géneros y soportes de que se sirve (y que ofrece) la comunicación digital.

No abundaré en detalles sobre la *interacción cara a cara* por dos razones: la primera, es que se trata del tipo interaccional más trabajado y conocido de la teoría sociológica, nutrido además en los desarrollos de otras disciplinas como la antropología y la lingüística. La segunda es que iré recuperando sus características cardinales en las descripciones del resto de los tipos. Sin embargo, es preciso puntualizar algunas cuestiones acerca del carácter ritual del proceso interaccional que dan cuenta de su raigambre explícitamente comunicativa.

La ritualización estabiliza y enmarca la experiencia, consagrandole a los participantes en tanto estos resguardan su respeto a las fórmulas comunicacionales. El ritual es cuestión de enmarcamiento y, también, de repetición formulaica, algo que no va en desmedro de su autenticidad. Por el contrario, mediante la complejión al artificio comunicativo compartido, asegura la continuidad ante

el fracaso o la denegación. El ritual no es cuestión de hechos, sino de comunicación. “Los hechos –apunta Goffman– pertenecen al mundo del escolar; por medio de un esfuerzo diligente se los puede alterar, pero no es posible evitarlos. Pero aquello que la persona defiende y protege, y en lo cual invierte sus sentimientos, es una idea acerca de sí mismo, y las ideas son vulnerables, no a los hechos y a las cosas, sino a las comunicaciones. Las comunicaciones pertenecen a un esquema menos punitivo que los hechos, pues pueden ser eludidas, es posible retirarse de ellas, no creer en ellas, confundirlas convenientemente y transmitir las con tacto” (1970, p. 45).

Los rituales de interacción preservan, a un tiempo, el “sí mismo” y el orden interaccional, organizándolos en rededor de un foco simbólico común de emoción y atención que crea una realidad temporalmente compartida (Collins, 2009, pp. 21 y ss.). En consonancia con la caracterización luhmanniana de los sistemas sociales, para Goffman el orden ritual también posee un componente adaptativo.¹ Es por esta razón y porque crea referencias simbólicas recíprocas, que la rutina del ritual no puede entenderse en un sentido estático, sino dinámico.

Según Randall Collins, el enfoque goffmaniano de los rituales de interacción puede sintetizarse en cinco criterios determinantes para su estudio (Collins, 2009, pp. 42-45), algunos de las cuales se han revisado aquí: 1) la interacción, en tanto ritual, acaece en las condiciones de copresencia situacional; 2) sin embargo, por sí sola la copresencia no asegura el encuentro ritual. Para que esto suceda, es preciso un proceso de interacción enfocada, aunque dicho foco de atención en común pueda ser variable en su intensidad y obli-gación. Se trata de definir la situación o, en términos sistémicos, de asegurar la demarcación de los límites del sistema; 3) el ritual de interacción ejerce presión sobre los participantes, en especial, para mantener o recrear la solidaridad. Dicho en modo sistémico, se trata del mecanismo interaccional de autocontrol de la comunicación; 4) hay un componente de *sacralidad*, que el ritual crea, renueva y actualiza cada vez; 5) esa sacralidad, autoevidente en los esfuerzos de preservación de la cara y en la complejión a la etiqueta, no está garantizada.

Hay, por lo demás, un elemento destacado por Collins en su defensa de la copresencialidad como único entorno posible de la interacción, que no puede ser soslayado: se trata de lo que él llama la “intensidad” de la experiencia interaccional. Para Collins el ritual de interacción es exitoso y eficaz en tanto alcance altos grados de intensidad y esta posibilidad se correlaciona directamente con el efecto de la presencia corporal: “La presencia corpórea facilita que los humanos copresentes capten sus respectivas

¹ “El orden ritual parece estar organizado, en lo fundamental, según líneas de adaptación, de modo que las imágenes usadas para pensar en otros tipos de orden social no son del todo adecuadas para él” (Goffman, 1970, p. 44).

señales y expresiones corporales; que compartan igual ritmo y se abismen en movimientos y emociones recíprocos; que signifiquen y corroboren su coincidente foco de atención y, por tanto, la existencia de un estado de intersubjetividad. La mutua sintonización de los sistemas nerviosos humanos es la clave [...]. Si fuere posible teleacoplar directamente sistemas nerviosos, el efecto sería el mismo que en situación de copresencia corpórea” (Collins, 2009, pp. 92-93). Como se aprecia, en su visión hay un fundamento físico –incluso biológico– de la interacción, cuya traducción medial es improbable. El punto es, sin duda, un desafío para la proposición de los cuatro tipos de interacción que aquí se sostiene. En el examen de los tres restantes se podrá observar, confío, cómo la mediación técnica afronta el problema de la intensidad y cómo lo reconfigura.

La *interacción a través de la escritura y de la imprenta* ha sido largamente estudiada, desde diversas perspectivas disciplinares y puntos de vista teóricos. Algunas de sus características especiales –por contraposición a la oralidad– ya han sido esbozadas. Es oportuno completar esas precisiones auscultando una interesante sugerencia de Walter Ong: “Toda audiencia es una ficción”, afirma el jesuita, para refrendar el papel del esfuerzo comunicativo por construir el vínculo interaccional a través del medio técnico. Esto significa, al menos, dos cuestiones: “Primero, el escritor debe construir imaginariamente, con claridad o vagamente, una audiencia a la que le asigne algún tipo de rol. [...] Luego, la audiencia debe corresponderle ficcionalizándose ella misma. Un lector ha de desempeñar el papel que el autor le ha asignado, algo que rara vez coincide con el rol que desempeña en su vida real” (Ong, 1977, pp. 60-61, traducción propia).

En este juego de imaginación doblemente referida estriba buena parte de las fórmulas literarias que recrean y traducen el vínculo interaccional, más allá de la sujeción de tiempo y espacio. Complementariamente, es improbable la comprensión de un texto si el lector solo se aferra a sus condiciones circundantes, es preciso que comprenda también la “organización textual de la experiencia”. Pero el texto y su lectura no excluyen definitivamente el contexto de recepción dado que desde allí también se amplían las posibilidades de interpretación y la producción renovada de la comunicación.

La imprenta –y con ella, la paulatina difusión ampliada de la literatura, en todas sus formas– es la adquisición evolutiva que excluyó la interacción entre presentes “ya que multiplicó el acervo de materiales escritos con tal fuerza, que hizo que los efectos producidos por *todos* los participantes ya no fueran ni efectivos ni

visibles. [...] El *quantum* de la presencia puede ser interpretado y descrito, pero no puede establecer comunicación con los presentes. Evidentemente, la comunicación oral permanece como reacción a la comunicación impresa o emitida, sin embargo, *el éxito de la comunicación planificada ya no depende de ella*" (Luhmann, 2000, pp. 23-24, las cursivas proceden del texto original). La imprenta contribuye, además, a la comunicación proveyendo su conservación material y su inalterabilidad tipográfica (Eisenstein, 1994, pp. 83 y ss.), lo que permite el despliegue de una amplia dinámica de recursividad entre los participantes y la posibilidad de múltiples interpretaciones: en general con la escritura, pero en especial con la imprenta, la comunicación –como bien apunta Esposito (2004, pp. 13 y ss.)– no cambia ella misma, pero permite su continua interpretación y reinterpretación, abriendo el horizonte de posibilidades a la contingencia e, incluso, a la emergencia de nuevas formas de contingencia.

Una cuestión más debe ser puntualizada respecto de la radical novedad que entrañan la escritura y la imprenta para las dinámicas comunicacionales y, en consecuencia, para la interacción: la inscripción de la palabra en el espacio modifica las modalidades de la percepción y especifica los significados, precisándolos mediante su remisión visual al texto escrito. Así, "aunque las palabras están fundadas en el habla oral, la escritura las encierra tiránicamente para siempre en un campo visual [...]. Una persona que ha aprendido a leer no puede recuperar plenamente el sentido de lo que la palabra significa para la gente que solo se comunica de manera oral" (Ong, 1987, p. 21). Las palabras pierden la futilidad que les otorgaba el medio oral, su dependencia de las indicaciones contextuales y se materializan ahora en el papel. Allí también, por exigencia del medio, se les asigna una etimología precisa y juegan protegidas por el cerco de la normatividad gramática. Adquieren materialidad, porque "la escritura hace que las 'palabras' parezcan semejantes a las cosas porque concebimos las palabras como marcas visibles que señalan las palabras a los decodificadores: podemos ver y tocar tales 'palabras' inscritas en textos y libros" (Ong, 1987, p. 20). Así, la escritura crea un orden de realidad distinto a la realidad copresente pero acoplado a ella.

Tras otros objetivos, pero bajo consideraciones análogas sobre los efectos de los sustratos mediales de la comunicación, Thompson (1998, pp. 116 y ss.) distingue además de la copresente, dos tipos de interacción: la "interacción mediática" y la "cuasi interacción mediática". De algún modo, sus precisiones se solapan en parte con lo que aquí he propuesto como *interacción a través de la mediación de la escritura y de la imprenta* y, en parte, con la *interacción*

a través de la mediación de los medios electrónicos de comunicación de masas. Como sea, es oportuno describirlas sucintamente dado que una serie de sus elementos pueden reconsiderarse para los tipos de interacción que he propuesto.

La “interacción mediática” “implica el uso de medios técnicos (papel, cables eléctricos, ondas electromagnéticas, etc.) que permiten transmitir información o contenido simbólico a individuos que están en lugares distantes, alejados en el tiempo o ambos casos” (1998, p. 117). Es oportuno advertir que la “interacción mediática” de Thompson no refiere, directamente, al tipo de intercambio interaccional que se ha determinado para el caso del texto impreso y que, en la perspectiva de este estudio, involucra centralmente a las operaciones literarias. Así, las conversaciones epistolares o telefónicas, dispersas en el tiempo y en el espacio, implican una operación interactiva como la que se pondrá de relieve para la *interacción a través de la comunicación digital o virtual*. Es claro que se sirven de medios técnicos no *digitales*, pero sus características y efectos preanuncian, aunque con alcances diferentes, el tipo de articulación interaccional propio de la comunicación contemporánea. De cualquier modo, se refrenda así la proposición de que la distinción de las formas interaccionales aquí propuesta no tiene fundamento técnico, sino operativo.

El caso de la “cuasi interacción mediática” guarda, también, una relación de solapamiento con los tipos de interacción mediada por tecnología que aquí se han descrito. Supone, también, el desprendimiento de la sujeción espacio-temporal. “Es ‘interacción’ —explica Thompson— porque implica individuos que se comunican con otros, quienes a su vez responden de ciertas maneras, y que pueden formar lazos de amistad, afecto o lealtad con ellos. Pero es *cuasi* interacción en la medida en que el flujo de comunicación es predominantemente unidireccional y los modos de respuesta a través de los cuales los receptores pueden comunicarse con el principal comunicador son estrictamente limitados” (2002, p. 332).

Hay un punto, sin embargo, que focaliza la diferencia entre la interacción de la lectura y la de los medios electrónicos de masas, inspirando la necesidad de distinguirlos: se trata de la clara percepción de la distancia espacial y de la simultaneidad temporal que operan los segundos. Al extenderme sobre esta cuestión se verán puntualizados los aspectos centrales del tercer tipo de interacción —la que ocurre *a través de los medios electrónicos de comunicación de masas*— que conforma la tipología que aquí se propone.

En efecto, es el mismo Thompson (1998) quien proporciona una noción para la evaluación analítica de este aspecto: la idea de

“simultaneidad despatializada”. La telecomunicación hace emerger la experiencia de la disociación entre espacio y tiempo, en el marco de la interacción. En otras palabras, el distanciamiento espacial se intensifica, mientras los retrasos temporales se vuelven cada vez más imperceptibles. Así, “la experiencia de la simultaneidad se separó de la condición espacial de un lugar común. Fue posible experimentar acontecimientos de manera simultánea a pesar del hecho de que sucediesen en lugares espacialmente lejanos. En contraste con la exactitud del aquí y el ahora, surgió un sentido del ‘ahora’ que nada tiene que ver con el hecho de estar ubicado en un lugar concreto” (Thompson, 1998, p. 53).

La contrariedad, para la posibilidad de continuidad de la interacción, es establecer cómo se adecua esta remisión de la observación a los medios electrónicos de comunicación de masas, con los motivos, focos de atención y respuestas individuales. Luhmann propone que la estructura de esta adecuación —en los términos de este trabajo, lo que permite seguir pensando la interacción del lado del individuo— es la “interpenetración”, es decir, “la posibilidad de hacer justicia en la comunicación social, a la conformación de la conciencia individual. En todos los casos, la solución del problema toma la forma de paradoja: los individuos, al tomar parte de la comunicación, se individualizan, y se desindividualizan; se uniforman y se ficcionalizan, para que la comunicación pueda proseguir en referencia a los individuos” (Luhmann, 2000, p. 107-108). Esta dinámica ocurre, operativamente, a través de la producción medial de estandarizaciones elegibles. A partir de ese menú, el individuo podrá especificar y seleccionar el sentido de su participación en la comunicación —o, por supuesto, de su rechazo (Luhmann, 2000, pp. 108 y ss.). Tal como, de un modo análogo, también sucede en la comunicación escrita mediante la autoficcionalización de la audiencia que describe Ong.

Es preciso insistir, una vez más, que la tipología de la interacción que aquí se propone no está fundada ni el tipo de los sustratos mediales, ni el orden cronológico de aparición de estos. Como ha quedado explicitado, algunos aspectos característicos de cada tipo se traslapan, lo mismo que parte de las operaciones que los distinguen. Este proceso de solapamiento no es fortuito: la tipología propuesta puede verse como un especial proceso de diferenciación, donde sus distinciones propias alcanzan un grado de complejidad inaudito, merced a su recursividad. Para el caso de la *interacción a través de la mediación de los medios electrónicos de comunicación de masas*, la tesis de la “oralidad secundaria” propuesta por Ong es altamente ilustrativa de este proceso, pues contiene remisiones y reintroducciones de las características de las tecnologías de la

comunicación precedentes, como la escritura, la tipografía y, por supuesto, la misma oralidad.

La “era de la oralidad secundaria” implica, mediante la transformación electrónica de la expresión verbal, un grado mayor de sometimiento de la palabra al espacio: un proceso iniciado por la escritura y profundizado por la imprenta. “Esta nueva oralidad –explica Ong– posee asombrosas similitudes con la antigua en cuanto a su mística de la participación, su insistencia en un sentido comunitario, su concentración en el momento presente, e incluso su empleo de fórmulas.”² Pero en esencia se trata de una oralidad más deliberada y formal, basada permanentemente en el uso de la escritura y del material impreso” (1987, p. 134).

En este sentido, la “oralidad secundaria”, como materialización operativa de la dinámica comunicacional de los medios electrónicos de masas, implican una doble reintroducción: de la escritura y de la oralidad. Como adquisición evolutiva, los medios de comunicación de masas dotan a la interacción de su potencialidad intrínseca, en tanto recuperan y reelaboran la potencialidad de los medios técnicos precedentes.

Mediante esas reintroducciones y reelaboraciones, se redefinen también los límites de los sistemas de interacción recreando el sentido de grupo, valorizando la espontaneidad y, a un mismo tiempo, las formalidades del cuidado de la etiqueta. La búsqueda de la organización grupal actualiza el interés por lo social, tal como en la oralidad primaria, pero ahora como efecto de haber atravesado el tiempo de la mediación de la escritura: “A diferencia de los miembros de una cultura oral primaria, que tienden hacia lo externo porque han tenido poca oportunidad de practicar la introspección, nosotros tendemos hacia lo externo porque hemos buscado el interior” (Ong, 1987, p. 135).

En las últimas dos décadas se asiste a la introducción ampliada de nuevos sustratos mediales y medios técnicos: la computadora, los dispositivos móviles, los objetos virtuales que posibilitan la articulación en red de las computadoras y una pluralidad con la que difícilmente se pueda construir un catálogo exhaustivo. He reservado para ellos una etiqueta: “interfaces artefactuales”³ de la comunicación digital o virtual –o, en forma más amplia, pero menos específica, “contemporánea”.

La presunción es que los sistemas de interacción organizados por esta mediación vinculan su operación y continuidad a tres elementos característicos de la comunicación contemporánea: a la producción de un entramado témporo-espacial original, marcado por la deslocalización y la ubicuidad de los logros interaccionales que es deudor, y a la vez se diferencia, de la noción de “simultanei-

² Huelga aquí, dado que son evidentes, trazar los paralelos con las características de la interacción cara a cara. Valga también como somera, pero peculiarmente sólida, respuesta a las desconfianzas de Collins sobre la intensidad interaccional que logran, en el intercambio comunicacional, los mediaciones técnicas.

³ La definición de esta noción es motivo de investigación y conceptualización en otro trabajo (en prensa), donde realizo aproximaciones desde la filosofía, la sociología, la comunicación, la antropología y la semiótica. En un entramado complejo para definirla se vinculan diversos conceptos e hipótesis interpretativas: una lista preliminar, solo a modo meramente indicativo, la constituyen las nociones de “objeto social” (Ferraris, 2008), “soporte técnico” (Stiegler, 2003a, 2003b, 2004), “artefacto técnico” (Broncano, 2009), “interactividad” (Esposito, 2001; Rafaeli, 1988; Kioussis, 2002) e “interfaz” (Esposito, 2001; Scolari, 2004).

dad despacializada”; a la emergencia de un género comunicativo específico que se configura como una amalgama recursiva de oralidad, escritura y medios audiovisuales; y, por último, a una específica materialización medial de las alternativas comunicacionales: la “interactividad”.

Antes que nada, es preciso apuntar que la “interactividad” no es exclusiva de las “interfaces artefactuales”. En ellas, sin embargo, amplía su campo de posibilidades, permitiendo la emergencia de un tipo de interacción que parece integrar a todos los tipos anteriores. Al integrarlos, en una operación convergente y de remediación, no los hace sucumbir, sino que los redefine otorgándoles la posibilidad de nuevas autodescripciones: como la escritura con la oralidad, los medios electrónicos masivos con la literatura y *así sigue (seguirá...)*.⁴ He reservado el próximo apartado para una exploración del orden semántico de estas reintroducciones y un breve análisis de la noción de “interactividad”, que configuran en forma nodal a la *interacción a través de las mediaciones de la comunicación digital o virtual*.

Una versión de la interacción al tamiz de la interactividad

Intento escapar a la tentación de poner a prueba los elementos constitutivos de la interacción copresencial trasvasados al tipo de intercambios que tienen lugar en la trama de “interfaces artefactuales” que posibilita la comunicación digital. En la formulación de este principio emerge por sí misma la conjetura que performa estos afanes, tanto como las trasmutaciones a las que debe hacer frente. Por un lado, se sostiene que hay interacción más allá de la copresencia: en las situaciones mediadas por la tecnología de la comunicación se crean y siguen rituales, se verifica una comprensión común que refiere a un cúmulo de conocimientos compartidos, se actúa para preservar la “cara” y se confía en que *así sigue*. Pero, por otro lado, es evidente cierta ambivalencia: se trata de la *misma* interacción, pero que es *otra*. Es la *misma* en tanto supone la continuidad operativa de un conjunto de observaciones clave; y es —especial y precisamente— *otra* porque una serie de adquisiciones evolutivas articulan de modo diferencial los procesos y contenidos de definición de la situación interaccional, al tiempo que reconfiguran los objetos de referencia.

Es la *misma* porque las “interfaces artefactuales” no son algo distinto del actor y en tanto se las considera así, al modo de prótesis ampliativas o culturales (Broncato, 2009), todo lo que comunican

⁴ Acerca de la permanencia de la escritura y lo impreso en la comunicación de los medios electrónicos y de la dinámica de solapamiento y recurrencia entre los nuevos y los anteriores modos de las tecnologías de la palabra, véase Ong (1967, pp. 89 y ss.).

no es otra cosa que el propio individuo. Como afirma Broncano, es posible considerar que “en un sentido muy particular, los propios individuos sean en parte ‘artefactos’. Este estatus explica que puedan desarrollar capacidades que biológicamente no habrían alcanzado, como el lenguaje y la capacidad comunicativa, la capacidad de diseño técnico, la capacidad de pensamiento conceptual y otras tantas propias de la especie humana” (2009, p. 51). No hay ausencia en la relación interaccional que acontece entre distantes protésicamente comunicados o enlazados.

Es otra dado que los objetos que materializan a las “interfaces artefactuales”, al tiempo que conducen la comunicación, disciplinan y constriñen al cuerpo. En la operación de conducción emergen formas nuevas para el procesamiento de la información y para el proceso de darla a conocer. La comunicación asume modos diferentes, signados por los alcances precisos de la técnica. El cuerpo, compelido por las formas de los artefactos técnicos, asume maneras especiales de realizar el acto de comprender y de presentarlo. Emergen modos de saber y de comunicar inéditos, fruto tanto de reinscribir y resignificar los ya conocidos, como de la creatividad a que, en ocasiones, compele la novedad. Es una relación dialéctica que vincula al *quien* y al *qué* de la comunicación interaccional con todo el conjunto complejo a lo que esto remite: al menos, la vinculación entre el pasado y el futuro y la propia relación entre el tiempo y el espacio. Estas alteraciones, sin embargo, no son exclusivas de las tecnologías comunicacionales contemporáneas, pero alcanzan a través de ellas particularidades que definen un orden comunicacional diferente.

El tratamiento del tiempo y de la novedad implica un punto de diferenciación entre los modos anteriores de la comunicación, especialmente la comunicación masiva, y la comunicación digital, aunque en ambas –y en forma constante e incremental desde la introducción de la escritura– la temporalidad se especifica en su vínculo con el tratamiento de otro aspecto crítico: el espacio. La particularidad de ese enlace está dada, paradójicamente, por la desconexión espacio-temporal del proceso comunicativo. Esta bifurcación del espacio y el tiempo admite formas diferentes según el tipo técnico de la mediación: en la escritura y en especial en lo impreso, ambos están diferidos, tanto para el productor/emisor como para el receptor. En los medios electrónicos de comunicación masiva, la “simultaneidad despacializada” muestra cómo se difiere el espacio y se contrae el tiempo. En la comunicación digital asistimos a la reintroducción de la coincidencia espacio-temporal, en particular evidenciada en los procesos interaccionales, dado que admite, al menos, dos significados para la interacción: la interacción entre el

individuo y la máquina y la interacción entre individuos, mediada por la “interfaz artefactual”. Esta dualidad permite y a la vez complejiza la reintroducción de la simultaneidad.

En la comunicación digital hay una espacialidad específica y original: lo virtual es en sí mismo un escenario –quizá denote, como ningún otro espacio social, la raigambre dramática de la idea de escenario, con sus regiones anteriores y posteriores, con su prosenio y su platea. Implica además una actualización específica de la relación entre *superficie* y *profundidad*, entre *lo visible* y *lo invisible*: el sujeto opera la comunicación sobre una superficie, que es puerta de entrada para un procesamiento y devolución de la información que se realiza en lo profundo e inaccesible de la máquina que procesa y computa.

El espacio de despliegue donde se opera la comunicación (para decirlo sin más: la pantalla) es el escenario común de los interlocutores mediados por las “interfaces artefactuales”. Si la “simultaneidad despacializada” de los medios de masas creaba una percepción del “ahora” no atada al tiempo y un ámbito desligado del espacio que se nomina “global”, la comunicación digital relocaliza la despacialización mediante la noción de *ubicuidad* y recrea el tiempo de modos imprevistos. Redescubriendo la diferencia espacio-temporal, deconstruye también la ruptura entre producción y recepción: no solo porque la respuesta ahora puede ser inmediata, también porque el receptor funge en productor. Las tecnologías comunicacionales contemporáneas no son máquinas triviales. Por ellas mismas, permiten el procesamiento de la información; por su articulación en red, abren canales para su difusión ampliada. En los intersticios de los flujos de comunicación, una curiosa hibridez entre la complejidad cultural tecnológica y una recidiva artesanal (Cafassi, 1998) aumenta las fuentes de irritación de la comunicación, incorporando ahora al actor individual en la construcción mediada de la realidad social.

La comunicación digital se caracteriza por su organización en red, una idea que es plétora de remisiones a la recursividad, a la difuminación de las jerarquías y a la condición de reciprocidad ampliada. Son incontables las aperturas que el modelo de la red provee para la comunicación –en un sentido estricto, para la intensificación de su improbabilidad– y, específicamente, para la interacción –en un sentido amplio, para la diversificación de su posibilidad–. En el orden de su reciprocidad ampliada puede considerarse la ya enunciada probabilidad de reunificación, claro que no absoluta, de las instancias de producción y recepción. Es oportuno advertir, con todo, que la distancia continuará siendo un nomenclador de esas interacciones: la comunicación mediadas por las “interfaces artefac-

tuales” contemporáneas es “intensa y de breve duración. Las comunicaciones rompen con la narración en beneficio de la brevedad del mensaje [...]. Las comunicaciones no refieren a la cultura en proximidad, sino a *distancia* [que] implica la procedencia distante de la comunicación. [...] Sus principios rectores son la intensidad, la brevedad y la ausencia de continuidad narrativa” (Lash, 2005, p. 342).⁵

La metáfora de la red, con sus posibilidades para la reintroducción de la inmediatez en la interacción mediada, permite reconsiderar la caracterización de la realidad construida por la comunicación y que, en los medios de masas, se revelaba doble: construcción de sus operaciones y construcción de su versado interpretativo del mundo. Para el interés inmediato, vale reconsiderar el estatus del sustrato maquinal o artefactual que condiciona la realización de sus operaciones. Propongo perseguir esta idea bajo la tesis de una reintroducción del aparato técnico en la comunicación, ahora ya no como externalidad posibilitante, sino como condición interna y participante: en esto ha de reconocerse una especificidad de las “interfaces artefactuales” contemporáneas consideradas como prótesis ampliativas. El supuesto tras esta remisión a la técnica, tras buena parte de las especificidades que se han denotado para la comunicación digital y en especial tras todo *atreimiento especulativo* sobre las “interfaces artefactuales”, es la “interactividad”.

La noción de “interactividad” es un concepto en disputa. La controversia gira en torno a su definición y composición teórica, tanto como a su alcance empírico. En especial en el campo de la teoría y de los estudios de la comunicación, ha suscitado un largo e intenso debate; pero también se recurre a ella en otras arenas disciplinares como la informática y el diseño. La idea de “interactividad” es una categoría de encrucijada, que solapa perspectivas teoréticas, referencias empíricas y campos disciplinares, lo que se evidencia en las múltiples respuestas a una interrogante inicial: la que inquiere acerca del lugar donde reside o se despliega la “interactividad”. Aquí no trataré de dar cuenta de una posible resolución del problema conceptual que arrastra la noción, ni tan siquiera se intentará zanjarse la pregunta por su *locus*, algo que extravía la potencialidad heurística de la noción en el derrotero de una voluta sin fin. Antes que eso, intentaré capturar peculiaridades e indicios que permitan narrar las formas en que la “interactividad” participa en la comunicación y en el juego interaccional mediado por las “interfaces artefactuales” de la comunicación digital.

Un acuerdo general radica en el hecho, de un lado, de vincularla con las tecnologías digitales; de otro, de señalar con ella la existencia de, al menos, un grado de reciprocidad entre los par-

⁵ Y agrega, acto seguido: “La comunicación, y acaso ya no el ‘acto social’, es la unidad contemporánea de análisis”.

ticipantes de la comunicación mediada y la idea, más difusa, del papel activo del receptor. Esto último evidencia cierta dependencia con los regímenes comunicacionales previos, en el sentido de que la “interactividad” se define por su diferencia comparativa y no por las operaciones que crea, permite o actualiza por sí misma.

La exploración de esas diferencias en la definición de la noción pueden organizarse mediante una triple distinción en lo que propongo denominar *modos* de la “interactividad”:⁶ 1) el modo de la interactividad como propiedad de los artefactos técnicos; 2) el modo de la interactividad como organización de la relacionalidad comunicacional, en dos variantes: entre el individuo (usuario) y el artefacto, y entre individuos (uno a uno, uno a muchos, o muchos a muchos); y 3) el modo de la interactividad como experiencia subjetiva, especialmente ligada a la percepción y la actividad del individuo (usuario).

Estos *modos* indican la organización de recursos abiertos a otras *modalizaciones* y, también, la existencia de vínculos traslapados entre ellas. En este sentido, es posible recuperar dos definiciones de la “interactividad” que, cada una con sus énfasis, vinculan estas modalizaciones y las sintetizan. Para Spiro Kiouisis, la “interactividad” puede concebirse

[...] como el grado en el que una tecnología de comunicación puede crear un entorno mediado en el que los participantes pueden comunicarse (uno-a-uno, uno-a-muchos y muchos-a-muchos), de forma sincrónica y asincrónica, y participar en intercambios de mensajes recíprocos (*third-order dependency*). Con respecto a los usuarios humanos, además refiere a la capacidad de percibir la experiencia como una simulación de la comunicación interpersonal y aumentar su conocimiento en la telepresencia (2002, p. 372, traducción propia).

Por su parte, para Russell Richards

la interactividad es una funcionalidad contextual que media entre entornos, contenidos y usuarios, y permite la *creación* de contenidos adicionales. Se trata de un proceso dinámico e interrelacionado. Los modos interactivos ponen a disposición contextos cualitativamente diferentes respecto de los tipos de entornos, contenidos y posiciones (Bourdieu) ocupadas por el usuario (2006, p. 532; las cursivas proceden del texto original).

La “interactividad” en red admite la comunicación de la presencia en múltiples espacios: en los definidos de manera sensible (tra-

⁶ La tríada, en parte, surge de reformular y reconstruir las distinciones interpretativas que realizan varios investigadores en sus análisis de la historia del concepto. Véanse, entre otros, Kiouisis (2002), Richards (2006), Bucy (2004), Stromer-Galley (2004).

dicional) y en los configurados por la virtualidad. Trabajando en la superficie de la interfaz, merced a las operaciones conmutadas por el artefacto invisible, el individuo crea vínculos traslapados de comunicación e interacción: atraviesa el tiempo instantáneamente, produce la ubicuidad de su presencia. Pero lo hace, por cierto, desde su contexto y ambiente presencial, generando así ambientes traslapados de experiencia presencial y virtual.

Un indicio para ilustrar esta cuestión es la sugerencia de Goffman acerca de la “experiencia vicaria” que conceden los medios de masas. Se trata de una solución para que los interactuantes mantengan el carácter alto –esto es, para que sostengan expresiva y cognitivamente la autocomprensión de su fachada–, sin arriesgar el cuidado de la cara. Las experiencias vicarias “describen juegos de azar prácticos, competiciones de carácter y acción seria. Todo esto puede implicar una ficción, una biografía o la visión de la actividad fatal desarrollada en ese momento por algún otro. Pero en apariencia siempre se presenta el mismo catálogo muerto de exhibiciones vivas. En todas partes se nos proporciona la oportunidad de identificarnos con personas reales o ficticias dedicadas a actividades fatales de diversas clases, y de participar en esas situaciones de forma vicaria” (Goffman, 1970, pp. 230-231). La interacción mediante la “interactividad” es solo en parte una experiencia vicaria, dado que en gran medida se realiza desde los mundos protegidos de la intimidad. Pero en tanto a través de ella el sujeto se da a conocer, se presenta a otros y selecciona comunicaciones de forma pública, el catálogo adquiere vida y ya no da cuenta de todas las exhibiciones vivas posibles, sino que se expone a la contingencia y a la imprevisibilidad.

Las interfaces artefactuales reintroducen en la interacción mediada, las propiedades de la interacción cara a cara. Recupera los géneros de la oralidad, pero ahora en claro acoplamiento con los modos de la comunicación masiva. Se trata de la “convergencia entre la comunicación uno-a-uno (como el teléfono, pero obviamente sobre todo como el diálogo entre presentes) y uno-a-todos, es decir la comunicación de masas, y esto principalmente porque se ha creado un nuevo ‘partner comunicativo’ (la terminal de computadora), que es capaz de asumir tanto un papel reactivo como de consulta” (Esposito, 2001, p. 189, traducción propia).

En tanto estas recuperaciones se articulan de un modo dado por las posibilidades operativas de la computadora en tanto dispositivo interactivo, este tipo de interacción asume un particular sentido de intensidad. Como en toda comunicación, los géneros permiten establecer estilísticamente diferenciaciones internas para producir nuevas irritaciones. La “interactividad”, con sus funcionalidades

exigidas de autoevidencia y con la producción comunicacional de palimpsestos expresivos que permite, crea nuevas perspectivas para construir disonancias: aumenta, así, el flujo y reflujo de la comunicación sistémica. Invisibiliza el medio, permite no darlo por supuesto y, con ello, refunda la intensidad, no ya la de los rituales copresenciales, sino la de las interacciones virtuales. El desliz de Collins en sus objeciones sobre la falta de intensidad de las interacciones mediadas es presuponer que aquella es una propiedad de la interacción: como se sabe con McLuhan, la intensidad es un problema del medio donde se realiza el proceso y procede de la distinción entre “medios fríos” y “medios calientes” (McLuhan, 1969, pp. 46-67).

Por último, debe destacarse que la “interactividad” de las interfaces artefactuales no representan solamente una herramienta para la interacción ampliada, instantánea y ubicua, sino también una oportunidad para el repliegue sobre la subjetividad –y con esto, la emergencia de nuevas observaciones. Como explicita Rafaeli: “Tanto los propios medios de comunicación como la experiencia de la exposición a la comunicación de masas han sido descriptos como ‘una ventana al mundo’ [...]. ¿La presencia de disposiciones interactivas en algunos medios de comunicación convertirá esta proverbial ventana también en un espejo? A través de la interactividad, el uso de los medios de comunicación puede ofrecer oportunidades para la introspección y no solo de inspección del mundo” (1988, p. 129).

Aperturas

Contar con una noción apropiada de los procesos interaccionales que ocurren bajo las condiciones de la comunicación contemporánea –tarea a la que intento contribuir aquí, al menos mostrando caminos para ese debate– es una condición sustantiva para el propósito de observar la operación de unas tecnologías de la comunicación específicas, las interfaces artefactuales, en su acoplamiento problemático con toda la serie de modalidades metodológicas para la mediación, estabilización y dinamización de la experiencia social.

En efecto, conjeturo que los procesos socioculturales de la comunicación contemporánea tienen ocurrencia y pueden observarse principalmente en el marco de operación de los sistemas de interacción. Y, para esto, es precisa la recuperación crítica del propio estatus teórico del problema de la interacción: al diferenciar la interacción en una tipología que la libera del corsé de la copresen-

cia, puntualizando los sucesivos cambios y transformaciones en el dispositivo de métodos con los que los actores producen y mantienen un orden interaccional, he intentado mostrar el carácter histórico y contextual de la interacción y de sus elementos constitutivos.

La indexicalidad, por caso, no es una operación cerrada sobre sí, sino que está abierta a permutaciones operativas que devienen de los sustratos mediales de los que la comunicación se sirve para emerger. El examen de los distintos modos de la comunicación en los sistemas y rituales de interacción configura una descripción teórica de ese proceso de transformación. Cuando la atención se posa sobre las alternativas que se expanden bajo la operación de la interactividad, como propiedad de la interacción mediada por las interfaces artefactuales, podremos describir los modos en que el dispositivo etnometodológico de los actores se acopla, se disloca, se resignifica e innova.

Bajo el signo de estas transformaciones y de las características propias de la comunicación digital se crean las semánticas que hacen posible la emergencia de la comunicación en procesos interaccionales deslocalizados: la indexicalidad interactiva permite logros prácticos ubicuos, asegurados por marcos de experiencia cuya construcción es azuzada por un tipo de especial de tecnología de la comunicación. En el género de la comunicación contemporánea convergen la oralidad, la escritura y los medios masivos para dar cauce a géneros expresivos originales, fundados en tal concurrencia de tecnologías comunicacionales. Los géneros construyen la realidad, en este caso, la de los contextos y mundos traslapados que permite la comunicación digital y donde la *interacción* encuentra un nuevo horizonte de realización.

Bibliografía

- Broncano, F. (2009), *La melancolía del ciborg*, Barcelona, Herder.
- Bucy, E. (2004), "Interactivity in Society: Locating an Elusive Concept", *The Information Society*, vol. 20, N° 5, Taylor & Francis Inc.
- Cafassi, E. (1998), "En los umbrales", en Cafassi, E. (comp.), *Lazos virtuales*, Buenos Aires, Biblos.
- Collins, R. (2009), *Cadenas de rituales de interacción*, Barcelona, Anthropos; México, Universidad Autónoma Metropolitana; México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales; Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.
- Eisenstein, E. (1994), *La revolución de la imprenta en la Edad Moderna europea*, Madrid, Akal.
- Esposito, E. (2001), *La memoria sociale. Mezzi per comunicare e modi di dimenticare*, Roma-Bari, Laterza.

- (2004), “The Arts of Contingency”, *Critical Inquiry*, vol. 31, N° 1, The University of Chicago Press.
- Ferraris, M. (2008), *¿Dónde estás? Ontología del teléfono móvil*, Barcelona, Marbot.
- Ginzburg, C. (1994), *Mitos, emblemas e indicios*, Barcelona, Gedisa, “Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciales”.
- Goffman, E. (1970), *Ritual de interacción*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo.
- (2006), *Frame Analysis. Los marcos de la experiencia*, Madrid, Siglo XXI editores, CIS.
- Kiousis, S. (2002), “Interactivity: a concept explication”, *New Media & Society*, vol. 4, N° 3, Londres, Thousand Oaks y Nueva Delhi, SAGE.
- Lash, S. (2005), *Crítica de la información*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Luhmann, N. (1982), “Interaction, Organization, and Society”, *The Differentiation of Society*, Nueva York, Columbia University Press.
- (1990), “Modes of Communication and Society”, *Essays on Self-Reference*, Nueva York, Columbia University Press.
- (1994), “La diferenciación evolutiva entre sociedad e interacción”, en Alexander, J. et al., *El vínculo micro-macro*, Guadalajara, México, Universidad de Guadalajara-Gamma Editorial
- (2000), *La realidad de los medios de masas*, Barcelona, Anthropos; México, Universidad Iberoamericana.
- (2002), “La forma escritura”, *Estudios Sociológicos*, vol. XX, N° 58, México, El Colegio de México.
- (2007), *La sociedad de la sociedad*, México, Herder-Universidad Iberoamericana.
- McLuhan, M. (1969), *La comprensión de los medios como las extensiones del hombre*, México, Diana.
- Ong, W. (1967), *The Presence of the Word. Some Prolegomena for Cultural and Religious History*, New Haven, Londres, Yale University Press.
- (1977), *Interfaces of the Word. Studies in the Evolution of Consciousness and Culture*, Ithaca, Londres, Cornell University Press.
- (1987), *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Rafaeli, S. (1988), “Interactivity: From New Media to Communication”, en Hawkings, R. P., J. M. Wieman y S. Pingree, *Advancing Communication Science: Merging Mass and Interpersonal Processes*, Newbury Park, SAGE.
- Richards, R. (2006), “Users, interactivity and generation”, *New Media & Society*, vol. 8, N° 4, London, Thousand Oaks y Nueva Delhi, SAGE.
- Scolari, C. (2004), *Hacer clic. Hacia una sociosemiótica de las interacciones digitales*, Barcelona, Gedisa.
- Stiegler, B. (2003a), *La técnica y el tiempo. 1. El pecado de Epimeteo*, Hondarribia, Hiru.
- (2003b), *La técnica y el tiempo. 2. La desorientación*, Hondarribia, Hiru.
- (2004), *La técnica y el tiempo. 3. El tiempo del cine y la cuestión del malestar*, Hondarribia, Hiru.

- Stromer-Galley, J. (2004), "Interactivity-as-Product and Interactivity-as-Process", *The Information Society*, vol. 20, N° 5, Taylor & Francis Inc.
- Thompson, J. B. (1998), *Los media y la modernidad. Una teoría de los medios de comunicación*, Barcelona, Paidós.
- (2002), *Ideología y cultura moderna. Teoría crítica social en la era de la comunicación de masas*, México, Universidad Autónoma Metropolitana.

(Recibido el 12 de febrero de 2013.)

(Evaluado el 1 de marzo de 2013.)

Autor

Federico Gobato es maestro en Ciencias Sociales (Flacso, México), docente e investigador en el Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Quilmes. Investiga sobre los problemas asociados a la relación entre sociedad, comunicación y tecnología, desde las perspectivas de la sociología cultural y la teoría de sistemas.

Publicaciones recientes:

— "Los giros del helicoide. Avatares en la construcción de un tema y un problema de investigación", en Cortés, F. et al. (coords.), *El helicoide de la investigación: metodología en Tesis de Ciencias Sociales*, México, Flacso México, 2012

— "Interfaces artefactuales, cuerpo e interacción", en Méndez, J. L. y A. Torrentera (coords.), *Filosofía y antropología: interconexiones*, México, CIESAS, Jitanjáfora, (en prensa).

Cómo citar este artículo

Gobato, Federico, "La interacción social en la comunicación contemporánea", *Revista de Ciencias Sociales, segunda época*, año 4, N° 23, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, otoño de 2013, pp. 49-69, edición digital. En línea: <<http://www.unq.edu.ar/catalogo/311-revista-de-ciencias-sociales-n-23.php>>.



Luz María Garay Cruz

Estudiantes, usos de tecnologías digitales en ámbitos de vida cotidiana y escolar.

RETOS DE FORMACIÓN PARA LOS DOCENTES

Introducción

Uno de los problemas que frecuentemente se escuchan en sesiones de trabajo colegiado entre los docentes de distintos niveles educativos está relacionado con el uso que hacen los estudiantes de los recursos tecnológicos digitales, especialmente de la computadora y la red internet en sus prácticas escolares.

Las quejas más constantes son que los niños y los jóvenes usan las tecnologías solo para “perder el tiempo”, entretenerse y malgastar sus recursos. Algunos profesores opinan que hacen un mal uso de dichas tecnologías, en especial de internet (páginas web), porque copian y pegan información en los trabajos escolares, mientras que otros ni siquiera demuestran interés por los usos y la presencia que tienen las tecnologías de información y comunicación (TIC) en la vida cotidiana y escolar de sus estudiantes.

En las escuelas se hacen esfuerzos para que los docentes usen los recursos tecnológicos digitales (computadoras, internet y sus diversos entornos) a fin de que logren integrarlos en su práctica docente; se imparten cursos para diseñar estrategias didácticas que les faciliten el trabajo. Sin embargo, no se ha logrado del todo esa inserción de las TIC en las prácticas escolares y tampoco se ha generado (en términos generales) que los docentes acepten los diversos usos que los niños y jóvenes hacen de esas herramientas.

Lo hasta aquí descrito no es una novedad, es una situación constante en las escuelas, institutos y universidades. Muchas preguntas están en el aire y los retos tanto para las instituciones educativas como para los docentes siguen presentes.

Existen diversas posibilidades para analizar esta problemática actual en el entorno educativo. En dicho sentido una primera reflexión en este texto está relacionada con las dinámicas comunicativas que se han generado especialmente entre los jóvenes, en especial aquellos que han sido llamados nativos digitales. Antes de iniciar esta reflexión vale la pena recordar algunas de las características que Marc Prensky (2001) mencionó para definir a los nativos digitales.

Los nativos digitales son generalmente jóvenes “multitarea”, lo cual significa que ellos, por ejemplo, pueden estar realizando de manera simultánea varias tareas, como escuchar música y escribir un texto mientras mantienen una o más conversaciones en el Messenger. Asimismo, estos individuos se caracterizan por ser más gráficos que textuales, entender más rápidamente imágenes que texto, preferir la lectura de documentos hipertextuales; ellos aparentemente funcionan mejor al trabajar conectados en la red y, al parecer, también buscan gratificaciones casi instantáneas (Prensky, 2001).

Otra forma como se ha denominado a estos jóvenes es *media generation*, en referencia directa a la posibilidad que ellos tienen actualmente de poder usar tecnologías de información y comunicación para la elaboración de sus propios mensajes, en sus propios espacios. Prueba de ello son los diversos entornos digitales que promueven la formación de redes sociales, como Facebook y Twitter, entre otros espacios expositivos como los blogs y las páginas personales. En todos estos entornos los jóvenes tienen la posibilidad de montar la información que quieren en distintos formatos haciendo uso del lenguaje multimedia, entendido este como uso de texto, imagen y sonido (Hidalgo, 2009).

Ahora bien, no es solamente la aparición de estos espacios lo que posibilita la construcción de espacios propios, sino que de igual forma esto se debe a la creciente oferta de equipo, como cámaras digitales, teléfonos celulares, iPods, memorias portátiles, agendas electrónicas y un largo etcétera de *gadgets* tecnológicos que, gracias al fenómeno de la convergencia digital, permiten a los usuarios elaborar complejos productos que pueden ser compartidos en línea o enviados de manera casi simultánea. En resumen, esos productos pueden ser expuestos a los ojos del mundo entero, siempre y cuando exista la tecnología de soporte para ello.

Usuarios jóvenes de internet

Si bien no se puede hablar de una generalidad de uso, sí existe una cierta consistencia en cuanto a los hábitos de uso de estos jóvenes internautas y algunas características que ha mencionado Prensky (2001) acerca de los nativos digitales, ya que ellos hacen uso de la red y *gadgets* tecnológicos como parte de su rutina de vida diaria. Es a esto a lo que los jóvenes por diversos motivos dedican un buen número de horas al día: buscan información para tareas escolares, para organizar actividades de esparcimiento; se apoyan en la red para planear muchas cosas de su vida cotidiana (comprar boletos de cine, adquirir discos, bajar y almacenar música, subir fotos, manejar sus agendas, etcétera).

Si tuviéramos que dar algunas características de los jóvenes internautas nativos digitales, podríamos decir que 1) son creativos, 2) curiosos, 3) que nacieron y crecieron con medios interactivos e inalámbricos, 4) que poseen gran número de medios portátiles propios, 5) que adoptaron como suyas las tecnologías móviles e internet, 6) que son *multitasking* (multitarea), 7) que están acostumbrados al engranaje mediático, y 8) que tienen interés en la interconexión.

La definición de los nativos digitales ha generado mucha controversia, y como el fin de este texto no es entrar en ella, solo mencionaremos que coincidimos en varios puntos de vista con Prensky en la caracterización que hace de esos sujetos. Sin embargo, siempre será necesario ubicar los contextos socioculturales y los momentos históricos de los sujetos para poder entender la dinámica de sus prácticas sociales. Es muy claro que no es posible hablar de la generalidad de los jóvenes, pero sí de un alto porcentaje que puede ajustarse al perfil que brevemente hemos descrito en párrafos anteriores.

¿Qué pasa con las formas de interactuar?

De entre la gran cantidad de preguntas que surgen al reflexionar en torno de estos temas, me interesa destacar las siguientes: ¿de qué forma está cambiando la conducta humana la interacción con computadoras, los dispositivos móviles y la conexión permanente a la red?; ¿qué pasa en realidad con las redes sociales de estos jóvenes?, ¿serán espacios reales de interacción o se están convirtiendo más en un escaparate de fotos, avisos y recordatorios de eventos?

Las respuestas no son fáciles. Si nos guiamos por una definición muy sencilla de lo que es una red (y la entendemos como una forma

de interacción social que está definida por un intercambio dinámico entre personas, grupos e instituciones en contextos muy complejos, esto es, como sistemas abiertos y en construcción permanente que involucra a conjuntos que se identifican en las mismas necesidades y problemáticas y que se organizan para potenciar sus recursos), podríamos decir que, en efecto, debido al uso que hacen la mayoría de los jóvenes, estas redes se están convirtiendo más en un espacio de exposición que de comunicación. Pero no sería justo quedarse en este nivel.

Es acertado afirmar que los espacios en internet que permiten la conformación de redes sociales ofrecen otras posibilidades comunicativas a los jóvenes, pues ellas también se dedican a propiciar contactos afectivos nuevos, buscar pareja, amistades, compartir intereses sin fines de lucro, por ejemplo. En las redes sociales es posible interactuar con otras personas aunque no las conozcamos, el sistema es abierto y se va construyendo obviamente con lo que cada suscriptor aporta a la red, de tal forma que cada nuevo miembro que ingresa transforma al grupo en otro nuevo.

Las redes permiten a los jóvenes hallar a otros con quienes compartir intereses, preocupaciones o necesidades, y aunque no sucediera más que esto ya sería mucho, porque rompe el aislamiento que puede aquejar a un gran número de jóvenes, lo cual suele manifestarse en retraimiento y, otras veces, en excesiva vida social sin afectos comprometidos. Las redes sociales pueden dar al anónimo popularidad, al discriminado integración, al diferente igualdad, etcétera.

Un punto más a destacar es que, si bien en muchos casos los jóvenes utilizan identidades diferentes, se puede afirmar que en términos generales no lo hacen. De ahí que espacios como Facebook y Twitter sean escenarios en los cuales los protagonistas son ellos; las opciones que tienen para personalizar esos espacios son casi inimaginables. Quizá justo por ello es que estos jóvenes prefieren utilizar su verdadera identidad: sus perfiles son fuentes de información acerca de edades, gustos, escuelas, grupos de pertenencia y demás elementos que le permiten a los visitantes de las páginas saber cosas de ellos. Por supuesto, se trata de datos que se quieren compartir. Esto da pie a una reflexión más profunda que, sin duda, es necesario concebir como un tema pendiente de investigación.

¿Cómo escogen los jóvenes qué información compartir, qué fotos subir, qué videos ubicar en sus espacios, qué mascota virtual poner, qué encuestas contestar y cuáles no? Este es un interrogante sobre cuya respuesta es necesario avanzar, en virtud de que esas decisiones están directamente vinculadas a los objetivos o propósitos de comunicación que tienen los jóvenes y constituyen parte de su

identidad, la cual se ve reflejada en sus espacios; y ellos lo saben. Tal vez no se ha hecho ya del todo evidente para ellos, pero la selección de fotos, música, etcétera, es decir, de todos los datos elegidos para compartir, cobra mucho sentido y posee varios niveles de interpretación a los ojos de un análisis más riguroso.

Por otro lado, habría que preguntarnos también qué tan importante son las redes sociales como para que los jóvenes midan a través de ellas sus propios índices de popularidad. ¿De verdad será tan importante el número de amigos que tienen en sus redes? ¿Es más importante quiénes están en sus redes? ¿Cuántas veces son “etiquetados”? ¿Quiénes escriben en sus muros? ¿Cuál es el número de comentarios que tienen sus fotos? ¿Cuáles los regalos que les mandan?

Una cuestión que es necesario e importante tener presente es que todo, absolutamente todo, es *visible* para los demás, para aquellos que forman parte de la misma red. Es en este punto en el cual el fenómeno de la interacción comienza a cobrar más sentido para nosotros, pues en estos espacios existe un proceso comunicativo asíncrono entre varios usuarios.

Los espacios de las redes sociales tienen varios recursos internos que, sumados al uso de los *gadgets* tecnológicos digitales que hemos mencionado, como el teléfono celular, las cámaras digitales y el iPod, han permitido que los jóvenes usuarios den rienda suelta a su creatividad para exponer y compartir información con sus pares. Por ejemplo, intercambian mensajes en los muros (espacio en donde se puede establecer un ir y venir de saludos, comentarios y algunas breves y fragmentadas conversaciones asíncronas), mantienen una conversación sincrónica a través de un mensajero instantáneo (como en Facebook). Los álbumes fotográficos en donde pueden comentar sus fotos, el espacio de mensajes, los avisos son otros recursos que ofrecen a los chicos distintas maneras de estar en contacto.

Es en estos ambientes digitales donde se materializa de forma muy evidente la concepción y la ruptura del espacio temporal de la comunicación y la circulación de la información. Este complejo fenómeno ahí se materializa, ya que el acceso a tales ambientes es libre, está disponible a la mirada de quienes estén interesados en saber, asomarse y ver por una ventana la casa del vecino. Sin embargo, la diferencia es que en estos espacios todos deciden qué exponen y con quiénes se comunican.

Cabe aclarar aquí que el tema no se refiere a un asunto de contenido, lo cual nos llevaría a otra reflexión muy diferente; la intención es observar qué uso hacen de esas redes los jóvenes, qué formas de comunicarse establecen, cómo priorizan sus intereses.

Vemos pues que en estos espacios los jóvenes pueden compartir aquellos aspectos de su vida cotidiana que consideran importantes. De tal forma, por un lado, las redes digitales fortalecen las redes sociales presenciales y, por el otro, abren espacios para la creación de grupos virtuales en los cuales basta con ser amigo de un amigo para ser aceptado.

Es difícil llegar a abarcar todas las temáticas que van surgiendo alrededor de este tema tan complejo, pues es obvio que mientras se escriben estas líneas seguramente las redes se están modificando, es decir, se están creando nuevos usos de las mismas y generándose nuevas estrategias para su apropiación.

Entre las tareas que tenemos pendientes, más allá de cómo llamemos a esta generación de jóvenes usuarios de la red, es construir por lo menos un registro y noción de sus actividades en la red, de sus páginas personales y sus redes sociales. Dicha tarea ofrece varias líneas interesantes de reflexión, y por supuesto una de ellas está relacionada con el uso que hacen o pueden hacer los niños y jóvenes de estos recursos tecnológicos en los espacios educativos.

Usos de entornos digitales de internet entre jóvenes universitarios

En este apartado del texto se presentarán algunos datos, resultado de una investigación realizada en 2011, coordinada por Luz María Garay C., con jóvenes estudiantes de la Universidad Pedagógica Nacional (UPN), que nos permitirán identificar y ejemplificar algunos de los usos que los jóvenes hacen de los recursos digitales en entornos escolares.

Para empezar era importante conocer las principales actividades que realizan los jóvenes estudiantes en internet. Estas fueron: búsqueda de información, uso del correo electrónico, realización de actividades escolares, uso de Messenger, uso de redes sociales.

Los jóvenes reportan la realización de actividades escolares en tercer lugar. Ello se debe a que encuentran ventajas en la red: obtención de información de una manera más rápida y actualizada, diversidad de material para consultar, contactos con amigos. Las actividades que dicen realizar con más frecuencia en relación con las actividades escolares son: elaborar tareas, chatear, revisar el correo electrónico, hacer uso de redes sociales, ver videos y películas, revisar y descargar documentos.

Al ser cuestionados sobre la importancia de la computadora e internet en su formación académica, opinan lo siguiente:

[Es] muy importante, pues la computadora la utilizo para realizar mis tareas, e internet para complementar la información que me proporcionan los profesores (Jazmín).

[Es] muy importante, pues nos facilita el trabajo de buscar la información, además nos ahorra tiempo (Alejandra).

Al indagar sobre los recursos que emplean para obtener información, reportan hacer uso de periódicos y revistas en línea, blogs especializados, canales de video (Youtube), libros digitales.

También era importante saber si los estudiantes siguen algún criterio para elegir la información más conveniente para sus trabajos. Respondieron que algunas valoraciones son la fuente de la que proviene, si pertenece a académicos o investigadores, si es respaldada por alguna institución, si se encuentra en páginas especializadas o si es recomendada por profesores.

Sobre las redes sociales, reportan varios usos, desde el entretenimiento y contacto con amigos, hasta la organización para trabajos escolares en el caso de los estudiantes universitarios. Al respecto dicen lo siguiente:

Facebook empezó como entretenimiento, posteriormente fue un medio para organizar trabajos en equipo, al igual que el correo electrónico (Jazmín).

Facebook y Hotmail. Sobre todo para fines escolares, no me gusta conectarme para platicar (Pamela).

Facebook para platicar con mis amigos (Salvador).

MSN para tareas, Facebook para amigos y tareas, Twitter amigos y periódicos (Melissa).

Facebook y Twitter para relacionarme con otras personas y desahogarme (Alejandra).

Como es evidente, la mayoría de los entrevistados utilizan Facebook y correo electrónico para organizar los trabajos. Además, afirman que los profesores acuden al correo electrónico para enviar tareas, avisos, lecturas, etcétera.

Dado que utilizan las redes mencionadas para las tareas escolares, se les preguntó a los alumnos cómo realizan el trabajo en equipo vía internet. La mayoría coincidió en que primero se reúnen para discutir el tema a investigar; posteriormente, dividen el

trabajo y acuerdan un horario para conectarse a la red (Facebook, MSN o correo electrónico). Por último, un integrante es el encargado de reunir, unificar y reenviar la información al resto del equipo para verificar que el trabajo esté bien elaborado.

Otro aspecto importante era conocer si la red es considerada por los estudiantes universitarios como una herramienta eficaz para estudiar y por qué. Algunas respuestas fueron:

Sí, pero depende de cómo se utilice. Si la utilizan alumnos de secundaria solo para copiar y pegar la información, pues no les sirve, ya que no les deja algo significativo. Pero en mi caso busco información para complementar y ver las cosas de diferentes perspectivas; además nos enseña un panorama más amplio de los temas (Jazmín).

Sí, por el acceso, y no, porque cuesta un poco de trabajo expresar todo lo que se quiere decir, es difícil ser clara mediante una computadora (Pamela).

Sí, porque en la actualidad nos ofrece mucha información, nos enseña a ser selectivo y a sintetizar la información (Salvador).

Sí, siempre que se haga con cuidado, revisar las fuentes de información y no utilizar las primeras que señala el buscador (Melissa).

No, bueno, siempre y cuando se compare información y sepamos seleccionar la que nos es útil y descartar la que no es fiable (Alejandra).

Es evidente que los jóvenes estudiantes universitarios consideran muy importante la computadora e internet en su formación académica, pues les permite realizar sus tareas e investigaciones de una manera más rápida. Además, les permite consultar diversos documentos que complementan a los libros. Utilizan las redes sociales y el correo electrónico como un medio de comunicación con sus amistades, pero también como medio de organización para trabajos escolares. Sin embargo, son conscientes de los riesgos al elegir sus materiales, por lo tanto están aprendiendo a ser selectivos con los documentos y materiales que necesitan para la realización de sus tareas académicas.

Es claro que antes han pasado por procesos de apropiación de estos entornos, pues forman parte de su vida cotidiana, tal como lo plantea Silvia Bacher (2009). Las TIC son parte central de su mundo, y los usos que hacen de estos recursos digitales para sus actividades

académicas responden a una experiencia solitaria y empírica; es necesaria la guía de los docentes que los acompañan, por lo menos en los procesos educativos formales.

El reto está en lograr articular los esfuerzos de la escuela y los docentes con las necesidades de formación de ambos; es claro que estas necesidades no son necesariamente habilidades tecnológicas, sino cognitivas.

Reflexiones finales

Los resultados que se obtuvieron de la población estudiantil de la UPN nos permiten ver (y tratar de generalizar) claramente el nivel de importancia que tienen las TIC para las actividades cotidianas de aquellos jóvenes que tienen acceso a computadoras e internet en sus casas y escuelas.

Resulta interesante encontrar que los jóvenes reportan que el aprendizaje para usar los recursos no fue necesariamente formal. Hay un componente social (la familia y los amigos) que les enseña de manera informal a hacer uso de los recursos. Este dato nos lleva a pensar que, si bien en las escuelas se brinda acceso a los equipos, parecieran no existir estrategias de formación sobre cómo utilizarlos. Cabe señalar que es común encontrar que se ofrecen cursos de paquetería básica, o cursos introductorios de informática en el nivel medio, pero estos forman parte de cursos obligatorios. Desde nuestro punto de vista, se abre una interesante línea de investigación para detectar qué tanto la escuela de manera formal y a través de cursos complementarios está promoviendo el desarrollo de habilidades digitales entre los jóvenes.

En relación con los usos que dan a la computadora e internet, si bien reconocen que los usan para estar en contacto con familiares y amigos, también les dan un uso educativo, por lo menos para la búsqueda de información y la elaboración de tareas. Esto resulta importante pues ellos han logrado incorporar el uso de las TIC en su formación, por lo menos en un nivel básico, y reconocen a las TIC como herramientas necesarias para su trabajo escolar, lo cual matiza la idea de que los jóvenes solamente emplean las TIC para su entretenimiento. La tarea pendiente en este rubro será indagar con otras estrategias metodológicas qué estrategias de aprendizaje emplean para usar estos recursos.

La tarea principal en las escuelas y universidades es realizar un trabajo más sistemático para lograr que los profesores comprendan mejor la importancia de las tecnologías digitales en la vida cotidiana de los estudiantes y generen estrategias que les permitan

incorporarlas a las prácticas escolares y obtener los mejores beneficios de ellas. También es importante que los jóvenes estudiantes desarrollen estrategias de uso de las TIC que los favorezcan en su proceso de aprendizaje. Sin duda, es un trabajo en el cual la participación de los dos actores (estudiantes y profesores) es clave, de otra manera las prácticas de cada uno de ellos seguirán desarrollándose de manera independiente y no se logrará una buena articulación de esfuerzos que los beneficie a ambos en el proceso educativo.

Bibliografía

- Bacher, Silvia (2009), *Tatuados por los medios. Dilemas de la educación en la era digital*, Buenos Aires, Paidós.
- Hidalgo, Jorge (2009), “Consideraciones y desafíos educomunicacionales para una alfabetización hipermedial”, en Garay Cruz, Luz María, *Tecnologías de información y comunicación. Horizontes interdisciplinarios y temas de investigación*, México, Universidad Pedagógica Nacional.
- Peña, A. (2006), *Hábitos de los usuarios de internet en México, 2006*, México, Asociación Mexicana de Internet y Dirección Comercial Televisa Digital. Disponible en <http://www.amipci.org.mx/temp/estudio_amipci_2006_version_web-0788830001163608326OB.pdf>, consultado el 15 julio de 2008.
- (2007), *Hábitos de los usuarios de internet en México, 2007*, México, Asociación Mexicana de Internet y Dirección Comercial Televisa Digital. Disponible en <<http://amipci.org.mx/temp/pdf-0315967001193426740OB.pdf>>, consultado el 15 julio de 2008.
- Peña, C. (2008) “Cuando el destino nos alcance. La tecnología cotidiana”, Consulta Mitofsky, <http://www.consulta.com.mx/interiores/99_pdfs/12_mexicanos_pdf/20071210_NA_DestinoAlcanza_AMAI.pdf>, consultado el 21 de abril de 2008.
- Prenski, Marc (2001), “Digital Natives, Digital Immigrants”, *On the Horizon*, vol. 9, N° 5, octubre de 2001, MCB University Press. Disponible en <<http://www.marcprensky.com/writing/Prensky%20-%20Digital%20Natives,%20Digital%20Immigrants%20-%20Part1.pdf>>, consultado el 24 de junio de 2008.

(Recibido el 12 de febrero de 2013.)

(Evaluado el 5 de marzo de 2013.)

Autora

Luz María Garay Cruz es doctora en Ciencias Políticas y Sociales con orientación en Comunicación. Profesora-investigadora de tiempo completo en el Área académica Tecnologías de información y modelos alternativos, de la Universidad Pedagógica Nacional, Ajusco (México). Su proyecto de investigación en curso versa sobre los usos y apropiación de TIC entre la planta docente de la esa misma institución.

Publicaciones recientes:

— “Usos y percepción de recursos digitales de internet entre académicos universitarios. Caso de la UPN-Ajusco”, en Portillo, M. e I. Cornejo (coord.), *¿Comunicación posmasiva? Revisando los entramados comunicacionales y los paradigmas teóricos para comprenderlos*, México, UIA, AMIC, 2012.

— “Brecha digital y desarrollo de habilidades digitales”, *Educare. Nueva época*, N° 7, México, SEP, 2011.

Cómo citar este artículo

Garay Cruz, Luz María, “Estudiantes, usos de tecnologías digitales en ámbitos de vida cotidiana y escolar. Retos de formación para los docentes”, *Revista de Ciencias Sociales, segunda época*, año 4, N° 23, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, otoño de 2013, pp. 71-81, edición digital. En línea: <<http://www.unq.edu.ar/catalogo/311-revista-de-ciencias-sociales-n-23.php>>.



Lucía Cantamutto

La recursividad de las interacciones contemporáneas.

LÍMITES TEÓRICO-METODOLÓGICOS DEL ESTUDIO DE LOS SMS COMO CONVERSACIÓN

Presentación

Al comienzo de nuestra investigación, nos dedicamos a relevar y describir fenómenos emergentes en relación con las interacciones mediadas por dispositivos de comunicación tecnológicos y, en particular, con las prácticas lingüísticas y sociales propias de la comunicación por mensajes de texto (SMS).¹ Fueron objeto de estudio tanto la percepción de los hablantes/usuarios como algunos de los principales rasgos lingüísticos, en los distintos niveles de lengua, de la comunicación por SMS.

La complejidad propia del tema promovió, tempranamente, reflexiones metodológicas sobre el estudio de los SMS. Al ser una temática incipiente, gran parte de la literatura aún no profundiza en los métodos de recolección de datos como tampoco en la factibilidad de reconstruir los contextos de enunciación de los SMS estudiados. Coincidiendo con la mayor parte de las investigaciones recientes, partimos del supuesto de que estas *nuevas* (Padilla, 2008, p. 135) formas de relacionarnos suponen la interacción entre dos o más hablantes/usuarios que realizan emisiones asincrónicas a través de alguno de los distintos medios electrónicos y que, a partir de las posibilidades de conectividad de cada interactuante, puede establecerse algún tipo de comunicación de índole (casi)² sincrónica. Ante la potencial comunicabilidad/conectividad, subyace la concepción de que las comunicaciones se desarrollan de manera

¹ SMS: sigla en inglés que corresponde a *short message service*. Optamos por esta denominación por ser la de empleo más generalizado en los estudios sobre el tema. Sin embargo, no existe aún consenso en la forma de nombrar este objeto de estudio (Panckrust, 2009, p. 35; Tagg, 2009, p. 1). En el uso cotidiano de la lengua, en el español bonaerense, se comprueba la forma elíptica "mensaje" o "mensajito" para referirse al hecho de enviar mensajes de texto por celular ("te confirmo por mensajito"). Y, más generalizado en el uso de los hablantes de la ciudad de Buenos Aires, se registra "te mando un texto".

² Como señala Cassany, "'casi' se refiere al retraso provocado por el tráfico de la red (volumen de internautas, velocidad de la conexión, peso del mensaje), que causa que un mensaje llegue al ordenador del destinatario unos segundos más tarde de enviarlo desde

simultánea y progresiva a través de diferentes interfaces como si fueran conversaciones.

Sin embargo, esta potencial conectividad se desarrolla en diferentes entornos: el usuario se asemeja a una terminal de múltiples redes (Baudrillard, 1994, p. 13) o a un nodo de interacciones (Yus, 2010).³ Así “más que conectarse a las comunidades virtuales, hoy en día las personas viven múltiples posibilidades de interacción y socialización en forma de redes personales que forman una interacción en el individuo como nodo” (2010, p. 51).

Por tanto, desde una perspectiva interaccional, una problemática emergente del estudio de la comunicación en entornos virtuales constituye la factibilidad de recoger y reconstruir los intercambios realizados entre los hablantes que revelen, precisamente, las características intrínsecas de toda interacción como conversación y cómo los usuarios la conceptualizan (“hablamos por chat”, “hablamos por SMS”).

En el presente trabajo continúo revisando cuestiones metodológicas atinentes a las investigaciones sobre la comunicación en medios electrónicos y, fundamentalmente, por SMS.

Apuntes teórico-metodológicos

El análisis de la conversación ha delimitado –precariamente– las unidades de análisis de la comunicación cara a cara y la conversación coloquial. Así, la conversación “es una combinación de elementos psicosociales y lingüísticos [...]. No puede ser considerada solo como una unidad lingüística: es inherentemente contextual y es un tipo de interacción social” (Meneses, 2002, p. 437).

Adscribimos también a la pragmática sociocultural (Bravo y Briz, 2004; Bravo, 2005; D’Andrea, 2009) para describir el uso situado de los recursos comunicativos provistos por una lengua determinada dentro de su propio sistema sociocultural y la percepción de los hablantes (Bravo, 2009, p. 32). Los estudios pragmáticos asumen que “[...] junto al contenido comunicado, [...] existe un hablante que comunica, que este manifiesta una actitud ante lo comunicado y a la vez que un oyente recibe e interpreta lo codificado y mostrado por aquel en unas circunstancias comunicativas determinadas” (Briz, 2002, p. 17).

Asimismo, resultan relevantes para nuestra investigación los aportes teóricos referidos a la relación oralidad/escritura, dentro de las líneas de Ong (1989), Bynon (1989), Galindo Cáceres (1998), Crystal (2006 y 2008) y Gobato (2010). Sin embargo, evitando “caer en la visión dicotómica de oralidad/escritura, a favor

el ordenador del autor. Es un retraso leve, que no impide el intercambio, pero que a veces provoca desórdenes: los mensajes pueden llegar al destinatario en un orden distinto del que fueron escritos” (2012, p. 71). Esta afirmación manifiesta la dificultad para establecer los turnos de habla y estructurar el intercambio. La no co-presencia impide que ambos interactuantes estructuren simultánea e idénticamente la interacción.

³ En una nota al pie, Yus señala que internet con el móvil (y todos los otros dispositivos) están “imbricándose e hibridándose” (2010, p. 33).

de una postura en la que ambas puedan tener una serie de características dependientes de la situación comunicativa, el propósito de la comunicación, el género, entre otras”, considero pertinente verificar una tercera arista que complejice esta relación binaria. En investigaciones previas, propongo un prisma para explicar fenómenos propios del nivel pragmático y señalar las influencias recíprocas de los modos de realización de la lengua (Vela Delfa, 2005, p. 241). Como figura esquemática, en cada uno de sus vértices contiene un modo (oral, escrito o tecnológico) y dentro de su volumen las realizaciones de la lengua que se desarrollan.

Coincido con Kress (2003, pp. 35-36) en la necesidad de estudiar los entornos electrónicos a partir de un desplazamiento teórico desde la lingüística a la semiótica. En este sentido, se pueden considerar tres modos de realización que reflejan el carácter pragmático y performático de algunas prácticas lingüísticas y sociales observadas. Recuperamos lo que señala Gobato (2010, pp. 208-209): “[...] configura la serie de cuestiones críticas vinculadas al médium perceptivo que hace posible la observación y la comunicación digitales: ni acústico ni óptico, óptico y acústico a la vez”. También Yus (2010, p. 35) indica la coexistencia de dos ejes, el oral/escrito junto al visual/verbal, que favorecen, en canales escritos, la aparición de marcas de oralidad (a través de estrategias visuales: uso de mayúsculas, emoticones).

El modo de realización tecnológico, a veces, se desarrolla desde lo fónico o gráfico (Koch y Oesterreicher, 2007, p. 358), pero opera de manera diferente: por su posibilidad de simbolización que trascienden el canal. Es multimodal, hipertextual, performático. En tal sentido, recupero las tempranas reflexiones de Gunther Kress: “Tanto la significación de la escritura como la significación de la lectura tienen que ser nuevamente pensados” (2003, p. 35; la traducción es propia). Cada enunciado está condicionado por el entorno y por las características propias del dispositivo donde se produce, pero, además, por los condicionamientos (desconocidos) del entorno receptor. El modo tecnológico incluye las realizaciones a través (y a partir) de dispositivos electrónicos que enuncian por el usuario su discurso y lo transforman.

Conformación del corpus

Durante el proceso de recolección de datos y conformación del corpus, me basé en los lineamientos generales propuestos por Hutchby y Tanna (2008) y Tagg (2009), advirtiéndome a) los condicionantes del soporte, b) los contextos comunicacionales y c) las variables sociolingüísticas.

El trabajo de campo se realizó en dos escuelas de Bahía Blanca (Argentina), cuya composición poblacional responde a dos estratos socioeducativos diferentes. Por un lado, las escuelas medias pertenecientes a la Universidad Nacional del Sur (EMUNS) –Escuela Normal Superior “Vicente Fatone” y la Escuela “Ezequiel Martínez Estrada”, ex Ciclo Básico– (grupo A); y, por otro, la Escuela de Enseñanza Media N° 5, ubicada en un barrio periférico (grupo B). A pesar de no haber estudiado en profundidad la composición poblacional, a partir de las entrevistas observamos que en la escuela A la mayoría de los padres han alcanzado estudios terciarios o universitarios, mientras que en la escuela B solo algunos familiares habían finalizado los estudios secundarios. De manera que la pertenencia al barrio periférico y el bajo nivel socioeducativo de los padres estableció el criterio para delimitar el grupo B, mientras que el grupo A se conforma por alumnos provenientes de diferentes barrios de la ciudad cuya extracción sociocultural es heterogénea. En este caso, primó el nivel socioeducativo de los padres para establecer el recorte.

Alumnos de diferentes cursos colaboraron voluntariamente, transcribiendo, en planillas de papel (identificadas con un código) y a partir de instrucciones precisas sobre el modo de realizarlo, SMS enviados y recibidos, consecutivos entre sí, especificando las características sociolingüísticas de los interactuantes, las situaciones interactivas planteadas⁴ y los datos temporales del teléfono móvil.⁵

Por razones de ética, los colaboradores firmaron un consentimiento informado (Tagg, 2009, p. 82). De todas maneras, a fines de salvaguardar la identidad de los hablantes, se mantuvo el anonimato de la totalidad de los implicados, así como también no se dio a conocer información de carácter privado.

Asimismo, realizamos entrevistas semiestructuradas para establecer la extracción socioeducacional de la familia (años de escolarización de padres y alumnos)⁶ y la identificación con grupos de pertenencia (bandas musicales, clubes, entre otros). Además, se anotó la marca de celular que utilizaban⁷ y el modo de escritura.⁸

El corpus definitivo está conformado por 969 SMS, que atienden a los parámetros sociolingüísticos y a la región dialectal del español bonaerense. Corresponden a los vínculos joven-joven, joven-adulto, dentro de los dominios de uso familiar, de amistad y educativo. Por las circunstancias de recolección, predominan las producciones realizadas por adolescentes del grupo etario 1 (entre 12 y 15 años) y del 2 (entre 16 y 18 años). Principalmente los jóvenes intercambian SMS con personas de su edad, dentro de un grupo restringido e íntimo. En este sentido, coincidimos con Andrade

⁴ De esta manera, se intentó reconstruir el contexto de la interacción cuando los datos lingüísticos y cotextuales no permitieran dar cuenta de la situación comunicativa.

⁵ Precisamente, fecha y hora de envío y recepción. Consideramos que estos datos podrían permitir el establecimiento de los turnos de habla; sin embargo, tampoco es totalmente confiable ya que dependerá de la configuración de cada usuario (es decir, hora y fecha oficial).

⁶ En la transcripción de los casos del corpus se señalan tres niveles: primario, secundario, y universitario o terciario.

⁷ Nokia, Motorola, Samsung, LG, Huawei, ZTE, sin marca, Blackberry, iPhone

⁸ Letra por letra, texto predictivo o teclado *qwerty* (Cantamutto, 2011 y 2012). Recientemente se introdujo al mercado un sistema de cuatro teclas y doce letras llamado Snapkeys que deberá ser estudiado: conjuga el teclado alfanumérico con un alto grado de predicción de palabras..

Hidalgo (2008) sobre la importancia de las redes sociales juveniles y las redes personales de interacción física-virtual propuesta por Yus (2010).

Asimismo, en un número importante de casos dentro del corpus, es posible leer la secuencia completa entre amigos o compañeros de escuela a partir del envío y recepción de SMS en una y otra dirección de la díada. También, como los hablantes colaboradores son compañeros de curso, cuando ambos participaron de la investigación, es posible verificar la fidelidad de la transcripción de los intercambios tras cotejar las planillas de ambos interactuantes.

Reconstrucción del contexto

El establecimiento del contexto de la enunciación, en los entornos electrónicos, implica, para los estudios realizados desde una perspectiva pragmática o de análisis del discurso, observar una serie de elementos que lo conforman. Según la óptica de los diferentes autores de la teoría pragmática y del análisis del discurso, el contexto se define en mayor o menor grado por diferentes niveles (Calsamiglia y Tusón, 2002, p. 198). Es así que el contexto puede dividirse en cuatro tipos: espacio-temporal, situacional, sociocultural y cognitivo.⁹ Inicialmente, resulta axiomático tener en cuenta el espacio y el tiempo como algunos de los factores *fundamentales* del contexto enunciativo.

Es necesario, asimismo, identificar cuáles son los rasgos del contexto relevantes para cada interacción. En tal sentido, la relevancia o no de los rasgos contextuales estará determinada por la naturaleza del enunciado que se esté estudiando. Sin embargo, Brown y Yule (1993) identifican algunos factores que intervienen en los procesos de producción e interpretación de enunciados (tema, marco, canal, código, forma del mensaje, tipo de evento comunicativo, características de los participantes) a los que le suman el contexto, es decir, los enunciados inmediatos al enunciado o emisión que se está analizando.

A la luz de esta categoría, identificamos una de las mayores problemáticas a las que debe enfrentarse el investigador en el estudio pragmático de los SMS (y de las interacciones producidas en los entornos electrónicos): los enunciados que preceden y proceden al enunciado estudiado. Asimismo, el establecimiento del contexto situacional en el cual se desarrolla la comunicación es difícil de verificar hasta para el mismo usuario, ya que, en la mayoría de los casos, la índole de las comunicaciones que se desarrollan a través de los medios electrónicos no están ancladas más que en

⁹ Coseriu, desde la perspectiva lingüística, señala que hay cuatro tipos de entornos a partir de los cuales los enunciados se comprenden: situación, región, contexto y universo de discurso. Para este autor, el contexto se subdivide en idiomático, verbal y extraverbal (Calsamiglia y Tusón, 2002, p. 107).

el contexto que es tangible a nivel indexical (por ejemplo, a través de la deixis).¹⁰

Dentro del corpus, se observan escasas interacciones que se desarrollan íntegramente por SMS. Si bien es posible que se deba al recorte de tiempo durante el cual se realizó la recolección de SMS o por cuestiones particulares de los diferentes grupos de usuarios,¹¹ es notable que muchos enunciados sean solo producciones aisladas orientadas mayormente a los fines interpersonales de la interacción y ya no transaccionales. Tal es el caso, frecuente, de SMS con funciones apelativas o que manifiestan fórmulas de cortesía y expresiones de buenos deseos. Cuando se verifican este tipo de emisiones no se encuentran respuestas de parte de los interlocutores. Es decir, se manifiestan emisiones aisladas que no requieren respuesta.

Bajo este supuesto subyacen muchas de las ausencias que se verifican a lo largo del corpus. Un SMS no implica una respuesta salvo que haya preguntas o se trate de SMS orientados a interacciones transaccionales del tipo de organización familiar o entre amigos (este grupo corresponde a la orientación mayoritaria de los SMS del corpus estudiado). Por tanto, en la forma prototípica de los SMS con orientación interaccional la respuesta posiblemente sea vista como un elemento marcado y ya no una condición para que se establezca la interacción.

¿Cómo el usuario destinatario recibe los SMS? ¿Cuáles son las reacciones que implican una intervención reactiva del interactuante? ¿Es posible establecer unidades dialógicas en los SMS o es conveniente que sean estudiadas a partir de las unidades de análisis monológicas (Briz, 2003)? En todo caso, ¿cuánto de la función comunicativa o de estímulos de carácter ostensivo predominan en la comunicación por SMS (Yus, 2010, p. 20)?

Por otra parte, al considerar el estudio de los SMS como conversación, no solo se establecen dificultades privativas de la situación comunicativa que supone como marcada la intervención reactiva (siempre atendiendo al grupo etario adolescente donde la necesidad de respuesta debe ser manifiesta); también es necesario comprobar y reconocer otras situaciones comunicativas latentes. Retomamos, nuevamente, la conceptualización del usuario como nodo de Yus (2010) que subyace a lo observado en el corpus.

Es necesario reflexionar sobre las prácticas sociales vinculadas a los SMS y el modo en que estas se ejecutan en las interacciones interpersonales. ¿Por qué usar un medio y no otro? ¿Cuáles son las elecciones que hace el usuario y en qué supuestos se basa para hacerlas? ¿Qué resultado se obtiene en cada entorno? Todas es-

¹⁰ La deixis codifica los rasgos del contexto de enunciación atendiendo al hecho de que la lengua primordialmente está diseñada para la interacción cara a cara (Levinson, 1983). Si bien no lo profundizaremos en este trabajo, en el corpus se rastrearon múltiples marcas de deixis témporo-espacial que dan cuenta de que las comunicaciones contemporáneas se desarrollan bajo la *ilusión de instantaneidad* (Gobato, 2010) y bajo el permanente supuesto de que los rasgos específicos del evento comunicativo son brindados por los sistemas operativos (hora de emisión y datos del hablante).

¹¹ Por ejemplo, en el caso del grupo socioeducacional bajo (B) se observan con mayor frecuencia estructuras secuenciales de SMS como interacción completa. Es probable que esto se deba a la ausencia de otras terminales o entornos a los cuales conectarse. Dentro de este grupo, la conexión a internet no es habitual (Proenza, 2012).

tas preguntas subyacen a la comprensión de los usos sociales de los medios electrónicos que han modificado tanto las relaciones interpersonales así como también los lazos establecidos entre las comunidades físicas y virtuales (Yus, 2010, p. 51).

Las unidades de análisis de la conversación

Desde la perspectiva teórica del análisis del discurso, se considera al discurso como una práctica social modulada a partir del uso lingüístico contextualizado (Calsamiglia y Tusón, 2002). Por tanto, para su estudio, es ineludible establecer el contexto de la interacción. En tal sentido, “tener en cuenta el contexto exige *observar* el marco en el que se elaboran y se manifiestan las piezas discursivas” (2002, p. 17). Es importante atender a este aspecto a la hora de establecer parámetros para contextualizar los enunciados producidos y emitidos a través de los dispositivos de comunicación electrónicos y las plataformas implicadas.

El análisis conversacional considera, en particular, a la conversación como un prototipo de la interacción. Con frecuencia, se entiende como un tipo de interacción verbal, preferentemente oral, donde tanto los participantes como el contexto no tienen restricciones previas para dar lugar a este tipo particular de comunicación (Van Dijk, 1983).

Por su parte, Briz señala que la conversación se diferencia, al menos, en dos órdenes: el interno y el externo, a través de los cuales se articula y progresa. Desde el orden externo,

una conversación se define como conjunto sucesivo y alternante de turnos de habla ocupados por diferentes hablantes. La no predeterminación de dicha alternancia es su característica distintiva frente a otros discursos dialogales, [...] lo cual no significa que dicha toma o cesión de turno no quede sometida en último extremo a ciertos principios o convenciones socioculturales (2006, p. 266).

En cuanto a la estructura interna, “se organiza en una serie de unidades monológicas, el *acto* y la *intervención*, y dialógicas, el *intercambio* y el *diálogo*” (las cursivas son nuestras). En tal sentido, señala Briz (2000), la conversación construye, de manera cooperativa, la acción y el significado a partir de la alternancia y coordinación entre los hablantes. Estas unidades de análisis propuestas por Briz y el grupo Val.Es.Co para la conversación coloquial deberán ser revisadas a la luz de las nuevas formas de interacción en los medios electrónicos.

De todas maneras, los aportes de la corriente de la ciberpragmática proveen importantes categorías conceptuales para el estudio pragmático de las interacciones realizadas en entornos electrónicos. En *Ciberpragmática 2.0*, Yus señala que es posible ubicar cada una de las distintas “formas de comunicación”¹² en una “escala de contextualización”. Es decir, en un polo se ubicarían los “entornos muy saturados de información contextual (videoconferencias, teléfono por internet con webcam, etc.) y, por otro, entornos basados únicamente en el texto tecleado” (Yus, 2010, p. 35). En todos los casos, se produce un desplazamiento entre lo que se desea comunicar y lo que el interactuante interpreta: los vacíos de información que deben ser llenados implican un esfuerzo cognitivo subsanado a partir de la actividad inferencial. En tal sentido, el contexto “nunca está sobreentendido o es un componente estático en la comunicación, sino que constituye una información mental ligada a las necesidades comunicativas e interpretativas” (Yus, 2010, p. 33).

En el caso particular de las interacciones en entornos más “textuales” (es decir, con menor saturación contextual), los interactuantes aumentarán la actividad inferencial aunque, muchas veces, pueda verse reducida: quienes interactúan por SMS, generalmente, suelen ser miembros de una comunidad cerrada que se relaciona en entornos virtuales y en entornos físicos (Yus, 2010, p. 51). Por tanto, tienen un amplio conocimiento compartido o entornos cognitivos mutuos.¹³ Los vacíos informativos podrían, con poco esfuerzo, reponerse. Asimismo, aunque no se verifique una copresencia física, el recíproco conocimiento de los interactuantes favorece que el entorno cognitivo mutuo no esté más que parcialmente reducido (Yus, 2010, p. 43).

Sin embargo, muchos de estos vacíos informativos siguen vigentes en el corpus: es decir, el esfuerzo cognitivo para reconstruir la interacción como objeto de estudio deberá ser rectificada a partir de entrevistas que permitan dar cuenta de los elementos contextuales que participan en la comprensión del mensaje. Máxime ante la ausencia de estructuras prototípicas o definiciones más estables sobre los géneros discursivos de las comunicaciones virtuales.

Revisión crítica del problema

En los últimos años, la interacción comunicativa en los entornos electrónicos constituye una línea fructífera de investigación, tanto en sus características específicas como en su confrontación con estrategias y mecanismos propios de la interacción cara a cara. En tal sentido, se destaca Francisco Yus (2010), con una de las miradas

¹² Nuevamente el vacío léxico para señalar con un sustantivo colectivo el conjunto de posibilidades que se abren para las comunicaciones contemporáneas.

¹³ Estos *entornos cognitivos mutuos* no deben restringirse a “la parte del entorno físico o psíquico que es manifiesto para los dos interlocutores y que ambos comparten en un contexto concreto” (Yus, 2010, p. 24), sino que podrían ampliarse o intensificarse en el conocimiento compartido sobre la orientación de determinada comunicación o el conocimiento cotextual del mensaje. Considero que el entorno físico retrocede sustancialmente sin desaparecer ya que, al tratarse de redes sociales de interacción, es probable que el contexto físico de enunciación —en caso de ser relevante— sea conocido por ambos interactuantes.

más amplias de conjunto de los distintos entornos y los aportes sobre los géneros electrónicos de Vela Delfa (2005).

El estado de la cuestión que presentamos a continuación muestra un breve recorrido por las investigaciones precedentes. La aparición de discursos producidos en entornos virtuales ha suscitado un amplio número de trabajos que reflejan posturas diversas sobre los cambios en los modos de relacionarnos, organizarnos y comunicarnos a partir de la convivencia constante con computadoras, internet y celulares (Morley, 2012).

Un número importante de textos se recogen, tempranamente, en el Observatorio de la Cibersociedad. En ese contexto, se destacan las aportaciones de Mayans i Planells (2000 y 2002), quien, desde una perspectiva etnográfica, ofrece un análisis sobre la dificultad de definir el género chat. Esta preocupación inicial por definir y clasificar las producciones textuales conlleva, aún hoy, discusiones sobre la pertinencia de categorías preexistentes que den cuenta de la complejidad discursiva de estas nuevas producciones.

En algunos estudios sobre comunicación contemporánea se observa cierta dificultad para definir los mensajes producidos en los nuevos entornos de comunicación como género o tipo textual, a partir de su comparación con textos producidos en otros soportes (Gómez Camacho, 2007; Campano Escudero, 2007; Cassany, 2012). Sin embargo, Vela Delfa (2005) esboza los criterios para definir el correo electrónico como un género dentro del hipertexto “textos electrónicos”. Asimismo, el libro digital de López Alonso y A. Sére (2006) compila una serie de trabajos en torno a los textos electrónicos como nuevos géneros discursivos. Ambos trabajos se vuelven cardinales para comenzar a comprender algunos de los discursos producidos en los entornos electrónicos.

Nos detenemos acá porque las diferentes conceptualizaciones ayudan a comprender algunas prácticas sociales y lingüísticas contemporáneas como fenómenos complejos que, en algunos casos, requieren de nuevas categorías para su análisis o, al menos, la revisión de las existentes. Estas discusiones –aún vigentes– advierten sobre la complejidad (no siempre manifiesta) de los discursos de los entornos electrónicos. Estas producciones, volátiles, dinámicas, van desplegando nuevas características (a partir del desarrollo de aplicaciones o atendiendo a las necesidades de los usuarios/habla-blan-tes) que, para el investigador, se manifiestan en la dificultad de dar cuenta de los géneros discursivos o tipos textuales a los que se adscriben las producciones discursivas contemporáneas.¹⁴ Es decir, muchas veces carecemos de marcos interpretativos para abordar las características discursivas de estas producciones.

¹⁴ En palabras de Cassany: “También se trata de un entorno dinámico. La evolución tecnológica y la competencia entre marcas provocan que los recursos vayan incorporando nuevas prestaciones, por lo que al final los géneros van pareciéndose: el correo Gmail incorpora un chat; Facebook incluye un servicio de mensajería o una galería fotográfica, etc.” (2012, p. 73).

Asimismo, Cassany —recuperando a Yus— delinea una clasificación de los géneros a partir de su vínculo con el mundo analógico. En primera instancia, diferencia entre los géneros transferidos y los autónomos. Los primeros reproducen o adaptan los documentos pensados en papel. Los segundos “dependen de las posibilidades técnicas de la red: los *emergentes* son evoluciones sofisticadas de los adaptados, con escaso parecido con los géneros en papel, y los *autóctonos* carecen de equivalente impreso, como el chat o las redes sociales” (Cassany, 2012, p. 74). Así se flexibilizan aquellas genealogías poco exhaustivas que han intentado encontrar orígenes remotos a producciones muy recientes.

Por tanto, pese a que es preciso adscribir, para su análisis, las interacciones contemporáneas a determinados géneros textuales —y así anticipar su posible estructura y las formas prototípicas en las que se desarrollará la comunicación—, las características intrínsecas de estos entornos (mutabilidad y adaptabilidad) entorpecen o hacen insuficientes las formas prototípicas para encorsetar los fenómenos emergentes. La confrontación de diferentes corpus propios muestra que, en lapsos muy breves, la mutación constante de los entornos comunicativos conlleva a múltiples cambios perceptibles al nivel estructural de los mensajes.

La comunicación por SMS

En el conjunto de investigaciones que abordan los discursos mediados por dispositivos tecnológicos, los SMS presentan menor número de estudios. Dentro de estos podemos destacar los trabajos de Hutchby y Tanna (2008) en torno a la organización secuencial en el intercambio de SMS a partir del estudio de dos usuarios en Gran Bretaña; los aportes de Herring y Zlenkauskaitė (2009) quienes realizaron un estudio sociolingüístico sobre el intercambio de SMS con la televisión en Italia, y la investigación, también desde la sociolingüística, de Panckhurst (2009), quien señala algunas problemáticas del estudio del SMS (principalmente, la ausencia de una tipología clara para describir este discurso), remarca la necesidad de un enfoque multidisciplinario y cuestiona la posibilidad de definir este tipo de comunicación como género discursivo.

Nuestro antecedente más directo es la tesis doctoral de Tagg (2009), quien, en Inglaterra, hizo un estudio lingüístico de un corpus de SMS a partir del análisis de la práctica de *texting* o intercambio de SMS como variación pragmática. También estudia cómo los hablantes construyen su identidad en esta práctica. Esta investiga-

ción es un antecedente de suma importancia porque demuestra el interés por los SMS en otras lenguas.

Sobre el español, la tesis de maestría de Andrade Hidalgo (2008) se ocupa de la interacción de los jóvenes a través de SMS en Ecuador. A partir de diversas técnicas de recolección de datos (entrevistas, encuestas, grupos focales, observación participante), releva la relación que tienen los jóvenes con el aparato celular y con diferentes actores sociales (padres/adultos, amigos/compañeros). La autora, con quien coincidimos, manifiesta que “por tradición o costumbre existen las mismas configuraciones básicas de los grupos y el móvil solo las ha delimitado o expuesto de una nueva forma en esta sociedad apoyada en la tecnología” (2008, p. 99).

En la Argentina existe una trayectoria de estudios sobre el discurso del chat, weblogs y el correo electrónico que sirve de antecedente para la investigación sobre SMS.¹⁵ Retomamos las palabras de Palazzo (2005): “En el chat se privilegia el entorno conversacional, con la particularidad de que se trata de interacciones llamadas ‘virtuales’ en tanto no se desarrollan en presencia de los interlocutores, sino a través de un medio electrónico como internet”.

Por último, queremos resaltar los estudios de Parini (2008) sobre los SMS en el habla adolescente, donde se observa la transferencia de características propias de la variedad lingüística en el soporte digital de la computadora hacia la mediada por tecnología celular. De todos modos, es importante señalar que su trabajo se centra en la distribución del tipo de contacto, el reconocimiento de usos de formas abreviadas y la importancia del factor etario a la hora de definir los contactos que se establecen mediados por estas tecnologías. En esta dirección, se suman los aportes de Castro Rojas (2007), Parilla (2008), Hidalgo (2010) y Bevilacqua (2012).

La presente reseña muestra que, hasta donde llega nuestro conocimiento, no existen estudios de la índole aquí propuesta. Asimismo, existe escasa literatura sobre los problemas propios de la conformación de un corpus de SMS y de la elaboración de los datos (Hutchby y Tanna, 2008; Tagg, 2009; Panckhurst, 2009).

Desarrollo

De manera coincidente, la mayor parte de las investigaciones centradas en la interacción virtual señalan que, al momento de conformar un corpus, se deben tomar sucesivas decisiones con respecto al traspaso de un determinado formato (el digital) a otro (que también

¹⁵ Véase “Estado de la cuestión”, en Cantamutto (2012).

puede ser digital pero ya ajeno a la plataforma donde se desarrolló la comunicación). Es decir, se observan las transformaciones que ejercen los distintos dispositivos tecnológicos (teléfono vs. computadora, por ejemplo) así como los programas (chat vs. correo electrónico) donde se desarrolla la comunicación aunque, en muchos casos, no se ahonda en aspectos propios de cada aparato en particular.

Considero, asimismo, necesario profundizar aún más en los supuestos de los usuarios que subyacen tras la elección de determinados dispositivos y aplicaciones, y el rechazo de otros para llevar adelante cada una de las sucesivas interacciones. Por diferentes motivos, los usuarios/hablantes pueden desarrollar la comunicación de manera simultánea o progresiva en distintos entornos.

Algunos de los motivos que favorecen esta variación pueden agruparse de la siguiente manera: a) cuestiones económicas: elección del medio en función del costo; b) conectividad: variación a partir del acceso a internet o señal de móvil; c) límite de caracteres: en función de las necesidades del hablante; d) accesibilidad del interactuante: adecuación a las posibilidades comunicativas del receptor.

En todas estas variaciones es probable (aunque no determinante) que prime el deseo de desarrollar exitosamente la comunicación evaluando el costo para el usuario. Los nuevos dispositivos de comunicación se integran socialmente mediante las representaciones que se construyen a través de los medios de comunicación y a través de la propia experiencia de los sujetos. En los corpus complementarios y contrastivos he verificado que los usuarios optan por conjugar todas las opciones que tienen para comunicarse entre sí.

¿Por qué los interactuantes fluctúan entre aplicaciones? Probablemente no sea posible identificar todos los factores que influyen en esta elección. Con frecuencia, se verifica que los usuarios intercalan opciones tras evaluar la conectividad real o la extensión de los enunciados. En entrevistas complementarias algunos usuarios manifiestan la alternancia de aplicaciones para no “invadir” al interlocutor o explicitar que la respuesta no es obligatoria (el SMS parece menos “interactivo” que el WhatsApp). Aún más: la intervención reactiva puede o no continuar por el entorno donde se inició la comunicación: los interactuantes no siempre diferencian entre la “gama de opciones o posibilidades” de interacción en línea.

Del teléfono GSM a internet: los SMS de carácter ostensivo

Con frecuencia, dentro del corpus, se observa que los hablantes del grupo socioeducativo alto optan por enviar SMS donde la intervención reactiva del interactuante (presumimos) se manifiesta en una

emisión producida en otra aplicación o a través de otro entorno. Es decir, el hablante direcciona hacia donde se desarrollará la interacción posterior, pero el investigador solo puede suponer la continuidad de dicha interacción en otro ámbito distinto a la comunicación por SMS. Como se observa en los siguientes ejemplos, los SMS enviados se ocupan de señalar dónde se continuará la comunicación:

Ejemplo 1:

a- (31)¹⁶ Emisor: A-2-F¹⁷ → Destinatario: A-2-F Vínculo: amigas. Tema: resolver tarea escolar.

gorda esta horrible el dia y estoy terminando lo de historia, avísame q me *conecto* elegimos el des. y llevo las cosas dsd kasa. Kiss santurrona

b- (32) Emisor: A-2-F → Destinatario: A-2-F
okok despues me *conecto* y te digooooo kisses.

Ejemplo 2:

a- (61) Emisor: A-2-F → Destinatario: A-2-F Vínculo: amigas. Tema: resolver tarea escolar

Ahí te mande por *facebook* lo que tenes que hacer para salud es tipo resumen en un power nada complicado lo necesito tipo 8 por favorrrrr

b- (62) Emisor: A-2-F → Destinatario: A-2-F

Orne te llevo mi *mail*??????

a- (63) Sisi ya lo recibí ahora me fijo si lo puedo ver

Ejemplo 3:

(extracto)

a- (411) Emisor: A-2-F → Destinatario: A-2-M Vínculo: amigos. Tema: ruptura de pareja.

Se el sabado llueva o truene salgo con ustedes. Viste q me pelie. a re mal escribia!! Con baul

b- (412) Emisor: A-2-M → Destinatario: A-2-F

En cherio?? Pucua? (pq?)

a- (413) Jajaja xq salimos el viernes todos y no me dio bola por respeto a lucho. Adelantito no mas despues t cuento bien. Y nada me re caliente mal y listo ya fue que se mate.

b- (414) Malichimo q idiota. Pq adelantito??? Jaja, vas a *inglish*? Ni en *dope* no?

a- (415) No creo. Si estoy mejor capas. Xq me hizo mas cositas el IDIOTA y como q rebalso el vaso de *genux* mas o menos y nada ya esta.

b- (416) Jajajaja, i cuando me vas a contar entoncessssssssss? Jaja

a- (417) Cuando te vea o despues x *face book* a re bestia lo escribia

¹⁶ El número corresponde al orden dentro del corpus, se utilizará esta notación durante todo el análisis. En caso de que se trate de una interacción se señala con "a" y "b" cada uno de los interactuantes.

¹⁷ En el desarrollo del análisis, al citar los ejemplos del corpus, los datos se consignarán de la siguiente manera: en primer lugar, el número del SMS dentro del corpus, en segundo lugar el grupo escolar al que pertenece el hablante, alto o bajo (A o B); después si es femenino o masculino y, por último, el grupo etario en el que se inscribe (1, 2 o 3). El contexto comunicacional se explicitará en función de los datos que las planillas de transcripción provean. En caso de tratarse de una interacción completa, se señalará entre paréntesis el número de interactuante "(1)" y "(2)".

separado. Ne se depsues de ultima te llamo que te extraño tonti J
b- (418) Jsaja *face book* :P daale, dsp hablamos. Yo tmb lokk! Besoo

El ejemplo 3 resulta clarificador: el hablante insta al usuario/receptora continuar la comunicación por otro medio distinto al SMS (le sugiere continuar por Facebook para no gastar más SMS o que conversen presencialmente). Dentro del corpus, no es posible comprobar si efectivamente esa interacción continuó. De la misma manera, en el siguiente ejemplo no es posible verificar si existió o no una respuesta reactiva:

Ejemplo 4:

a- (284) Emisor: A-1-F → Destinatario: A-1-F Vínculo: amigas.
Tema: conexión a Facebook.
CNECTAT AL FB! MARI

Es así como, en el ejemplo 4, no es posible establecer el contexto de la interacción a partir de los rasgos que el mismo enunciado exuda: sin embargo, los interactuantes comparten suficiente información mutua como para comprender la emisión. El investigador debería realizar entrevistas suplementarias que le permitan a) definir si es una emisión interactiva, en la que la respuesta del usuario destinatario fue llevada adelante dentro de las demás opciones que tienen los usuarios para desarrollar las comunicaciones y b) atender a los rasgos del nivel pragmático-discursivo que se puedan inferir a nivel indexical.

Dentro del móvil: el progresivo desplazamiento de los SMS hacia los chats gratuitos

De idéntica manera a lo que se observa en los SMS anteriores, también es posible verificar un paulatino desplazamiento de las interacciones por SMS (que, como ya hemos señalado, están signadas por el establecimiento de un precio fijo por un número de caracteres limitado) a interacciones realizadas en el marco de los chats gratuitos de los teléfonos celulares (WhatsApp, Blackberry Messenger, ebuddy, IM, entre otros). Si bien por el grupo etario y socioeducativo donde se recolectó el corpus no se evidencia el uso de mensajeros gratuitos, en otros grupos etarios y socioeconómicos el uso de los SMS está en franco retroceso: se observa que quienes contratan planes de telefonía móvil e internet solo utilizan los SMS con quienes no tienen disponible los servicios de internet o en situaciones donde la rapidez y efectividad de los SMS favorece su elección.

Una nota publicada en diciembre de 2012 en el diario *Infobae* arroja datos sobre el declive de los SMS en pos de los servicios de mensajería instantánea: “El ascenso de WhatsApp fue vertiginoso: en el mundo, la aplicación gestionaba 1.000 millones de mensajes al día en octubre de 2011, dos años después de su lanzamiento. Cuatro meses más tarde, había alcanzado los 2.000 millones al día”. Asimismo, señala que, a partir del uso masivo de smartphones e internet en el teléfono móvil, las aplicaciones sociales como Facebook o Google+ han optado por brindar plataformas de chats fácilmente accesibles para quienes tiene paquetes de datos en sus teléfonos (Cassany, 2012, p. 43).

Dentro de nuestro corpus solo se verifica un SMS que responde a este paulatino desplazamiento de una tecnología por otra:

Ejemplo 5:

(386) Emisor: A-2-F → Destinatario: A-2-F Vínculo: amigas.

Tema: ausencia de respuesta.

Eu son gratis los mensajes, que si no te mando del black no respondes? Clara

Sin embargo, se hace evidente reconocer que el objeto de estudio de los SMS deberá contrastarse, necesariamente, con los usos de mensajes breves y escritos en el teclado del teléfono, pero ya sin una restricción impuesta por la ecuación costo/número de caracteres.

La recursividad de las comunicaciones

Al sistematizar el corpus se verificó que la mayor parte de las interacciones no se desarrollan de manera continua en un mismo dispositivo o en un mismo programa o aplicación. En muchos casos, el tópico y otros rasgos de la interacción podían inferirse a partir de la información que los propios hablantes indicaban a partir de datos cotextuales. Sin embargo, también se verificaban emisiones aisladas cuyo contexto interaccional no es posible reponer para su estudio pragmático-discursivo.

Por último, presento, a modo de cierre, la dificultad inherente al estudio de las comunicaciones actuales: como un rizoma, las interacciones se desarrollan en simultáneo por diferentes canales o entornos sin que los usuarios pueden distinguir fehacientemente los límites entre las interacciones cara a cara (con copresencia física) de las interacciones virtuales (Yus, 2010). La conjunción propia de comunicarse constantemente con personas de las redes personales favorece el borrado de la distancia o la ausencia del cuerpo

que mancillaban las comunicaciones virtuales en los canales públicos de chat, por ejemplo. La tecnología avanza en pos de poder reponer los elementos contextuales necesarios y saturar de estímulos las interacciones: cada vez más elementos pueden incluirse en los entornos virtuales y cada vez más esos elementos suponen la voz, el cuerpo, la *presencia* del interactuante en la pantalla.

En nuestro corpus se observa un amplio número de SMS con actos de habla directivos para que el interactuante se conecte o realice otra acción en alguno de los entornos disponibles. Recuperando la temprana mención sobre el usuario como nodo y la dificultad para reconstruir la situación comunicativa, solo resta restablecer los entornos a los cuales el usuario se puede “conectar”. Es probable que varíen de un grupo socioeducativo a otro. Asimismo, es manifiesto que esta práctica frecuente de instar al interactuante a que se conecte (a la que subyace la conectividad –casi– permanente del usuario destinatario) solo se verifica en el grupo socioeducativo más alto. En el grupo socioeducativo más bajo no se observan alusiones a otros tipos de aplicaciones o plataformas desde las cuales llevar adelante la comunicación y, como se señaló anteriormente, sí se observan interacciones completas con todas las características propias de la conversación cara a cara a través de SMS.

Ejemplo 6:

(156) Emisor: A-2-M → Destinatario: A-2-M Vínculo: amigos.
Conectate

Ejemplo 7:

(291) Emisor: A-1-F → Destinatario: A-1-F Vínculo: amigas.
CONNECTATPLISS _

Ejemplo 8:

(604) Emisor: A-1-M → Destinatario: A-1-F Vínculo: amigos.
Contestame el chat idiota!! Más tarde te llamo

En otro orden, observamos SMS que manifiestan un desarrollo ulterior de la comunicación a través una llamada telefónica. Tanto el ejemplo 6 y 7, la intervención del hablante solo tendrá una intervención reactiva, nuevamente, en otro entorno.

Ejemplo 9:

a- (321) Emisor: A-3-M → Destinatario: A-2-F Vínculo: novio.
Tema: organización encuentro.
Dale, paso cuando vos me digas. Si no me respondes antes de las 12 asumo que no tenes cred y paso 12 y 10. Cuando llego te llamo al cel.

b- (322) Emisor: A-2-F → Destinatario: A-3-M
Dale, me qdo sin cred. Pega tubazo entonces

Ejemplo 10:

(335) Emisor: A-2-F → Destinatario: A-2-F Vínculo: amigas.
Tema: organización de tarea.
Al final no me lleve la notebook porque no tengo internet. Cualquier cosa me llaman o mandan mensajes. Besos

Ejemplo 11:

(359) Emisor: A-2-F → Destinatario: A-3-F Vínculo: madre-hija.
Tema: organización familiar.
No te olvides que te tengo gratis, no te obligo a que me digas que si. Minimo respuesta.... O si no te torturare.

A modo de cierre, recuperamos la expresión de Yus sobre la actualidad en las comunicaciones: “En realidad la tendencia actual es que las interacciones virtuales y las que se entablan en contextos físicos tiendan a hibridarse y mezclarse formando, más bien, *redes personales de interacción físico-virtual*” (2010, pp. 39-40). El desafío metodológico será reconstruir el desarrollo de estas comunicaciones recursivas donde, muchas veces, solo prima la función interaccional del lenguaje.

En tal sentido, volvemos sobre la discusión inicial: ¿las categorías propias del análisis de la conversación y de la sociolingüística interaccional son suficientes para describir el uso situado de los mensajes producidos en entornos electrónicos? ¿Cómo reponer, para los estudios pragmáticos, los contextos de enunciación? La práctica de investigación nos indica que, ante la dificultad intrínseca para recolectar un corpus de emisiones en entornos electrónicos, una alternativa saludable es realizar entrevistas y test de hábitos sociales complementarios a la recolección del corpus. La pragmática sociocultural puede constituirse, entonces, en una herramienta operativa para el análisis de las interacciones en los medios electrónicos. Así, para delimitar las unidades dialógicas (aquello que constituye un intercambio), es necesario comprender de manera amplia el contexto de enunciación: el usuario expande sus canales de comunicación.

Bibliografía

Andrade Hidalgo, L. (2008), “Los SMS: nuevas formas de interacción juvenil”, tesis de doctorado, Quito, FLACSO. Disponible en <www.

- flacsoandes.org/comunicación/aaa/imágenes/publicaciones/pub_293.pdf>, consultado en junio de 2011.
- Baudrillard, J. (1994), *El otro por sí mismo*, Buenos Aires, Anagrama.
- Bevilacqua, S. (2012), “La communication médiée par téléphone (CMT)”, *Synergies Argentine*, N° 1, pp. 117-126. Disponible en <<http://resources-cla.univ-fcomte.fr/gerflint/Argentine1/bevilacqua.pdf>>, consultado en junio de 2012.
- Bravo, D. (2005), *Estudios sobre la (des)cortesía en español*, Estocolmo/Buenos Aires, Dunken.
- (2009), “Pragmática, sociopragmática y pragmática sociocultural del discurso de la cortesía. Una introducción”, en Bravo, D., N. Hernández Flores y A. Cordisco (eds.), *Aportes pragmáticos, sociopragmáticos y socioculturales a los estudios de cortesía en español*, Buenos Aires, Dunken.
- (eds.) (2004), *Pragmática sociocultural: estudios sobre el discurso de cortesía en español*, Barcelona, Ariel.
- Briz, A. (2000), “Turno y alternancia de turno en la conversación”, *Revista Argentina de Lingüística*, N° 16, pp. 9-32.
- (2006), “La estructura de la conversación. Orden externo y orden interno”, *Archivo de Filología Aragonesa*. Disponible en <<http://ifc.dpz.es/recursos/publicaciones/26/50/014briz.pdf>>, consultado en enero de 2013.
- y Grupo Val.Es.Co (2003), “Un sistema de unidades para el estudio del lenguaje coloquial”, *Oralia*, vol. 6, pp. 7-61.
- Brown, G. y G. Yule (1993), *Análisis del discurso*, Madrid, Visor.
- Calsamiglia, H. y A. Tusón (2002), *Las cosas del decir. Manual de análisis del discurso*, Barcelona, Ariel.
- Campano Escudero, B. (2007), “Análisis lingüístico-pragmático de un corpus de mensajes SMS”, *Ferrán*, N° 8, noviembre de 2007, pp. 185-210. Disponible en <www.educa.madrid.org/web/ies.jaimeferran.colladovillalba/revista2>, consultado en marzo de 2011.
- Cantamutto, L. (2009), “Entre la escritura predictiva y la autocorrección: el léxico acotado”, *Actas del Congreso Internacional de Léxico e Interculturalidad. Nuevas perspectivas*, San Miguel de Tucumán, INSIL (en prensa).
- (2011), “La conformación de un corpus de mensajería de texto: la interacción mediada digitalmente”, *Actas de las IV Jornadas de Investigación de Humanidades. Homenaje a Laura Laisea*, Bahía Blanca, UNS (en prensa).
- (2012), “El uso de los mensajes de texto en el habla adolescente del español bonaerense”, tesis de grado, Bahía Blanca, UNS.
- Cassany, D. (2012), *En línea. Leer y escribir en la red*, Barcelona, Anagrama.
- Castro Rojas, S. (2007), “La naturalización de los usos y las prácticas tecnológicas. Los mensajes de texto como expresión de las transforma-

- ciones de la comunicación en la sociedad actual”, *Temas y debates*, N° 13. Disponible en <http://rephip.unr.edu.ar/bitstream/handle/2133/1488/Lanaturalizacion_de_los_usos_y_las_practicas_tecnologicasTyD13.pdf?sequence=1>, consultado en abril de 2012.
- Crystal, D. (2006), *Language and the Internet*, Cambridge, Cambridge University Press.
- (2008), *Txtng: the Gr8 db8*, Oxford, Oxford University Press.
- D’Andrea, F. (2009), “Pragmática sociocultural: enfoque interdisciplinario de la descortesía en el ámbito virtual”, en Carranza, I. E. (comp.), *Actas del IV Coloquio de Investigadores en Estudios del Discurso y I Jornadas Internacionales de Discurso e Interdisciplina*, Córdoba.
- Gobato, F. (2010), “La comunicación de la comunicación. Oralidad, escritura y digitalización en los sistemas de interacción contemporáneos”, tesis de maestría, México, FLACSO.
- Goffman, E. (1981), *Forms of Talk*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press.
- Gómez Camacho, A. (2007), “La ortografía del español y los géneros electrónicos”, *Comunicar*, vol. XV, N° 29, pp. 157-167. Disponible en <<http://www.redalyc.org/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=15802926>>, consultado en junio de 2012.
- Gumperz, J. (ed) (1982), *Language and Social Identity*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Herring, S. y A. Zlenkauskaite (2009), “Symbolic Capital in Virtual Heterosexual Market”, *Discourse & Communication*, vol. 26, N° 1, pp. 5-31. Disponible en <www.sagepublications.com>, consultado en septiembre de 2010.
- Hidalgo, L. (2010), “Motivación semántico-pragmática del empleo de cláusulas de relativo en los SMS”, en Castel, V. M. y L. Cubo de Severino (eds.), *La renovación de la palabra en el bicentenario de la Argentina. Los colores de la mirada lingüística*, Mendoza, FFL, UNCuyo.
- Hutchby, I. y V. Tanna (2008), “Aspects of Sequential Organization in Text Message Exchange”, *Discourse and Communication*. Disponible en <www.sagepublications.com>, consultado en octubre de 2009.
- Koch, P. y W. Oesterreicher (2007), “Schriftlichkeit und kommunikative Distanz”, *Zeitschrift für Germanistische Linguistik*, N° 35, pp. 346-375.
- Kress, G. (2003), *Literacy in New Media*, London, Routledge.
- Levison, S. (1983), *Pragmática*, Barcelona, Teide.
- López Alonso, C. y A. Séré (eds.) (2006), *Nuevos géneros discursivos: los textos electrónicos*. Disponible en <<http://elies.rediris.es/elies24/>>, consultado en abril de 2012.
- Mayans i Planells, J. (2000), “Género confuso: género chat”, *Revista Textos de la Cibersociedad*, N° 1. Disponible en <<http://www.cibersociedad.net>>, consultado en junio de 2011.
- (2002), *Género chat. O cómo la etnografía puso un pie en el ciberespacio*, Madrid, Gedisa.

- Meneses, A. (2002), "La conversación como interacción social", *Onomazein*, N° 7, pp.435-447, consultado en enero de 2013.
- Morley, D. (2012), entrevista realizada por Igarzábal, B. (2012), clase n° 7 del Módulo I, del Curso de Posgrado Gestión Cultural y Nuevas Tecnologías, Argentina, FLACSO.
- Padilla, M. R. (2008), "Tecnologías mediáticas y la permanente reconfiguración del sensorium. Su estudio en el marco de las ciencias sociales", en Reguillo, Rosana (coord.) (2008), *Territorios en reconfiguración. Perspectivas situadas en torno a la interdisciplinariedad*, México, ITESO.
- Panckhurst, R. (2009), "Short Message Service (SMS): typologique et problèmes futures", en Arnaviellie, T. (coord.), *Polyphonies, pour Michelle Lanvin*, Montpellier, Éditions LU, pp. 33-52.
- Parrilla, E. (2008), "Alteraciones del lenguaje en la era digital", *Comunicar*, vol. XV, N° 30, pp. 131-136. Disponible en <<http://www.doredin.mec.es/documentos/01820083002735.pdf>>, consultado en mayo de 2010.
- Proenza, F. (2012), *Tecnología y cambio social. El impacto del acceso público a las computadoras e internet en Argentina, Chile y Perú*, Lima, IEP.
- Tagg, C. (2009), *A Corpus Linguistics Study of SMS Text Messaging*, University of Birmingham. Disponible en <<http://etheses.bham.ac.uk/253/1/Tagg09PhD.pdf>>, consultado en abril de 2012.
- Vela Delfa, C. (2005), "El correo electrónico: un nuevo género en nacimiento", tesis de doctorado, Madrid, Universidad Complutense de Madrid. Disponible en <http://www.galanet.be/publication/fichiers/tesis_cristina_vela_delfa.pdf>, consultado en marzo de 2012.
- Yus, Francisco (2010), *Ciberpragmática 2.0. Nuevos usos del lenguaje en internet*, Barcelona, Ariel.

(Recibido el 12 de febrero de 2013.)

(Evaluado el 4 de marzo de 2013.)

Autora

Lucía Cantamutto es licenciada y profesora en Letras de la Universidad Nacional del Sur (UNS). Becaria doctoral de la UNS para desarrollar su tesis “El discurso de los mensajes de texto en español bonaerense: uso y percepción”, en el marco del Doctorado en Letras. Participa del Proyecto de Grupo de Investigación, dirigido por la doctora Elizabeth M. Rigatuso, “Estilos comunicativos en la interacción verbal del español bonaerense: construcción de identidades, valores y creencias”, financiado por la Secretaría de Ciencia y Tecnología, de la misma universidad.

Publicaciones recientes:

— “La conformación de un corpus de mensajería de texto: la interacción verbal mediada digitalmente”, 2011.

— junto a Mario Ortiz y Marcelo Díaz (comps.), *De las vías para acá. Cinco aproximaciones a la historia de las villas*, 2012.

Cómo citar este artículo

Cantamutto, Lucía, “La recursividad de las interacciones contemporáneas. Límites teórico-metodológicos del estudio de los SMS como conversación”, *Revista de Ciencias Sociales, segunda época*, año 4, N° 23, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, otoño de 2013, pp. 83-103, edición digital. En línea: <<http://www.unq.edu.ar/catalogo/311-revista-de-ciencias-sociales-n-23.php>>.



Renato de Almeida Arao Galhardi

Buscando la mexicanidad en una posmodernidad digital.

LA MEXICANIDAD EN LA PRESENTACIÓN DE
MEXICANO-AMERICANOS EN FACEBOOK

Introducción

Pocas tecnologías modernas han logrado cambiar de forma tan radical la relación social como internet lo ha hecho. En un poco más de dos décadas, internet ha reemplazado, revitalizado y radicalmente cambiado la formas de comunicación del tejido de la sociedad moderna, creando, como bien lo detalló Manuel Castells, una sociedad red, una “red de redes” (2001). La realidad que nos encontramos está sumamente influenciada, relacionada y manipulada por esta tecnología disruptiva (Christensen y Bower, 1995). Es dentro de una nueva revolución de las tecnologías de la información y la comunicación (TIC), con la expansión, popularización y penetración de internet en el tejido de cada vez más sociedades y realidades, que nuestra configuración social incorpora, de forma expansionista, una amplitud de herramientas de comunicación raramente concebidas antes. Estamos hablando de una transformación radical, tanto en términos de la forma de la comunicación como en términos de la forma de relacionarnos.¹ Las teorías clásicas y tradicionales de la esfera sociológica, como son la interacción simbólica, la fenomenología, la psicología social, entre otras, se encuentran testadas por estos nuevos entornos y referentes. La vida en un mundo líquido, posmoderno y cibernético aborda nuevas estructuras sociales y psicosociales. Este artículo aborda las formas en que los nuevos entornos sociales del siglo XXI influyen la concepción identitaria de mexicano-ameri-

¹ “Internet es el tejido de nuestras vidas en este momento. No es futuro. Es presente. Internet es un medio para todo, que interactúa con el conjunto de la sociedad y, de hecho, a pesar de ser tan reciente, en su forma social (aunque, como sabemos, internet se construye, más o menos, en los últimos treinta y un años, a partir de 1969; aunque realmente, tal y como la gente lo entiende ahora, se constituye en 1994, a partir de la existencia de un browser, del world wide web) no hace falta explicarlo, porque ya sabemos qué es internet. Simplemente les recuerdo, para la coherencia de la exposición, que se trata de una red de redes de ordenadores capaces de comunicarse entre ellos. No es otra cosa. Sin embargo, esa tecnología es mucho más que una tecnología. Es un medio de comunicación, de interacción y de organización social” (Castells, 2001).

canos dentro de un entorno digital complementario a su entorno físico, en el que conviven con las tensiones raciales y étnicas de la identidad en un espacio identitario híbrido, tanto en términos simbólicos como psicológicos, y en el que manejan la posibilidad constante de recrear su imagen, su presencia social, en sitios de redes sociales, construyendo una relación dialógica entre presentación e identidad en mundos distintos y paralelos. Es dentro de una nueva configuración social, que conlleva características estructurales propias, que las concepciones del “yo”, el *self*, se tornan interesantes.

Elegimos trabajar con universitarios mexicano-americanos que residen en Estados Unidos, analizar sus presentaciones en Facebook con el discurso que ellos tienen sobre quiénes son. Abordamos individuos que están presentes en Facebook, el sitio de red social más popular en este momento (Nielsen, 2012), partiendo de una óptica crítica sobre la problemática de los juegos de presentaciones que surgen y las modalidades y estrategias con las que se construye la identidad y la presentación, tanto digital como la adoptada en el mundo físico. Presentamos las problemáticas y los principales resultados de un estudio sobre las presentaciones de mexicano-americanos en Facebook con un análisis dialógico de sus presentaciones en línea, además de un análisis a profundidad de los discursos con los que se definen. Por medio de análisis de contenido, entrevistas a profundidad, etnografía digital y la interposición de las teorías sociológicas clásicas que explican el *self* con las perspectivas que exploran estos nuevos entornos, esperamos contribuir y profundizar las discusiones acerca de la identidad étnica, los juegos de presentaciones y la interacción simbólica en un nuevo terreno: la vida líquida de la posmodernidad digital.

Mexicanidad

Empezamos nuestra discusión abordando uno de los elementos intrínsecos de la composición de mexicano-americanos: la mexicanidad. Responder a la pregunta de cómo un grupo representa, internaliza, expresa y concibe la mexicanidad es una tarea de tamaño mucho mayor al que propone este trabajo. Por lo cual, aquí solamente rescatamos algunos conceptos, definiciones y discusiones sobre la naturaleza y composición fluida y nebulosa de la mexicanidad con el fin de esbozar justamente el grado de complejidad al que remite la discusión acerca de un tema tan efímero.² Como forma de empezar, rescatamos la advertencia escrita por la mexicana Virginia Aspe Armella: “La mexicanidad exige ante todo una argumentación análoga, que recurra a metáforas y mitos, a valores

² Para una discusión más a fondo sobre la problemática y complejidad de pensar la “mexicanidad”, véase Paz (2000), Hurtado (1994) y Bartra (1987).

literarios y poéticos, a las influencias culturales y a convicciones comunes, pero también a los principios que configuran a lo mexicano en cuanto realidad natural” (2002, p. 41).

Armella afirma que la mexicanidad, como mucho de la esfera identitaria, reside en una psique imaginaria, simbólica, de metáforas y poemas, de relaciones y analogías que, dentro de una convergencia sublimada, en su totalidad, culmina en una sinfonía que se remite a un sistema, algo que solamente tiene forma en su totalidad y no en sus partes. Los juegos de presentaciones tienen que recurrir a lo más sutil, si desean representar este aspecto, y podrán, aunque no sea el discurso dominante y consciente del individuo, manifestarse de igual modo por medio de discursos aún más subjetivos y sublimados: los juegos de palabras, códigos y símbolos. Pensar en la mexicanidad es también pensar en su definición. Es responder, en parte, la pregunta: ¿quién soy?³

Ser mexicano (como “ser” cualquier otra cosa) es tener una definición entre muchas, y elegir un lugar, una referencia, una definición y una óptica. Una de las formas más emblemáticas del “mexicano” es el *axolotl*,⁴ un “monstruo acuático” nativo de México que es un pez, pero también no lo es, y lleva en su piel la historia y metáfora de México.⁵ Tomando en cuenta la complejidad efímera de este concepto, elaboramos una definición instrumental y general que alude a lo que se entiende como la “mexicanidad” y nos permite el rango de apertura generalizada necesaria para explorar, de forma amplia, el espectro de contenidos simbólicos que se encuentran embutidos en el concepto de la “mexicanidad”: *los elementos simbólicos referentes a una concepción del pueblo mexicano constituido subjetivamente, por medio de la cual se pretende transmitir una noción de pertenencia a un repertorio simbólicamente mediado.*

Teorías de la interacción

Actuar en el mundo es interpretar el mundo. Nuestra interpretación de los símbolos presentes en cualquier interacción condiciona no solamente nuestras futuras y consecuentes acciones y reacciones, sino también nuestras interpretaciones del significado de las acciones pasadas, presentes y futuras. Podemos decir que la acción está condicionada por la hermenéutica aplicada de la interacción simbólica. La interacción simbólica, corriente desarrollada por Herbet Blumer (1982) en 1938, establece tres axiomas que ocurren en cualquier interacción: 1) actuamos en base de las interpretaciones y significados que el evento tiene para nosotros; 2) el significado es derivado y surge de la interacción social que tenemos con

³ “Muchos mexicanos tienen curiosidad de saber lo que significa ser mexicano [...]. No se nace sabiendo estas cosas; ni tampoco se revelan verdaderamente. Se aprenden y se aprenden de nuevo” (Guttmann, 2000, p. 12).

⁴ El axolotl es un raro anfibio del grupo salamandra que ha sido trabajado mucho como metáfora del mexicano. Véase Bratra y Villadelángel (2011) y el cuento de Julio Cortázar, “Axolotl”, de 1956, publicado en su colección de cuentos *Final del juego*.

⁵ “Y sin embargo estaban cerca. Lo supe antes de esto, antes de ser un axolotl. Lo supe el día en que me acerqué a ellos por primera vez. Los rasgos antropomórficos de un mono revelan, al revés de lo que cree la mayoría, la distancia que va de ellos a nosotros. La absoluta falta de semejanza de los axolotl con el ser humano me probó que mi reconocimiento era válido, que no me apoyaba en analogías fáciles. Sólo las manecitas... Pero una lagartija tiene también manos así, y en nada se nos parece. Yo creo que era la cabeza de los axolotl, esa forma triangular rosada con los ojitos de oro. Eso miraba y sabía. Eso reclamaba. No eran animales” (Cortázar, “Axolotl”, disponible en internet bajo la licencia Creative Commons).

ellos; 3) los significados son manejados y modificados a través de un proceso interpretativo dialógico del actor con la interacción.

Nuestra relación hermenéutica del mundo se ordena por lo que Alfred Schütz (1972) llama la tipificación: la categorización y el ordenamiento de los objetos simbólicos de la vida en nuestra estructura cognitiva subjetiva para que el mundo tenga sentido, tenga razón, y más allá de esto, tenga un orden. Coloquialmente diríamos que es la herramienta que nos permite “dar sentido al mundo”. Es por medio de la tipificación que incluimos, cambiamos y clasificamos los objetos del mundo en categorías construidas cognitivamente que nos permiten distinguir un objeto perteneciente a una categoría como distinto de otro. Construimos nuestras categorías de tipificación, de referencia, de guía y ordenamiento del mundo no solamente para dar sentido al mundo, sino para actuar sobre el mundo según un objetivo y un sentido. Eso es lo que Schütz llama el “motivo para” y el “motivo porque”. Las acciones no están vacías de significados y propósitos. Actuamos sobre la base de un “motivo para”, teniendo un objetivo que queremos lograr con nuestra acción, y tenemos una explicación para esta acción, es decir, un “motivo porque”. Ninguna acción, según Schütz, está ajena a un propósito y a una explicación.

Nuestras acciones no son solamente consecuencias de nuestra hermenéutica social y nuestra consciencia. También están condicionadas por nuestra capacidad cognitiva de simular las acciones en un plano imaginario, de pensar las interacciones simbólicas futuras y las formas en que uno puede ser interpretado por el otro. Este proceso de pensamiento reflexivo sobre un futuro posible remite al concepto de “el espejo social del yo” (*the looking glass self*). Desarrollado por Charles H. Cooley (1922), este concepto incorpora a la discusión un componente necesario para entender los procesos vinculados con el actor social. Sobre la base de los supuestos elaborados por Schütz y Blumer, Cooley agrega a nuestra capacidad cognitiva de simulación imaginaria y reflexiva la articulación de las posibles implicaciones y reacciones de la esfera emotiva que desborda las acciones e interacciones sociales; los sentimientos de vergüenza, orgullo, alienación son solamente algunos de los que influyen en la construcción de los escenarios imaginados. De esta forma, el espejo social del “yo” es el resultado de tres procesos:

1. el proceso reflexivo de imaginar cómo apareceremos para el otro;
2. el proceso reflexivo de imaginar cómo este otro juzgará la parencia elegida;
3. la articulación de un sentimiento derivado del paso 2, como orgullo o vergüenza (1922, p. 184).

Nuestra hermenéutica social y consideración emocional condiciona nuestras acciones futuras, fundamentado y consolidando una noción del *self*. Para George H. Mead, el *self* es el resultado de la relación dialógica de la interacción social. Pensar sobre uno mismo implica pensar-se como separado, como una unidad que, por medio de su propia auto-referencia, se diferencia, creando una dualidad del “ser”, un *self* que está aquí y otro que está allá: la formación del *self* como sujeto-objeto. El segundo, el *self* imaginado en una instancia hipotética, fragmenta la concepción unitaria del *self*, lo cual resulta en la percepción de uno como “sujeto” y también como “objeto”.⁶ De esta forma, el *self* es el resultado redundante de la interacción social, de la comunicación interna (la autoconciencia) y externa (la interpretación social de sí mismo). Si a esto añadimos el componente del *self* como sujeto-objeto, es posible pensar la presentación personal como una faceta de la representación del “yo”, como una representación de la identidad. El *self*, como escribe Mead, es “esencialmente una estructura social” (1934, p. 140; traducción propia).

Dentro del ciberespacio, el *self* convive con la materialización de su propia proyección de intencionalidad, un *self* digital que convive en un plano social que es dialógicamente transformado, simultánea y paralelamente, dentro de sus perfiles de sitios de redes sociales. Las expresiones subjetivas de la concepción del *self* están remitidas, a la vez, a una audiencia limitada y construida (los nodos de los nexos de “identidades” asociados a un perfil), así como también al propio individuo que manipula su “*self* como sujeto” y su “*self* como objeto”, involucrado, simultáneamente, en un mundo atrás de la pantalla y un mundo a través de la pantalla.

La suma de las discusiones de este artículo posiciona al actor social en un mundo entre mundos, con muchas estrategias y con muchas elecciones de presentaciones. Los individuos, como desarrollaría Goffman en su teoría dramática, son actores en un escenario, un eco de lo que Shakespeare, muchos años antes, declaró (“El mundo todo es un escenario”). En sintonía con las demás teorías trabajadas en este artículo, Goffman establece que la presentación es estrictamente influenciada y condicionada por el escenario social. El actor, aquí, actúa ante una audiencia y, consciente de su papel de actor, construye y elige de forma estratégica y reflexiva la presentación más adecuada para tener una performance exitosa.⁷

De este modo, la interacción ocurre en dos planos: el proscenio y tras bastidores. El proscenio, el *frontstage*, es la plataforma principal de actuación, una metáfora para la interacción social visible a los demás actores y la audiencia que asiste a la obra teatral. En se-

⁶ En su uso de los pronombres en inglés de autorreferencia, Mead explica las orientaciones de la conciencia. El *I* y el *me* dentro de oraciones que van de *I am a that's me* demuestran la propiedad y presencia autorreflexiva de la conciencia, demostrando la progresividad de una reflexión social, que se mueve con las interacciones simbólicas y por la presencia del otro que se ubica en la interacción social mediada simbólicamente. En palabras del autor: “Lo que determina la cantidad del *self* que se utiliza en la comunicación es la experiencia social en sí” (1934, p. 142; traducción propia). Aquí, el *I* es un sujeto por ser un producto de la conciencia, mientras que el *me* es un objeto, derivado de estar consciente de ser consciente: la autoconciencia. Sobre esto, Mead señala que el *I* es lo que permite la agencia mientras que el *me* apunta a un otro generalizado viviendo acomodadamente en la sociedad. Cuando la concepción es de forma reflexiva, del *I*, esto tiene una conformidad con el sujeto en sí, pero el *me*, externalizado como objeto, es lo que permite averiguar cambios en la sociedad.

⁷ Goffman señala que el atributo de un individuo en cuanto actor “no es meramente la representación de un efecto de actuaciones particulares; los actores son psicobiológicos en naturaleza, y aun así, parecen surgir de una interacción íntima con las contingencias de las actuaciones escénicas” (1959, p. 254; traducción propia).

gundo plano, tras bastidores, el *backstage*, el espacio ocultado a la audiencia que permite al actor desarrollar actividades ajeno a la vista pública, permite las elecciones de estrategias para la construcción de presentaciones. La vida social es un proscenio, mientras que lo que ocurre en un espacio ajeno al público se encuentra tras bastidores. La importancia e implicación de esta distinción remite a que el actor se mueve en dos mundos, con “motivos para y porque” diferenciados, y siendo consciente de esto, atribuye al escenario en el cual se encuentra la actuación debidamente relacionada con sus “motivos para” y “motivo porque”. El entorno, el escenario es condicionante, entonces, no solamente de la acción que desempeñará el actor, sino también de la forma en la cual se manifestará. La presentación, ligada y vinculada con la constitución de una forma y versión del *self* elegido, consolida lo que Goffman acuñó como “una identidad social”, tanto de forma virtual como real.⁸ Estableciéndose la interacción simbólica en un escenario compuesto de actores, como buenos estudiantes de dramaturgia, el actor en su proscenio responde a los estímulos de la audiencia, cambiando su actuación y presentación (simbólica o física) para lograr los resultados esperados. El actor es, a la vez, producto de la voluntad y producto de su deseo de ser, en tanto que actúa estratégicamente para lograr su objetivo. La construcción de una presentación idealizada de sí mismo se desregula tras bastidores, cambiando el entorno referencial de la audiencia del proscenio por una audiencia compuesta de su propia conciencia; la autorreflexión del *self* como sujeto y objeto ante sí mismo. Goffman establece cuatro supuestos presentes en las actuaciones del proscenio: 1) los actores quieren ocultar secretos de actuaciones anteriores que pueden perjudicar su imagen y representación; 2) los actores planifican una presentación meticulosa para ocultar errores; 3) los actores pueden sentir la necesidad de mostrar solo un producto final, ocultando así el proceso de su producción, y 4) el actor puede querer ocultar cualquier tipo de referencias que lo ensucian, como insultos o humillaciones por parte de su audiencia.

Las ideas y teorías sobre la interacción, la construcción de un *self*, el entorno y la presentación que se han expuesto nos permiten indagar en el significado de los elementos presentes en las presentaciones, referenciándolos a la constitución de una identidad elegida o construida por medio de una hermenéutica de la interacción simbólica con sus entornos. Añadimos un grado más de complejidad a las teorías expuestas al analizar las relaciones e implicaciones transversales de articular esas teorías tanto en su proscenio tradicional como en un entorno digital con la indagación del grado de significado subjetivo que el actor asigna a su participación en ambos mundos.

⁸ En su libro *Estigma* (1986), Goffman argumenta que tenemos dos tipos de identidades: una identidad social virtual y una social real. Retomamos el concepto de identidad social virtual e identidad social real por su relevancia en la articulación de una presentación del *self*. La identidad social virtual se refiere a la concepción de quiénes somos en su idealización, es decir, es lo que deseamos ser, concebido subjetivamente, mientras que la identidad social real es realmente lo que uno es, mediado por la concepciones de una audiencia concebida.

Posmodernidad y ciberespacio

La presencia de internet, de forma real y metafísica, manifiesta, como espejo metafórico, el cambio sustancial de la composición de las sociedades, un paso más allá del característico rótulo de la “modernidad” del siglo xx. El siglo xxi ofrece una nueva estructura, una nueva formación de paradigmas que algunos han caracterizado como era de la información (Castells, 1998a y 1998b), posmodernidad (Hall, 1996), modernidad líquida (Bauman, 2000), por nombrar algunos de los rótulos principales. Independientemente del adjetivo que tomemos, se consolida el hecho de que nos encontramos en un terreno social cambiante y diferente, a tal grado que la multiplicidad de descripciones y adjetivos existente alude a su forma efímera y nebulosa, como si el mundo fuera visto como un axolotl.

El entorno físico en el cual nos manejamos la mayor parte del tiempo nos impide cambiar muchos de los elementos que constituyen nuestro *self* (elementos y características anatómicas y biológicas, por ejemplo). Estos elementos son parte de una presentación esencial de nuestro *self*, que es transformado, adaptado y moldeado por su relación estructural con el entorno. La presentación, como todo lo que encontramos en el ámbito social, se basa en tipificaciones previamente hechas; tipificaciones que nos permiten vivir en el mundo distinguiendo una cosa de la otra. A partir de la interacción social, estas tipificaciones van cambiando y apropiándose de los aprendizajes de la vida. Las relaciones étnicas en los Estados Unidos, un país caracterizado por su mezcla étnica, son condicionadas por referentes contruidos sobre la base de tipificaciones previamente formadas. Los periódicos, películas, música y tendencias sociales son todos elementos que influyen en la construcción de una tipificación cada vez más detallada de asociaciones subjetivas,⁹ y es en parte por estas tensiones que se desvela un ser saturado por una conciencia étnica.¹⁰ La configuración identitaria de mexicano-americanos representa una fusión de dos culturas que históricamente han tenido una relación complicada y espinosa (Gracia, 2000). El flujo migratorio de mexicanos que llegan a Estados Unidos ha despertado fuertes sentimientos sobre la creciente comunidad latina en este país (Velázquez García, 2008).

Partiendo de la convicción de que la esfera social se encuentra definida por la posmodernidad, este entorno fragmentado, no-lineal, y líquido aumenta el grado de complejidad de las interpretaciones de los símbolos y códigos de las sociedades, incrementando, de forma consecuente, las modalidades referenciales de la construcción identitaria. La posmodernidad cuestiona los referen-

⁹ Klaus Zimmermann, argumentado a favor de una óptica intercultural, describe muy bien el impacto de las representaciones étnicas en las películas de Hollywood. En sintonía con nuestra discusión acerca de las representaciones y las audiencias, Zimmermann escribe: “Los actores, a pesar de representar típicamente a sus culturas respectivas, actúan de tal manera que parece que se hubieran criado todos en EUA, cuando no son calumniados con estereotipos étnicos de mal gusto (el mexicano alestargado a la sombra, el africano ingenuo, el indio sanguinario, etc.). Este modo de operar viene determinado por ciertos intereses ligados a la recepción, a saber, el aumento de espectadores norteamericanos incultos, por una parte, y la pretensión de alcanzar la máxima recepción mundial y, con ello, la máxima expansión en el mercado, y con eso el máximo de ganancias, por la otra. No podemos negar que esto tenga éxito, sin embargo, es todo lo contrario a lo que entendemos por interculturalidad, pues aquí se trata de la eliminación o de la reducción máxima de lo que se puede llamar individualidades culturales reales a artefactos deculturizados nacidos de la ignorancia cultural o de la imaginación xenófoba o racista. Aunque la trama tenga lugar en otros países y culturas, estos sirven en estas películas solo de escenario exótico en el que se desenvuelve una acción que sigue la lógica del modelo occidental y sobre todo norteamericano” (Zimmermann, 2003).

¹⁰ Mead nos recuerda que “a menos que el individuo ha,

de este modo, vuelto un objeto ante sí mismo, él no será auto-consciente o tener un self por completo. Aparte de su interacción social con otros individuos, él no será capaz de relacionar los contenidos de su experiencia privado o "subjetivo" a sí mismo y no volvería consciente de sí mismo, como, eso es, un individuo, persona, meramente por medios o en términos de los contenidos de su experiencia." (Mead, 1934, p. 246, traducción propia).

¹¹ Lampe, Ellison y Steinfeld (2007), en su estudio meticuloso sobre redes, concluyeron que las redes de amistades en sus perfiles de Facebook son réplicas de las redes preexistentes en sus vidas y funcionan, en parte, para consolidar las relaciones encontradas fuera del ámbito de internet.

¹² Adams expresa esta cualidad cuando escribe que la "proliferante estructuras de comunicación y información, un aumento en el contacto con otros nos lleva a un tipo de cúspides culturales constantes, donde las diferencias son reconocidas, exploradas, y unidas en innovaciones híbridas" (2007, p. 5; traducción propia).

¹³ "Desde el punto de vista del conocimiento (*connaissance*), el espacio social trabaja (junto con su concepto) como una herramienta para el análisis de la sociedad. Aceptar todo esto es eliminar de una vez el modelo simplista de la correspondencia de uno a uno o 'puntual' de las acciones sociales y las localizaciones sociales, entre funciones espaciales y formas espaciales" (Lefebvre, 1991, p. 34).

¹⁴ "El espacio social se develará en su particularidad

tes subjetivos de los sujetos llevando a una "multiplicidad de lenguajes del *self* incoherentes y sin relación" (Turkle, 1995, p. 324). Los referentes que permiten la constitución de identidades se han fragmentado y multiplicado constituyendo un mundo saturado por la tecnología, dentro de un proceso globalizador que deshace las raíces tradicionales de la identidad. Internet ha tocado nervios sociales que han cambiado las formas de interactuar con el mundo y con nosotros mismos. Sin mucho esfuerzo, atravesando la pantalla nos encontramos dentro de un laberinto digital, permitiendo la exploración y construcción de nuevas formas de interacción y presentación. El mundo se refleja dentro de este laberinto digital como un espejo, una imagen recíproca y alterada de los varios ámbitos de la sociedad, dentro de una red telaraña de sinapsis electrónicas.¹¹ En los rincones de esta estructura nebulosa, encontramos el espacio y tiempo transformados. Podemos averiguar el pasado a través de textos y huellas digitales de las noticias de ayer y del historial de interacciones.

Pensar la presentación del *self* en el terreno de internet es pensar la presentación posmoderna. El ciberespacio es un ejemplo desatenable de la composición inherente de la esfera posmoderna que conlleva, referencialmente, un sistema espacio-temporal diferenciado, inmerso en una gama de referentes múltiples y simultáneos, de tiempos sincrónicos y asincrónicos y de prosenios estratificados. La sustitución de una interacción cara a cara por una comunicación mediada por computadores (CMC) construye una dialéctica interactiva de protección y exposición, de visibilidad y ocultación. Por un lado, estamos protegidos por estar removidos físicamente de las actuaciones en línea, como si la pantalla de las TIC fueron escudos y, por el otro, estamos inmersos en el mayor prosenio del mundo.¹²

El ciberespacio complejiza el espacio social.¹³ Lefebvre aborda el tema del espacio social aludiendo, inicialmente, a la necesidad de distinguir el espacio social como distinto al espacio mental y físico, ya que posibilita las "representaciones simbólicas que sirven para mantener las relaciones sociales en un estado de coexistencia y de cohesión" (Lefebvre, 1991, p. 32). Es a partir de esta conciencia, de la conciencia que actuamos en una obra magna del teatro dramático de la vida, que se desvelará el espacio social como espacio de acción.¹⁴ En las palabras del propio autor:

El espacio social "incorpora" acciones sociales, aquellas de los sujetos individuales y colectivos que nacieron y que murieron, que sufren o que actúan. Desde el punto de vista de estos sujetos, el comportamiento de su espacio es a la vez vital y mortal: dentro de él se desarrollan, dan expresión a ellos mismos y encuentran

prohibiciones; entonces mueren y en ese mismo espacio contienen sus tumbas (Lefebvre, 1991, p. 33).

Es dentro de un nuevo espacio social, una nueva geografía posmoderna, que nuevos patrones de interacción son desarrollados. En las palabras de Castells, esto sucede a partir de “un nuevo entorno mediático” que “hace de la virtualidad nuestra realidad” (Castells, 1998, p. 408). El ciberespacio se presenta como un nuevo terreno social, un campo social que incluye varios espacios sociales, haciendo que nos dividamos, como nos pediría la posmodernidad, en fragmentos de quiénes somos, multiplicando la posibilidad de nuestro *self* y, así, articulando nuestras presentaciones correspondientes a nuestras retroalimentaciones sociales y motivos.

Es esta situación la que configura nuevas formas de presentación y nos da un formato y medio novedosos para experimentar con nuestra propia realidad. El teclado nos permite crear y modificar quienes somos dependiendo de lo que queremos. Por medio de perfiles “falsos”, de fotos robadas, de información inventada, podemos crear una presentación en un sitio de redes sociales y experimentar la identidad asumida, elegida y manipulada. La estrategia que uno implementa en la forma en la cual se presenta tiene consecuencias distintas. Logramos identificar las variables que juegan dentro de las estrategias de las presentaciones y así caracterizar las presentaciones de nuestra muestra de mexicano-americanos.

Metodología

Esta investigación se llevó a cabo entre enero de 2009 y julio de 2010. Aplicamos una metodología cualitativa por medio del análisis y categorización de elementos constituyentes de la mexicanidad en los perfiles de Facebook, complementados por entrevistas semiestructuradas a profundidad. Instrumentalizamos la arena en la cual observamos sobre la base de la definición propuesta por dos pioneras en el campo de la interacción digital, danah boyd¹⁵ y Nicole Ellison (2007): servicios en internet que permiten a los individuos 1) construir un perfil público o semipúblico dentro de un sistema confinado, 2) articular una lista de otros usuarios con quienes comparten una relación o conexión, 3) ver y acceder la lista de sus conexiones y de las conexiones hechas por otros dentro del sistema, para las que la naturaleza de la nomenclatura varía de un sitio a otro.

La información recabada en los perfiles de Facebook fue analizada con Atlas.ti, bajo una sistematización categorial de los componentes presentes en el sitio de la red social. Se implementaron dos tipos

en la medida en que deje de ser indistinguible del espacio mental (tal y como lo definen los filósofos y los matemáticos) por un lado, y del espacio físico (tal y como lo define la actividad práctico-sensorial y la percepción de la ‘naturaleza’) por el otro” (Lefebvre, 1991, p. 27).

¹⁵ N. del E.: danah boyd, como algunos otros, rechazan la “capitalización” de su nombre dentro de un argumento atípico de los “límites” del nombre. Sus razones para esta decisión son explicitadas en <<http://www.danah.org/name.html>>.

de análisis dentro de los perfiles: uno visual, que involucró la codificación y sistematización de las imágenes, fotos y símbolos presentes en los varios ámbitos del perfil (el ámbito de la foto, de la “pared” y del “Info”); y un análisis lingüístico realizado sobre el contenido de varios espacios del perfil. Analizamos los perfiles en cuatro etapas. En la primera se analizó la presentación proyectada en el perfil dentro de la pestaña “Info”, codificando los elementos constituyentes a una presentación mediada por la mexicanidad o la no-mexicanidad. Identificamos la inserción digital del usuario en las redes formadas en Facebook por medio de la presencia de “páginas” y “grupos”. Enseguida se realizó un análisis de la presencia y componentes de las fotos agregadas como portadas del perfil (fotos principales del perfil), fotos de los álbumes y las fotos “etiquetadas”. Posteriormente, se logró analizar y codificar las interacciones comunicativas dentro del espacio interactivo del “muro”, segmentando el análisis entre enunciados lingüísticos escritos por el usuario y los escritos por los miembros de su red. La última etapa de esta fase del análisis fue considerar la relación entre todos estos elementos y cómo se entrelazan para crear una presentación, de cierto modo, unificada.

Por medio del programa de análisis cualitativo Atlas.ti, se logró hacer el análisis de las entrevistas sobre la base de una codificación meticulosa en siete categorías generales: lo lingüístico, visual, simbólico, político, social, cultural y CMC. De acuerdo con estas categorías, se logró identificar los elementos significativos de una articulación de la mexicanidad en el contenido y formas de las interacciones visibles en el perfil por medio de interacciones textuales, visuales y simbólicas en el “muro” y los comentarios de las fotos. El propósito de esto era averiguar las formas y la presencia de los elementos simbólicos, directos e indirectos, que se remiten a una presentación de mexicano-americanos dentro de la cultura americana y mexicana.

Complementariamente al análisis de la presentación en los perfiles, entrevistamos a profundidad a trece sujetos que se identificaron, bajo la definición de este trabajo, como mexicano-americanos, universitarios, que residían en Estados Unidos al momento de la investigación y con perfiles en Facebook. Las entrevistas fueron hechas por medios electrónicos de sistemas de chat.¹⁶ La información de los perfiles fue analizada desde marzo de 2009 hasta enero de 2010, aunque en algunos casos se amplió el rango de tiempo de los perfiles por la poca presencia de información disponible. En cinco casos la información fue tomada hasta noviembre de 2009. El análisis de las entrevistas fue guiado por la teoría fundamentada. Utilizamos un análisis de contenido para la identificación de la presencia o la ausencia de la mexicanidad en los perfiles seleccionados.¹⁷ Analizamos e identificamos los elementos constituyentes de la articulación de la

¹⁶ Los sistemas de chat utilizados fueron Google Chat, Yahoo! Chat, MSN Messenger, AOL AIM Chat, Skype Chat, y Facebook Chat.

¹⁷ Krippendorff define el análisis de contenido como “el uso de un método válido y replicable para hacer inferencias específicas de texto a otras formas y propiedades de su fuente” (Krippendorff, 1969, p. 103). Se utiliza para la averiguación de la presencia de ciertas palabras, conceptos, temas, frases dentro del texto y secuencias textuales, y para la cuantificación objetiva de los mismos. De la misma forma que se utiliza la codificación abierta expresada acerca de la entrevista, el análisis de contenido agrega elementos de interés dentro de categorías que son después analizadas a partir de dos vertientes del análisis de contenido: el análisis conceptual y el análisis de relación.

mexicanidad en el espacio social digital que realizaron los participantes de este estudio, agrupando, en primera instancia, las actuaciones y presentaciones, tanto simbólicas como figurativas, en cuatro categorías: intencionalidad, intersubjetividad, escenario y audiencia. Como se advierte, cada categoría remite a un aspecto relevante de las teorías trabajadas anteriormente. Utilizamos el modelo de la hermenéutica profunda propuesto por John B. Thompson (1998). Este modelo parte de la premisa de que los objetos estudiados bajo el corte de las ciencias sociales ya están preinterpretados y que por tanto es necesario disminuir el sesgo haciendo una interpretación de la interpretación por medio de un enfoque tripartito.¹⁸ Para esta investigación utilizamos el análisis de contenido conceptual¹⁹ que se complementa perfectamente con la hermenéutica profunda de Thompson.

El estado de residencia de los entrevistados más frecuente fue California; 10 de los 13 entrevistados residían allí. La edad promedio fue 23 años, con una desviación estándar de 3,5 años; cuatro de ellos masculinos y los restantes nueve, femeninos. El predominio de entrevistadas en esta muestra se adecúa con el predominio de mujeres en los sitios de redes sociales.²⁰

Conclusión

Se evidencia que el uso estratégico de la semiosis²¹ de la mexicanidad tiene una estricta relación con la conformación de una tipificación positiva, establecida y fortalecida por medio de relaciones constantes con la cultura mexicana. Cuando las experiencias con lo que se entiende subjetivamente como asociado a la mexicanidad son positivas, los usuarios de Facebook tienden a presentar este aspecto como integral de su presentación manejando la mexicanidad como un capital social. Para lograr estas tipificaciones positivas, encontramos que la influencia de la familia acerca de la conformación de una conciencia mexicana fue indispensable, como también la interacción a lo largo del tiempo con el idioma español, la culinaria mexicana y la participación activa en tradiciones mexicanas. La consolidación de la mexicanidad también demostró cierta congruencia con motivaciones de superación de estereotipos, concientización política y determinación académica. Encontramos que la discriminación escolar fue un elemento importante que posicionó a los individuos en tensiones de estereotipos raciales. La evidencia de una discriminación en la infancia y adolescencia concretizó la formación identitaria, una constitución de un *self*: la diferencia. En un proceso como la discriminación hay una apertura de autoconciencia que crea la percepción del “otro”.²² Esta percepción pone

¹⁸ Los aspectos que el enfoque tripartito distingue son: la producción y transmisión o difusión de las formas simbólicas, la construcción del mensaje, y la recepción y apropiación de los mensajes.

¹⁹ De acuerdo con autores reconocidos en el campo del análisis de contenido, por ejemplo Neuendorf (2002), este método nos permite un acercamiento comprensivo a las intenciones, prejuicios y motivos del usuario, así como también de los miembros de la audiencia.

²⁰ Véase Pew Internet (“Social Networking”).

²¹ El concepto de semiosis propuesto por Charles S. Peirce aborda no solamente las relaciones que se presentan en el proceso de creación de un símbolo, sino la relación tripartita que existe entre la formación, producción e interpretación del significado. Según Charles S. Peirce, la semiosis es “una acción, una influencia que sea, o suponga, una cooperación de tres sujetos, a saber, un signo, su objeto y su interpretante, influencia trirrelativa que en ningún caso puede acabar en una acción entre parejas” (Peirce, 1931, p. 484). Para una discusión más completa sobre el concepto, véase Colapietro (1989).

²² Así, el individuo “se vuelve un objeto ante sí mismo solamente cuando toma las actitudes de los otros individuos hacia sí mismo dentro de un ambiente social o en el contexto de experiencia y comportamiento en cual ambos individuos están involucrados” (Mead, 1934, p. 201; traducción propia).

el acento en una concepción identitaria redefinida y articulada, en parte, por una conciencia de ser diferente y, especialmente, por la indicación de inferioridad. La superación de esta relación y situación se vincula con sensaciones de victoria y autoestima que, a su vez, fortalecen la presencia de la etnicidad en el *self*. Una consecuencia visible de la discriminación es la aparición y construcción de una conciencia politizada del mexicano y, así, del mexicano-americano.

La presentación idealizada de mexicano-americanos que tuvieron contactos constantes, frecuentes y sucesivos con la narrativa simbólica de la mexicanidad a lo largo de sus vidas fue evidenciada en sus perfiles por medios simbólicos en los espacios visuales, lingüísticos, interactivos y asociativos en las redes de sus perfiles. La audiencia fue un conductor del grado de presentación de la mexicanidad, ya que fue, de acuerdo con las teorías abordadas, un juez sobre la aprobación de la presencia de la semiosis mexicana en sus presentaciones. Por medio de interacciones positivas con las semiosis, se fortaleció el grado de mexicanidad presente.

Las presentaciones que enfatizaron la mexicanidad lo demostraron por medio de una evidencia de identificadores políticos y educativos. Para estos usuarios, la mexicanidad no representa solamente un recurso que se maneja como capital social, sino la autoafirmación de una lucha contra los elementos sociales y culturales que discriminan a los mexicanos. Son presentaciones que contienen elementos de una postura contrahegemónica, solidificando la mexicanidad como elemento inherente a sus narrativas particulares del *self*. Evidenciamos que, por lo general, el uso de referentes visuales estereotípicos y populares de la cultura mexicana sostenían una narrativa de la mexicanidad en sus presentaciones de los perfiles. Encontramos la presencia del sombrero de charro, la virgen de Guadalupe, los colores de la bandera, la calavera e imágenes de la cultura popular mexicana, como la Chilindrina de la serie *El Chavo del ocho*. Tomando en cuenta que los usuarios han señalado que se presentan de forma positiva en sus perfiles, que no sienten “vergüenza” de sus representaciones, estos símbolos representan el grado de asimilación que estos tienen con la cultura mexicana. Nuestros participantes nos indicaron que, además de ser elementos que contienen cierto grado de facilidad en la identificación de su lugar en la semiótica de la cultura popular mexicana, esta representaba un aspecto “bueno” o “positivo” de la mexicanidad. Además, constatamos la participación de los padres en el desarrollo de una conciencia política acerca de las relaciones étnicas en sus vidas, que fomenta la concretización

de su mexicanidad y que, consecuentemente, se ve expresada en un *self* presentado en sus perfiles. Nuestra investigación nos lleva a concluir que la intención de articular la mexicanidad se remite a cuatro estrategias no excluyentes: 1) rescatar una identidad perdida ubicada en el imaginario familiar y personal; 2) reforzar un elemento étnico dentro de una pluricultura; 3) articular una imagen positiva de sí mismo; 4) reforzar el elemento multicultural del *self* del usuario.

De igual modo, identificamos que, si las primeras convivencias con lo que se representa como perteneciente a la “mexicanidad” son positivas, este componente resurge en sus presentaciones como elemento presente y representado de concepciones del *self*. Así, la mexicanidad es una estrategia de presentación positiva. Por medio del uso del *spanglish*, la presencia de elementos de ambas culturas, se representa la fusión de la multiculturalidad de sus *selves* en sus presentaciones. Es lo que Homi Baba articula en su discusión sobre la relación entre la cultura americana con la mexicana: “No es ni mexicana ni americana, sino más bien mexicana y americana al mismo tiempo” (Martí-Olivella *et al.*, 1998, p. 3).

Los “motivos para” se encajan en las estrategias de presentaciones elaboradas por Goffman acerca de la presentación del *self* y los “motivos porque” son referidos al imaginario del mexicano construido a través de su relación biográfica con el entorno social, que tiene como motivación rescatar un elemento significativo de la sustancia del *self*. La constitución de la audiencia es fundamental en la articulación o no de elementos constituyentes de una mexicanidad. La interacción con la audiencia influye en la explicitación de una mexicanidad, de la misma forma que también la inhibe.

La presentación de mexicano-americanos representa las formas en las cuales individuos presos en tensiones culturales, ubicados en contextos sociales que resaltan y enfatizan la etnicidad, en un plano inmediato de cultivo para el pensamiento crítico, con un acceso sin precedente a la exposición de la presentación por el uso tecnológico, configuran sus presentaciones en sitios de redes sociales. Las relaciones sociales de sus vidas cotidianas consisten en el elemento definidor y con mayor poder explicativo acerca de la presencia o ausencia de un elemento étnico en sus presentaciones. Es así que se consolidan la continuidad y validez de las teorías del interaccionismo simbólico, fenomenología y psicología social, dentro de nuevas configuraciones y modificaciones de la estructura social. Sugerimos la necesidad de profundizar la indagación sobre el uso de la etnicidad como un elemento contrahegemónico

en los sitios sociales y de redes sociales en estudios futuros. Además, sugerimos estudios que aproximen la presentación étnica con el capital social en un entorno de TIC móviles cada vez más abstractos. Finalmente, hacemos una última sugerencia, debido a que identificamos la necesidad de trabajos que traten con mayor grado explicativo la penetración de internet dentro de una configuración identitaria étnica posmoderna.

El ciberespacio no aleja las indagaciones de las perspectivas clásicas. Los fundamentos de Schütz, Mead, Goffman y Cooley, entre otros, son todavía relevantes y pasan por un momento increíble de la fusión entre el hombre y la máquina. Internet todavía se encuentra debajo de todo su potencial. La incorporación de herramientas digitales y corporales de interacción llevará la interacción digital a un nivel reservado, hasta el momento, a las imaginaciones de la ciencia ficción y de unos pocos aventureros afines a pensar la fusión entre el hombre y su creación fantástica. Es indudable que la ciencia ficción se está volviendo cada vez más real. El futuro, todavía, nos sorprenderá.

Bibliografía

- Adams, M. (2007), *Self and Social Change*, London, Sage.
- Aspe Armella, Virginia (2002), *Las aporías fundamentales del periodo novohispano*, México, CONACULTA-Bermejo.
- Bartra, Roger (1987), *La jaula de la melancolía. Identidad y metamorfosis del mexicano*, Mexico, Grijabo.
- y Gerardo Villadelángel Viñas (2011), *Axolotiada. Vida y mito de un anfibio mexicano*, México, Fondo de Cultura Económica, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Bauman, Z. (2000), *Liquid Modernity*, Cambridge, Polity Press.
- Benedikt, M. (1991), *Cyberspace: first steps*, Cambridge, MIT University Press.
- Blumer, H. (1982), *El interaccionismo simbólico, perspectiva y método*, Barcelona, Hora D. L.
- boyd, danah y Nicole B. Ellison (2007), "Social Network Sites: Definition, History, and Scholarship", *Journal of Computer-Mediated Communication*, vol. 13, N° 1. Disponible en <<http://jcmc.indiana.edu/vol13/issue1/boyd.ellison.html>>.
- Castells M. (2001), "Internet y la sociedad red", *La Factoría*, N° 14-15, Madrid, febrero-septiembre. Disponible en <<http://www.fing.edu.uy/catedras/disi/Mat.%20politicas/castells-01.php.htm>>.
- (1998a), *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*, vol. 1, Madrid, Alianza.

- (1998b), *La era de la información: economía, sociedad y cultura*. vol. 3, Madrid, Alianza.
- (ed.) (2006), *La sociedad red: una visión global*, Madrid, Alianza Editorial.
- Christensen, Clayton M. y Joseph L. Bower (1995), “Disruptive technologies: catching the wave”, *Harvard Business Review*, vol. 73, N° 1, enero-febrero, pp. 43-53.
- Colapietro, Vincent M. (1989), *Peirce's Approach to the Self: A Semiotic Perspective on Human Subjectivity*, Albany, State University of New York Press.
- Cooley, Charles H. (1922), *Human Nature and the Social Order*, Nueva York, Scribner's.
- Cortázar, J. [1956], “Axolotl”. Disponible en <<http://www.literatura.us/cortazar/axolotl.html>>.
- Goffman, E. (1959), *The Presentation of Self in Everyday Life*, Garden City, Anchor Books.
- (1986), *Estigma. La identidad deteriorada*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Gracia, J. (2000), *Hispanic/Latino Identity: A Philosophical Perspective*, Oxford, Blackwell.
- Guttmann, Matthew C. (2000), *Ser hombre de verdad en la ciudad de México: ni macho ni mandilón*, México, El Colegio de México.
- Hall, S. (1996), “The Question of Cultural Identity”, en Hall, S. y Paul du Gay (eds.), *Questions of Cultural Identity*, London, Sage Publications.
- Hurtado, Guillermo (1994), “Dos mitos de la mexicanidad”, *Diánoia*, vol. XL, N° 40, México.
- Krippendorff, K. (1969), “Models of Messages: Three Prototypes”, en Gerbner, G. et al. (eds.), *The Analysis of Communication Content*, Nueva York, Wiley.
- Lefebvre, H. (1991), *The Production of Space*, Londres, Blackwell.
- Martí-Olivella, J., F. Valerio-Holguín y G. Wayland-Smith (eds.) (1998), “Introduction”, *Latin American Issues*, N°14, Pennsylvania, Allegheny College.
- Mead, George H. (1934), *Mind, Self, and Society*, Chicago, University of Chicago Press.
- Nielsen, “Social Media Report 2012”, Disponible en <<http://blog.nielsen.com/nielsenwire/social/2012/>>.
- Paz, O. (2000), *El laberinto de la soledad*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Peirce, C. (1931), *Collected Papers of Charles Sanders Peirce*, vol. V, Cambridge, Harvard University Press.
- Pew Internet, “Social Networking”, Disponible en <<http://pewinternet.org/Commentary/2012/March/Pew-Internet-Social-Networking-full-detail.aspx>>.
- Schütz, A. (1972), *The Phenomenology of the Social World*, Londres, Heinemann Educational Books.

- Thompson, John B. (1998), *Los media y la modernidad: una teoría de los medios de comunicación*, Barcelona, Paidós.
- Turkle, S. (1995), *Life on the Screen: Identity in the Age of the Internet*, Nueva York, Simon & Schuster.
- Velázquez, A. (2008), "La construcción de la imagen de México en Estados Unidos desde una perspectiva de riesgo", *Frontera norte*, online. vol. 20, N° 39, pp. 37-67.
- Velázquez García, Mario Alberto (2008), "La construcción de la imagen de México en Estados Unidos desde una perspectiva de riesgo", *Frontera norte*, online, vol. 20, N° 39, pp. 37-67, <http://www2.collef.mx/fronteranorte/articulos/FN39/2-F39_Construccion_de_la_imagen_de_Mexico_en_EU.pdf>.
- Zimmermann, Klaus (2003), "Lenguaje y comunicación intercultural: un enfoque iberoamericano", en Gugenberger, Eva (ed.), *Comunicación intercultural en América Latina: ¿del conflicto al diálogo?*, Frankfurt del Meno, Lang, pp. 21-42.

(Recibido el 12 de febrero de 2013.)

(Evaluado el 6 de marzo de 2013.)

Autor

Renato de Almeida Arao Galhardi es sociólogo. Maestro en Ciencias Sociales por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, sede México. Actualmente investiga la transformación y significado del espacio para y de migrantes, dentro de los entornos digitales. Asesor del gobierno brasileño en México. Consultor independiente.

Cómo citar este artículo

Almeida Arao Galhardi Renato de, "Buscando la mexicanidad en una posmodernidad digital. La mexicanidad en la presentación de mexicano-americanos en Facebook", *Revista de Ciencias Sociales, segunda época*, año 4, N° 23, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, otoño de 2013, pp. 105-120, edición digital. En línea: <<http://www.unq.edu.ar/catalogo/311-revista-de-ciencias-sociales-n-23.php>>.

MISCELÁNEAS



revista de
ciencias
sociales

segunda época



José Alberto Sbattella / Pablo Ignacio Chena

Pilar Palmieri / Leandro Marcelo Bona

Excedente económico y distribución del ingreso en la Argentina de la posconvertibilidad

Introducción

Los diferentes intentos de los gobiernos populares de la Argentina por mejorar la distribución del ingreso desde los inicios del siglo XX hasta la actualidad encontraron límites económicos sistemáticos (reflejados en la restricción externa y en procesos inflacionarios e hiperinflacionarios) que validaron reformas neoliberales drásticas. Estos modelos redistribucionistas hallaron asidero teórico en el pensamiento económico keynesiano. Sin embargo, la dinámica de los acontecimientos históricos muestra que la importación de recetas de los países centrales a las periferias tiene la gran debilidad de subestimar los límites que impone la estructura de poder vigente en la redistribución igualitaria de los ingresos.

La necesidad de encontrar un enfoque de economía política que supere

esta falencia y que, consecuentemente, tome en cuenta la relación dialéctica que existe entre el nivel de concentración del poder económico, la desigualdad de ingresos y las posibilidades de un crecimiento sostenido nos llevó a revalorizar la mirada sobre el proceso generador de la acumulación de capital que brindaron los economistas fisiócratas y clásicos. La característica distintiva de estos enfoques es la vinculación estrecha que existe entre la acumulación de capital y la generación, apropiación y usos del excedente económico (EE), definido este último como la diferencia entre los recursos que una sociedad genera y su costo de reproducción social (CRS).

El presente trabajo tiene como objetivo revisar el período de la posconvertibilidad (2003-2008) desde la óptica de la economía política clásica, a través de los conceptos EE y CRS. Para ello,

buscamos cuantificar estos conceptos y, a su vez, realizar una primera aproximación en relación a su apropiación/distribución. En este contexto, analizaremos por un lado las características del proceso de distribución primaria del ingreso, a través de la inserción de los trabajadores en el sistema productivo, y por el otro, el rol institucional clave que juega el Estado, tanto en la mediación entre estas fuerzas históricamente asimétricas, como en su propio papel en la captación y los usos del excedente económico.

El documento se organiza de la siguiente manera: en la primera parte se presenta una revisión conceptual sobre la noción de EE, luego se define una metodología de estimación del CRS y se presentan los resultados para el período 2003-2008. Por último, se realiza un análisis, a partir de la distribución funcional del ingreso, de la apropiación del EE entre capital y trabajo.

1. El concepto de excedente económico

El estudio del excedente económico surgió en el siglo XVIII a partir del intento de los fisiócratas franceses por mostrar que la población urbana de ese tiempo vivía del excedente de producción que generaba la actividad agrícola. A partir de allí, la idea de que las sociedades producen más de lo que necesitan para reproducirse y que este “exceso” de generación de bienes puede destinarse a expandir aún más el producto social (inversión) o a satisfacer las necesidades de estatus y opulencia de un grupo privilegiado de la población (consumo suntuuario) fue un tema central en

los economistas clásicos. Tanto Adam Smith como Ricardo y Marx incorporaron años más tarde esta dimensión en sus análisis.

Luego, los economistas neoclásicos se focalizaron en la dimensión horizontal de la organización del trabajo (la determinación de los precios de equilibrio en mercados competitivos) negando la existencia del EE y de su apropiación por determinados sectores. Con este fin crearon eufemismos discursivos, como la “función de producción agregada”, “los factores productivos” o las supuestas “leyes neutrales de la economía”, para ocultar lo que en realidad es una estructura de poder que ordena verticalmente el proceso de trabajo y determina la apropiación y uso del excedente (Bowles y Edwards, 1990).

Es recién a mediados del siglo XX que autores de corte marxista y de la escuela de pensamiento latinoamericano retoman la discusión del EE y comienzan a plantear posibles mecanismos de medición. En 1973 Paul Baran desarrolla tres definiciones de excedente económico. El primero es el excedente económico real (o ahorro corriente), que genera la sociedad capitalista bajo las condiciones económicas y políticas reinantes, estimado como la diferencia entre la producción social real y el consumo efectivo corriente.

El segundo es el excedente económico potencial, definido como “la diferencia entre la producción que podría obtenerse en un ambiente técnico natural dado con la ayuda de los recursos productivos utilizables, por una parte, y, por otra, lo que pudiera considerarse como consumo esencial” (Baran, 1973, p. 334). Baran define como consumo esencial al consumo necesario para llevar socialmente una “vida decente”.

El tercero es el excedente económico planificado es la tercera definición que presenta Baran y está representado por la diferencia entre el ingreso óptimo alcanzable de manera planificada y un volumen óptimo de consumo elegido previamente.

En el ámbito de las economías latinoamericanas, Furtado (1978) desarrolla un concepto de excedente económico que resulta en una posición intermedia entre los conceptos de EE real y potencial de Baran. Específicamente, el excedente económico de una sociedad está determinado por la diferencia entre la producción real (PBI - depreciación del capital) y el costo de reproducción social (CRS) o costo básico de reproducción de la población como un todo, definido como las pautas básicas de consumo que la sociedad establece para asegurar la supervivencia y reproducción de sus miembros. En este sentido, Furtado destaca que el CRS depende del nivel de acumulación de capital alcanzado por la sociedad hasta ese momento y de la capacidad de la clase trabajadora de valorizar su propio trabajo.

Es significativo también el aporte de Prebisch (1981) a las reflexiones sobre el EE al enmarcar su análisis en la dinámica del capitalismo periférico. Para este autor los países latinoamericanos incorporan las técnicas productivas de los países centrales a través de la acumulación de capital y, sin embargo, dadas las altas tasas de desempleo que existen en la periferia, los incrementos de productividad no se traducen en mayores salarios, sino que son apropiados como EE por los estratos sociales superiores, que concentran la propiedad del capital y de la tierra. Como vemos, en la definición de Prebisch el ee es únicamente al ingreso que queda en manos de los propietarios

de los factores productivos y que excede a la remuneración por su trabajo empresarial.

2. El costo de reproducción social y su determinación

Habiendo definido al EE como aquella parte de la producción que excede al costo de reproducción social, resulta central indagar sobre este último concepto, sus determinantes y sus posibles formas de medición.

Según Furtado (1978), el costo de reproducción social representa conceptualmente las pautas de consumo básicas que establece la sociedad para garantizar la supervivencia y reproducción de sus miembros. Dichas pautas, que dependen fundamentalmente del nivel de acumulación de capital alcanzado en el pasado y de la capacidad de la propia clase trabajadora de valorizar su propio trabajo, definen la productividad laboral y la capacidad de la clase trabajadora de apropiarse de la utilización del producto social (delineando así la evolución del CRS).

Esta noción de CRS (como así también la de consumo esencial, de Baran) si bien incluye a toda la población y no solo a los trabajadores, está inspirada en las ideas de Marx sobre “los elementos históricos y morales” que definen el valor de la fuerza de trabajo y que dependen del grado de civilización del país. El salario del trabajador, lejos de ubicarse en su nivel de productividad, como lo plantea la teoría neoclásica, es un factor exógeno, fijado históricamente dentro de cierto contexto cultural, donde el sistema de precios funciona como regulador de la distribución del excedente.

En este sentido, resulta central preguntarse cuáles son los mecanismos de remuneración de la fuerza de trabajo en una sociedad concreta. Para ello, se requiere analizar los conceptos de valor de la fuerza de trabajo y su precio (o salario). El valor de la fuerza de trabajo es el valor de los bienes y servicios necesarios para asegurar la producción y reproducción de la clase trabajadora, e incluye los siguientes elementos (Torrado, 2006): 1) reconstitución de la fuerza de trabajo, que es la parte del valor destinado al sustento cotidiano del trabajador; 2) mantenimiento en la inactividad del trabajador, que es la porción del valor destinada a la sobrevivencia del trabajador durante sus períodos inactivos, vejez, inactividad, etc.; 3) reemplazo generacional, que es la fracción del valor destinada a la producción de un sustituto trabajador, mediante el mantenimiento y la educación del progenitor.

Los trabajadores, al vender su fuerza de trabajo, reciben un salario que al menos debería cubrir los tres componentes de la producción y reproducción de la fuerza de trabajo. La reproducción de la fuerza de trabajo no es financiada en su totalidad en forma directa por el capitalista, sino que también interviene la financiación colectiva. En este aspecto, se distinguen los siguientes componentes (Torrado, 1992): 1) componente salarial, que representa la parte de la remuneración pagada directamente por el capitalista. 2) componente no salarial, que representa la parte del ingreso redistribuido por organismos socializados. Si bien puede tomar la forma monetaria, en la mayoría de los casos se trata de bienes y servicios distribuidos por parte del Estado, como educación, vivienda, parques deportivos, etcétera.

Parte del componente social es financiado por los propios asalariados a través del pago de impuestos. Si bien existen situaciones en la cual el aporte de los trabajadores no calificados es mayor que los beneficios que reciben, en países con una legislación social avanzada el costo de reproducción es mayor que el salario de un trabajador de baja calificación.

Por otra parte, el CRS está compuesto por dos elementos, uno básico o de subsistencia biológica, y otro ideológico, en el cual se incluyen el resto de los bienes y servicios (Wells, 2010). El componente de subsistencia biológica marca el límite inferior del costo de reproducción de la fuerza de trabajo, mientras que el límite superior está determinado por la rentabilidad mínima del sistema y las necesidades de acumulación (Carter, 1982). Luego, el valor que efectivamente adquiera el CRS en cada momento histórico dependerá de factores sociales, económicos y políticos que modifican la capacidad de los sectores de menores ingresos de apropiarse del producto social (Wayne, 1986).

En definitiva, el CRS es un concepto normativo, en tanto que implica un componente objetivo, aquel que definimos como el componente biológico, y uno subjetivo, que incluye el resto de los bienes y servicios, determinado por elementos históricos, culturales y por el grado de desarrollo de una sociedad. Por tal motivo, no existe un criterio único y totalmente objetivo que nos permita aproximarlos.

A continuación, sobre la base de los diferentes aportes de la discusión planteada, se presenta la metodología de estimación del CRS y los resultados obtenidos para el total de la población argentina para el período 2003-2008.

3. Estimación del costo de reproducción social desde los microdatos

Uno de los grandes desafíos que presenta este trabajo es poder operacionalizar y estimar el valor del CRS para la Argentina. Para ello nos basaremos en Furtado (1978), que considera como representativo de este costo básico de reproducción de la población el nivel de vida de los trabajadores manuales no calificados, por tratarse del sector de la población económicamente activa que menos se beneficia de la acumulación destinada a formar el factor humano. A su vez, incorporamos el esquema que identifica un componente salarial, aquel financiado por los ingresos laborales, y un componente no salarial, conformado por los bienes y servicios esenciales distribuidos a través del estado neto de los aportes tributarios realizados por los hogares.

El primer desafío de esta sección es definir una metodología de estimación, a partir de la cual podamos evaluar la dinámica del componente salarial y no salarial. Esto nos permitirá analizar el rol del Estado en la determinación del CRS y la redistribución de EE. Una vez superado este desafío, estaremos en condiciones del estimar el CRS y el excedente económico para la Argentina de la posconvertibilidad.

Aspectos metodológicos

Dadas las características de las bases de datos y la metodología de estimación,

vamos a trabajar de forma independiente sobre dos segmentos poblacionales: por un lado, los individuos de los hogares cuyo jefe pertenece a la población potencialmente activa (PPA),¹ más los niños que están a su cargo. Por el otro, las personas mayores que están en edad de jubilarse, según lo que establece la legislación actual, las mujeres mayores de 60 años y los hombres mayores de 65. El primer grupo representa cerca del 90% de la población total, mientras que las personas mayores ocupan el otro 10%.

En el caso de la población en edad de trabajar y menores, siguiendo el enfoque de Furtado (1978), utilizamos como representativo del CRS el nivel de vida de los trabajadores no calificados. Para aproximarnos a este valor, estimamos el nivel de vida de los hogares cuyo jefe es un asalariado no calificado. La decisión de tomar como unidad de análisis al hogar se basa en el enfoque de las “estrategias familiares de vida” y “estrategias de supervivencia” desarrolladas en Torrado (2006) y los diversos trabajos desarrollados por Salvia *et al.* (2002; 2003). En estos enfoques, se plantea la centralidad de la familia y el hogar en las estrategias que constituyen el proceso de reproducción social. A su vez, utilizar el hogar como unidad de análisis nos permite asignar un costo de reproducción a todos aquellos miembros que no forman parte de la población económicamente activa y no tienen un ingreso laboral, pero cumplen un rol central en la reproducción familiar, como son los niños y las amas de casa.

¹ La población potencialmente activa comprende a todas las personas mayores de 15 años y menores de 64 años; se trata de las personas que están en edad de trabajar.

Dado que el CRS para las personas mayores presenta algunas características muy distintas a la de los hogares con jefe activo, realizamos la estimación para este grupo en forma separada. Tomamos como representativo del CRS el nivel de vida de los jubilados que reciben el haber mínimo. En este caso, la unidad de análisis no son los hogares, sino directamente los individuos, ya que la información disponible permite un mejor tratamiento de los datos bajo esta modalidad. Para poder compatibilizar las dos estimaciones, se realizan las equivalencias correspondientes para obtener los resultados a nivel individual.

Como hemos visto en el apartado teórico, el CRS tiene dos elementos centrales, el componente salarial, que es la parte financiada con los ingresos laborales (para el caso de las personas mayores sería el componente previsional) y el componente no salarial (no previsional), que es la parte financiada por el Estado a través de los servicios públicos y las transferencias monetarias. Dentro del componente no salarial, consideramos los siguientes beneficios recibidos: los servicios de salud, en educación y los subsidios al transporte y a la energía, eneto de los aportes tributarios realizados. De este modo el CRS en nuestro análisis queda definido de la siguiente manera:

CRS por hogar= Ingreso salarial + costo en educación pública + costo en salud pública + subsidios al transporte y energía – aportes tributarios

La principal fuente de información utilizada para estimar el componente salarial en los hogares es la Encuesta

Permanente de Hogares (EPH) continua y en el caso de las personas mayores son los datos de los haberes jubilatorios de la Administración Nacional de la Seguridad Social (ANSES). Luego, para estimar los componentes no salariales o no previsionales, se utilizan diversas fuentes, entre las que se destacan: la Dirección de Cuentas Nacionales, el Ministerio Nacional de Salud, Ministerio Nacional de Educación, ANSES, PAMI y la encuesta de gasto de los hogares 1996/1997.

Estimación del costo de reproducción social según sus principales componentes

A continuación se presenta la estimación del valor anual de cada uno de los componentes del CRS, primero para el segmento de hogares y luego para las personas mayores. Finalmente, se presenta la estimación para el total de la población en el período 2003-2008.

El CRS de los hogares (niños y personas en edad de trabajar)

Para aproximarnos al CRS de los hogares, tomaremos como representativo del nivel de vida de un asalariado no calificado el nivel de vida de los hogares cuyo jefe presenta esta categoría ocupacional. A continuación, se presenta en primer lugar la estimación del componente salarial y luego del componente no salarial.

Ingresos salariales: el componente salarial corresponde a la parte del CRS que es financiado por los capitalistas a través del pago de salarios. Estimamos el componente salarial del CRS a partir de los

ingresos totales familiares (ITF),² según los datos de la Encuesta Permanente de Hogares.

Una vez estimados los ingresos laborales de los hogares cuyo jefe es un asalariado no calificado debemos ajustar este valor por los distintos componentes no salariales distribuidos a través del Estado que forman parte del CRS. Consideramos como elementos que forman parte del consumo esencial los siguientes rubros: educación, salud y los subsidios al transporte y a la energía. Luego estos valores serán ajustados por los aportes que realizan los hogares al sistema tributario.

Gasto en educación: ya que cerca del 70% de los hijos de trabajadores no calificados concurre a establecimientos educativos públicos,³ lo tomamos como representativo del costo en educación básica; no consideramos la inversión en educación universitaria o terciaria. El costo se estima a partir de los datos del Ministerio Nacional de Educación del gasto por alumno en educación pública básica.⁴

Gasto en salud: en nuestro país el sistema se divide en tres subsistemas: público, de obras sociales y privado, cada

uno de los cuales se compone de una diversidad de efectores y de prestadores y con poblaciones de referencia definidas (Isuani y Mercer, 1985; Acuña y Chudnovsky, 2002). Dado que durante el período 2003-2008, entre el 55% y el 68%⁵ de los asalariados no calificados se encuentran en condición de informalidad laboral y no tienen acceso a una obra social, tomaremos como representativo del costo de salud la atención pública. Para estimar el costo de la salud, dividimos el gasto público consolidado en atención pública de la salud por la cantidad de habitantes que utilizan únicamente los servicios públicos de la salud.⁶

Los subsidios al transporte y a la energía: los mismos constituyen, durante el período de la posconvertibilidad, un elemento central de la política económica. Los subsidios al sector privado fueron empleados intensamente con el objetivo de limitar los ajustes de precios en un contexto de creciente inflación y mantener el poder de compra de los salarios (Damill y Frenkel, 2009). Consideramos que los subsidios benefician en forma indirecta a los usuarios, ya que evitan los incrementos en las tarifas, es decir, se trata de una transferencia al consumidor

² Esta metodología implica considerar como representativo del nivel de vida del trabajador no calificado a los hogares donde solamente el jefe tiene esa calificación, pudiendo el resto de los miembros que pertenecen a la población económicamente activa (PEA) tener empleos con distinta calificación. Esto puede generar un sesgo en la estimación de los ingresos totales familiares (ITF), ya que estamos sumando ingresos de asalariados con distinta calificación.

³ Según estimaciones propias, a partir de la EPH continua para el período de análisis.

⁴ Se considera como educación básica desde el jardín al polimodal.

⁵ Estimación propia sobre la base de la EPH. En el año 2003 la informalidad laboral para los trabajadores no calificados alcanzaba el 68%; este valor fue descendiendo año tras año y en 2008 se ubicaba en el 55%.

⁶ El costo en atención pública por persona puede variar como consecuencia de dos factores: primero, por las modificaciones del gasto público; segundo, por la variación en la población que utiliza el servicio de atención médica pública, afectada de modo muy directo por el nivel de empleo e informalidad laboral. En la medida que aumenta la informalidad o cae el empleo, se reduce la cantidad de individuos con obra social o servicios privados, aumentando así la cantidad de usuarios de atención pública. Cuando aumenta el empleo o se reduce la informalidad, el efecto es el inverso.

y no a las empresas privadas. Ahora bien, no todos los transportes subsidiados forman parte de lo que hemos denominado CRS: consideramos como parte de este los subsidios a los trenes, subtes, micros y el consumo energético de los hogares. Por ejemplo, los subsidios a las líneas aéreas no forman parte de lo que consideramos consumo esencial, por tanto no lo consideramos dentro del CRS.⁷

Estos tres elementos, educación, salud y subsidios, constituyen los componentes no salariales del CRS que son financiados por el Estado. Sin embargo, parte de estos bienes y servicios que reciben los individuos son financiados por ellos mismos a través del pago de impuestos.

Aportes al sistema tributario: para analizar y estimarlos, debemos calcular la presión tributaria promedio para un hogar de un asalariado no calificado. Para ello nos basamos en el trabajo “Impacto de los impuestos sobre la distribución del ingreso en Argentina en 1997” (Santiere et al., 2000),⁸ donde estiman la presión tributaria por decil de ingreso. Los impuestos considerados son los siguientes: impuestos al patrimonio, que incluyen los impuestos a los bienes personales, al patrimonio, inmobiliarios y automotores; impuestos a los bienes y servicios, que incluyen el impuesto al valor agregado, a los ingresos brutos, combustibles, energía e inspección, seguridad e higiene.

No consideramos los aportes a la seguridad social, porque en nuestra metodología el costo de manutención durante la inactividad se calcula en valor presente, es decir, lo que cuesta hoy mantener a los jubilados. Para asignar la presión tributaria que los asalariados no calificados, estimamos al decil de ITF que pertenecen y asignamos la presión correspondiente. La media del trabajador no calificado se encuentra en el decil 5 de los ITF,⁹ por lo tanto enfrentan una presión tributaria del 23,13%. Considerando el ingreso promedio de una familia cuyo jefe es asalariado no calificado y la presión tributaria que enfrentan, obtenemos los aportes realizados.

Cada uno de estos componentes fue estimado en función de las características de un hogar cuyo jefe es asalariado no calificado, es decir, de la cantidad de miembros, los niños en edad escolar y el ingreso total familiar. En el cuadro 1 se encuentran los resultados obtenidos. Una familia de tales características estaba recibiendo en el año 2003 US\$450 en concepto de educación básica, US\$495 en salud pública, US\$26 de subsidios al transporte y energía y realizaba aportes tributarios anuales de us\$621. Es decir, recibía en servicios esenciales un valor que superaba significativamente el aporte que realizaba al Estado. Como se observa en el cuadro 2, dicha tendencia no solo continúa a

⁷ Como no tenemos información para identificar la intensidad de uso de los servicios energéticos y del transporte público según los distintos sectores de la sociedad, suponemos un uso igualitario entre todos los individuos de la población.

⁸ En este trabajo la fuente de datos es la ENGH de 1996/1997. Si bien en este período la estructura de consumo pudo haber variado, no se han publicado los datos de gasto más recientes que nos permitan reestimar la presión tributaria.

⁹ Estimación propia sobre la base de la EPH.

Cuadro 1. Componente no salarial del CRS. Dólares anuales por hogar. Período 2003-2008

	Componente no salarial				Componente no salarial neto (1+2+3+-4)
	Educación (1)	Salud (2)	Subsidios (3)	Aportes tributarios (4)	
2003	450	495	26	621	350
2004	568	607	26	668	532
2005	804	755	82	822	819
2006	992	915	174	1.008	1.072
2007	1.298	1.180	366	1.290	1.555
2008	1.751	1.401	631	1.764	2.018
Var. 2003-2008	289%	183%	2371%	184%	477%

Fuente: elaboración propia sobre la base de la EPH, Dirección de Análisis de Gasto Público y Programas Sociales (SPE), Ministerio de Salud, Ministerio de Educación.

lo largo del período de estudio, sino también que se profundiza.

El costo de reproducción social de los hogares

Para estimar el CRS sumamos el componente salarial y el componente no salarial neto (los beneficios en salud, educación y subsidios, menos el pago de impuestos). Dado que cada uno de estos valores fue estimado por hogar, realizamos la equivalencia por persona, sobre la base del tamaño promedio del mismo.

El CRS medido en dólares anuales ha aumentado todos los años, alcanzando

un valor máximo en el 2008 de US\$9.646 para un hogar promedio, o bien US\$2.643 anuales por persona. También se observa que el CRS por hogar es, en todos los años, mayor que el ITF. Esto se debe a que el componente no salarial neto es positivo, es decir, los beneficios del componente no salarial son más altos que el pago de impuestos.

El aumento en valor del CRS indica que el nivel de vida de los trabajadores que menos se benefician del proceso de acumulación ha ido mejorando en el tiempo. A su vez, todos los hogares, donde el ingreso per cápita esté por encima del CRS, según el enfoque de Furtado, se estarían apropiando de una parte del excedente económico.

Cuadro 2. CRS por hogar y por persona. Componente salarial y no salarial. Dólares anuales. Período 2003-2008

	Componente Salarial (1)	Componente No Salarial Neto (2)	CRS por hogar (1+2)	CRS por persona
2003	2.686	350	3.036	832
2004	2.890	532	3.421	937
2005	3.555	819	4.373	1.198
2006	4.358	1.072	5.431	1.488
2007	5.576	1.555	7.131	1.954
2008	7.627	2.018	9.646	2.643

Fuente: elaboración propia sobre la base de la eph, Dirección de Análisis de Gasto Público y Programas Sociales, Ministerio de Salud, Ministerio de Educación.

Cuadro 3. CRS por persona mayor. Dólares anuales. Período 2003-2008

Años	Haber jubilatorio mínimo	Aportes tributarios	Gasto en Salud	Subsidios	CRS	Variación interanual
2003	881	204	250	26	953	-
2004	1.250	289	291	26	1.278	34%
2005	1.597	369	353	82	1.663	30%
2006	1.824	422	371	174	1.947	17%
2007	2.291	530	412	366	2.539	30%
2008	2.611	604	557	631	3.195	26%

Fuente: Santiere et al. (2001), Dirección de Análisis de Gasto Público y Programas Sociales y ANSES.

Estimación del CRS de los adultos mayores

Para estimar el CRS para la población mayor, que representa cerca del 10% del total de la población, sumamos los ingresos del sistema previsional, representados por el haber jubilatorio mínimo, más los beneficios en materia de salud y subsidios, menos los aportes al sistema tributario. La metodología es similar a la del caso de los hogares, simplemente que aquí la unidad de análisis no es el hogar, sino los individuos.

En el cuadro 3 se presentan los resultados obtenidos. El CRS para personas mayores fue para 2003 de US\$953 anuales, valor que alcanza en 2008 los US\$3.195 anuales. Al igual que en el caso de los hogares, se observa que en todos los años el CRS supera a los ingresos del sistema previsional, esto significa que los beneficios que recibe este grupo son mayores a los aportes tributarios que realiza.

Estimación del CRS para el total de la población

Para estimar el valor del CRS para toda la población, expandimos el valor del CRS por persona al total de los habitantes de la Argentina para el período de análisis según el tramo de edad. A las personas que no están en edad de jubilarse, le asignamos el valor estimado para los individuos que pertenecen a hogares cuyo jefe es asalariado no calificado, a las personas mayores le asignamos el valor estimado para los jubilados. Es decir, tenemos en cuenta de manera muy simple y a grandes rasgos la estructura demográfica.

En definitiva, aplicar el CRS por persona a toda la población equivale a estimar, en valores presentes, los tres componentes del proceso de reproducción de la fuerza de trabajo: 1) el costo del reemplazo generacional, ya que le asignamos un CRS a los niños; 2) el mantenimiento durante la actividad, porque asignamos el CRS de las personas en edad de trabajar; 3) el mantenimiento durante la inactividad, al agregar el CRS de las personas mayores.

En el cuadro 4 se encuentra la estimación del CRS ponderando los diferentes valores según se trate de personas mayores o de los individuos que pertenecen a un hogar cuyo jefe es activo. Para el año 2003 el CRS para el total de la población fue de US\$35.108 millones anuales; en el 2008 este valor alcanza los US\$117.733 millones. Es decir, en cinco años prácticamente se triplicó.

Por último, la tasa de crecimiento anual del CRS medida en dólares corrientes desde el año 2005 va del 25% al 36% anual, valor que supera ampliamente cualquier estimación de inflación para el período. Esto nos indica una mejora no solo en el nivel de ingresos nominales, sino también en las condiciones de vida de los individuos que menos se benefician del proceso de acumulación.

4. El excedente económico en el período 2003-2008

Una vez estimado el CRS para el total de la población, estamos en condiciones de calcular el excedente económico para el período de análisis. El mismo lo definimos como el producto bruto interno (PBI), menos la depreciación del capital reproducido.

Cuadro 4. Costo de reproducción social. Millones de Dólares corrientes. Período 2003-2008

Años	CRS			
	CRS	CRS	CRS total población (millones de US\$)	Variación interanual
	(US\$/ Persona hogar)	(US\$/ Persona mayor)		
2003	832	953	35.108	-
2004	937	1.278	40.718	16%
2005	1.198	1.663	52.656	29%
2006	1.488	1.947	65.569	25%
2007	1.954	2.539	86.886	33%
2008	2.643	3.195	117.733	36%

Fuente: elaboración propia sobre la base del INDEC, EPH, Dirección de Análisis de Gasto Público y Programas Sociales, Ministerio de Salud, Ministerio de Educación, ANSES y PAMI.

Cuadro 5. CRS y excedente económico. Millones de dólares anuales. Período 2003-2008

	PBI		Depreciación del capital		CRS total población		Excedente económico	
	US\$	%	US\$	%	US\$	%	US\$	%
2003	125.496	100%	12.548	10,0%	35.108	28,0%	77.841	62,0%
2004	151.412	100%	14.261	9,4%	40.718	26,9%	96.432	63,7%
2005	181.506	100%	16.370	9,0%	52.656	29,0%	112.481	62,0%
2006	211.678	100%	18.623	8,8%	65.569	31,0%	127.486	60,2%
2007	260.263	100%	23.745	9,1%	86.886	33,4%	149.631	57,5%
2008	325.705	100%	28.520	8,8%	117.733	36,1%	179.452	55,1%

Fuente: elaboración propia sobre la base de INDEC, EPH, Dirección de Análisis de Gasto Público y Programas Sociales , Ministerio de Salud; Ministerio de Educación, ANSES y PAMI.

tivo⁹ y menos el costo de reproducción social para toda la población. Esto equivale al valor de la producción que excede al consumo necesario para que la población se reproduzca como tal, manteniendo el stock de capital constante.

$$EE = \text{PBI} - \text{depreciación del capital reproductivo} - \text{CRS}$$

En el cuadro 5 se encuentra el valor y la evolución del EE para el período de análisis. En el año 2003, el mismo alcanzó los US\$77.841 millones, lo que representaba el 62% del PBI. De allí en adelante, la participación del EE cae mientras que la participación del CRS en el PBI aumenta. Por su parte el peso de la depreciación del capital se reduce levemente. Hacia el año 2008, el EE representa el 55,1% del PBI y el CRS el 36,1%.

Ahora bien, en el marco de un fuerte crecimiento económico vemos que el CRS tiende a incrementar su participación en el PBI, es decir que el crecimiento del CRS, a partir del año 2005 crece a tasas superiores que la del PBI. Cabe preguntarnos entonces cuál es el elemento dinamizador de esta tendencia: ¿se trata de la evolución del componente salarial financiado por las empresas, o del componente no salarial, financiado a través del Estado?

En el cuadro 6 vemos cómo la participación del componente no salarial del CRS ha ido incrementando en detrimento del componente salarial. Mientras que en el año 2003 la participación del componente no salarial en el CRS era del 12%, este valor alcanza el 21% en el año 2008, mientras que la participación del

componente salarial desciende del 88% al 79%. Esto se debe a que el total de beneficios no salariales entre 2003-2008 aumentaron a un ritmo superior que el de los ingresos salariales y los aportes tributarios.

Si bien durante el período de análisis la estructura tributaria se ha mantenido relativamente estable, el Estado toma un papel activo en términos de redistribución de EE a partir de la política de gasto público. El fuerte aumento de las erogaciones en materia de educación, salud y transporte permitió una efectiva redistribución del excedente económico hacia los sectores que menos se benefician del proceso de acumulación, lo cual se refleja en el incremento del componente no salarial del CRS.

Ahora bien, un tema que nos interesa profundizar en este trabajo es cómo es la distribución de este excedente, es decir, quiénes se apropian del mismo. Para aproximarnos a este problema a continuación presentamos un análisis de la apropiación del EE entre capital y trabajo a partir de los datos de la distribución funcional del ingreso elaborados por la Dirección Nacional de Cuentas Nacionales (DNCN).

6. La apropiación del excedente económico en la posconvertibilidad: un análisis sobre la base de la distribución funcional del ingreso

En este apartado analizaremos la apropiación del EE entre capital y trabajo, a

⁹ En cuanto a la depreciación del stock de capital, tomamos la estimación de S. N. Kiefman (2007) del 5,6% anual y la aplicamos al stock de capital estimado en INDEC hasta el año 2004.

Cuadro 6. Composición del CRS en componente salarial y no salarial. Porcentajes. Período 2003-2008

Años	Componente Salarial	Componente no salarial	Total
2003	88%	12%	100%
2004	84%	16%	100%
2005	81%	19%	100%
2006	80%	20%	100%
2007	78%	22%	100%
2008	79%	21%	100%

Fuente: elaboración propia sobre la base de EPH, Dirección de Análisis de Gasto Público y Programas Sociales, Ministerio de Salud, Ministerio de Educación.

partir de la distribución funcional de ingreso. Se trata del proceso de distribución primaria, en el cual no se incorpora la acción del Estado en la redistribución de ingresos. El objetivo es estudiar el proceso de apropiación del EE a partir de la generación del mismo, contemplando la inserción de los individuos al sistema productivo y los posibles usos que este tenga.

Por el lado de los asalariados, la apropiación del EE se da a través de la fijación de salarios que superen el ingreso del trabajador no calificado; se trata de ingresos laborales que superen el CRS. El uso de este excedente es no productivo, pues se destina al consumo no esencial o suntuario, dando así lugar a la estratificación social y desigualdad de ingresos. Por el lado del capital, si bien una pequeña porción de sus ingresos corresponde al CRS, la gran mayoría de los mismos corresponden al EE. Los usos pueden

ser con fines productivos (inversión productiva) o no productivos, como fuga de capitales y otros.

Sobre la base de la discusión planteada se presenta a continuación una estimación de la apropiación del excedente económico entre el capital y el trabajo, a partir de la distribución funcional del ingreso del período 2003-2008.

Aclaraciones metodológicas

La principal fuente de información utilizada es la cuenta de generación de ingresos elaborada por la Dirección Nacional de Cuentas Nacionales. Todos los valores utilizados son corrientes y a precio de productor, ya que en este apartado no contemplamos la acción redistributiva del Estado.

Para poder adaptar la información a nuestro enfoque realizamos los siguientes

supuestos y consideraciones metodológicas respecto al uso de las bases de datos:

1. El costo de reproducción social (CRS) únicamente es estimado para los asalariados. Técnicamente se trata del componente salarial del CRS.
2. Los ingresos de los capitalistas los consideraremos en su totalidad EE y depreciación del capital. Si bien una parte de estos ingresos corresponden al CRS de la clase capitalista, no tenemos la información suficiente como para discriminarlos. De todos modos es de esperar que la incidencia del mismo en el ingreso total de los capitalistas sea muy baja.
3. Las categorías planteadas en la Cuenta Generación de Ingreso de la DNCN son: retribución al trabajo asalariado (RTA), excedente bruto de explotación (EBE) e ingreso bruto mixto (IBM). En el trabajo no será considerada esta última, por la dificultad de asignar los mismos al capital o al trabajo.
4. Dentro de la retribución al trabajo asalariado, no consideramos las contribuciones y aportes al sistema previsional.

Definimos el EE como el ingreso total de la economía menos la depreciación del capital, menos el componente salarial del costo de reproducción de todos los trabajadores, representado por el salario promedio del trabajador no calificado.

A diferencia del bloque anterior donde la unidad de análisis es el hogar, al trabajar con la distribución funcional únicamente consideramos a los individuos que obtienen ingresos en el sistema productivo. Es decir, el universo de análisis son los asalariados ocupados.

Apropiación del excedente económico en el período 2003-2008

Mientras que los ingresos del capital corresponden en su totalidad al excedente económico, que puede ser utilizado para fines productivos o no, por el lado del trabajo, una proporción de los ingresos corresponde al componente salarial del CRS y otra al EE destinado al consumo suntuuario.

El EE apropiado por los asalariados proviene de ingresos salariales que superan el ingreso laboral promedio de un asalariado no calificado. La magnitud de este EE depende centralmente de los siguientes elementos:

1. La distribución funcional del ingreso: la misma determina la proporción del producto apropiada por los asalariados.
2. La evolución relativa de los salarios: en la medida que el diferencial de salarios sea mayor, que la diferencia entre el CRS y el salario medio sea más amplia, el EE tiende a aumentar.
3. La composición del empleo: cuando el total de empleo tiene una proporción baja de trabajadores no calificados, y existe cierta diferencia salarial, el EE apropiado por los asalariados debería ser mayor, ya que una proporción muy baja de asalariados tiene ingresos que representa en CRS.

En el cuadro 7 se encuentra la estimación del componente salarial del CRS para el total de los asalariados, que resulta del producto entre el salario del trabajador no calificado y el total de puestos de trabajo asalariado según la DNCN. Podemos observar que este valor

aumenta durante todo el período. Para el año 2003, fue de US\$15.721 millones y para el año 2008 este valor ascendía a los US\$51.156 millones.

Ahora bien, en cada uno de los años analizados, la masa salarial es ampliamente superior al CRS de los asalariados. El excedente económico apropiado por los trabajadores representa, según el año, entre el 46% y el 52% de la masa salarial. Esta proporción presenta un leve aumento entre 2003 y 2005, pasando de 49% a 51% y a partir del año 2006 comienza a caer, hasta ubicarse en el 46% a partir del 2007.

Por el lado del capital, como mencionamos en el apartado metodológico,

consideramos que todo el ingreso corresponde al EE. A partir de estos datos, estimamos la apropiación entre capital y trabajo.

En el gráfico 1 se observa que el capital se apropia durante todo el período de la gran mayoría del EE. En el año 2003 se apropian del 79%, valor que cae sistemáticamente hasta el 2006, cuando se ubica en el 74%. Como contraparte, los asalariados se apropian en el 2003 del 21%, valor que asciende hasta ubicarse en 2006 en el 26%. Entre 2006-2008, nuevamente hay un aumento en la participación del capital, si bien sigue siendo significativamente menor que la del 2003.

Cuadro 7. Excedente económico apropiado por los asalariados. Dólares corrientes. Período 2003-2008

	2003	2004	2005	2006	2007	2008
Salario promedio neto del trabajador NC (us\$/año)	1.130	1.218	1.528	1.831	2.421	2.942
Puestos de trabajo (miles)	13.907	14.911	15.587	16.453	17.047	17.388
CRS ocupados (millones us\$/año)	15.721	18.155	23.822	30.133	41.275	51.156
Remuneración al trabajo asalariado sin aportes (Millones de us\$/año)	30.724	38.165	48.373	60.354	75.955	94.969
Salario excedente (Millones us\$/año)	15.002	20.011	24.551	30.222	34.679	43.813
Excedente/remuneración (%)	49%	52%	51%	50%	46%	46%

Fuente: elaboración propia sobre la base de la Dirección Nacional de Cuentas Nacionales y la EPH.

El EE apropiado por los trabajadores se destina a consumo suntuario, lo que da lugar a diferencias en los niveles de vida y estratificación social entre los propios asalariados. Como vemos en el gráfico 2, en la medida que el porcentaje del ingreso de los asalariados destinado al EE cae, la desigualdad de ingresos es menor, es decir, un CRS mayor resulta consistente con una desigualdad salarial menor.

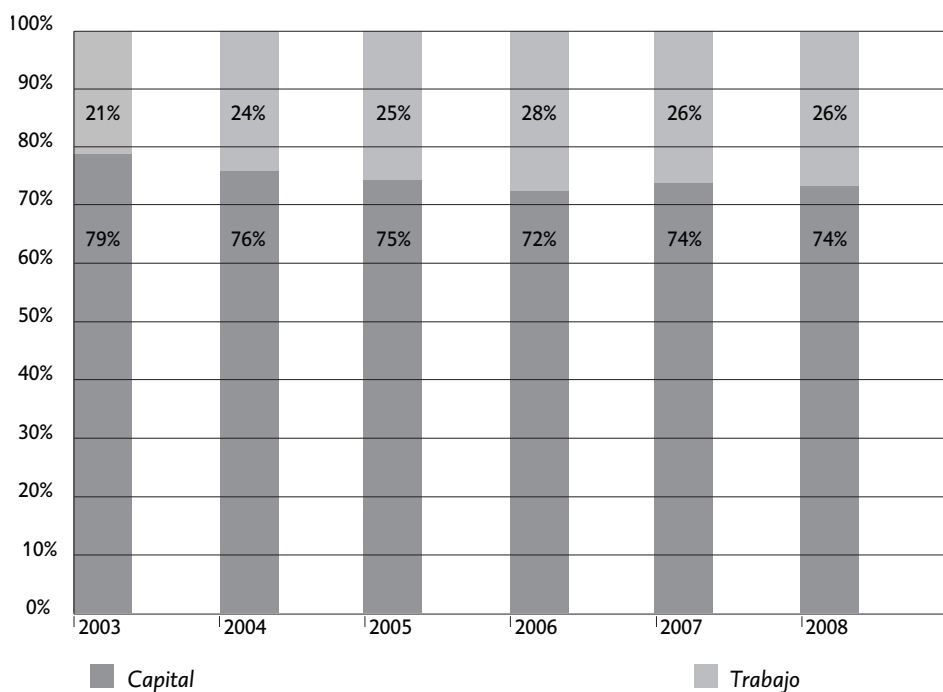
Comentarios finales

El intento de analizar el proceso de acumulación a partir de un enfoque

económico distinto al paradigma dominante implica un objetivo central que es el de resolver los aspectos metodológicos que permiten cuantificar conceptos como el de CRS y EE. Con este fin, en el presente artículo trabajamos con microdatos de la Encuesta Permanente de Hogares, datos de la Dirección de Cuentas Nacionales y otras fuentes complementarias durante el período de la posconvertibilidad.

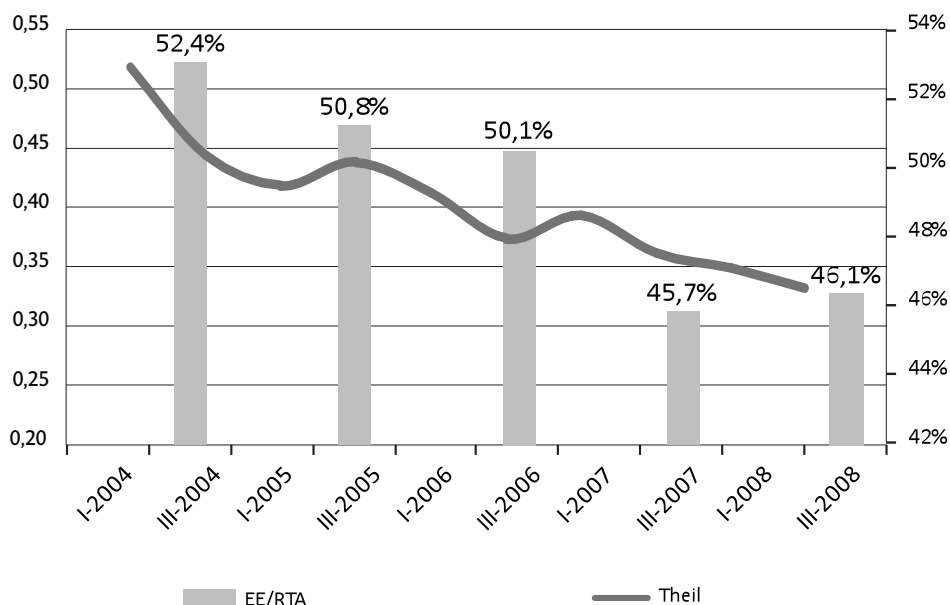
Dentro de los resultados obtenidos, se destaca en primer lugar el fuerte incremento de la participación del CRS en el PBI y la caída de la participación del EE. En el año 2003 solo se destinaba el 28% del PBI al CRS, en el año 2004 esta pro-

Gráfico 1. Apropiación del excedente económico entre capital y trabajo. Período 2003-2008



Fuente: elaboración propia sobre la base de la EPH y DNCN.

Gráfico 2. Porcentaje de la masa salarial destinada al excedente económico apropiado por los asalariados y desigualdad salarial (Índice de Theil). Período 2004-2008



Fuente: elaboración propia sobre la base de la EPH y DNCN.

porción cae levemente y a partir de 2005 comienza a aumentar hasta ubicarse en 2008 en el 36,1%. Por su parte, el EE pasa de representar el 62% del PBI en el 2003 al 55,1% en 2008.

En este aspecto el papel del Estado fue central. Su participación creciente en el CRS manifiesta su rol activo como agente redistribuidor del EE. En el año 2003, la participación del componente financiado por el Estado en el CRS era del 12%, valor que en el 2008 alcanza el 21%. La principal política que explica este comportamiento es la evolución y asignación del gasto público en materia de salud, educación y transporte, pues durante el período de análisis la estructura tributaria no sufrió modificaciones importantes.

Otro de los aspectos que se explora en este trabajo es la apropiación del EE

entre capital y trabajo. Mientras que los asalariados destinan el EE a consumo suntuario o no esencial, el EE apropiado por el capital puede ser utilizado para fines productivos o no. Según nuestro análisis, el capital se apropia al inicio del período del 79% del EE y hacia el 2008 del 74%. Por otro lado, vimos que gran parte de los asalariados participan del EE que existe en nuestro país (cerca del 50% de la masa salarial se destina al consumo suntuario), dato que se refleja en los niveles de desigualdad de ingresos que existen en el interior de los mismos.

Finalmente, queremos destacar que en este trabajo hemos intentado revalorizar el enfoque del EE como marco teórico para pensar el proceso de acumulación que caracteriza a la economía argentina en el período de la

posconvertibilidad. Encontramos que existe un excedente económico muy significativo, lo cual enardece la lucha en torno a su apropiación, pero a su vez nos deja en claro que existe un gran potencial de recursos para canalizar hacia un proceso de desarrollo con inclusión social.

Bibliografía

- Asociación Argentina de Presupuesto y Administración Financiera Pública (ASAP) (2011), "Estadísticas fiscales", <www.asap.org.ar>.
- Baran P. (1973), "El concepto de excedente económico", en Horowitz, D. (ed.), *Marx y la economía moderna. Cien años de teoría económica marxista*, Barcelona, Laia.
- Centro de Comunicación y Desarrollo Andino (CENDA) (2011), "Estimaciones del IPC-7 provincias", <www.cenda.org>.
- Damill, M. y R. Frenkel (2009), *Las políticas macroeconómicas en la evolución reciente de la economía argentina*, Buenos Aires, Cedes.
- Danielson, A. (1990), "The Concept of Surplus and the Underdeveloped Countries: Critique and Suggestions", *Review of Radical Political Economics*, vol. 22, N° 2-3, pp. 214-230.
- Furtado, C. (1978), *Prefacio a una nueva economía política*, 2ª edición, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Keifman, S. (2005), "Requerimientos de inversión para una estrategia de desarrollo con equidad", Jornadas El Plan Fénix en vísperas del Segundo Centenario. Una estrategia nacional de desarrollo con equidad, Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires, entre el 2 y el 5 de agosto.
- Lippit, V. (1985), "The Concept of the Surplus in Economic Development", *Review of Radical Political Economics*, vol. 17, N° 1-2, pp. 1-19.
- Marshall, A. y F. Groisman (2005), "Determinantes del grado de desigualdad salarial en Argentina: un estudio interurbano", *Desarrollo Económico*, vol. 45, N° 178, pp. 281-301.
- Nurkse R. (1963), "Some International Aspects of the Problem of Economic Development", en Agarwala, A. y S. Singh (eds.), *The economics of underdevelopment*, Nueva York, Oxford University Press, pp. 256-271.
- Prebisch, R. (1981), *Capitalismo periférico: crisis y transformación*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Salvia A., S. Léporé y B. Policastro (2003), "Impacto de las instituciones de bienestar: salud, educación y mercado de trabajo", Departamento de Investigación Institucional, Proyecto Crisis de reproducción social en la Argentina, Universidad Católica Argentina, Buenos Aires.
- Salvia A., S. Léporé y J. Maccio (2002), "Estado de la estructura social del trabajo desde los hogares. Una mirada de los diferenciales regionales", Departamento de Investigación Institucional, Proyecto Crisis de reproducción social en la Argentina, Universidad Católica Argentina, Buenos Aires.
- Santiere, J., J. Gómez Sabaini y D. Rossignolo (2000), "Impacto de los impuestos sobre la distribución del ingreso en la Argentina en 1997", estudio preparado para la Secretaría de Programación Económica y Regional en el marco del Proyecto 3958 AR-FOSIP-Banco Mundial, Buenos Aires.

- Somel, C. (2003), "Estimating the Surplus in the Periphery: an Application to Turkey", *Cambridge Journal of Economics*, vol. 27, N° 6, pp. 919-933.
- Torrado, S. (2006), *Familia y diferenciación Social. Cuestiones de Método*, 2ª edición, Buenos Aires, Eudeba, "Sobre los conceptos de 'estrategias familiares de vida' y 'proceso de reproducción de la fuerza de trabajo. Notas teórico-metodológicas".
- Wayne, J. (1986), "The Function of Social Welfare in a Capitalist Economy", en Dickinson, James y Bob Russell, *Family Economy and State*, Toronto, Garamond Press.
- Wells D. (1992), "Consumerism and the Value of Labor Power", *Review of Radical Political Economics*, vol. 24, N° 2, pp. 26-33.
- Yeldan, E. (1995), "Surplus Creation and Extraction Under Structural Adjustment: Turkey, 1980-1992", *Review of Radical Political Economics*, vol. 27, N° 2, pp. 38-72.

[Recibido 14 de octubre de 2012.]

[Evaluado 16 de noviembre de 2012.]

Autores

José Alberto Sbattella es licenciado en Economía, por la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Presidente de la Unidad de Información Financiera; miembro del Plan Fénix, Unidad de proyectos estratégicos de la Universidad de Buenos Aires. Profesor titular asociado de Introducción a la Economía y estructura económica argentina (UNLP) y profesor titular ordinario de Economía II del Departamento de Sociología de la Facultad de Humanidades y Ciencia de la Educación (UNLP).

Publicaciones recientes:

- (2011), "El rol de las monedas provinciales y la soberanía monetaria en Argentina", Coloquio internacional sobre monedas sociales y complementarias, París, febrero.
- (2011), "Regulación del comercio exterior y apropiación de rentas. Pasado y presente de la medida", en Chena, Pablo I., Norberto E. Crovetto, y Demian T. Panigo (coords.), *Ensayos en honor a Marcelo Diamand. Las raíces del nuevo modelo de desarrollo argentino y del pensamiento económico nacional*, Buenos Aires, Miño y Dávila, Universidad Nacional de Moreno, CEIL-PIETTE.
- "Origen, apropiación y destinos del excedente económico en la Argentina de la post-convertibilidad".

Pablo Ignacio Chena es doctor en Economía de la Universidad de Picardie Jules Verne (Francia). Docente en las universidades nacionales de La Plata y Lomas de Zamora. Investigación actual: estructura productiva argentina y empleo.

Publicaciones recientes:

- (2011), "Estructura productiva desequilibrada y volatilidad macroeconómica" y "Del neomercantilismo al tipo de cambio múltiple para el desarrollo. Los dos modelos de la post-Convertibilidad", en Chena, Pablo I., Norberto E. Crovetto, y Demian T. Panigo (coords.), *Ensayos en honor a Marcelo Diamand. Las raíces del nuevo modelo de desarrollo argentino y del pensamiento económico nacional*, Buenos Aires, Miño y Dávila, Universidad Nacional de Moreno, CEIL-PIETTE.
- (2010), "La heterogeneidad estructural vista desde tres teorías alternativas: el caso de Argentina", *Comercio Exterior*, vol. 60, N° 2, México, Banco de Desarrollo y Comercio Exterior de México.

Pilar Palmieri es licenciada en Economía (UNLP). Maestranda en Sociología económica (IDAES-UNSAM). Docente en la UNLP. Investigadora del Instituto de Estudios Fiscales y Económicos (IEFE).

Publicaciones recientes:

— (2011), “¿Minería para el desarrollo? La producción y apropiación de la renta del oro en Argentina”, *Informe IEFE*, N° 162, noviembre.

— y Leandro Bona (2011), “Salarios, productividad del trabajo y negociaciones colectivas en la Argentina de 1997-2010”, *Informe IEF*, N° 161, julio.

—, Pablo Chena y Leandro Bona (2010), “El excedente económico en la Argentina de la post Convertibilidad”, *Jornadas de Economía Crítica*, Rosario.

Leandro Marcelo Bona es licenciado en Economía (UNLP) y maestrando de Economía Política (Flacso). Investigador del Instituto de Estudios Fiscales y Económicos (IEFE).

Publicaciones recientes:

— y Pilar Palmieri (2011), “Salarios, productividad del trabajo y negociaciones colectivas en la Argentina de 1997-2010”, *Informe IEFE*, N° 161, julio.

— Pilar Palmieri y Pablo Chena (2010), “El excedente económico en la Argentina de la post Convertibilidad”, *Jornadas de Economía Crítica*, Rosario.

Cómo citar este artículo:

Sbattella, José Alberto *et al.*, “Excedente económico y distribución del ingreso en la Argentina de la posconvertibilidad”, *Revista de Ciencias Sociales, segunda época*, año 4, N° 23, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, otoño de 2013, pp. 123-143, edición digital. En línea: <<http://www.unq.edu.ar/catalogo/311-revista-de-ciencias-sociales-n-23.php>>.



Noemí M. Girbal-Blacha

Acerca de la memoria y la reflexión histórica en la Argentina bicentenaria

1. A modo de preámbulo

La construcción de la identidad¹ y la memoria colectiva en la nación Argentina han resultado tarea ardua en medio de las crisis institucionales, financieras y económicas que han impactado en ambas a lo largo de su historia. Más allá de las guerras civiles argentinas en los orígenes fundacionales de la nación, las crisis de fines del siglo XIX y la multicausal y orgánica de la década de 1930, dicha trilogía –identidad, crisis y memoria– cobra cuerpo en la Argentina desde la segunda mitad de la década de 1960, cuando se plasman perfiles desconocidos en relación con el pasado mediato. Posiblemente porque los impactos han sido más violentos, estructurales, difíciles de superar y cíclicamente presentes. No obstante, la memoria colectiva² solo guarda recuerdos fragmentados, algunas imágenes, de las crisis complejas que afectaron la estructura económica, social e institucional del país, así como la escala de valores vigentes, y que su-

mieron a la sociedad en el desconcierto y la fragmentación, hasta poner en riesgo –en los albores del siglo XXI– la identidad nacional. La historia ha pretendido dar cuenta desde miradas diversas y trasdisciplinarias de ese pasado, que no admite verdades absolutas.

Existe una “vital necesidad de sumergirse en el pasado para bucear los orígenes de sus quebrantos” (*Revista de Historia*, 1957, p. 3), para comprender y hacer comprender la vigencia de los sucesos como problema histórico. Si, como lo expresara Fernand Braudel hace varias décadas atrás, “la historia no es más que una constante interrogación de los tiempos pasados en nombre de los problemas y las curiosidades –y aun de las inquietudes y angustias– del tiempo presente que nos rodea y nos sitúa”, y si reconocemos que es tan importante un buen planteo de los problemas como su resolución (aunque sea parcial), entonces las últimas etapas por las que ha pasado y pasa la Argentina exigen una profunda reflexión histórica. Es preciso

¹ Identidad entendida como un proceso social complejo ligado a la autoconciencia (Di Tella et al., 2006).

² El concepto “memoria colectiva” pertenece a Maurice Halbwachs (1925). Véase Namer (1999) y Palti (1999).

señalar diferencias, discontinuidades y también similitudes.

Las representaciones del pasado se tornan fundamentales para la comprensión de los sucesos, de las fracturas sociopolíticas a lo largo del tiempo; especialmente porque la identidad nacional no es solo un concepto de las ciencias sociales.³ “La memoria participa de la construcción de la identidad de nuestras sociedades” (Bedarida, 1999) y la historia tiene que mantener presentes y consolidar “los lugares de memoria” tanto como la certidumbre, en un mundo incierto como en el que hoy vivimos y que para los argentinos rememora desde una mirada distante y transatlántica, la salida de la aguda crisis vivida en el 2001 (Nora, 1999; Quattrocchi-Woisson, 1995).

Este trabajo se propone reseñar críticamente los hitos fundamentales del pasado más o menos mediato de la nación Argentina, para interpretar y reflexionar acerca de sus significados, como una contribución a la formulación de políticas públicas, sin dar la espalda a la historia, ejercitando la memoria, con el propósito de fijar objetivos nacionales y regionales de largo plazo. Sabido es que existe un uso político del pasado y –tal vez– por esa razón la posición que hoy comparten la mayoría de los historiadores, descreídos de las grandes interpretaciones y juzgando imposibles las síntesis ilusorias que ponen en peligro una historia comprensiva, admiten la pluralidad de interrogantes, la diversidad metodológica y la variedad de fuentes; es decir, aceptan un mosaico

de verdades que no son necesariamente complementarias y acumulativas (Revel, 1995; un estudio más exhaustivo en Revel, 1996).

Pasar revista a la historia es importante para gobernantes y gobernados (Blacha, 2005b). No es extraño entonces que historia y política renueven un contacto que le es propio y que reconoce lejanas raíces. Recordarlas y revisarlas críticamente es un compromiso y una necesidad colectiva. Los historiadores no pueden y no deben excluirse ni ser excluidos de ese saludable ejercicio intelectual, en medio de las pautas que impone la sociedad del conocimiento que pretende apostar a la inclusión social.

2. Raíces históricas de procesos críticos

De la Argentina moderna a la crisis de 1930

En la Argentina moderna, agroexportadora, receptora de inmigración masiva y capital externo, donde la posesión de la tierra otorga poder político y es símbolo de prestigio social, la nación aparece gobernada por una élite de “liberales en lo económico pero conservadores en lo político” (Mc Gann, 1965). Su identidad construida mirando a Europa y de espaldas al pasado aborigen encuentra entonces su etapa de consolidación. Una vez resuelta en 1880 la federalización de Buenos Aires, se organiza un poder político fuerte, basado en una “alianza de notables” (Botana, 1979; Carcano,

³ Véase Hobsbawm (1972), Ricoeur (2000), Wagner y Elejabarrieta (1996), Ruano-Borbalan (1999), Vovelle (1988), Le Goff (1988). Es que “la evolución de las sociedades de la segunda mitad del siglo xx deja en claro la importancia de la posición que representa la memoria colectiva”, afirma Le Goff.

1977) que expresa la suma desigual de voluntades provinciales y organiza una estructura política de alcance nacional. Se inaugura la etapa de la “paz y administración” de base positivista, que se esfuerza por legalizar el poder y pacificar el país, tanto como por transformar los perfiles criollos de la Argentina previa a 1880. Los sectores terratenientes del litoral conjugan sus intereses con los de los inversores, exportadores, importadores y agroindustriales del interior para hacer posible la Argentina del “progreso indefinido”, pero desigual.

La estadística plasma el *boom* socioeconómico del país, “la revolución en las pampas” y “el progreso argentino” (Scobie, 1968; Girbal-Blacha, 1982; Cortés Conde, 1997), que coexisten con la consolidación del régimen de arrendamientos, la falta de crédito agrícola, el monopolio de la mecanización rural y una comercialización cerealera concentrada y dependiente de consignatarios, acopiadores y cuatro grandes exportadores (Bunge y Born, Dreyfus y Cía., O. Bemberg y Huni Wormser). Los efectos de la política oligárquica y la coyuntura financiera internacional conducen al “apogeo y crisis del liberalismo” hacia 1890, cuando se desata la crisis monetaria y fiscal que, unida a la inestabilidad política, conduce al primer llamado de atención que recibe el modelo implementado por estos hombres de la generación del 80 (Ferrari, 1978; Duncan, 1983; Cortés Conde, 1989; *La Nación*, 30/04/1989, tercera sección, p. 1).

El Estado se pone al frente del desarrollo económico y se prepara para recibir el crédito externo y con él —a mediano plazo— los riesgos de la dependencia, aunque tarde en declararlos a través del discurso. La crisis ocurrida

entre 1889 y 1893 tiene perfiles internacionales y afecta las finanzas de la República Argentina, que pasa del endeudamiento a la cesación de pagos. Un proceso inflacionario incontrolable acompaña esta situación. Especulación, expansión del crédito y emisiones sin control del circulante —al amparo de la ley de bancos garantidos de 1887— sumen al país —como expresión de tendencias comunes a otras naciones— en una crisis financiera y comercial, que eclosiona en 1890 y define un “nuevo ciclo crediticio” (Marichal, 1988).

El oro se cotiza a \$139 en 1886, a \$251 en 1890 y a \$332 dos años después. El aumento en las importaciones y el consecuente drenaje de oro deteriora la balanza de pagos. Las provincias ven crecer ilimitadamente su endeudamiento externo. Entre 1886 y 1890 la deuda pública argentina se triplica; el desequilibrio fiscal se acentúa a causa de la desconfianza en los mercados y promueve el refugio inversor en el oro. La oferta monetaria crece el 150% entre 1886 y 1890, mientras la moneda se devalúa el 332% entre 1883 y 1891. La cuestión adquiere aristas desconocidas para los argentinos de entonces.

Se restringe el crédito y quiebran el Banco Nacional, el Banco Hipotecario Provincial y una larga moratoria afecta al Banco de la Provincia de Buenos Aires. Al mismo tiempo, estalla la “revolución desde adentro”, y es vencida. El resultado final es óptimo para “los notables” (Botana, 1979). La continuidad institucional se preserva pero la Argentina ya no sería la misma y los sectores medios, militantes en los partidos políticos modernos, como la Unión Cívica Radical, se alinean paulatinamente tras la abstención, la intransigencia y la revo-

lución, propuestas por su líder, Hipólito Yrigoyen. La reforma electoral de 1911-1912 termina por encumbrar, en 1916, al radicalismo en el gobierno nacional, aunque no en la cima del poder.

A pesar de esta pérdida de homogeneidad en las relaciones de la élite dirigente, el acuerdo intersectorial se recompone una y otra vez (Blacha, 2005a). La reconciliación política se juzga indispensable para superar esta llamada “crisis del progreso” que no afecta las bases productivas de la Argentina moderna. Es una crisis monetaria y fiscal. El plan de reconstrucción procura sanear entonces las finanzas en momentos en que se desconoce el monto exacto del circulante y de la deuda de las provincias.

Para una amortización y conversión gradual de la moneda se crea la Caja de Conversión. Liquidado el Banco Nacional, nace en 1891 el Banco de la Nación Argentina, con la participación del capital privado. Se cancelan las concesiones ferroviarias y la venta indiscriminada de tierra pública, se regulariza la deuda externa, se suscribe un empréstito interno, se recortan los gastos y se fijan altos impuestos internos (1891). En síntesis: se implementa un singular ajuste para restablecer las condiciones favorables para la expansión productiva. Sus resultados son: una baja del oro y la consecuente valorización del papel moneda hacia mediados de la década de 1890, que derivan en un aumento de la desocupación y migraciones internas en busca de trabajo, ante la reacción de los grandes exportadores y productores agropecuarios que deben vender sus productos a valor oro, en baja, y pagar sus impuestos y salarios en papel moneda valorizado. Una situación que procura corregir el régimen de conversión monetaria de 1899

(1 peso papel= 0,44 \$ oro) (Tornquist, 1920) cuya misión es regular el valor de nuestra moneda al mismo tiempo que intenta disminuir los efectos del malestar social, que paulatinamente pasa de la ciudad al campo. El “control social” está en juego.

El estallido de la Primera Guerra Mundial deteriora la inversión externa, el flujo migratorio y el embarque de cereales ante la falta de bodegas y la ventajosa competencia que ofrecen Canadá y los Estados Unidos. A esta coyuntura se suman otros factores internos, como el fin de la expansión horizontal agraria, el descenso en los rendimientos y los altos costos de producción, que junto con la baja en los precios internacionales del trigo (desde 1926) y del maíz (desde 1928) deterioran las ventajas comparativas de la agricultura argentina y atentan contra la racionalidad económica del productor rural (Girbal-Blacha, 1988; O’Connell, 1984). Se produce en conjunto “una suerte de teoría contestataria del progreso indefinido” (Halperin Donghi, 1984).

La época de posguerra jaquea a la ganadería de la pampa húmeda. Una situación que induce al sector pecuario más importante de la economía nacional a pedir y obtener el auxilio estatal para asegurar una rentabilidad aceptable al productor de ganado, que asiste al cambio en las exigencias de la demanda del mercado externo (del congelado al enfriado). La oposición de los frigoríficos torna poco efectiva la acción oficial. La respuesta del sector agropecuario más encumbrado es la fórmula “comprar a quien nos compra”, que refuerza los nexos con Inglaterra. La situación coincide con los efectos del *crack* neoyorquino de 1929 y la primera ruptura

del orden institucional en la Argentina, ocurrida el 6 de septiembre de 1930.

En tiempos del Estado interventor, nacionalista, dirigista y planificador

La crisis de 1929 afecta a todo el mundo occidental y especialmente a una economía abierta como la argentina, cuando llega a su fin el paradigma del crecimiento hacia afuera. Los efectos no son solo económico-financieros; se expresan en alteraciones de la escala de valores vigentes (ahorro, propiedad, orden) y también en la mentalidad colectiva. Crisis de identidad, de dependencia, de distribución, de participación y de legitimidad del poder político se conjugan para dar cuenta de la magnitud de un proceso que reclama cambios de parte de la sociedad argentina en su conjunto (Almond, 1966; Pye, 1966; Waldmann, 1981). La crisis activa los nacionalismos económicos mundiales. Se realinea el mercado internacional y se fortalece el bilateralismo, las políticas deflacionistas persiguen la liquidación de *stocks*, los precios de los productos primarios se desploman, las quiebras se suceden, la desocupación se generaliza, se activa la polarización social y el Estado liberal entra en crisis.

La máxima inflexión de la crisis se da en la Argentina hacia 1932. Se anuncia la presencia del Estado keynesiano (1936) con su papel inductor, mientras el empirismo del *New Deal* de Roosevelt innova el ambiente estrictamente liberal estadounidense, en pro de la reactivación económica mediante el aumento de la demanda y el estímulo de la deflación bajo la regulación estatal. En una economía receptiva a los cambios de precios en el mercado mun-

dial y a las variaciones en el comercio internacional, con poca capacidad de consumo interno –como ocurre en el caso argentino y otros de Latinoamérica–, los mecanismos de transmisión de la crisis internacional, el viraje proteccionista y el establecimiento del régimen de preferencia imperial británico impactan en el modelo agroexportador (Thorp, 1984).

En la Argentina, la implementación del control de cambios en 1931 –reformado en 1933–, las mutaciones políticas internas y la depreciación de la moneda que acompaña al proceso de industrialización por sustitución de importaciones se conjugan con el fomento del bilateralismo comercial que alcanza su máxima expresión con la firma del Tratado Roca-Runciman en 1933 y el Acuerdo Anglo-Argentino de 1936, en medio del derrumbe del sistema multilateral de comercio y pagos. La mayor flexibilidad monetaria promueve la reforma bancaria de 1935, por la cual se crean el Banco Central de la República Argentina –con capitales mixtos– para fijar la emisión monetaria y la tasa de interés, y el Instituto Movilizador de Inversiones Bancarias, destinado a movilizar los activos fijos. El Estado avanza en el subsidio a la economía agraria y con ese objetivo se crean, a partir de 1933, las juntas reguladoras de Granos, de Carnes, de Vinos, de Yerba Mate, de Azúcar y de Algodón. Sostener los precios de los productos del agro, evitando ventas apresuradas por la desvalorización de la moneda asegurando la rentabilidad del productor, forman parte de los propósitos esenciales de las medidas adoptadas (O'Connell, 1984).

La inflación afecta a la economía como producto de factores internos y

externos. La Argentina busca algunas respuestas en los críticos años de 1890 a pesar de las notorias diferencias entre una y otra crisis. Más allá de las distancias, los procesos críticos se repiten, como lo expone Raúl Prebisch, porque “no solo tenemos deudores. Constituímos asimismo un país esencialmente deudor y productor agrario, severamente golpeado por la baja de los precios internacionales” (Prebisch, 1934).

Pasado el primer trienio de la década de 1930, los precios de los cereales mejoran ante la sequía estadounidense. La recuperación de la economía argentina cobra fuerza; pero nuevamente la sombra de la recesión se proyecta a fines del decenio con motivo del estallido de la Segunda Guerra Mundial. Frente a un comercio mundial limitado y una creciente importancia del sector industrial, se busca restaurar la hegemonía agroexportadora. Esa intención se expresa en el Plan de Reactivación de la Economía Nacional presentado ante el Senado de la Nación en 1940. Es el primer documento de Estado donde se procura modificar, aunque sea parcialmente, la estrategia de desarrollo económico vigente, conciliando industrialización y economía abierta, fomentando el comercio con los Estados Unidos y promoviendo la conformación de un mercado de capitales. Una propuesta tardía y vacilante, pero que atiende al mercado interno y procura anticiparse a los efectos de la posguerra. La confrontación política anula este desafío y frustra la aprobación del Plan (Llach, 1984; *Hechos e Ideas. Publicación de cuestiones políticas, económicas y sociales*, 1941). La política impone sus reglas a las decisiones económicas, que se ven así postergadas.

En la posguerra, las prósperas y estables condiciones del país ante una coyuntura internacional que le resulta favorable —especialmente hasta 1949— dan cuenta de las reformas socioeconómicas emprendidas primero desde la Secretaría de Trabajo y Previsión, y, luego, por la propia gestión gubernativa peronista, en favor de la redistribución del ingreso y sobre la base del diagnóstico efectuado por el Consejo Nacional de Posguerra. La propuesta de una “economía cerrada” —más discursiva que real— puesta al servicio de la doctrinaria “justicia social” se genera en las condiciones de un país acreedor, pero también como parte de una decisión política del Estado dirigista y planificador liderado por Juan Domingo Perón, que pone a la economía al servicio de amplios sectores de la sociedad. El mercado interno fortalecido por una política económica incluyente, basada en una nueva alianza de clases entre la pequeña y mediana burguesía industrial y los obreros, se convierte en el centro de la planificación económica quinquenal de 1947 (Girbal-Blacha, 2000; 2011).

La opción mercadointernista del peronismo avanza más allá de la sustitución de importaciones, afirmándose en controles de precios, un sistema financiero nacionalizado (desde 1946), mejoras sociales, crédito destinado a la producción y en el uso estratégico del sector agropecuario para dar impulso a la pequeña y mediana industria nacional, sin desamparar financieramente a los sectores económicos más tradicionales del país. Desde el Instituto Argentino para la Promoción del Intercambio (IAPI), la comercialización de los productos agrarios —monopolizada por este organismo autárquico desde 1946— permite promover

la industria argentina liviana con recursos genuinos, cuando la diferencia entre los altos precios internacionales agrícolas y los precios mínimos pagados al productor rural por el IAPI es derivada al sistema bancario nacionalizado y –a su vez– distribuido como crédito a la producción en condiciones ventajosas: con bajas tasas de interés y largos plazos de reintegro.

Hacia 1950 la coyuntura mundial cambia y se suma a las dificultades de implementación de algunas estrategias de la planificación quinquenal (1947-1951). La pendular “tercera posición” –sostenida en materia de política exterior por el peronismo– decae y el gobierno nacional recurre al capital externo para encauzar la economía. Una situación queda al descubierto, “la financiación subsidiada permitió el surgimiento y la capitalización (¿sobrecapitalización?) de una clase empresarial nacional, pero sin duda fue incapaz de establecer un mecanismo permanente de financiación a largo plazo” (Arnaudo, 1987, p. 163; Schvarzer, 1996, pp. 190-224; Seoane, 1998, pp. 29-88; Sidicaro, 1996). El campo se constituye –una vez más– en la alternativa para la reorientación económica del país, superando el deterioro en los términos del intercambio. Los proyectos de reforma agraria anunciados por el peronismo durante la campaña electoral y desde 1944 son una utopía. Se prolonga la política de suspensión de los desalojos de campos, manteniendo estables las propuestas del Estatuto del Peón (1944), mientras el IAPI revierte su función de fomento industrial para convertirse –con un fuerte endeudamiento con el sistema bancario oficial– en un organismo de subsidio al sector rural.

Dos malas cosechas consecutivas (1950-1951) frustran las expectativas

oficiales y en 1952 se produce el “*crack* del Estado de bienestar”. La inflación se hace presente en la economía argentina. Sin crédito internacional, “la Argentina solo podía pagar sus importaciones a través de sus exportaciones de materias primas”, según la opinión del ingeniero Jorge Schvarzer (*Clarín*, Suplemento Zona, 16/12/2001, p. 3); pero la producción agrícola aparece diezmada por la sequía. Resulta difícil la importación de insumos para seguir sosteniendo la industria nacional. En 1952, el flamante segundo gobierno de Perón aparece jaqueado por la crisis, que procura ser contrarrestada con el Plan de Emergencia Económica, redoblando la apuesta de la “vuelta al campo” (Presidencia de la Nación. Secretaría de Informaciones, 1952; Barsky y Gelman, 2001; Rougier, 2012). La consigna gubernamental dirigida al conjunto de la sociedad argentina es entonces producir y ahorrar más, consumiendo menos.

Tiempos de fragilidad y rupturas institucionales

Desde 1955, el frágil equilibrio político acompaña la oscilante economía del país, con prolongados y cada vez más agudos períodos de crisis que fracturan a la sociedad argentina entre peronistas y antiperonistas, más allá de la destitución del gobierno constitucional de Juan Perón. Se busca entonces la estabilización en los precios nominales, en medio de un proceso inflacionario que no cede. Se trata de una coyuntura a la cual no resulta ajena la intervención del Banco Central, para financiar el déficit fiscal. Al promediar la década de de 1950, la CEPAL (Di Tella y Zymel-

man, 1966; Díaz Alejandro, 1970; Ras, 1977; Gerchunoff y Llach, 1998; Neffa, 1998; Rapoport *et al.*, 2006; Girbal-Blacha, 2001), en su explicación sobre el estancamiento económico de América Latina, responsabiliza de ese efecto a la estructura de la propiedad de la tierra, mientras reclama el aumento de la producción agraria y el descenso en los costos de producción; propone como herramienta un uso mayor de la tecnología rural. En la década de 1960, los representantes de los grandes productores rurales, acusan a la política peronista de la descapitalización del agro y del estancamiento del campo, olvidándose de los ventajosos créditos recibidos.

No obstante, cualquiera sea el ángulo desde el cual se formulen los interrogantes, para 1962 una nueva crisis –más política que económica– afecta a la sociedad argentina, que no logra reconstituir su hegemonía y sufre los efectos perniciosos de una inflación en aumento desde 1959. La postura industrialista y proestatal, que brega por una fuerte entrada de capital externo y responde en gran medida al mandato del Fondo Monetario Internacional (FMI), es un desafío para el presidente Arturo Frondizi, jaqueado por los militares y por el poder a distancia que ejerce Juan Perón desde el exilio (Portantiero, 1989; *Semanario de Información y Opinión. Noticias y protagonistas*, 31/10/1999, N° 109, sección Análisis).

La situación mundial durante la década de 1970 marca una nueva etapa crítica para países como la Argentina. Se frena drásticamente el crecimiento económico internacional y se emprende un ajuste para afrontar los reveses del sistema: el derrumbe del orden monetario de Bretton Woods, los bruscos

incrementos en los precios de los energéticos que se disparan desde los países de la OPEP, y el abrupto ascenso de las expectativas inflacionarias. Son estas variables, junto con los vaivenes de los mercados financieros mundiales y las balanzas de pagos, los que inciden en los términos del intercambio y obligan a cambiar los objetivos e instrumentos de la política económica en tiempos de Estado burocrático autoritario que despliega su accionar entre 1966 y 1973. El monetarismo y la economía ortodoxa devalúan la moneda nacional y Adalberto Krieger Vasena lidera este sector de la gestión de la Revolución Argentina, sin tener en cuenta a quienes viven de un salario y ocupan los escalones más bajos de la pirámide social. Prima la “teoría de los tiempos” (primero el económico, luego el social y por último el político) que alimentará el conflicto social y la crítica de los más diversos partidos políticos, que finalmente provocarían un desgaste de los hombres que lideraran este proceso gubernamental gestado de espaldas a la Constitución Nacional y sin legitimidad alguna.

Desde 1973 el flujo de capital hacia los países en desarrollo es creciente y fluido. Coexiste con una vertiginosa fuga de capitales nativos, que opera como un factor importante a la hora de sostener su crecimiento en forma de créditos bancarios a tasas de interés flotantes. En la Argentina los efectos de la coyuntura externa y de las políticas populistas aplicadas, así como la muerte de Juan D. Perón (el 1 de julio de 1974) y la falta de apoyo político intersectorial para con su sucesora en el cargo, la presidente María Estela Martínez de Perón, se unen a la puja con los sindicatos y se expresan en el llamado “rodrigazo”, cuando en junio

de 1975 la devaluación del peso licúa los salarios reales y promueve el 160% de inflación en el último semestre de ese año. Convulsión y estancamiento primero, endeudamiento después, y, finalmente, “desborde inflacionario y manifiesto retroceso en el proceso de crecimiento” terminan por afectar la producción y la distribución (Ferrer, 1981; Di Tella, 1986).

Para varios especialistas esta crisis se asocia a la política del ruralista José Alfredo Martínez de Hoz, quien desde 1976 orienta los planes económico-financieros del Proceso de Reorganización Nacional. El 20 de diciembre de 1978 “la tablita” sustenta la pauta cambiaria, sostenida en una devaluación decreciente como recurso antiinflacionario y acorde a los principios de la Ley de Inversiones Financieras del año anterior. Se origina una declinación en el cambio real (se devalúa por debajo del aumento en los precios mayoristas), se deteriora la competitividad, aumenta la necesidad de financiamiento externo y no puede restablecerse la confianza interna para sostener el crecimiento económico de la Argentina. En 1980 la quiebra del importante Banco de Intercambio Regional (BIR) es un síntoma incontestable de la magnitud de la crisis que se aproxima dejando huellas indelebles en la sociedad argentina, que no logra reconstituir las bases de la hegemonía (opinión del economista Mario Damill, en *Clarín*, 16/12/2001, suplemento Zona, p. 3).

La situación cambia bruscamente en 1981, cuando a la fuga de capitales se añade la baja de los precios mundiales en dólares y las tasas reales de interés que aumentan sustancialmente. En 1982, mientras las tropas argentinas

ocupan las Islas Malvinas, el país se ve aislado del mercado de capitales como consecuencia del conflicto con Gran Bretaña. El nuevo ministro de Economía, Lorenzo Sigaut, gesta y lleva adelante sucesivas devaluaciones que, finalmente, empeoran la situación socioeconómica de los argentinos y amplían la brecha social. Mientras en 1978 la deuda externa (pública y privada) alcanzaba los 12.500 millones de dólares, en 1982 asciende a 40.700 millones de dólares (Maddison, 1988; Bekerman, 1988; opinión del economista Mario Damill, en *Clarín*, 16/12/2001, suplemento Zona, p. 3). Una vez más el Estado paga los costos del aumento en las deudas privadas, absorbiendo parte de las mismas, que se suman a la deuda pública. Nuevas normas y regulaciones rigen la acción del Banco Central para permitir este traspaso deudor que paga el conjunto de la sociedad argentina. La situación creada no es ajena a la estrategia de reestructuración de la misma, desplegada por el FMI y el Banco Mundial, conducentes a una caída en el flujo de capital desde 1981.

A pesar de los ajustes, la inflación no se detiene y se acrecienta la caída de la producción y el desempleo en toda Latinoamérica. La Argentina pasa por cuatro claras recesiones, que van más allá de la coyuntura internacional: 1974-1976, 1977-1978, 1980-1982 y la que se origina durante el retorno a la democracia con el fracaso del Plan Austral (1985). Los errores de la política interna generan parte de ese deterioro creciente. Entre 1973 y 1983 el crecimiento del producto bruto interno (PBI) es de solo el 0,6% anual promedio y el aumento medio de los precios del 166,5% anual. No son pocos los que opinan que “en el caso argentino, el error más costoso fue

la sobrevaluación extrema de la moneda en 1978-1981, que provocó una fuga masiva de capital” (Maddison, 1988; Cavallo y Doménech, 1988).

A una política monetaria y fiscal expansionista, aumentos salariales y controles de precios que caracterizan a la gestión peronista, le sucede desde 1976 el monetarismo friedmaniano en boga. La “restauración ortodoxa” conduce a una devaluación sustancial. Los salarios reales se reducen y se incrementa el déficit gubernamental, mientras se abandonan los precios regulados, se suprimen los subsidios y se adopta una política monetaria restrictiva, bajan los aranceles y se liberaliza el control de cambio. El “proyecto industrialista” es demolido y se inaugura un proceso de profundos cambios en la estructura productiva, junto a nuevos desequilibrios en las finanzas públicas y en el balance de pagos que genera mayor desigualdad social y deterioro laboral. La puja distributiva se acentúa y se localiza entre el sector de bienes y servicios y la actividad financiera. Los bancos extranjeros son cautelosos en el acuerdo de préstamos. La economía entra en una recesión profunda, con fuertes obligaciones de intereses y retrasos en el pago de la deuda externa, mientras la crisis de hegemonía se hace más aguda.

La transnacionalización de la agricultura, el estilo tecnológico pampeano adoptado en las economías del interior y la exportación de alimentos por los países desarrollados modifican ya desde los años setenta las tradicionales características del mercado y estrangulan las posibilidades habituales de los países agropecuarios para comercializar, con ventajas, sus productos. A esta coyuntura se agregan: la sofisticación financiera,

con la desregulación institucional, y la persistencia de la inflación. Más que en otras etapas históricas, la estabilización se asocia a la estabilidad de precios y no al buen nivel de actividad económica. El deterioro del sistema financiero diseñado en 1977 se acelera, la consolidación de las deudas empresarias y la liquidación de entidades financieras entre 1980-1981 son solo el principio de una solución precaria que el retorno a la democracia ocurrido en 1983 no podrá remontar fácilmente.

El retorno a la democracia, el neoliberalismo, sus efectos. La crisis del 2001

A fines de la década de 1980 un informe de la Universidad Argentina de la Empresa señala que “en los últimos sesenta años los indicadores estadísticos de la Argentina revelan, en comparación con los correspondientes al resto del mundo, un retroceso en el rango de importancia del país”, con excepción del sector agropecuario hasta mediados de los años noventa; se acentúa en los rubros industriales, consumo energético y comercio exterior, por las causas enunciadas y por las que se han añadido como producto del extraordinario endeudamiento externo y de la crisis de representatividad y gobernabilidad que ha padecido la Argentina durante el último medio siglo largo de su historia.

Entre 1983 y 1989, a pesar de haberse recuperado la ciudadanía, el retorno a las políticas keynesianas alienta la implementación de un programa ortodoxo de ajuste. La inflación acumulada es del 664.801% y la devaluación de la moneda respecto del dólar alcanza al

1.627.429%. El Plan Austral “identifica la inercia inflacionaria como la causa más importante del aumento sostenido de precios”. El ajuste heterodoxo y la deuda externa forman parte de los “dilemas del alfonsinismo” (Girbal-Blacha, 2001). En 1988, cuando los marginados sociales totalizan unos diez millones, la Argentina produce 6% menos que en 1983. No extraña entonces que se considere que “la del 80 es una década ‘perdida’ en términos de crecimiento” (*La Nación*, 23/04/1989, p. 22; 16/06/1989, p. 4; *Clarín*, 28/08/1989, p. 9).

Desde 1989 la situación empeora sensiblemente y la hiperinflación es el detonante que deriva en la crítica salida anticipada del presidente Raúl Alfonsín —heredero de los dilemas del Proceso de Reorganización Nacional— y el ascenso al Ejecutivo de la Nación de Carlos Menem, en julio de ese año. Durante los años ochenta y a costa de la pérdida sufrida por los trabajadores en el conjunto del ingreso nacional, “el Estado fue preso de los grupos económicos nacionales y extranjeros radicados en el país, y de los acreedores externos. Al capital concentrado interno, el Estado le transfirió, vía promociones industriales y estatización de la deuda externa, el 10 por ciento del PBI, y a los acreedores externos el 4 por ciento a través del pago de intereses de la deuda”. La tradicional tendencia a la concentración productiva en la región pampeana se hace más notoria. Mantener el buen nivel de rentabilidad y los saldos exportables crecientes son consignas ineludibles para capitalizarse y sostener la “inalterable alianza entre el Estado y el campo argentino” (Carlos Menem, 14/8/1993) si se quiere superar la recesión que afecta a la economía nacional. El sector agrario mejora los

rindes y la rentabilidad, aceptando el desafío de la hora (Girbal-Blacha, 2002; Rapoport *et al.*, 2006).

Ya a fines de 1991 el nuevo ministro de Economía Domingo F. Cavallo y sus colaboradores de la Fundación Mediterránea proponen el Plan de Convertibilidad, un verdadero programa de estabilización que no repara en los costos sociales a futuro. El Estado pasa a disciplinar a los actores económicos para que puedan ser competitivos a nivel mundial. Se fija por ley el tipo de cambio y se cubre en su totalidad la base monetaria. El sistema financiero se recupera y se procede a refinanciar la deuda externa. El capital nacional comienza a ser repatriado. En 1994 la coyuntura internacional deja al descubierto las debilidades del programa al producirse el alza en las tasas de interés estadounidenses, mientras el sistema financiero se concentra en beneficio de la banca extranjera. La respuesta gubernamental se da mediante privatizaciones y reducción de gastos, especialmente en las provincias. Una nueva alianza de clases cobra cuerpo y el menemismo se aproxima a la alta burguesía argentina y al capital externo (especialmente de los Estados Unidos). Desocupación, pobreza y marginalidad son los rasgos de la otra cara de la Argentina, cuando el modelo liberal menemista muestra sus limitaciones más agudas.

La conciliación de intereses entre grupos económicos nacionales y acreedores externos forma parte de la estrategia menemista y se explicita en los consorcios que se adjudican las principales privatizaciones (opinión del economista Martín Schorr, en *Clarín*, 16/12/2001, suplemento Zona, p. 3). El gobierno deja crecer su endeudamiento para mi-

tigar la fuga de capitales y solo atiende intereses parciales –los más poderosos– de la sociedad argentina, que sufre un saqueo casi permanente de sus aspiraciones, alejadas de mecanismos básicos para el ascenso social, como la educación y el trabajo. La identidad nacional está en juego en medio de la anestesia que adormece a la sociedad argentina y a la memoria colectiva.

El retorno de los radicales aliados a un espectro político más amplio impone –en el filo del nuevo siglo– la figura de Fernando de la Rúa para conducir los destinos de la República Argentina, pero en su gestión no atina a dar cumplimiento a su programa electoral y pierde con inusual celeridad el consenso que lo llevara a ocupar la primera magistratura. Los vaivenes y postergaciones propios de su estilo político lo conducen hacia profundas contradicciones no solo en el campo de la política, sino de la economía. La Alianza que diera sustento a su gobierno, se fractura y colapsa. El alejamiento de su vicepresidente Carlos Álvarez, primero, el deterioro de su prestigio casi al mismo tiempo, y por último, la debacle financiera que acorralara e incautara los ahorros de los argentinos y redujera el 13% los salarios de los empleados públicos lo sumen en una profunda soledad e impulsan rápidamente su renuncia, en medio de una sociedad que vuelve a ser objeto de la violencia, ahora en un contexto democrático (Rapoport *et al.*, 2006). Nuevamente, la identidad y la memoria de los argentinos son puestas a prueba.

Tras la salida del presidente De la Rúa, la falta de hegemonía y las dificultades para asegurar la gobernabilidad de la nación Argentina quedan al desnudo. La sociedad advierte sobre el

desprestigio de la dirigencia política en una Argentina huérfana de liderazgos, descreída, escéptica, fragmentada en sus bases, con casi el 50% de su población sumida en la pobreza, un desempleo superior al 25% y altos niveles de marginalidad que hacen temer por la disolución social. Se alienta la esperanza de un gobierno democrático de transición, capaz de devolver la esperanza y la certidumbre a una sociedad fracturada y empobrecida, que no se resigna a perder su desarticulada identidad nacional, embanderándose por un breve tiempo tras el lema “piquete y cacerola, la lucha es una sola”, que procuraba dar consistencia a la protesta de los sectores bajos y medios de la sociedad argentina, al reclamar “que se vayan todos”, en directa alusión a la clase política dirigente.

El acoso de la deuda externa es grande y pesado. Conspira contra la economía y el empleo nacional; pero mayor aún es el desprestigio de la clase política, la desconfianza, la pérdida de valores, la ausencia de un mercado interno de capitales y la desarticulación de la función social y económica que todo sistema financiero debe cumplir, y que comienza a estar ausente en esta “Argentina del vidrio y el cartón”, de los cuales vive gran parte de su población subempleada o sin trabajo.

Hacia mediados del 2001 los medios periodísticos advertían que “la gran depresión económica devora la política, sacude la vida de la gente” y la Argentina se debate, acuñando expresiones como “este país no existe”, parafraseando al politólogo francés Alain Touraine que se refería a la existencia de los argentinos al mismo tiempo que ponía en duda la existencia de la Argentina como nación (Teubal, 2011; *Clarín*, 3/6/2001,

suplemento Zona). Una cuestión de identidad es lo que se debate y en esa discusión hay ganadores y perdedores, porque hay incluidos y excluidos. La lógica del mercado suplanta a la del Estado que adquiere expresiones mínimas; que está ausente.

En enero de 2002 –después de pasar por un largo período de sostenida convertibilidad– se produce la temida devaluación, pero en esta ocasión se pasa de una economía dolarizada a una pesificada, que deja caer todo el peso de sus efectos negativos en los sectores asalariados de la sociedad argentina. Al mismo tiempo, se suspende el pago de la deuda externa, el patrimonio personal y nacional resulta afectado por la interferencia estatal en los contratos acordados entre ahorristas y entidades financieras, provocando una aguda crisis de confianza que se extiende “a la moneda, al sistema financiero y a los contratos, resultando en una notable caída de la actividad económica” (Cortés Conde, 2002, p. 5). En todos los casos, los cambios erráticos de la política económica reflejan tanto la presión externa como la ambigüedad y desarticulación de las decisiones políticas internas, que no son ajenas a la inestabilidad a veces explícita y otras, encubierta, en que vive desde hace años la sociedad argentina (Gálvez, 2011).

La crisis de estancamiento es el revés de la trama de la frustrada “revolución productiva”. Las circunstancias sociopolíticas son diferentes a períodos anteriores de nuestra historia. Desde la devaluación, la canasta básica de alimentos crece casi el 35%. Se produce un aumento extraordinario y constante en el número de argentinos que viven bajo la línea de pobreza extrema, que alcanza en el 2002 a 6,5 millones de personas,

es decir, el 17,8% de la población total. El hambre acompaña a esta parte de la sociedad a pesar de ser la Argentina uno de los principales países proveedores de alimentos en el mundo (Bekerman y Monti Hughes, 2012).

Al mismo tiempo, y cuando Néstor Kirchner –con escaso caudal electoral– se hace cargo del Ejecutivo Nacional, la Argentina agrícola se ajusta a las exigencias coyunturales pero no rompe los lazos con sus orígenes. De ellos conserva vigente la tradicional importancia de la producción típica de la pampa húmeda, aunque ahora asociada al avance tecnológico y a mayores niveles de eficiencia, dependiendo progresivamente del cultivo de la soja que ocupa alrededor del 50% de la superficie total cultivada. También expresa continuidad en la permanencia de corporaciones agrarias constituidas en el siglo XIX o en los albores del XX, que suman su acción al de otras más nuevas, formadas como parte de la adecuación del sector rural a las condiciones de modernización y globalización imperantes (Trigo *et al.*, 2002; Rapoport *et al.*, 2006).

La competencia por la provisión de los mercados se acentúa. Nuestro país se ve obligado a ser creativo y aumentar la eficiencia agraria, mientras brega por reducir el proteccionismo internacional (Regunaga *et al.*, 2003). Busca, una vez más, el apoyo oficial; pero los tiempos han cambiado aun para los omnipresentes sectores rurales. La cercanía a los tiempos del bicentenario obliga a un balance (Fernández Bugna y Porta, 2008).

La alineación de los precios internos con los internacionales deja sentir sus efectos en una coyuntura de salarios estancados o en descenso como consecuencia de la desocupación. El sector

agropecuario (productores, proveedores de insumos y agentes de comercialización) “se apropiaron de beneficios extraordinarios” a pesar del aumento de los insumos. De ahí que la decisión de implantar impuestos a las exportaciones agrarias se convierta en un elemento sustantivo para contribuir a generar la reclamada equidad social; para lograr revertir la “geografía del hambre”, que según la Organización Mundial de la Salud (OMS) muestra que 3 de cada 10 niños argentinos (es decir, 2,7 millones) no reciben las calorías necesarias para un desarrollo normal (Arceo, 2011; *Clarín*, 28/5/2002, p. 8; *Página/12*, 24/5/2002, nota Cristian Alarcón). El informe 2003 de la CEPAL, por su parte, sostiene que América Latina no logra reducir la pobreza. En el último lustro los pobres aumentaron de 200 a 225 millones y un centenar de ellos viven en la indigencia. Argentina, Colombia y Venezuela encabezan esta triste estadística que condiciona la tan ansiada “sociedad global para el desarrollo” (*La Nación*, 30/11/12, sección Enfoques, p. 1). Por entonces la Corte Suprema de Justicia ordena al Estado asistir a los aborígenes chaqueños, cuando se registran casi una docena de muertes por desnutrición, poniendo en juego el derecho a la vida. Así asumía el Ejecutivo Nacional el santacruceño Néstor Kirchner, en medio de este complejo panorama nacional.

Se advierte como necesaria y urgente una política integral de recuperación del aparato productivo y de crecimiento del empleo como parte de una estrategia para ser ejecutada en beneficio de una salida exitosa de la crisis, que –sin duda– también obliga a refundar el sistema político para que pueda recuperar su legitimidad, asegu-

rando instrumentos fuertes de control y participación ciudadana en todos los niveles que mejoren la implementación de políticas públicas y aseguren un régimen de financiamiento de la actividad política con un control efectivo y sanciones reales, sabiendo que “las ideas existen y tienen poder” (*Clarín*, 17/4/2002, p. 6; Badiou, 2003, p. 4). La alta tasa de crecimiento del PBI en la capital y las provincias patagónicas no implica una más equitativa redistribución del ingreso.

Más allá de los efectos de la abrupta crisis del 2001, la clase media opera como un imán para los argentinos, que se perciben como tales más allá de la realidad que afrontan, medida cuantitativamente. En julio del 2006 el INDEC indicaba que más allá del control de la crisis, en la Argentina los más ricos ganan 36 veces más que los más pobres; una mejora sin duda si se lo compara con el 2003 cuando esa diferencia era de 56 veces. El dilema del trabajo en el país vincula un “alto crecimiento con bajos salarios”, que reconocen su historia desde tres décadas atrás (*Le Monde Diplomatique*, Buenos Aires, julio de 2006, año VIII, N° 85). Productividad, empleo y bienestar no se corresponden a la hora de plantear una historia política del trabajo. La historia da cuenta de estos desequilibrios.

Las grandes y tradicionales corporaciones, como la Sociedad Rural Argentina, creada en 1866, saben de la importancia de sus orígenes y hacen uso del pasado a la hora de justificar sus raíces y sus reclamos ante el Estado, aunque ya no tengan el poder que históricamente tenían, por la importancia de los inversores extranjeros en nuestro medio rural. Ocurría en julio del 2006, cuando “el gobierno dejó sin funcio-

narios la inauguración de La Rural”, es decir, la Exposición que anualmente se reúne en Palermo y que viviría –entonces– una situación inédita en 120 años de la muestra (*Clarín*, 30/7/2006, p. 3). El Estado nacional dejaba expuesta su resistencia a los reclamos de este poderoso sector del campo explicitando la tensión existente. Aunque el titular de la entidad, fiel al estilo corporativo, evitaba confrontar apelando casi al final de sus palabras inaugurales al diálogo, el discurso que leyó (de los dos que había llevado preparados) se iniciaba con largos párrafos dichos en 1875, en la primera Exposición Rural, por un funcionario del por entonces presidente de la Nación, Nicolás Avellaneda. Así, ponía de manifiesto la ausencia oficial y una situación inocultable: que en la Argentina, históricamente, el agro no podía ser omitido por el poder político (*Clarín*, 30/7/2006, p. 3). Los números del campo indicaban que el 54,05% de la superficie plantada y la mayor inversión por hectárea correspondían a la soja, seguida de lejos por el trigo (15,93%) y el maíz (14,08%) (*Clarín*, 7/3/2006, p. 17). Una situación que se ha mantenido en el tiempo.

En febrero de 2007 la ampliación de subsidios alcanzaría también –más allá del discurso– a los sectores del agro. Una sustancial mejora en la refinanciación de los pasivos de unos 4.500 productores rurales y los ajustes en los precios de las carnes son una respuesta contundente desde el gobierno a los pedidos del agro (*Infobae.com*, 9/2/2007). Los productores insisten en los precios diferenciados, que distinga entre la exportación y quienes surten al mercado local. Las compensaciones estatales al sector se postulan como la salida más

oportuna (*Clarín*, 10/3/2007, p. 24; 31/3/2007, pp. 3-4).

El pasado y el presente suelen mostrar continuidades, además de algunas fracturas. Uno de los ejemplos lo constituye el agro argentino, que da muestras irrefutables de las permanencias que el discurso, los gestos, las acciones y aun las imágenes registran como parte de una misma ecuación en el concierto nacional vigente, aquella que vincula el agro y la política. El primero aparece enlazado en los últimos años a la sociedad del conocimiento, cuando –por ejemplo– el ingeniero agrónomo de Carlos Casares y uno de los mayores empresarios de la soja, Gustavo Grobocopatel, que trabaja unas 110.000 hectáreas en Argentina, Uruguay y Paraguay, resultara elegido por Harvard, en el 2007, como “uno de los casos de negocios del año” (*Clarín*, 6/4/2007, p. 19), producto de su vinculación a la tecnología de alto nivel (*Clarín*, 17/3/2007, sección Rural).

A fines del 2007 el gobierno sostiene las retenciones a las exportaciones y establece nuevas alícuotas: 35% para la soja, 28% para el trigo y 25% para el maíz (*Clarín*, 10/11/2007, sección Rural, p. 2). Agronegocios, bicom bustibles, engorde de ganado a granos, cultivo de soja sobre rastrojo de maíz, mejora del trigo y el maíz en el Norte Argentino, tanto como los cultivos asociados, son desafíos incluidos en la agenda pública del oficialismo hasta hoy (Brieva, 2007).

De “la profundización” del modelo a “la sintonía fina” (2007-2011)

Por primera vez, en octubre de 2007 una mujer resultaría electa presidenta de los argentinos con el 43,9% de los vo-

tos. Cristina Fernández de Kirchner se impuso por más de 20 puntos a quien la siguiera en número de votos, Elisa Carrió (21,6%). El triunfo impactante del kirchnerismo, que solo fue derrotado en San Luis, Córdoba y la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, iría de la mano de la candidata triunfante y con su auxilio ganaron casi todos los intendentes del conurbano bonaerense (430 boletas en los 134 municipios bonaerenses fueron aliadas del Frente para la Victoria). Para el oficialismo y para el empresariado –que se satisfacen por la continuidad del modelo K– la noticia resulta auspiciosa, aunque no siempre lo sea para la confrontación de ideas y proyectos propios de un país republicano. El kirchnerismo domina el Congreso Nacional (*Clarín*, 29/10/2007, pp. 38-39) y los porcentuales de votos superan el 70% en aquellas provincias donde el clientelismo político, la pobreza y la marginalidad tienen los valores más altos (Formosa, Misiones, Salta, Santiago del Estero) y también donde el matrimonio Kirchner se lanzara a la arena política, Santa Cruz (en la Patagonia Austral) (*Clarín*, 29/10/2007, pp. 38-39).

Se retoma en gran parte la retórica que permitiera superar los efectos del 2001, para “reconstruir el capitalismo nacional”, apostar al equilibrio fiscal y profundizar la política que sostiene un Estado reparador de las desigualdades sociales procurando trascender los planes de ayuda social. La concentración del ingreso conspira contra los objetivos de inclusión, pero la decisión es reforzar el modelo de inclusión que se sostiene desde el discurso.

En el horizonte de entonces se presenta un dólar que deja de ser la moneda codiciada a nivel mundial aunque lo siga siendo para los argentinos, el costo salarial de la industria cae el 20% en los últi-

mos 10 años respecto de la productividad y la suba de precios (según el Ministerio de Economía), pero también se destaca un récord agrícola que supera los 92 millones de toneladas de cereales y oleaginosas, aun en medio de las tensas relaciones con la tradicional Sociedad Rural Argentina, que ve decrecer su poder político, que radica ahora en otras corporaciones menos tradicionales, más tecnológicas y asociadas a la innovación productiva.

El desafío de esos momentos, y también del actual –cuando la presidenta Cristina Fernández de Kirchner ha sido reelecta, en octubre del 2011, con el 54% de los votos–, es reconstruir el Estado y redistribuir el ingreso que ha crecido en términos absolutos desde la crisis del 2001 en más del 43%. El discurso oficial llama –al mejor estilo peronista– a conciliar empresariado y trabajadores; es decir, a una cooperación entre el capital y el trabajo, para especial satisfacción del primero. Así lo expresaba ya el entonces titular del Ejecutivo Nacional en el encuentro de septiembre de 2007 con las 340 empresas que más facturan en el país (*Clarín*, 10/9/2007, p. 10) y lo ha vuelto a plantear en noviembre de 2011 la actual presidenta de la República. Se registran, según estadísticas del INDEC y cuando los instrumentos técnicos tradicionales son insuficientes para medir las nuevas expresiones de la marginalidad y la pobreza, 10 millones de pobres e indigentes en una nación de 40 millones de habitantes; esperan una mayor equidad social, que el Ejecutivo coloca en el centro de su discurso y sus acciones de asistencia social.

Hoy, cuando la soja pone en el tapete de las discusiones los beneficios y perjuicios de un cultivo que concentrado en pocas manos separa a los dueños del

suelo de los productores y exportadores, de espaldas a las repercusiones ambientales y ecológicas; cuando la ganadería argentina sufre el impacto de los cambios en la demanda externa y en la dieta de argentinos y extranjeros; cuando las inundaciones o sequías han obligado a reorientar la producción agraria; cuando los bajos precios pagados por la producción lechera atrofia el sector, el campo –de la mano de la tecnología– sigue siendo una opción imprescindible para la economía nacional (Ferrer, 2008; *Clarín. Revista rural*, junio-julio de 2008, N° 4). Los pequeños y medianos agricultores, finalmente excluidos de algunos beneficios que planteara el proyecto corregido, que durante 2008 presentara el Ejecutivo Nacional ante el Congreso de la Nación, y que culminara en la abortada resolución 125, coronó con mayores retenciones a las exportaciones agrarias pero también desdobló las cargas conforme al rango del productor. La soja se convertía en “la gran apuesta del año 2009” (Asiain, 2008; *Clarín. Revista rural*, agosto-septiembre de 2009, N° 11) y también de estos tiempos del bicentenario. De cualquier modo, la Argentina rural parece distinguir jerárquica y definitivamente la agricultura familiar de los agronegocios a los cuales apuesta como uno de los pilares de su política económica, más allá del discurso (Gras y Hernández, 2009; Corti, 2009).

La “sintonía fina” se impone como parte de esa estrategia discursiva que augura consideraciones sobre la posibilidad de financiación del Estado, el destino de los gastos y la acumulación de reservas del Banco Central, sabiendo que el modelo posconvertibilidad se sostiene en los saldos positivos de las cuentas fiscales y con un tipo de cambio real que resulte

competitivo y evite la fuga de capitales, así como en el superávit comercial.

3. Reflexiones finales desde la historia

Desde la Primera Guerra Mundial –es decir casi desde el centenario– los economistas dan cuenta de 18 ciclos recesivos en el país, con una duración que nunca supera los tres años. En el 2001, con la pesada herencia de un período de recesión profunda y un índice de desempleo que rondaba el 23% (a diferencia del 8% registrado en la década de 1930), en “los espejos históricos de la crisis argentina” (Vitelli, 2009; *Clarín*, 28/4/2002, p. 6), aparece –con los inicios de este siglo XXI– la imagen de una nación sumida en un deterioro profundo, en medio de una completa orfandad internacional, default público y privado, sistema financiero quebrado y problemas institucionales agudos. Resultaba insuficiente pensar que con políticas ortodoxas la crisis podría superarse, pero la obstinación de la dirigencia argentina parece no tener límites. La crisis del 2001 fue un duro llamado a la realidad y una apelación a la memoria colectiva y a la necesidad de reconstituir la identidad nacional.

Las circunstancias no son siempre las mismas, pero la coherencia de los argentinos para con las crisis recurrentes, cada vez más graves, y para con el empleo de recetas repetitivas que técnicamente aplicadas no se sostienen en el mediano y en el largo plazo, permiten reconocer similitudes y diferencias en los procesos más agudos de las crisis argentinas del último siglo, así como la importancia de un análisis histórico preciso para poder elaborar un diagnóstico de situaciones

más o menos recientes. Mientras que en 1890 la crisis es monetaria y fiscal, en 1930 la caída del comercio mundial produce una baja en los ingresos fiscales y obliga a salir de la convertibilidad establecida en 1899 (1\$ papel = 0,44\$ oro). La devaluación permite una expansión monetaria y un aumento del gasto, pero se continúan pagando las obligaciones externas. La confianza no resulta alterada en su esencia y no se genera salida masiva de dinero. Mientras esta crisis se origina en los países centrales, la de la década de 1970 se inicia en los países productores de petróleo (OPEP) y sus efectos se dejan sentir en todo el mundo. En la década de 1930 quien paga las consecuencias de la crisis es toda la sociedad argentina, que avanza entre la realidad y el desconcierto. En los inicios del decenio de 1980 lo hacen los depositantes del sistema financiero. Los resultados también son distintos. En los años treinta la confianza en el sistema no se deteriora, las tasas nominales de interés las fija el mercado y el grado de monetización de la economía no se altera.

En 1982 la estadística indica que el sistema financiero queda en estado crítico, se subsidia a los deudores mediante tasas nominales de interés inferiores a la inflación y se reduce drásticamente el grado de monetización de nuestra economía (Arnaudo, 1987, pp. 137-171; Cibils y Allami, 2010). La eficiencia social del sistema financiero argentino se deteriora profundamente y sus consecuencias son difíciles de superar. La intermediación financiera requiere cada vez con más asiduidad recursos crecientes que están alejados de la producción de bienes y servicios; y como estas actividades han generado altos beneficios individuales sin tener en cuenta la productividad social, sus

consecuencias han sido la especulación, las marchas y contramarchas en las políticas implementadas, la caída del poder adquisitivo, el desconcierto, una moneda argentina en terapia intensiva y descalificada por la invasión de bonos provinciales y nacionales, una importante deuda interna y externa, ruptura en la cadena productiva y un proceso inflacionario que sume en el pesimismo a la sociedad argentina. La productividad negativa del sector público y una acotada capacidad real de pago completan un complejo panorama que deteriora de manera sostenida el PBI (*Semanario de Información y Opinión. Noticias y protagonistas*, 4/7/1999, N° 92, sección Debates). No se trata solo de efectos negativos en las finanzas; las repercusiones sociales son aún mayores y la incertidumbre acompaña la cotidianidad de los argentinos.

Más allá de los cambios institucionales, políticos, financieros y sociales, la continuidad entre el pretérito y el presente de la Argentina puede construirse históricamente desde la perspectiva rural, por ejemplo, haciendo un simple repaso de los hitos fundamentales que jalonan el itinerario pasado. La memoria debe nutrirse de ellos para dar consistencia a este “modelo para armar” del país, en el cual algunas fortunas personales o sectoriales se salvaguardan, se acrecientan, y no pocas economías regionales se empobrecen. La dirigencia argentina se enlaza con el modelo de país agroexportador en sus distintos rangos y grados de evolución; se nutre de sus ganancias, pero no siempre reinvierte en las regiones de las cuales extrae los beneficios. El rastreo de este pasado es importante para poder comprender por qué un país que figura en los primeros rangos como productor

internacional de alimentos tiene al 30% de su población en el límite de la línea de pobreza y a un alto porcentaje de sus niños con serios problemas de desnutrición, más allá de la política de asistencia social propiciada desde el ámbito público para los sectores poblacionales que sufren mayores carencias.

Al mismo tiempo, en una Argentina donde la educación y el trabajo han perdido gran parte de su significado como instrumentos para el ascenso social, podría decirse que es la adecuación a los tiempos el perfil que con mayor claridad muestra al sector agrario y agroindustrial como un elemento dinámico de nuestra economía, que presenta dificultades para exportar productos con mayor valor agregado. La reconstrucción del país —que progresivamente se lleva a cabo desde el 2003— es necesaria para encontrar nuevos rumbos, preservar valiosas continuidades y corregir errores fundamentales que permitan promover y ejecutar auténticas políticas de estado; políticas que, como señalara Arturo Jauretche hace más de medio siglo atrás, permitan “profesar una ortodoxia para con los mandatos de la realidad, que suelen contrastar con las ortodoxias doctrinarias” (citado en Girbal-Blacha, 1993).

El desafío actual es entender la cuestión socioeconómica en perspectiva, cuando se piensa en la “bio” Argentina asociada a los combustibles, para poder caracterizar la complejidad del mundo económico, su heterogeneidad con una creciente aproximación al quehacer científico-tecnológico como parte de sus negocios, pero también debe rescatar sus continuidades, su coherencia para con las alianzas entre el agro, la industria asociado a él —que hoy profesionaliza la

gestión— y los gobiernos de turno (Toledo López, 2010; *Clarín. Revista rural*, diciembre 2009-enero 2010, N° 13).

A las puertas de los bicentenarios, la Argentina muestra aun una gran concentración de la renta frente a una reducción del trabajo, especialmente en el campo, que vive un avance tecnológico significativo pero también un empobrecimiento que recae sobre las atenuadas ganancias de los pequeños y medianos productores, que dieran consistencia hasta los albores del siglo XX —aunque con actores diferentes— a la “revolución en las pampas” (Scobie, 1968). Más allá de 2010 y rumbo a 2016, el sector tiene por lo menos tres asignaturas pendientes: el acuerdo entre lo público y lo privado, las políticas de largo plazo y la institucionalización del mercado (Michelena, 2009; *Clarín*, 7/7/2007, sección Rural, p. 24). El reto no puede emprenderse de espaldas a la historia y a la memoria. Por estas razones, la reflexión histórica basada en la generación de conocimiento para dar consistencia a la democracia en acción, vinculada al ejercicio pleno de la ciudadanía y la equidad social, merece ser jerarquizada desde los sectores dirigentes y por la sociedad en su conjunto.

En esta coyuntura, los científicos sociales y particularmente los historiadores procuramos contribuir a la comprensión de los problemas, efectuar diagnósticos y proponer alternativas frente a las cuestiones que contribuyen a promover la disolución social. Es importante destacar “los usos de la historia en la toma de decisiones”, en tanto “guías para la acción”, es decir, como parte de la recreación de la función del historiador en la formulación de las políticas públicas (Neustad y May, 1986; Carrera Damas, 1989, p. 9) y de un auténtico “revisionismo” histórico.

La sociedad argentina está acostumbrada al paternalismo, porque el sector dirigente no ha desempeñado eficazmente su papel, “siendo capaz de servir, sirviendo al desarrollo nacional”. Todavía se piensa —en varios ámbitos— que los precios de los granos o de la soja “son la mejor defensa para enfrentar la crisis” (*Clarín*, 11/8/2007, p. 32). Es preciso entender la política como forma de mediación en una sociedad para advertir y reconocer que el país ha cambiado y que “no será posible crecer sin estabilidad ni derrotar la inflación sin crecimiento” (Sidicaro, 2003; *La Nación*, 18/6/1989, pp. 1-2; *Página/12*, 10/8/1989, p. 3; *Clarin*,

8/8/1989, pp. 2-3; 3/9/1989, suplemento Económico, p. 10; Ferrer, 1981, p. 119; *Clarín*, 14/9/1989, sección Cultura y Nación, p. 5; *La Nación*, 27/7/2003, sección Enfoques, p. 1), especialmente cuando el descenso de la pobreza no implica una menor desigualdad social, como lo explicita el propio discurso oficial, cuando se hace cargo de las deudas pendientes. En este sentido y reconociendo que “no hay identidad social ni individual sin memoria” (Jelin, 2003, p. 35), el análisis histórico y la preservación de la memoria pueden sugerir nexos de continuidad pero también convertirse en claves para el cambio.

Referencias bibliográficas

- Almond, Gabriel A. (1966), “Introduction: A Functional Approach to Comparative Politics”, en Coleman, James S. (1966), *The Politics of the Developing Areas*, Princeton.
- Arceo, Nicolás (2011), “Consolidación de la expansión agrícola en la posconvertibilidad”, *Realidad Económica*, 257, enero-febrero, pp. 28-55.
- Arnaudo, Aldo (1987), *Cincuenta años de política financiera argentina (1934-1983)*, Buenos Aires, El Ateneo.
- Asiain, Andrés (2008), “Re-tensiones a la exportación. Más allá de la cuestión fiscal”, *Realidad Económica*, 236, mayo-junio, pp. 8-29.
- Badiou, Alain (2003), “Alain Badiou: ‘Las ideas existen y tienen poder’” (entrevista), *La Nación*, 30/11/2003.
- Barsky, Osvaldo y Jorge Gelman (2001), *Historia del agro argentino. Desde la Conquista hasta fines del siglo XX*, Buenos Aires, Grijalbo-Mondadori, caps. VIII y IX.
- Bedarida, François (1999), “L’Histoire. Entre Science et Mémoire?”, en Ruano-Borbalan, Jean-Claude (1999), *L’histoire aujourd’hui. Nouveaux objets de recherche. Courants et débats. Le métier d’historien*, París, Editions Sciences Humaines, pp. 335-342.
- Bekerman, Marta (1988), “Los flujos de capital hacia América Latina y la reestructuración de las economías centrales”, *Desarrollo Económico*, 111, vol. 28, octubre-diciembre.
- y Nicolás Monti Hughes (2012), “Estrategias inclusivas en la lucha contra la pobreza”, *Realidad Económica*, 254, agosto-septiembre, pp. 63-81.
- Blacha, Luis Ernesto (2005a), “¿Élite o clase política? Algunas precisiones terminológicas”, *Theomai/Theomai Journal*, 12, revista electrónica en línea, segundo semestre, <<http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=12401210>>, consultado el 27 de junio de 2012.
- (2005b), “Los individuos en el contexto de la flexibilidad de la red como forma de organización”, *Estudios. Revista del Centro de Estudios Avanzados*, 17, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba/CEA, pp. 119-137.

- Botana, Natalio (1979), *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Brieva, Susana (2007), *Dinámica sociotécnica de la producción agrícola en países periféricos: configuración y reconfiguración tecnológica en la producción de semillas de trigo y soja en Argentina, desde 1970 a la actualidad*, Buenos Aires, FLACSO.
- Carcano, Miguel Ángel (1977), *Sáenz Peña. La revolución por los comicios*, 2ª edición, Buenos Aires, Eudeba.
- Carrera Damas, Germán (1989), "El papel del historiador en la formulación de políticas públicas", *CLAH, Newsletter*, 1, vol. 25, abril.
- Cavallo, Domingo y Roberto Doménech (1988), "Las políticas macroeconómicas y el tipo de cambio real. Argentina, 1913-1984", *Desarrollo Económico*, 111, vol. 28, octubre-diciembre, pp. 375-400.
- Cibils, Alan y Cecilia Allami (2010), "El sistema financiero argentino desde la reforma de 1977 hasta la actualidad", *Realidad Económica*, 249, enero-febrero, pp. 107-133.
- Cortés Conde, Roberto (1989), *Dinero, deuda y crisis. Evolución fiscal y monetaria en la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana/Instituto Di Tella.
- (1997), *La economía argentina en el largo plazo. Ensayos de historia económica de los siglos XIX y XX*, Buenos Aires, Sudamericana.
- (2002), "La salida de la convertibilidad en otras crisis argentinas", *La Nación*, 15/3.
- Corti, Arístides Horacio M. (2009), "Retenciones a la exportación de productos agrícolas", *Realidad Económica*, 247, octubre-noviembre, pp. 62-72.
- Díaz Alejandro, Carlos (1970), *Essays on the Economic History of the Argentine Republic*, New Haven, Yale University Press (en castellano: *Ensayos sobre la historia económica argentina*, Buenos Aires, Amorrortu, 1975).
- Di Tella, Guido (1986), "La estrategia del desarrollo indirecto veinte años después", *Desarrollo Económico*, 101, vol. 26, abril-junio.
- y Manuel Zymelman (1966), "Etapas del desarrollo económico argentino", en Di Tella, Torcuato S. et al. (1966), *Argentina, sociedad de masas*, Buenos Aires, Eudeba, pp. 177-195.
- Di Tella, Torcuato S. et al. (2006), *Diccionario de Ciencias Sociales y Políticas*, Buenos Aires, Ariel, pp. 346-353.
- Fernández Bugna, Cecilia y Fernando Porta (2008), "El crecimiento reciente de la industria argentina. Nuevo régimen sin cambio estructural", *Realidad Económica*, 233, enero-febrero, pp. 17-48.
- Ferrari, Gustavo (1978), *Apogeo y crisis del liberalismo 1886-1890*, Buenos Aires, La Bastilla.
- Duncan, Tim (1983), "La política fiscal durante el gobierno de Juárez Celman, 1886-1890. Una audaz estrategia financiera internacional", *Desarrollo Económico*, 89, vol. 23, abril-junio, pp. 11-34.
- Ferrer, Aldo (1981), *El devenir de una ilusión. La industria argentina desde 1930 hasta nuestros días*, Buenos Aires, Sudamericana.
- (2008), "La Argentina en el mundo que se viene", *Realidad Económica*, 240, noviembre-diciembre, pp. 7-28.
- Gálvez, Eduardo (2011), "Las ideas económicas dominantes en la clase dominante argentina a fines del siglo XX (1989-2001)", *Realidad Económica*, 258, febrero-marzo, pp. 14-36.
- Gerchunoff, Pablo y Lucas Llach (1998), *El ciclo de la ilusión y el desencanto. Un siglo de políticas económicas argentinas*, Buenos Aires, Ariel, cap. 5.
- Girbal-Blacha, Noemí M. (1982), *Historia de la agricultura argentina a fines del siglo XIX (1890-1900)*, Buenos Aires, FECIC.
- (1988), *Estado, chacareros y terratenientes (1916-1930)*, Buenos Aires, CEAL.

- (1993), *Historia del Banco de la Provincia de Buenos Aires. Gestión del Doctor Arturo Jauretche (1946-1950)*, Buenos Aires, Banco de la Provincia de Buenos Aires.
- (2000), “Acerca de la vigencia de la Argentina agropecuaria. Estado y crédito al agro durante la gestión peronista (1946-1955)”, *The Americas*, vol. 3, Nº 56, enero, pp. 77-102.
- (coord.), Zarrilli, Adrián G. y Balsa, Juan J. (2001), *Estado, sociedad y economía en la Argentina 1930-1997*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, cap. 5.
- (2002), “Las crisis en la Argentina. Juicio a la memoria y la identidad nacional. Reflexiones desde la perspectiva histórica”, *Theomai*, número especial, invierno, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, pp. 9-28.
- (2011) [2003], *Mitos, paradojas y realidades en la Argentina peronista (1946-1955). Una interpretación histórica de sus decisiones político-económicas*, 1ª reimpr., Bernal, Universidad Nacional de Quilmes.
- Gras, Carla y Valeria Hernández (coords.) (2009), *La Argentina rural. De la agricultura familiar a los agronegocios*, Buenos Aires, Biblos.
- Halperin Donghi, Tulio (1984), “Canción de otoño en primavera: previsiones sobre la crisis de la agricultura cerealera argentina (1894-1930)”, *Desarrollo Económico*, 95, vol. 24, octubre-diciembre, pp. 368-386.
- Hechos e Ideas. Publicación de cuestiones políticas, económicas y sociales* (1941), t. X, Nº 38-39, Buenos Aires, enero, edición dedicada al estudio de la recuperación de la economía nacional.
- Hobsbawm, Eric J. (1972), “The Social Function of the Past: Some Questions”, *Past and Present*, Nº 55, pp. 3-17.
- Jelin, Elizabeth (2003), “No hay identidad social ni individual sin memoria” (entrevista), *Clarín*, 9/11/2003.
- Le Goff, Jacques (1988), *Histoire et mémoire*, París, Gallimard.
- Llach, Juan José (1984), “El Plan Pinedo de 1940, su significado histórico y los orígenes de la economía política del peronismo”, *Desarrollo Económico*, 92, vol. 23, enero-marzo, pp. 515-558.
- Maddison, Angus (1988), *Dos crisis: América y Asia 1929-1938-1983*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Marichal, Carlos (1988), *Historia de la deuda externa de América Latina*, Madrid, Alianza.
- McGann, Thomas (1965), *Argentina, Estados Unidos y el Sistema Interamericano 1880-1914*, Buenos Aires, Eudeba.
- Michelena, Gabriel (2009), “La evolución de la tasa de ganancia en la Argentina (1960-2007): caída y recuperación”, *Realidad Económica*, 248, noviembre-diciembre, pp. 83-106.
- Namer, Gerard (1999), “Les cadres sociaux de la mémoire”, en Ruano-Borbalan, Jean-Claude, *L’histoire aujourd’hui. Nouveaux objets de recherche. Courants et débats. Le métier d’historien*, París, Editions Sciences Humaines, pp. 349-351.
- Neffa, Julio César (1998), *Modos de regulación, regímenes de acumulación y sus crisis en Argentina (1880-1996). Una contribución a su estudio desde la teoría de la regulación*, Buenos Aires, Eudeba.
- Neustad, Richard E. y Ernest R. May (1986), *Los usos de la historia en la toma de decisiones*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano.
- Nora, Pierre (1999), “Les lieux de Mémoire”, en Ruano-Borbalan, Jean-Claude, *L’histoire aujourd’hui. Nouveaux objets de recherche. Courants et débats. Le métier d’historien*, París, Editions Sciences Humaines, pp. 343-348.
- O’Connell, Arturo (1984), “La Argentina en la Depresión: los problemas de una economía abierta”, *Desarrollo Económico*, 92, vol. 23, enero-marzo, pp. 479-514.
- Palti, Elías (1999), “El legado como problema”, en Altamirano, Carlos (ed.), *La Argentina en el siglo XX*, Buenos Aires, Ariel, pp. 24-34.

- Portantiero, Juan Carlos (1989), "Economía y política en la crisis argentina (1958-1973)", en Ansaldi, Waldo y José Luis Moreno, *Estado y sociedad en el pensamiento nacional*, Buenos Aires, Cántaro, pp. 301-346.
- Prebisch, Raúl (1934), "La inflación escolástica y la moneda argentina", *Boletín Oficial de la Bolsa de Comercio del Rosario*, Rosario.
- Presidencia de la Nación. Secretaría de Informaciones (1952), *Perón anuncia el Plan Económico de 1952 y los precios de la cosecha*, Buenos Aires.
- Pye, Lucien W. (1966), *Aspects of Political Development. An analytic study*, Boston, Little.
- Quattrocchi-Woisson, Diana (1995), *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé.
- Rapoport, Mario et al. (2006), *Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2003)*, Buenos Aires, Ariel.
- Ras, Norberto (1977), *Una interpretación sobre el desarrollo agropecuario en la Argentina*, Buenos Aires, Hemisferio Sur.
- Regunaga, Marcelo, Sandra Fernández y Germán Opacak (2003), *El impacto de los cultivos genéticamente modificados en la agricultura argentina*, Buenos Aires, Foro Argentino de Biotecnología.
- Revel, Jacques (1995), "Micro-análisis y construcción de lo social", *Anuario IEHS*, 10, Tandil, IEHS/Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, pp. 125-143.
- (dir.) (1996), *Jeux d'échelles. La micro-analyse à l'expérience*, París, Gallimard/Seuil.
- Revista de Historia* (1957), N° 1, primer trimestre, Buenos Aires.
- Ricoeur, Paul (2000), *La mémoire, l'histoire, l'oubli*, París, Seuil.
- Rougier, Marcelo (2012), *La economía del peronismo. Una perspectiva histórica*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Ruano-Borbalan, Jean-Claude (1999), "Entrevista a Roger Chartier sobre 'Les représentations du passé'", *L'histoire aujourd'hui. Nouveaux objets de recherche. Courants et débats. Le métier d'historien*, París, Editions Sciences Humaines, pp. 16-19.
- Schvarzer, Jorge (1996), *La industria que supimos conseguir. Una historia político social de la industria argentina*, Buenos Aires, Planeta.
- Scobie, James R. (1968), *Revolución en las pampas. Historia social del trigo argentino, 1860-1910*, Buenos Aires, Solar/Hachette.
- Seoane, María (1998), *El burgués maldito*, Buenos Aires, Planeta.
- Sidicaro, Ricardo (1996), *Juan Domingo Perón*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- (2003), *La crisis del Estado y los actores políticos y socioeconómicos en la Argentina (1989-2001)*, Buenos Aires, Libros del Rojas.
- Teubal, Miguel (2011), "La crisis de 2001-2002 y el colapso del neoliberalismo en la Argentina", *Realidad Económica*, 261, julio-agosto, pp. 58-84.
- Thorp, Rosemary (comp.) (1984), *Latin America in the 1930's: The Role of the Periphery in World Crisis*, Londres, Macmillan.
- Toledo López, Virginia (2010), "El boom del biodiésel", *Realidad Económica*, 256, noviembre-diciembre, pp. 116-145.
- Tornquist, Ernesto (1920), *El desarrollo de la República Argentina en los últimos cincuenta años*, Buenos Aires, E. Tornquist y Cía. Ltda.
- Trigo, Eduardo et al. (2002), *Los transgénicos en la agricultura argentina. Una historia con final abierto*, Buenos Aires, Libros del Zorzal-IIICA.
- Vitelli, Guillermo (2009), "Los retrasos de la economía argentina frente a las naciones más ricas e industrializadas", *Realidad Económica*, 242, febrero-marzo, pp. 42-66.
- Vovelle, Michel (1999), "Histoire et representations", en Ruano-Borbalan, Jean-Claude,

- L'histoire aujourd'hui. Nouveaux objets de recherche. Courants et débats. Le métier d'historien*, París, Editions Sciences Humaines, pp. 45-49.
- Wagner, W. y F. Elejabarrieta (1996), "Representaciones sociales", en Morales, Francisco J. et al. (coords.), *Psicología social*, Madrid, Graw-Hill, pp. 817-822.
- Waldmann, Peter (1981), *El peronismo 1943-1955*, Buenos Aires, Sudamericana.

(Recibido el 22 de agosto de 2012.)

(Aprobado el 28 de noviembre de 2012.)

Autora

Noemí M. Girbal-Blacha es doctora en Historia (Universidad Nacional de La Plata, 1972), investigadora superior del Conicet, profesora titular y directora del Centro de Estudios de la Argentina Rural de la Universidad Nacional de Quilmes. Docteur Honoris Causa de l'Université de Pau et Pays de l'Adour (Francia), octubre de 2007. Premio Bernardo Houssay Trayectoria 2011, mención Ciencias Humanas, otorgado por el Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva, Resolución 130/2012. Línea de investigación actual: "La Argentina rural del siglo xx: espacios regionales, sujetos sociales y políticas públicas".

Publicaciones recientes:

- (2011), *Vivir en los márgenes. Estado, políticas públicas y conflictos sociales. El Gran Chaco Argentino en la primera mitad del siglo xx*, Rosario, Prehistoria.
- (2011), "État, savoir, pouvoir et bureaucratie: le déséquilibre régional agricole argentin 1880-1960", *Économies et sociétés*, vol. xlv, t. 44, N° 9, septiembre, París, L'Harmattan Les Presses, pp. 1601-1626.
- (2011), "La historia regional argentina y los desafíos del Bicentenario (1810-2010)", en Girbal-Blacha, Noemí y Beatriz Moreyra, *Producción de conocimiento y transferencia en las Ciencias Sociales*, Buenos Aires, Imago Mundi, pp. 37-52.

Cómo citar este artículo:

Girbal-Blacha, Noemí M., "Acerca de la memoria y la reflexión histórica en la Argentina bicentennial", *Revista de Ciencias Sociales, segunda época*, año 4, N° 23, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, otoño de 2013, pp. 145-168, edición digital. En línea: <<http://www.unq.edu.ar/catalogo/311-revista-de-ciencias-sociales-n-23.php>>.

Luis Ernesto Blacha

Certezas e incertidumbres de lo social.

Las perspectivas culturalista y figuracional

Presentación

La sociología como disciplina científica tiene entre sus preocupaciones fundamentales al orden social y su legitimación. Esta cuestión es de central importancia analítica en tanto que el poder media la relación entre el individuo y la sociedad. A su vez, en las perspectivas sociológicas contemporáneas hay marcada preocupación por los elementos culturales al posibilitar y delimitar la interacción entre el sujeto y el entramado de relaciones que conforma la sociedad.

La sociología figuracional acuñada por Norbert Elias supone un estudio cultural de amplio alcance temporal con escala geográfica occidental, donde se evidencia paralelamente a la constitución del sujeto moderno el establecimiento de las estructuras administrativas del Estado racional. El desarrollo del proceso civilizatorio supone la consolidación de un marco de certezas compartidas y socialmente determinadas. Este enfoque implica cierto grado de incertidumbre inherente a las interacciones sociales como parte constituyente

del dinamismo de los procesos de psico- y sociogénesis.

La perspectiva culturalista presentada por Pierre Bourdieu resulta en el estudio de estructuras estructurantes socialmente determinadas que reflejan las relaciones de poder imperantes en una sociedad. Los esquemas de percepción y pensamiento generan *habitus* que implican cierto cúmulo de certezas compartidas que transforman en sociales a las acciones individuales. La actualización y reactualización de estas estructuras conforman un conjunto de interacciones pasadas que ofician de telón de fondo de lo social, en donde se conjugan los elementos culturales disponibles con las interacciones de poder.

Este estudio propone establecer puntos de contacto y diferencias entre la perspectiva figuracional de Norbert Elias y el enfoque culturalista de Pierre Bourdieu con referencia a las certezas e incertidumbres que caracterizan a lo social. El estudio se complejiza con la incorporación de dos términos que enriquecen la perspectiva teórica propuesta: el carácter potencial del poder del enfoque radical de Steven Lukes y el

concepto de reflexividad de la teoría de la estructuración de Anthony Giddens. El objetivo es arribar a una caracterización de lo social a través de un análisis de las certezas e incertidumbres como una tensión inherente del pensamiento sociológico.

La sociología figuracional de Norbert Elias

La perspectiva figuracional de Norbert Elias supone una sociología de la cultura de amplio alcance temporal y espacial. Es un enfoque de carácter dinámico donde los individuos y la sociedad se encuentran “constantemente formándose y transformándose en el seno de su relación con otras personas” (Elias, 1990, p. 41). La originalidad de esta propuesta consiste en su perspectiva multidisciplinaria, que combina historia, ciencia política, sociología y psicología, así como “su capacidad de trabajar sobre formas muy diferentes, desde las más ‘micro’ hasta las más ‘macro’” (Heinich, 1999, p. 32). Es una perspectiva que por una cuestión histórica y por sus intereses analíticos puede situarse como una bisagra entre las teorías sociológicas clásicas y las contemporáneas.

La sociedad es caracterizada como “configuraciones de hombres interdependientes” (Elias, 1996, p. 31). La delimitación social de las conductas individuales se desarrolla paralelamente al establecimiento de las estructuras administrativas con alcance nacional que conducen al monopolio de la violencia legítima. Para Elias es imposible analizar “la sociedad sin individuos, el individuo sin sociedad” (Elias, 1990, p. 93). Su caracterización de la sociedad encie-

rra entramados de interdependencia o figuraciones, con inestables equilibrios variables de poder y diversos tipos de organización al interior del grupo de pertenencia. La realidad social es un proceso que se constituye dinámicamente, vinculando pasado, presente y futuro.

Elias propone un estudio del *proceso civilizatorio* como un aspecto básico de la sociología figuracional (Weiler, 1998). La mayor individualización solo es posible a través de la interdependencia subjetiva, relacionando la mayor libertad individual con el desarrollo de la estructura social. La evolución del autocontrol individual, de los monopolios fiscales y de la violencia legítima por parte del Estado constituye un marco de referencia ineludible para comprender la organización de las sociedades modernas. El pasado cobra una influencia determinante en posteriores formas de organización social, en una concepción analítica que combina continuidades y novedades.

El dinamismo de la sociología figuracional equipara el carácter social de los hombres con las configuraciones que constituyen, destacando la interdependencia subjetiva. La configuración también permite superar el dualismo analítico entre individuo y sociedad, resaltando la capacidad predictiva propia de los hombres socializados. El conocimiento social solo es posible mediante un marco de certezas socialmente compartidas. Las estructuras individuales y las sociales deben investigarse como “algo mutable, como algo que está en flujo continuo” (Elias, 1997, p. 16).

El concepto de configuración o figuración recorre transversalmente toda la teoría de Norbert Elias. Por configuración debe entender un orden de individuos interdependientes que es “más

fuerte y más coactivo que la voluntad y la razón de los individuos aislados que lo constituyen” (Elias, 1997, p. 450). Esta definición comparte criterios con la definición de sociedad que acuña Emile Durkheim aunque en Elias el carácter dinámico de lo social constituye el trasfondo de la acción social e incluye tanto certezas como incertidumbres. Ambos autores coinciden en la existencia de una relación directa entre la diferenciación individual y multiplicación de las funciones sociales. Es una característica de las sociedades de masas modernas que potencia la interdependencia de los individuos que conforman el entramado de la sociedad.

La diferenciación social solo es posible a partir de conductas individuales regulares y estables que resultan de aquellos procesos sociales que moldean el comportamiento subjetivo desde los primeros años de vida. El dinamismo social promueve la internalización subjetiva de los controles sociales externos que resultan en autoacciones constantes y naturalizadas que se presentan al individuo como inevitables. Estas profundas transformaciones del comportamiento adquieren un carácter social que se internaliza, también, a través de “una barrera de miedos” (Elias, 1997, p. 452). El individuo construye un esquema de la realidad mediante la autovigilancia de su conducta. Este autocontrol posibilita la diferenciación social, mientras se multiplican los controles individuales del propio comportamiento produciendo una “íntima relación con la estabilidad creciente de los órganos sociales centrales” (Elias, 1997, p. 453). El entramado social se complejiza y las funciones sociales se multiplican. La internalización de la norma social confor-

ma un aspecto destacado del fundamento de las relaciones de poder y tiene una interacción continua con las estructuras sociales imperantes.

Estas transformaciones pueden analizarse conjuntamente a través del estudio de la civilización. El proceso civilizatorio, cambios sociales generales que comprenden “una ola secular de integración progresiva, un proceso de construcción del Estado, con el proceso complementario de una diferenciación también progresiva, es un cambio de composición que, considerado a largo plazo, en su ir y venir, en sus movimientos progresivos y regresivos, mantiene siempre una única dirección a lo largo de muchas generaciones” (Elias, 1997, p. 12). El hombre es un sujeto civilizable que conforma un proceso de larga data y con las amplias fronteras de la civilización occidental. Su carácter procesal se presenta al individuo como una realidad socialmente dada que constituye dinámicamente a los actores inmersos en ese proceso. Este dinamismo “jamás se da de modo rectilíneo” (Elias, 1997, p. 225), se multiplican los resultados esperados y las consecuencias resultantes.

Elias rastrea el origen de los conceptos de cultura y civilización, a los que identifica como parte de la oposición de la clase media europea a los regímenes gubernamentales imperantes en la segunda mitad del siglo XVIII. Destaca el carácter de *objeto concluido* que tiene el término alemán de cultura y le opone el dinamismo propio de la civilización. Esta última refiere a un proceso en constante movimiento cuya perspectiva *hacia adelante* conlleva “los valores que pueda tener un ser humano” (Elias, 1997, p. 58). A diferencia de la cultura, la civilización refiere a conduc-

tas específicas que en sus orígenes son de corte mayoritariamente individual y gradualmente adquieren implicancias sociales de escala europea, primero, y occidental, luego.

Las transformaciones que conforman el proceso civilizatorio resultan en una diferenciación de los comportamientos públicos y privados del individuo con sus espacios socialmente delimitados. Las coacciones devienen en autoacciones que conducen “a una regulación o administración de la vida afectiva bajo la forma de la autoeducación, del *self control*” (Elias, 1997, p. 225). La conducta subjetiva se inserta en un entramado social amplio, potenciando sus consecuencias y multiplicando las influencias y motivaciones de la acción individual.

La sociología figuracional parte de la caracterización weberiana del Estado y la combina con el *super yo* de Sigmund Freud como fundamento de las relaciones sociales de poder. La influencia del padre de psicoanálisis puede rastrearse en la internalización de las normas sociales que Elias lleva a cabo desde una perspectiva que “desnaturaliza esos conceptos” (Heinich, 1999, p. 129). En relación a Max Weber, Elias resta importancia a “las capacidades extraordinarias de los líderes carismáticos para transformar la historia” (Zabludovsky, 2007, pp. 46-47) y da cuenta de las reminiscencias del Max Weber de *Economía y sociedad* y del Freud de *El malestar en la cultura* a través de dos conceptos: psicogénesis y sociogénesis.

El proceso civilizatorio supone una “evolución que puede observarse no solo en el nivel colectivo –la ‘sociogénesis’– sino también en el nivel individual –la ‘psicogénesis’–” (Heinich, 1999, p.

12). Este último proceso supone la “formación y transformación de los *habitus* a través del tiempo” (Tenti Fanfani, 2009, p. 17), lo cual no puede ser abordado analíticamente sin tener en cuenta las estructuras sociales. La civilización no solo tiene un carácter dinámico, también supone la articulación de las esferas individual y social, las cuales se hallan mutuamente determinadas en el enfoque figuracional.

La psicogénesis reseña los cambios en el interior de los individuos identificados en una dirección determinada que escapa al pleno control subjetivo e institucional. En esta teoría sociológica, el poder adquiere un carácter potencial que conjuga certezas –como reproducción de prácticas sociales– e incertidumbres, en tanto con los mismos elementos culturales disponibles pueden realizarse diferentes interacciones sociales. El estado actual de lo social está profundamente influenciado por las interacciones precedentes, se establece una continuidad con el pasado que no puede ser determinada *a priori*. A su vez, el propio carácter dinámico de lo social promueve la existencia de continuidades y rupturas entre pasado y presente en un contexto general donde las oscilaciones en el comportamiento individual se moderan. El monopolio de la violencia legítima reduce las amenazas de otros hombres, quedan relegadas las situaciones violentas a los bastidores de la vida social y se promueve una moderación de los cambios sociales bruscos.

De forma simultánea a estos cambios de escala individual, Elias realiza una psicogénesis del Estado a la cual denomina “sociogénesis”. A partir de esta, reconstruye la historia de la ci-

vilización Europa desde el siglo XI. El análisis del proceso civilizatorio se transforma en “una doble dimensión vinculada a la vez a la reconstrucción del fenómeno –la formación del Estado a través de los diferentes monopolios– y a su desarrollo –sus efectos sobre la gestión de los afectos–” (Heinich, 1999, p. 15). A partir de este proceso se canalizan las situaciones violentas, que no desaparecen por completo, a la vez que las normas y prohibiciones sociales conforman un “super yo’ estrictamente regulado” (Elias, 1997, p. 226).

La incertidumbre se incrementa a medida que se fortalece el marco de certezas compartidas donde se insertan las acciones sociales. A nivel sociogénético, el proceso civilizatorio posibilita momentos “descivilizados” que contarán con los medios técnicos de la civilización para generar barbarie. El dinamismo propuesto por Elias da cuenta de resultados identificables que no pueden ser determinados *a priori* y que conlleven una novedad para la teoría sociológica con la cual dialoga.

Los individuos socializados en procesos de psicogénesis generan un auto-distanciamiento respecto de los mundos natural y social que les permite un conocimiento objetivo. Gradualmente aumenta este distanciamiento, que se inicia en relación con la naturaleza y aumenta el conocimiento social, paralelamente al desarrollo del proceso civilizatorio. El estudio de la psicosociogénesis está profundamente imbricando con el dinamismo y cierta evolución de estos mismos procesos. Las experiencias socialmente compartidas parecieran contener una distancia subjetiva que separa a los miembros del grupo en individuos aislados en su fuero interno, aunque los

procesos de psicogénesis denotan la influencia de la sociedad en la construcción y consolidación de ciertos esquemas subjetivos.

La internalización de las normas sociales que conlleva la civilización da cuenta no solo de la mediación que suponen las relaciones de poder entre un individuo aislado y el resto de su entorno social, sino también la influencia de la cultura en la consolidación de las propias necesidades subjetivas. Esta autoconciencia individual, a través del distanciamiento, también supone una autoacción que permite una mayor distancia reflexiva al individuo de sus propios asuntos y de su ámbito social. La propia consolidación de las certezas sociales supone que se generan nuevas herramientas para el análisis de ese mundo social.

El autocontrol de las coacciones resulta el fundamento último de las implicancias sociales del poder, que transforma a la psicogénesis en un fenómeno “perceptible a escala colectiva” (Elias, 1997, p. 13). A partir de ella, Elias reconstruye la historia del proceso civilizatorio europeo a través del surgimiento de un aparato social que internaliza las normas sociales. El control del individuo se mantiene mediante coacciones permanentes y pacíficas en función del dinero y el prestigio social. La educación forma parte de este proceso que separa las conductas de jóvenes e infantes de aquellas que tienen los adultos. El poder no solo es una relación social, sino que cobra la forma de una socialización constante donde conviven certezas e incertidumbres.

La sociogénesis, por su parte, consiste en “un proceso en el que las sociedades van pacificándose” (Elias, 1997, p. 126) mientras que se refuerza el control

social. El monopolio y la centralización de la violencia física legítima reducen los peligros de muerte que “se han hecho más previsibles, y en esa misma medida se ha atemperado la necesidad de poderes protectores sobrenaturales” (Elias, 2009, p. 28). Las certezas de una sociedad más pacífica vuelven más inciertas las posibilidades de una muerte violenta en individuos socializados. La mayor estabilidad de lo social y su consiguiente desarrollo individual transforman en inciertos los peligros.

La autocoacción también puede ser caracterizada como parte de la diferenciación social y constituye el fundamento de la asimetría de las relaciones de poder. A través de las interacciones del poder pueden relacionarse los cambios subjetivos con aquellos de escala social. Internalización y estructuras administrativas aumentan paralela y paulatinamente su rol central en las interacciones de los sujetos. La psicogénesis y la sociogénesis no puede ser analizadas de forma independiente. Sus *huellas* solo pueden rastrearse en una mirada temporalmente amplia y geográficamente vasta y por este motivo Elias realiza un estudio cultural de gran alcance e implicancias. La configuración como ámbito en donde transcurren las interacciones sociales supone la conjunción de pasado, presente y expectativas futuras que determinan las acciones con implicancias para la totalidad del entramado social. Estado nacional y sentimientos de vergüenza y miedo parecieran desarrollarse paralelamente.

La complejización del entramado social no solo lleva a una mayor división de funciones, sino que se potencia la interdependencia entre los individuos

interactuantes. Es necesario un marco de certezas para que tan vasto conjunto de individuos pueda actuar coordinadamente. La certeza de la interacción también supone la incertidumbre de la división de funciones con individuos excesivamente especializados. Surgen, entonces, comportamientos sociales en los que pueden identificarse estructuras compartidas y socialmente delimitadas. El carácter dinámico de la realidad social subrayado por Elias no se reduce, sino que pareciera ser complementado por esquemas de percepción y pensamiento como los que teoriza Pierre Bourdieu en su sociología de la cultura.

La perspectiva culturalista de Pierre Bourdieu

La sociología de la cultura desarrollada por Pierre Bourdieu supone también una sociología política, ya que la dominación cultural conlleva y refleja la dominación material (Scribano, 2009). Esta perspectiva resulta en una instancia superadora del estructural funcionalismo al subrayar la importancia del conocimiento individual sobre la propia acción y del entorno en que se inserta. También destaca la capacidad adaptativa de los actores sociales a los cambios producidos en el contexto de interacción. La flexibilidad como un aspecto típico de lo social es compartido por Bourdieu y por la sociología figuracional.

En este enfoque culturalista puede rastrearse la influencia de la sociología comprensiva de Max Weber en relación con la importancia que en ambas teorías tienen “las representaciones en el análisis sociológico” (Bonnewitz, 2006, p. 20). La capacidad explicativa que los

actores poseen sobre su propia acción y sobre el entramado de relaciones sociales que la contienen genera una producción simbólica con implicancias materiales, constituyentes de la sociedad. A su vez, Bourdieu coincide con Elias al afirmar que esta capacidad individual está íntimamente relacionada con la internalización de normas sociales y con el desarrollo de estructuras administrativas de corte racional que permiten interpretar la diversidad de las sociedades de masas modernas.

La acción, como capacidad individual con implicancias sociales, es fundamental para la constitución del mundo social. Esta perspectiva práctica define el carácter dinámico de la sociología de la cultura de Bourdieu. Sin prácticas, lo social perdería sus atributos característicos. De modo similar a lo planteado por Norbert Elias, las interacciones previas constituyen e influyen al mundo social actual. Ambas perspectivas señalan la continuidad y el dinamismo de las acciones sociales. En el caso de Bourdieu, las capacidades prácticas de los actores son determinantes pues originan y actualizan las estructuras sociales que permiten la acción social.

Esta sociología de la cultura está profundamente influenciada por la historia, ya que las prácticas sociales producen *habitus* con implicancias del pasado. A través de los *habitus* se “asegura la presencia activa de las experiencias pasadas” en las interacciones presentes. Son “sistemas de disposiciones duraderas y transferibles, estructuras estructuradas predispuestas a funcionar como estructuras estructurantes, es decir, como principios generadores y organizadores de prácticas y de representaciones” (Bourdieu, 2007, p. 86).

El *habitus* es el concepto más importante de la sociología de Bourdieu, ya que “asegura la coherencia entre su concepción de la sociedad y la del agente social individual: proporciona la articulación, la mediación entre lo individual y lo colectivo” (Bonnewitz, 2006, p. 63). Asegura la reproducción del orden social, estableciendo continuidades –y la consiguiente posibilidad de ruptura– entre distintos momentos de un continuo histórico socialmente constituido. Se genera una situación donde “la libertad condicionada y condicional que él asegura está tan alejada de una creación de novedad imprevisible como de una simple reproducción mecánica de los condicionamientos iniciales” (Bourdieu, 2007, p. 90).

Bourdieu destaca el sentido práctico que subyace a su sociología de la cultura. Los *habitus* combinan el carácter de *previamente realizado* de las experiencias anteriores con la capacidad de *realizable*, pues influyen en las visiones y elementos que utilizan los actores para desplegar sus acciones con implicancias sociales. Si el *habitus* no se *utiliza* pierde sus características prácticas y es suplantado por otro *habitus* que pueda ser empleado de manera adecuada para realizar acciones sociales en el entramado de interacciones de referencia. La *regularidad* regulada que posibilitan los *habitus* da cuenta de la importancia que la reproductividad tiene en la teoría social de Pierre Bourdieu.

En la interacción entre prácticas preteritas y presentes, el *habitus* constituye un marco de certezas que producen una “suerte de hipótesis prácticas fundadas en la experiencia pasada, confieren un peso desmesurado a las primeras experiencias” (Bourdieu, 2007, p. 88). A

través de estos pueden anticiparse resultados habituales posibles como parte constituyente de la interacción social. Bourdieu subraya el carácter de prácticas concretas que resulta de la constitución social del término figuracional de configuración.

El habitus como acción concreta supone, también, un sentido “objetivado en las instituciones: [el habitus es] producto del trabajo de inculcación y de apropiación que es necesario para que esos productos de la historia colectiva que son las estructuras objetivas alcancen a reproducirse bajo la forma de disposiciones duraderas y ajustadas que son la condición de su funcionamiento” (Bourdieu, 2007, p. 93). La internalización de las pautas sociales relaciona esta perspectiva culturalista con la problemática del poder.

El análisis sociológico del orden social tiene su punto de partida en el estudio de aquellos sentimientos compartidos y establecidos socialmente; la distribución de diversos tipos de capital contribuye a la perpetuación de asimetrías como efecto material y también simbólico. La posibilidad de que surjan cambios y de que exista continuidad de lo establecido se presentan como mutuamente conformados por certezas e incertidumbres propias de lo social. La tensión entre novedades y continuidades adquiere gran relevancia en el sentido práctico que “como dominio práctico del sentido de las prácticas y de los objetos permite acumular todo aquello que va en el mismo sentido, todo lo que se combina al menos groseramente sin dejar de ajustarse a los fines perseguidos” (Bourdieu, 2007, p. 414).

Cuando Pierre Bourdieu afirma que “la producción del discurso de los indi-

viduos no es independiente de sus características sociales” (Bonnevitz, 2006, p. 27), desarrolla un enfoque que pareciera acercarlo a la perspectiva figuracional de Norbert Elias. El tejido social no solo cobra una importancia determinante en la constitución de los sujetos, sino que destaca el carácter dinámico de lo social y sus prácticas. El orden social es interpelado a través del continuo entre las interacciones previas, presentes y futuras. Las certezas pasadas se conjugan con la incertidumbre de los resultados esperados.

En referencia al orden social, Bourdieu sostiene que el habitus supone tanto una internalización individual como una naturalización de las estructuras sociales adquiridas subjetivamente. Su efectividad como componente de las relaciones de poder deriva de su carácter de disposición duradera. A través de la socialización, estos pueden ser determinados automáticamente y sin cuestionamientos, lo que resulta en la reproducción de las estructuras sociales subjetivamente aprehendidas. El poder se convierte en una relación social y en un proceso de socialización, que reflejan las asimetrías en la distribución de los distintos tipos de capital –como el económico y el cultural/simbólico– característicos de una sociedad determinada.

La naturalización del habitus se origina en la interiorización subjetiva de normas sociales que conllevan a modos de percepción de la realidad a través de esquemas. Estos influyen profundamente en los individuos, definiéndolos y determinando la imagen del mundo social que los rodea. El habitus supone un proceso continuo que refuerza la influencia de las estructuras sociales en los esquemas individuales. El carácter práctico de

la sociología de Bourdieu se hace presente al destacar que en lo social hay aspectos certeramente inmutables y otros dinámicamente variables. En este sentido, el individuo es un actor que siempre tiene la última palabra, a pesar de que su espectro decisorio esté socialmente delimitado. Este es el carácter inercial del *habitus* y sus propiedades actualizables.

La actualización regular del *habitus* da cuenta de las propiedades dinámicas de la sociedad y de sus diferentes esferas o ámbitos de interacción que la componen. Bourdieu denomina campos a estos espacios de interacción, cuyas fronteras son permeables y, por lo tanto, no son totalmente autónomos. Además, la posición de los agentes sociales en un campo “depende de la posición de estos en el espacio social: por lo tanto, hay una homología entre la estructura social y los campos sociales” (Bonnewitz, 2006, p. 53). La interpenetración y la articulación de los distintos campos es el rasgo clave que los define, independientemente de que cada uno de ellos tenga sus propias normas y códigos.

El *habitus* también supone una estructura de reproducción de parámetros y estatus social que es influido por las estrategias dictadas por el capital cultural, que suponen una adaptación a los cambios imperantes en la sociedad. Bourdieu destaca el significado del capital simbólico como una vía de acceso y selección de individuos para ocupar posiciones burocráticas de importancia. Los planos material y simbólico están mediados por la cultura y, especialmente, por las prácticas culturales socialmente compartidas. La posibilidad de actuar de otra manera genera incertidumbres que solo podrán desarrollarse a través de certezas socialmente delimi-

tadas. Este carácter dual no limita al *habitus*, sino que lo constituye.

El perfil dinámico de la teoría acuñada por Bourdieu supone un modelo interdependiente. Este enfoque no solo lo acerca a la sociología figuracional, sino que supone que el entramado de relaciones que conforma a la sociedad puede ser dividido en distintos campos sociales que interactúan. A su vez, estos campos son espacios estructurados con sus propios puestos, “cuyas propiedades dependen de su posición en esos espacios y que pueden ser analizados independientemente de las características de sus ocupantes (en parte determinadas por ellas)” (Bonnewitz, 2006, p. 34). El carácter dinámico de lo social reduce la autonomía de los campos y flexibiliza sus fronteras, permitiendo que se articulen entre sí. Además, “la posición de los agentes sociales en un campo depende de la posición de estos en el espacio social: por lo tanto, hay una homología entre la estructura social y los campos sociales” (Bonnewitz, 2006, p. 53).

La interacción entre los distintos campos demuestra la interdependencia propia de las sociedades con una avanzada división social del trabajo. Un análisis sociológico de corte culturalista permite caracterizar a las sociedades modernas como conformadas por distintos campos que interactúan entre sí, influenciándose. El poder es una relación social de carácter práctico que se cristaliza en estructuras socialmente compartidas. A través de la cultura es que el individuo, según Bourdieu, olvida su carácter adverso en la asimetría de las relaciones de poder. Además, la interacción subjetiva con el entramado de relaciones sociales solo es posible a través de la mediación que supone la

cultura. A pesar de este carácter dinámico, “numerosos sociólogos reprochan a Bourdieu su determinismo, que niega toda libertad al actor social” (Bonnewitz, 2006, p. 118). Por este motivo el estudio de esta perspectiva puede focalizarse a partir del análisis de la tensión entre certezas e incertidumbres no solo como parte del dinamismo característico de lo social, sino para ensayar una lectura donde se conjuguen aspectos culturales con aquellos vinculados con las interacciones de poder.

Pierre Bourdieu y Norbert Elias destacan la red de relaciones intersubjetivas que constituyen la sociedad como un proceso socialmente compartido y delimitado. La importancia otorgada al contexto de la sociología figuracional se complementa con los esquemas de percepción compartidos, que delimitan a los individuos. Ambos autores coinciden en el establecimiento de un marco de pautas comunes que tiene la particularidad de combinar certezas con incertidumbres. El carácter determinista que se le reprocha a Bourdieu podría minimizarse no solo mediante sus puntos de contacto con la teoría figuracional, sino también a través de un diálogo con la ciencia política y con otras corrientes dentro de la sociología contemporánea.

La potencialidad del poder y la reflexividad de la acción social

Las teorías sociológicas previamente analizadas pueden ser reinterpretadas mediante una lectura que incluya dos aportes contemporáneos de la ciencia social: el enfoque radical del poder de Steven Lukes y la reflexividad de la

teoría de la estructuración de Anthony Giddens. El objetivo es arribar a una caracterización más amplia y precisa de la tensión entre certezas e incertidumbre como constituyentes de lo social.

La internalización de las normas sociales como autocoacción, contenidas tanto en la psicosociogénesis como en el sentido práctico del *habitus*, sitúa al poder en un lugar constitutivo de lo social. Este carácter fundante del poder se combina con su capacidad transformadora al delinear –pero no determinar– las interacciones sociales. El carácter práctico de la sociología de Bourdieu dialoga con la perspectiva figuracional, ya que ambas reconocen la influencia del entramado en las acciones subjetivas. Se genera un proceso de continua retroalimentación entre los resultados individualmente producidos y el cúmulo social de experiencias realizadas.

La interacción individuo-entramado social modifica a ambos y promueve las actualizaciones de los *habitus* sobre los que teoriza Bourdieu. Los individuos logran un control de este flujo de construcciones y reconstrucciones de *lo social*, proceso en el cual también está en juego la propia constitución subjetiva. Este accionar adquiere características reflexivas, entendidas como la “autocapacidad del individuo de tomar su propia acción como un objeto analítico en el medio particular que implica su discurso sobre sí mismo” (Scribano, 2009, pp. 28-29).

La actitud reflexiva del sujeto supone que la acción individual con implicancias sociales se inserta en “el flujo de la conducta cotidiana en los contextos de una actividad social” (Giddens, 1998, p. 24). Anthony Giddens y Pierre Bourdieu coinciden en destacar el conocimiento

que poseen los sujetos y que ponen en juego en cada interacción social. El carácter socialmente constituido de los esquemas de pensamiento utilizados no solo permite el autocontrol individual a través de la internalización de normas, sino que también demanda una actitud práctica de constante regulación sobre la propia acción. La certeza de este monitoreo constante como una actividad automática es la reflexividad y sus implicancias son –y solo pueden ser– sociales.

El carácter reflexivo de los sujetos socialmente constituidos –a partir de la psicosociogénesis o de las estructuras estructurantes de los *habitus*– genera un marco de certezas compartidas. La capacidad individual de modificar la propia acción también incluye el salirse de los modos previamente estipulados. La perspectiva acuñada por Anthony Giddens no solo toma en cuenta las consecuencias no buscadas de la acción, sino que plantea una tensión entre certezas e incertidumbres como un aspecto reflexivamente constituido de lo social. La reflexividad va más allá de la autoconciencia, es “como el carácter registrado del fluir corriente de una vida social” (Giddens, 1998, pp. 40-41). Las consecuencias sociales de la reflexividad se relacionan con cierta reciprocidad que el individuo espera de sus semejantes, dado que estos también llevan a cabo procesos de continuo monitoreo de sus acciones.

La internalización de la norma social como fundamento de las relaciones de poder se completa con el autocontrol continuo de la propia acción. La constitución simultánea del individuo y las estructuras sociales que advierten Elias y Bourdieu desarrolla psico- y sociogénesis como *habitus* en un proceso donde

reflexivamente se van actualizando los elementos constitutivos de lo social. La certeza de utilizar las *herramientas* socialmente disponibles se combina con la incertidumbre de si estas no se han modificado o si los resultados que se obtendrán serán los esperados.

El carácter reflexivo del sujeto moderno se presenta como “duda metódica” (Giddens, 1997b, p. 109) que se ubica en el fundamento de las certezas sociales. Una vez identificado este carácter actualizable de lo social, son necesarias prácticas que establezcan continuidades con las interacciones precedentes. Es un cúmulo de experiencias donde siempre está latente la posibilidad de que surjan resultados divergentes a los originalmente esperados. Las estructuras sociales, por su parte, ofrecen ciertos marcos de predictibilidad que en su origen albergan la posibilidad de que ocurra lo imprevisto.

El dinamismo de la red de interacciones que conforman la sociedad requiere una nueva caracterización del poder. Se trata de una que destaque tanto el carácter condicional del contexto de interacción como la ampliación temporal y geográfica de las relaciones de poder. Es necesario un enfoque radicalmente distinto del poder que aborda la sociología, tal como el que propone el politólogo Steven Lukes.

El poder es interpelado como “una capacidad, no el ejercicio de esa capacidad” (Lukes, 2007, p. xxv). Adquiere carácter omnipresente producto de su potencialidad y del hecho de que puede no presentarse; los gobernantes pueden no utilizarlo y los gobernados pueden fingir su apoyo al régimen imperante. El poder deviene un marco de certezas en el cual la incertidumbre no es su con-

trafigura, sino parte integral del entramado intersubjetivo. Con él, las acciones individuales se transforman en sociales. Esta relación entre certeza e incertidumbre es también constitutiva del proceso civilizatorio que las contiene con escala occidental, y las orienta en un sentido determinado y coherente con la estructura social de pertenencia.

El origen del poder como potencialidad puede rastrearse hasta el *Tractatus politicus* de Baruch Spinoza (1632-1677), quien diferencia entre las palabras latinas *potentia* y *potestas*. La primera refiere al “poder de las cosas en la naturaleza, incluidas las personas, ‘de existir y actuar’” (Lukes, 2007, p. 81), mientras que *potestas* se utiliza para enunciar la capacidad para conseguir determinados resultados producto de un *poder sobre otro*.

La potencialidad inherente al poder que destaca este enfoque no supone una dirección previamente delimitada de las interacciones sociales. Además, su carácter *omnipresente* puede invisibilizarlo aumentando la posibilidad de que el poder no se *presente* y que los gobernantes no lo *utilicen*. El marco de certeza puede incluir la incertidumbre, aumentando tanto la reflexividad de los individuos como la indeterminación *a priori* del resultado de la acción individual.

La calculabilidad propia de lo social que destacan tanto Elias como Bourdieu y que potencia la reflexividad actúa como una pauta de entendimiento básica que hace posible la interacción social. Producto de esta predictibilidad es la constitución simultánea de las estructuras estructurantes de escala individual, que supone la psicogénesis y el aparato administrativo que refleja la sociogénesis. Los *habitus* destacan la

interdependencia entre ambos procesos y conllevan a la potencialidad reflexiva del poder que los influye. El orden social se legitima por la efectividad del carácter potencial del poder, actualizándose y reconstituyéndose.

El dinamismo propio de la sociedad limita el alcance de las certidumbres constituidas reflexivamente, a la vez que los aspectos potenciales del poder actualizan el marco de certezas compartidas. La relación entre la sociología y su objeto de estudio debe dar cuenta del carácter constructo de este último, que conduce a una “doble hermenéutica” (Giddens, 1997a, p. 27). El análisis del conjunto de interacciones sociales lleva a resultados que modificarán al objeto de estudio. Ambos se encuentran mutuamente delimitados, ya que los cambios producidos en una parte repercuten en la otra. Las certezas y las incertidumbres se combinan en el abordaje característico de lo social que desarrolla la sociología. Así como el individuo y la sociedad adquieren paralelamente potencialidades, ambos se encuentran con mayores herramientas para poder actuar libremente.

Conclusiones, entre certezas e incertidumbres

La sociología figuracional de Elias permite delimitar un contexto de alcance occidental, que es en sí mismo un proceso que los individuos actualizan constantemente, tal como el que propone Pierre Bourdieu. Sin una dirección predeterminada, este proceso civilizatorio permite identificar una línea de continuidad que se extiende desde los estados europeos del siglo XI hasta la

actualidad. En esta perspectiva, el concepto de configuración posibilita –y engloba– las implicancias sociales de las acciones individuales. A su vez, los sujetos –diferenciados individualmente e integrados socialmente– se vuelven más conocedores de su entorno social y comienzan de forma reflexiva a pensar *sociológicamente*. La civilización destaca la capacidad potencial y omnipresente del poder como parte constitutiva de las relaciones sociales.

En la perspectiva desarrollada por Bourdieu, la socialización se transforma en fundamento y legitimación de las relaciones de poder. Los elementos que utilizan los actores para construir la realidad social y sus esquemas de percepción están influenciados por los conocimientos socialmente constituidos que reflejan la asimetría de las relaciones de poder. La potencialidad de este último se multiplica en cada actualización, es decir, en cada interacción social. A su vez, los *habitus* dan cuenta de estructuras socialmente estructurantes que posibilitan y delimitan los esquemas de percepción de los sujetos.

Ambos autores coinciden en la importancia de cierta predictibilidad como inherente a lo social. Las interacciones producidas generan un cúmulo de acciones precedentes que establecen un continuo temporal entre pasado, presente y futuro. Se establece un marco de certezas socialmente construidas que transforman en sociales las acciones individuales y cuyos resultados conforman el contexto de interacción. La potencialidad de las relaciones de poder está íntimamente relacionada con este cúmulo de certezas compartidas.

La socialización como proceso constante, variable y repetible adquiere

centralidad en el abordaje sociológico realizado. No solo supone una construcción reflexiva de las certezas socialmente disponibles, sino que también subraya el carácter siempre latente de la incertidumbre. Norbert Elias es particularmente sensible a la tensión entre certezas/incertidumbres al destacar que el carácter potencial del poder también incluye la posibilidad de que los individuos actúen de otra forma. Las implicancias se complejizan como parte del proceso civilizatorio que también incluye momentos de “descivilización” (Heinich, 1999, p. 127).

El monopolio de la violencia legítima que resulta de la consolidación de los estados nacionales no excluye la existencia de focos de violencia no legítima. La situación adquiere mayor gravedad cuando se utilizan los esquemas de la civilización para acciones “descivilizadas”. Los resultados bárbaros adquieren una dimensión mayor, producto de los medios técnicos que tienen a su disposición y del dinamismo que se imprime a las relaciones sociales existentes. En este sentido, podría afirmarse que los alcances de la “descivilización” parecieran superar a los de la propia civilización. La certera pacificación de la sociedad sobre la que teoriza Elias posibilita que la internalización de las pautas sociales pueda ser puesta en suspenso y que los conocimientos socialmente adquiridos se utilicen para satisfacer las necesidades reprimidas más nefastas. A su vez, el esquema interdependiente dificultará poner un freno a la “descivilización”, aumentando las incertidumbres propias de lo social.

El carácter estructurante de los *habitus* también dota de implicancias sociales a las acciones individuales. Se

genera un marco de certezas compartidas a partir del cual los sujetos reconstruyen y actualizan el entramado social. En toda actualización siempre está latente la posibilidad de producir modificaciones en el conjunto de interacciones sociales, aunque Bourdieu atribuye un carácter determinante a la influencia de la socialización en el accionar individual.

Las características reflexivas de los actores multiplican la potencialidad de la relaciones de poder. La sociedad, como entramado de interacciones so-

ciales pasadas, presentes y futuras se transforma en una canalización interdependiente de las incertidumbres a través de un marco de certezas socialmente delimitado. La influencia de la psicogénesis en la conformación de los *habitus* supone tanto la internalización de pautas comunes de entendimiento como un autocontrol de la conducta individual. La socialización cobra sentido al insertarse en una configuración socialmente delimitada que se encuentra circunscrita por la tensión entre certezas e incertidumbres.

Bibliografía

- Bonnewitz, Patrice (2006), *La sociología de Pierre Bourdieu*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Bourdieu, Pierre (2007), *El sentido práctico*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Elias, Norbert (1990), *La sociedad de los individuos*, Barcelona, Península.
- (1996), *La sociedad cortesana*, México, Fondo de Cultura Económica.
- (1997), *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogénicas y psicogénicas*, Bogotá, Fondo de Cultura Económica.
- (2009), *La soledad de los moribundos*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Giddens, Anthony (1997a), *Consecuencias de la modernidad*, Madrid, Alianza.
- (1997b), *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*, Barcelona, Península.
- (1998), *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Heinich, Nathalie (1999), *Norbert Elias. Historia y cultura en Occidente*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Lukes, Steven (2007), *El poder. Un enfoque radical*, Madrid, Siglo XXI.
- Scribano, Adrián (2009), *Estudios sobre teoría social contemporánea: Bhaskar, Bordieu, Giddens, Habermas y Melucci*, Buenos Aires, Ciccus.
- Tenti Fanfani, Emilio (2009), “Lecciones sociológicas de Norbert Elias”, en Kaplan, Carina V. y Victoria Orce (2009) (coords.), *Poder, prácticas sociales y proceso civilizador. Los usos de Norbert Elias*, Buenos Aires, Noveduc.
- Weiler, Vera (comp.) (1998), *Figuraciones en proceso*, Bogotá, Utópica.
- Zabludovsky, Gina (2007), *Norbert Elias y los problemas actuales de la sociología*, México, Fondo de Cultura Económica.

(Recibido el 29 de noviembre de 2012.)

(Evaluado el 15 de diciembre de 2012.)

Autor

Luis Ernesto Blacha es doctor en Ciencias Sociales (Universidad de Buenos Aires) y magíster en Ciencia Política (IDAES-UNSAM). Investigador asistente en Conicet, CEAR, UNQ. Profesor adjunto interino en la UNQ. Investigación actual: "Política, cultura, poder y oposición en tiempos del peronismo histórico (1943-1955)".

Publicaciones recientes:

— (2011), "El Estado interventor y el 'control social'. El caso de la liga patriótica argentina (1930-1943)", *Pilquen*, N° 14, Viedma, Sección Ciencias Sociales, pp. 1-20.

— (2011), "El poder: continuidades y rupturas. Una aproximación a la teoría de Norbert Elias para las sociedades 'nuevas'", *Sociedad y Discurso*, N° 20, Aalborg, Dinamarca, pp. 103-124.

— y Martha Ruffini (2011) (comps.), *Burocracia, tecnología y agro en espacio marginales*, Rosario, Pro-historia.

Cómo citar este artículo:

Blacha, Luis Ernesto, "Certezas e incertidumbres de lo social. Las perspectivas culturalista y figuracional", *Revista de Ciencias Sociales, segunda época*, año 4, N° 23, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, otoño de 2013, pp. 169-183, edición digital. En línea: <<http://www.unq.edu.ar/catalogo/311-revista-de-ciencias-sociales-n-23.php>>.



**DOCUMENTOS
POLÍTICOS DE
COYUNTURA**



**revista de
ciencias
sociales**

segunda época



PRESENTACIÓN

El director y el secretario de redacción vuelven a presentar esta sección, “Documentos políticos de coyuntura”, como propuesta de publicación de diversas expresiones y posiciones acerca de problemáticas políticas sin restricción de las posiciones o matices que manifiesten proyectos, propuestas, reflexiones, adhesiones, críticas, incomodidades o incertidumbres referidas al nivel local, regional o internacional. El objetivo es cooperar y, eventualmente, promover debates que contribuyan a la evolución de la pluralidad de voces que emergen desde la urgencia de la inmediatez de los tiempos de la coyuntura política.

Las reflexiones que publicamos en esta ocasión son expresiones de un investigador de temas vinculados a las políticas públicas de la Argentina, profesor titular del Instituto de Investigación y Formación en Administración Pública (IIFAP) de la Universidad Nacional de Córdoba y director académico del Doctorado en Administración y Política Pública de la misma universidad.

Tal vez el lector pueda compartir la arriesgada pregunta: ¿por qué en una revista científica y académica, presentada por una universidad pública, se reserva una porción de su espacio para la enunciación política, envuelta en las fuerzas ideológicas que aparecen al calor del momento actual? Las controvertidas respuestas pueden surgir desde distintos lugares, construirse con varias líneas argumentales. Nuestro punto de vista es que no hay, no podría haber, un muro que separe ni una frontera infranqueable entre la ciencia y la ideología, tal como lo teorizó hace ya más de siete décadas Max Horkheimer. Desde este presupuesto, el compromiso de la revista es dar un lugar abierto a la multiplicidad de las posiciones políticas, necesarias para la profundización y superación de las exposiciones democráticas, participativas y de texturas emancipativas, que conlleve a la convivencia con bienestar e igualdad de los seres humanos.

IMAGINARIOS Y MATERIALIDADES EN LA TRANSFORMACIÓN DEL ESTADO EN LA ARGENTINA DE LA ÚLTIMA DÉCADA¹

Carlos La Serna²

Introducción

El Estado argentino se ha visto transformado en el último cuarto de siglo a partir, es claro, de principios diferenciados de organización. Luego de los cambios destructivos impulsados por el neoliberalismo y de la eclosión que sus políticas produjeran alrededor del 2001, la sociedad ha sido testigo y protagonista en buena medida del desarrollo de una nueva transformación estatal de signo francamente contrario. Contribuir a la comprensión de este proceso, de contextos, relaciones y simbolismos que han dado lugar a la construcción de una renovada narrativa es el objetivo del presente trabajo.

Un primer acercamiento a esta cuestión viene de interpretar que estamos frente a un período en el decurso del capitalismo que registra tendencias inmanentes tan contradictorias como desproporcionadas en términos de los recursos y poderes que detentan sus impulsores. Puede decirse que este complejo proceso tiene que ver con la denominada *racionalidad jerárquica* (Offe, 1992; Giddens, 1998), principio que ha constituido una de las más cristalizadas y constrictivas reglas que encuadraran las interpretaciones y prácticas subjetivas y colectivas que dan sustento a

¹ Una primera versión de este trabajo fue presentada en las Jornadas de Investigación en Políticas Públicas y Gobierno realizadas en la Universidad Nacional de Río Negro, sede Atlántica, los días 27 y 28 de noviembre de 2012. En ambos casos pasajes de este ensayo son deudores de los intercambios mantenidos en el interior del proyecto de investigación “La transformación del Estado nación. El caso argentino en el período 2001-2011”, con sede en el Instituto de Investigación y Formación en Administración Pública (IIFAP) de la Universidad Nacional de Córdoba.

² Profesor titular del IIFAP de la Universidad Nacional de Córdoba, director académico del Doctorado en Administración y Política Pública de la Universidad Nacional de Córdoba. E-mail: <laserna.carlos@gmail.com>.

la institucionalidad capitalista, a aquella del bienestar, luego al neoliberalismo, por cierto, bajo diferenciados valores y simbolismos.

En el caso del régimen bienestarista se trata de una *racionalidad jerárquica incluyente*, que se construye en el seno de los acuerdos de paz que en la posguerra reunieron al Estado, al sindicalismo, al empresariado, dando lugar a un capitalismo legitimado y así estabilizado –sus treinta gloriosos–, en el doble sentido de que pudo asegurar a la vez que el crecimiento a largo plazo de la economía de mercado el control del conflicto social a partir del reconocimiento del trabajo y de sus aspiraciones redistributivas, pero también de una ciudadanía tan intermediada como vigilada por las organizaciones de interés que activaran tales acuerdos.

La fragilización de este principio, que se acelera con la debacle de los pilares del Estado de bienestar, da progresivo paso a una sociedad que se ha “desencuadrado”, una sociedad que viene a ser conmovida por un doble proceso. Por un lado, por el avance de las formas de “acumulación por desposesión” (Harvey, 2004) que, luego de su arrasador paso por Latinoamérica, se reinstauran³ en las sociedades de mayor desarrollo dando cuenta de lo que resta de los arreglos bienestaristas. Por otro lado, y en lo que constituye su efecto colateral, se produce un larvado pero persistente cambio cultural que da cauce al desarrollo de un activismo social, encarnado en los nuevos movimientos sociales, los cuales frente al “retiro”⁴ del Estado vienen asumiendo la construcción de una renovada esfera pública alrededor de valores transversales a las categorías sociales.

Los nuevos movimientos sociales representan un extendido fenómeno por el cual se transita desde las reglas de la *racionalidad jerárquica excluyente*, que son propias del nuevo capitalismo financiero, a diversas experiencias con apego en valores públicos –los derechos humanos, la preservación del ambiente, la igualdad en la diversidad en las relaciones de género, la denuncia de la violencia y de la vigilancia, la crítica a la democracia “realmente existente”, la economía solidaria, etc.–, valores y prácticas todas estas que se asocian a la larvada construcción de un régimen político del mundo de vida (Offe, 1992).

Es en este marco interpretativo que se llega a proponer que ninguna determinación esencial, sea esta de tipo estructural, subjetiva, económica, religiosa, puede permitir comprender la sociedad en curso. Diversas contribuciones, que pueden ser inscritas en esta amplia interpretación, radicalizan la sobredeterminación, la contingencia, la incertidumbre, y se postula una diversidad y pluralidad de significaciones que cuestiona la centralidad del mercado, pero también aquellas interpretaciones ancla-

³ Un primer paso en el mundo desarrollado fue bajo el thatcherismo-reaganismo, paso que a la luz de los procesos de *shock* en marcha podemos llamar de “ajuste suave”.

⁴ El Estado no se retira, en realidad cambia de roles y pasa a promover activamente un régimen hegemonizado por un renovado neoliberalismo.

das en las versiones vulgares del materialismo histórico. Lo nuevo de la sociedad del presente es, pues, que deviene heterogénea en sus valores y necesidades subjetivas y colectivas, lo cual la impele a encontrar nuevas referencias identitarias y principios organizativos.

Esta interpretación es ampliamente compartida en el campo de las ciencias sociales. Para Castoriadis (2008) se trata del incesante “movimiento democrático” al interior de un tensionado juego entre lo instituido y lo instituyente que enfrenta a imaginarios alternativos. En la *teoría del discurso crítico* los procesos de articulación no son sino “formaciones discursivas” que tienden a poner un límite a la “proliferación de significados” (Laclau y Mouffe, 2010), tras la construcción de regímenes hegemónicos. La *teoría de la estructuración* ve en la emancipación de la política de vida, en el estado generativo y en la democracia dialogante una modalidad alternativa de procesar la contingencia y la incertidumbre de la denominada “sociedad del riesgo” (Giddens, 1998).

El proceso instituyente que significamos de este modo se desarrolla a lo largo de los últimos cuarenta años, constituyendo el profundo y a veces poco visible sustrato de las sucesivas crisis de las matrices bienestarista y neoliberal, regímenes que si bien han perdido la hegemonía detentan todavía importantes resortes del poder económico, político y cultural. Se trata de interpretar, pues, un proceso en el cual diversas configuraciones asociativas van dando sucesivas respuesta a aquel “desencuadre” mediante formas de autoorganización que crearon y siguen creando significaciones alternativas que impulsan procesos de cambio en una política estatal, cuya complejidad debe buscarse en las fuertes tensiones que desata.

La primera parte de lo que sigue pretende caracterizar este proceso en sus dimensiones económicas, sociales y políticas. Luego de estos sucesivos y referenciales apartados, intentaremos a modo de cierre caracterizar el imaginario que otorga legitimidad a lo instituido.

Un capitalismo endógeno y competitivo de inclusión social

Una breve referencia al contexto económico global muestra que la crisis en marcha no es coyuntural, ni financiera, ni solo europea. Es una crisis profunda del sistema del capital en general en cuanto a la base financiera-especulativa que lo estructura, al agotamiento de la matriz energética, a la transformación del mundo del trabajo. Asimismo, la crisis ha llevado a su vez a la fragmentación del mercado mundial y a la emergencia política de paradigmas societales divergentes, cuyo eje estructurante es no solo pero sí relevantemente el surgimiento en esta parte del mundo de experiencias económicas tan posneoliberales como posbienestaristas. Pero las cuestiones de fondo a que estos procesos se enfrentan articulan la

problemática de la regulación no ortodoxa de la acumulación de capital con la cuestión política, esto es, con un campo en el que la disconformidad social con el neoliberalismo se extiende al distanciamiento social frente al sistema de partidos, a la desconfianza frente al Estado, a la ausencia, en fin, de un imaginario cohesivo.

La política económica que se inicia en los primeros años del siglo requirió, pues, de ciertas precondiciones que fueron creadas a partir de un conjunto de decisiones políticas que han permitido restituir la capacidad del Estado. La apuesta a la primacía del desarrollo endógeno ha requerido, en efecto, todo un marco de políticas orientadas al fortalecimiento de los recursos en mano del Estado (reservas monetarias de libre disponibilidad, estatización del sistema previsional, nacionalización de la mayoría accionaria de YPF, atenuación de la regresividad tributaria y una firme política fiscal que ha logrado mejoras sustanciales en los ingresos tributarios). Pero el desarrollo endógeno ha requerido también tomar franca distancia de los organismos multilaterales de crédito mediante un programa de desendeudamiento que ha potenciado la autonomía del Estado. Es ese itinerario de políticas el que desata fuertes presiones originadas en la crisis del capitalismo financiarizado, lideradas por aquellos organismos internacionales que Giddens (1998) denomina los “batallones del neoliberalismo”, cuyas premisas son asumidas, diríamos mecánicamente, por buena parte de la oposición política interna.

Tales precondiciones, en ese contexto conflictivo, han permitido articular una política económica que apunta en el corto plazo a otorgar un rol creciente al Estado en relación con la regulación de la economía nacional, bajo un programa cuyo círculo virtuoso recorre el impulso de la demanda vía el incremento del salario y el subsidio al consumo, la promoción industrial, la búsqueda de una inserción competitiva en el comercio internacional, el incremento de la ocupación...

La orientación hacia el mercado interno se combina con una apertura regulada de la economía, que instala cierta selectividad en los flujos comerciales internacionales, dirigida a proteger a sectores de la producción nacional en situación de desventaja competitiva.⁵ Tal apertura se desarrolla intentando fortalecer tanto el mercado regional (Mercosur, Banco del Sur) como mediante acuerdos con los nuevos actores del mercado mundial (BRICS, ASEAN, países del Medio Oriente, etcétera).

En lo que pareciera representar un complejo objetivo de largo plazo, diversos intentos tienden a incrementar la competitividad de la producción industrial en el mercado mundial. A ello apuntan, con distinto nivel de especificidad, la distribución masiva de netbooks a niños y jóvenes en edad escolar, el impulso al desarrollo del “capital humano” presente en

³⁵ Una lectura neoinstitucionalista sobre este tipo de estrategia (“Estado enraizado”) ha sido realizada para el caso de los países del sudeste asiático, en el clásico trabajo de Peter Evans (1992).

distintos programas del Ministerio de Trabajo, programas específicos de la Secretaría de Industria. La complejidad de este propósito no tiene que ver solo con cuestiones de actualización tecnológica del trabajo, de inversión y desarrollo de tecnología y de CyT, está también relacionada a una cultura rentista y especulativa del empresariado local, cultura que ha sido promovida particularmente durante los años del neoliberalismo⁶ bajo el que toma forma una fuerte concentración de la producción y la distribución.

Los avances hacia la inclusión social

En el crucial campo del trabajo, la política laboral se inscribe en la configuración de un mercado de trabajo que denominamos de “plena ocupación”. Se trata en efecto de una situación diferenciada del pleno empleo, ya que es bajo el índice de desempleo (7,4%), pero es alta la tasa de precarización (32,5%). Como en diversos países del mundo, esta precarización es atenuada por políticas sustitutivas del ingreso, que en el caso argentino toman la forma de la relevante iniciativa gubernamental que conocemos como Asignación Universal por Hijo (AUH). Debe apuntarse que la precarización es una consecuencia típica de la búsqueda de mayores beneficios bajo el neoliberalismo, lo cual ha llevado a hablar del “precarizado” (Castel, 1997), categoría que da cuenta de la extensión y cristalización de este fenómeno en el interior del mundo del trabajo, no solo nacional.

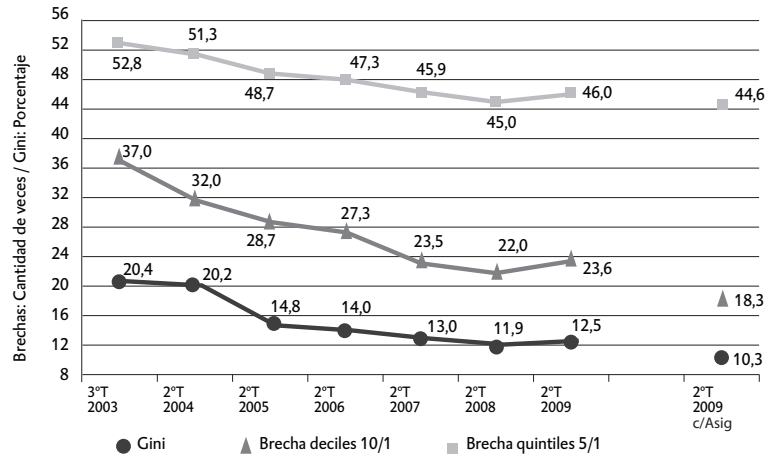
La reactivación de la negociación colectiva, aunada a la persistencia de subsidios al consumo de servicios —energía, transporte, agua potable—, a la inversión en el campo de las políticas de educación y salud, a la ya mencionada AUH, llevan a un nivel de redistribución cuya progresividad está limitada tanto por la estructura tributaria como por el incremento de los precios que alienta la vía de crecimiento vigente.⁷

Por otro lado, y en lo que se refiere a la distribución primaria, esto es, la distribución entre trabajo y capital de los valores producidos, se observa una marcada recuperación en el período que corre entre los años 2003 y 2008, un retroceso en el año 2009 y un nuevo avance a partir del 2009, producto de la aplicación de la AUH. Esta recuperación se materializa tanto en el coeficiente de Gini como en las brechas de ingreso (Born, 2010), lo cual puede observarse en el gráfico 1.

⁶ Es esta cultura la que brega por la devaluación como modo de ganar competitividad en el mercado global, sin importar las consecuencias sobre el nivel de vida del 75% de la sociedad cuyos ingresos son salariales.

⁷ El gasto social para el actual período presupuestario 2012 llega al 60% del gasto total, lo que representará un incremento del 20,6% en comparación con lo previsto para 2011. Por otro lado, el monto de transferencias para financiar los gastos corrientes de los sectores privado, público y externo tendrá un incremento del 14,4% en relación con lo previsto para este año (141.572 millones de pesos), lo que implicará el 28,0% del gasto total. Dentro de los subsidios, el sector privado se llevará el 53,4% de los recursos.

Gráfico 1



Tomado de Born (2010).

Si las aspiraciones de la política económica y social son aquellas de la movilidad social, diversos estudios muestran las dificultades a las que se enfrentan estos propósitos. Respecto a la primera cuestión, un trabajo de Quartili y Salvia mostraba en un análisis por estratos sociales para el período 2007-2009 “[...] una dinámica de movilidad asociada a dos procesos significativos de cambio social: a) una estratificación relativamente ‘abierta’ en los estratos medios,⁸ b) una estratificación relativamente ‘cerrada’ en los extremos sociales”.⁹

En el marco de estos avances reseñados, no puede dejar de puntuarse la persistencia de ciertos “legados” del neoliberalismo, que se expresan, particularmente, en la mencionada cristalización de la precariedad laboral, la cual ha descendido pero no con la fuerza que los objetivos gubernamentales parecieran haberse propuesto. Ello –si bien ha sido atenuado por la aplicación de la AUH, que alcanza a trabajadores no registrados con ingresos bajos y a aquellos en situación de desempleo– plantea el riesgo de conformar un mercado de trabajo de segunda categoría, en el cual las empresas abrevan obteniendo fuertes incrementos en su rentabilidad a costa de la subordinación de una amplia franja de trabajadores.

Por otro lado, dos problemas adicionales ofrecen serios obstáculos al logro de una incrementada redistribución. Uno es la alta concentración productiva y comercial, la cual permite, vía precios, el traslado a los salarios de costos no siempre reales, conspirando seriamente contra la estabilidad de precios. El otro es la vigencia de exenciones en el sistema tributa-

⁸ Asalariado calificado y cuenta propia calificado.

⁹ Profesional o empleador en la cima, y trabajador no calificado o eventual en la base.

rio, particularmente aquellas relacionadas con el impuesto a las ganancias sobre las transacciones financieras y sobre los beneficios de la venta de activos, y, aunque de mucha menor magnitud, la que toca a los miembros de la poderosa corporación judicial.

Como es obvio, la política social toca otros aspectos sensibles a las condiciones existenciales, aquellos vinculados a los bienes no salariales. Campos muy significativos son aquellos de la educación y de la salud. Recientes resultados de la EPH muestran importantes avances en el primero de ellos. Se verifica el logro de la escolaridad casi total en niños de 5 a 13 años, la reducción del 66% de niños que trabajan y del 25% de los adolescentes (fruto de la Ley 26.390/08 de Prohibición del Trabajo Infantil y Protección del Trabajo Adolescente, como de la posterior Asignación Universal por Hijo), la construcción de 1.000 escuelas desde 2003 para acá, la distribución masiva de *netbooks*, el importante incremento del presupuesto educativo, etc. En ese itinerario, es significativo sin duda el programa quinquenal destinado a la mejora de la oferta educativa pública lanzado por el gobierno en enero de 2013. El plan —que fue acordado con todas las jurisdicciones provinciales— pretende entre otros proyectos ampliar la inclusión educativa a niños de 4 años, multiplicar la jornada escolar extendida en establecimientos insertos en sectores vulnerables, y ampliar escuelas mediante la construcción de aulas.

No podemos olvidar que el neoliberalismo de la década de 1990 descentralizó el sistema de educación, salvo las universidades, sin transferir a las provincias los recursos necesarios a su sostenimiento. Se crearon así fuertes desigualdades interprovinciales, agudizadas por la diferencial capacidad de gestión educativa que registraban y registran las provincias. El Estado nacional se desentendió en aquel tiempo de un servicio que —más allá de las críticas de que es susceptible— cumplió y cumple el rol de constituir el espacio institucional con mayor capacidad de inclusión social. Aquel neoliberalismo que de este modo buscó llevar un sistema así deteriorado a la competencia del mercado ha recibido otra firme respuesta del gobierno, que vuelve a asumir sin dudar su responsabilidad nacional en la materia.

La salud pública es un espacio por demás complejo. Su fragmentación —pública, privada y aquella intermediada financieramente por las obras sociales sindicales y las aseguradoras privadas— genera a la vez que un irracional gasto en salud una inequidad en la cobertura y calidad de los servicios. Un nudo problemático principal lo constituyen sin duda las obras sociales sindicales, cuyo manejo ha sido, subrayemos, bajo este gobierno, objeto de procesos judiciales, el más notorio de los cuales llevó a la cárcel a Juan José Zanola, secretario general de la gremial bancaria. Fuente de enriquecimiento y de espurios arreglos con los gobiernos de turno, la constitución de un sistema nacional de salud provocó fuertes conflictos bajo el corto gobierno de Cámpora y luego bajo el retorno a la democracia que presidiera Alfonsín. No es casual que uno de los ejes del conflicto actual entre el sindicalismo

tradicional y el gobierno sea la mora de este último en las transferencias de fondos a dichas obras sociales. ¿Es que el gobierno pretende de este modo, al menos, disminuir el volumen de negocios que este sistema permite a las jerarquías sindicales? De todas maneras, la población aspira y espera silenciosamente por el desarrollo de un sistema de mayor universalidad e igualdad, lo cual comporta ir contra intereses muy arraigados como aquellos de los laboratorios, la corporación médica, el sector financiarizado de estos servicios. Ese silencio y esos poderes son quizás causas centrales de la ausencia de una política sustancial, que debemos reconocer ha contado hasta ahora con inversiones importantes en la infraestructura del sector público y con programas entre los que por su carácter transformador destaca la acordada de la Corte Suprema en materia de aborto no punible, acordada que fuera vigorosamente impulsada por organizaciones autónomamente construidas que hicieron de ello una cuestión pública.

La activación de la democracia

Pero la fuerza, siempre relativa, que las políticas reseñadas han detentado y detentan no sería tal sin un proceso de renovación de la democracia como el que se verifica en el período que analizamos. Una vía analítica que permite dar cuenta de lo señalado surge de la distinción categorial entre “la” política y “lo” político que entendemos a partir de Castoriadis (2008).

El régimen político en el gobierno ha asentado la construcción de su base social y política en la ciudadanía desplazada en sus derechos por el neoliberalismo. La articulación con tales amplias franjas sociales ha consistido, por un lado, en el reconocimiento de derechos de segunda generación; por el otro, en la restitución o mejora de aquellos de primera generación, a los que hemos aludido, gravemente menoscabados en el período que se inicia con la dictadura militar. El reconocimiento de los derechos de nueva generación (derechos humanos, de género, de participación política, de ingreso, etc.), sostenidos e impulsados frecuentemente por nuevos movimientos sociales, ha sido paralelo a una interpelación a la juventud en términos de su involucramiento y participación en los procesos políticos.

De este modo la base social a la que nos referimos está en buena medida agrupada en los nuevos movimientos sociales, en el trabajador, en la juventud, respondiendo a lo que podemos llamar el horizonte de contenido ético que entendemos propio del régimen político de gobierno. Pero junto a ello, otros acuerdos responden más bien a un interés estratégico relacionado con la capacidad de gobierno integrada básicamente por la corporación industrial y por sectores de una corporación sindical que se ha pluralizado, habiendo perdido aquella constrictiva unidad que se forzó bajo la primera presidencia peronista.

En otros términos, no se reedita como bajo el viejo intervencionismo bienestarista la alianza entre el Estado y las corporaciones, aquella alianza que otorgara un sentido fuertemente jerárquico al orden social. Por el contrario, existe una distancia, variable pero generalizada, frente a las corporaciones (rurales, eclesiásticas, sindicales, empresarias),¹⁰ lo cual es paralelo a la activación de la democracia, entendida como un espacio que se legitima por su sentido y contenido públicos, a distancia de buena parte de intereses particularistas.

El imaginario instituido

En el centro del régimen que analizamos hay una cuestión de fondo, cual es la de la disputa por la hegemonía política, disputa que en términos de Gramsci comporta una confrontación de base intelectual y moral. En tal confrontación, es legitimado sin duda aquel imaginario que encuentra en el simbolismo nacional, popular y democrático sus bases constitutivas, pero que se autodefine frente a las significaciones que trasunta la jerárquica ofensiva neoliberal-conservadora que hace todavía pie en nuestro territorio y se enseñoorea en el mundo capitalista de nuestros días.

Esta narración hace del Estado, en cuanto comunidad política imaginada, una instancia de acción colectiva que construye una narrativa contratendencial respecto a tres parámetros típicos del aún presente “ideario” neoliberal. En concreto se revaloriza la nación¹¹ y lo nacional en abierto conflicto con los procesos de desnacionalización y transnacionalización promovidos por el neoliberalismo (Jessop, s/f). Por otro lado, se significa bajo nuevos sentidos y capacidades a un Estado que había sido abiertamente menospreciado. Finalmente, se entiende la inserción en el campo internacional bajo un simbolismo que confronta con aquel que sometiera al poder del capital global la política nacional.

La discursividad de la construcción imaginaria en marcha engloba estos planos bajo un eje simbólico abarcador cual es el de la autonomía, entendida no en un sentido absoluto, sino relacional. La autonomía comportaría en este sentido la exigencia de reconocimiento de un nosotros en construcción, y por tanto la posibilidad y la aspiración al establecimiento

¹⁰ A lo que deben agregarse las fuertes tensiones con el Poder Judicial, alentadas por la complicidad de juzgados y altos tribunales con sectores concentrados de la economía y los medios de comunicación. Este conflicto se da en el marco de un amplio movimiento interno de jueces y funcionarios que cuestiona las prácticas tradicionales del aparato judicial, poniendo bajo la lupa de lo público una institución central de aquel orden jerárquico al que nos venimos refiriendo. A la hora de cerrar este artículo el gobierno nacional anunciaba el envío al Congreso de una serie de proyectos tendientes a democratizar la justicia.

¹¹ Los festejos por el bicentenario representaron un paradigmático espacio de construcción de una idea de nación que, interpretamos, comporta el reconocimiento del espacio y del tiempo –pasado, presente, futuro– como algo que, dado que es común, está atravesado por el conflicto.

de un contexto relacional que hace pie en la soberanía. Este simbolismo genérico atraviesa diversos espacios de la vida social.

En el campo de la economía, el discurso –que encuentra su “curso” material y concreto tanto en un nivel relevante de realizaciones como en las “deudas” apuntadas antes– levanta un ideario basado en el desarrollo endógeno, protector y sustitutivo, que tiene base en dicha autonomía, pero bajo un sentido no absoluto, dado que es paralelo a la interpelación a empresarios y trabajadores alrededor del logro de una mayor competitividad de la economía en los mercados internacionales.

Una consigna repetida en el discurso presidencial alude al propósito de construcción de un “capitalismo en serio”, lo cual en el contexto de la economía de nuestros días comporta una fuerte apuesta a la producción frente a su cada vez más excluyente financiarización. Paralelamente el capitalismo en serio, metáfora de ese imaginario, pareciera establecer un límite político e ideológico y por tanto cierta distancia y tensión, habría que decir constructiva, frente a las expectativas de los sectores más radicalizados del bloque en el poder, que siguen siendo no obstante el motor de los más significativos avances democráticos.

La narrativa social hace eje por su parte en el “pleno empleo”, en la progresividad distributiva, en el ascenso social. La relevante materialidad que este discurso alcanza ha logrado construir una sólida legitimidad social respecto de las políticas estatales. No obstante, cabe observar los límites que opone la herencia que se recibe de la década de 1990, esto es, la fuerte precarización del trabajo y sus efectos sobre los derechos de este amplio sector del trabajo, aquello que hemos denominado “plena ocupación”.

Pero la narrativa social resignifica otras áreas y franjas sociales, como aquellas vinculadas a las diversidades identitarias y a los daños sociales y económicos causados por el neoliberalismo.¹² Es en estos sentidos que la construcción de este imaginario interpela discursivamente a la multiplicidad de identidades que son propias de nuestro presente: al pobre, a la mujer, al trabajador, a la juventud, a las reconstituidas familias, a las abuelas/madres/hijos, al científico, al empresariado nacional.

En relación con el espacio político, la construcción discursiva gubernamental tiende a dar forma a un imaginario que encuentra nuevamente uno de sus ejes estructurantes alrededor de la autonomía frente a los poderes globales e internos. El Estado se entiende como un actor, lo cual comporta la recuperación de la soberanía y la reestructuración de su modo de actuación.

Ello se escenifica y materializa en un ejercicio del poder de gobierno que articula “la” política y “lo” político. Esta modalidad de actuación se

¹² Quizás los casos de mayor peso sean aquellos vinculados a las identidades y relaciones de género, al impulso a los procesos de juzgamiento por violaciones a los derechos humanos, a la generación masiva de puestos de trabajo, a la Asignación Universal por Hijo, a la universalización y actualización de los beneficios previsionales.

observa en el aliento del Estado (lo político) a los movimientos sociales (la política) en torno a una tarea de activación de nuevos derechos, es decir, de aspiraciones sociales significadas y legitimadas por su carácter público. El Estado, no sin ejercer cierta selectividad estratégica,¹³ dinamiza estas alianzas, asumiendo proyectos normativos y legales, y promoviendo su tratamiento legislativo.

Una narrativa de la articulación reconoce, pues, en los nuevos movimientos sociales a agentes colectivos con capacidad de construir una renovada esfera pública, a la vez que resignifica al Estado en su dimensión de representante del interés público. La esfera pública resulta así ampliada en el plano discursivo y material.

La reconstitución de “lo” político instituido tiene que ver con un Estado que reasume una racionalidad que le permite, a la vez que posicionarse por arriba de intereses sectoriales, rechazar el entendimiento jerárquico con los poderes corporativos. Ha sido así frecuente la exposición al espacio público de las cuestiones demandadas, lo cual ha permitido revitalizar el espacio político, ventilando enconadas resistencias que sectores y agrupamientos conservadores ofrecen a iniciativas tendientes a la implantación de nuevos derechos como a aquellos tan viejos como los derechos a la redistribución justa de los resultados del trabajo.

El imaginario transcurre también alrededor de una nueva modalidad de inserción política en la región, bajo la forma de una suerte de coalición política internacional cuya simbólica expresión es Unasur y un Mercosur ampliado. El discurso gubernamental construye así en amplias franjas sociales un imaginario que asume como propia una historia que reside en el común devenir colonial y que se sitúa a contramano de esa suerte de occidentalismo que ha caracterizado a la sociedad argentina, no solo en sus sectores dominantes. Latinoamérica es, pues, en tal narrativa, el espacio de un simbolismo no solo económico y político, sino también cultural, que resitúa al Estado argentino en el marco de las relaciones globales.¹⁴

Puede decirse, pues, que el régimen político en desarrollo constituye una expresión de las posibilidades de reorganización y de resocietalización del Estado nacional. Se trata de un significativo avance en relación con objetivos de una economía y de una política social más amplias e inclusivas (Jessop, 2010). Este itinerario ha permitido dar respuesta a aquel “desencuadre”, a ese “sentido heterónimo” del orden social, reconstituyendo un conjunto de renovadas normas y reglas sociales que dan senti-

¹³ Aludimos con ello al filtro que opone la selectividad del Estado a las demandas de organizaciones ambientalistas relacionadas con la explotación minera, con los cultivos transgénicos, con la depredación de la naturaleza en general, asociadas todas ellas a la cuestión aún no pública de los límites al crecimiento. La categoría selectividad estructural es propuesta por Jessop (2010).

¹⁴ El rol jugado por el presidente de Venezuela, Hugo Chávez, ha sido crucial en estas y otras iniciativas que han fortalecido a Latinoamérica como región constructora de una alternativa que conmueve los cenáculos del orden dominante. Vaya pues nuestro homenaje frente a su reciente y lamentable fallecimiento.

do autónomo a dicho orden, sentido que encuentra crecientes niveles de legitimidad social. Paralelamente, el espacio interno es también connotado por una política opositora que no logra articular una narrativa ni una acción que sea alternativa respecto de la que hemos tratado de caracterizar, a pesar de mantener aún amplios poderes sectoriales. El contexto singular que ha ensanchado tales posibilidades está dado por la crisis del capitalismo, por la fragmentación del poder mundial y por la consecuente constitución de una suerte de poliarquía que cuestiona la dura hegemonía global de los Estados Unidos.

Para finalizar, ¿frente a qué tipo de Estado estamos? El interrogante no tiene una respuesta evidente. Se trata de una estatalidad que, como ha sido remarcado, asume un marcado intervencionismo. No obstante, no es ese su rasgo principal. En primer lugar, no responde, como bajo el intervencionismo que siguió a la crisis de 1930, a un acuerdo jerárquico tejido con las corporaciones, o al que une Estado con capital financiarizado, acuerdos que niegan la democracia, que la reducen a sus procedimientos formales. Por el contrario, la acción gubernamental obedece a iniciativas que encuentran impulso en su propia cosecha como partido de gobierno, pero también en viejas y nuevas aspiraciones representadas y exigidas por los nuevos movimientos sociales o por grupos o franjas sociales vulneradas. La acción colectiva está enraizada en aquellos sectores no corporativos de la sociedad civil, a los que en numerosos casos este Estado ha dado aliento, contrariamente al modo distante con que opera frente a los intereses corporativos, sean estos nacionales o globales.

Tres rasgos políticos se deducen de lo anterior: la autonomía ganada frente a los poderes de siempre, la ampliación sustantiva de la democracia, el carácter generativo de buena parte de su actuación. Esto es, se trataría de un Estado que junto al ejercicio de su capacidad para la adopción autónoma de decisiones vinculantes desarrolla una estrategia tendiente a politizar la sociedad y a promover los espacios público-asociativos de los nuevos movimientos sociales, motores de muchas de aquellas decisiones. Es este metabolismo de la acción estatal lo que nos lleva a suponer que se trata de un Estado que ensancha el espacio público, haciendo revivir su responsabilidad en la materia y alentando a ese tercer actor sin cuya presencia el Estado no habría sido tocado como expresión concentrada de distintas formas de constrictivas jerarquías.

Bibliografía

Born, Diego (2010), “Evolución de la distribución del ingreso per cápita familiar (2003-2009) y estimación del impacto distributivo de la universalización de las asignaciones familiares por hijo”, *La revista del CCC*, N° 9/10, mayo-diciembre, sección “Estudios de Economía Política y Sistema Mundial”.

- Castel, Robert (1997), *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salario*, Buenos Aires, Paidós.
- Castoriadis, Cornelius (2008), *Un mundo fragmentado*, Buenos Aires, Caronte Filosofía.
- Evans, Peter (1992), "El Estado como problema y como solución", publicado en su versión inglesa como "The State as Problem and Solution: Predation. Embedded Autonomy, and Structural Change", capítulo 3 de Stephan Haggard y Robert R. Raufman (comps.) *The Politics of Economic Adjustment. International Constraints. Distributive Conflicts, and the State*, Princeton University Press, 1992.
- Giddens, Anthony (1998), *Más allá de la izquierda y la derecha*, Madrid, Cátedra.
- Harvey, David (2004), "El 'nuevo' imperialismo: Acumulación por desposesión", *Socialist Register*
- Jessop, Bob (2010), *Capitalismos*, Córdoba, Editorial UCC.
- (s/f), "¿Narrando el futuro de la economía nacional y el estado nacional?, puntos a considerar acerca del replanteo de la regulación y la re-inención de la gobernanza", Departamento de Sociología, Universidad de Lancaster.
- Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe (2010), *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Offe, Claus (1992), *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*, Madrid, Sistema, "Los nuevos movimientos sociales cuestionan los límites de la política institucional".
- Quartulli, D. y Agustin Salvia (2012), "La movilidad y la estratificación socio-ocupacional en la Argentina. Un análisis de las desigualdades de origen", Observatorio de la Deuda Social-Universidad Pontificia Católica Argentina y Programa Cambio Estructural y Desigualdad Social-Instituto Gino Germani-Facultad de Ciencias Sociales-Universidad de Buenos Aires.

Cómo citar este artículo:

Serna, Carlos la, "Imaginarios y materialidades en la transformación del Estado en la Argentina de la última década", *Revista de Ciencias Sociales, segunda época*, año 4, N° 23, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, otoño de 2013, pp. 189-201, edición digital. En línea: <<http://www.unq.edu.ar/catalogo/311-revista-de-ciencias-sociales-n-23.php>>.



**EXPRESIONES
ARTÍSTICAS**



**revista de
ciencias
sociales**

segunda época

DIEGO
NARVÁEZ**Coordenadas antárticas**

Esta serie surge del encuentro con el paisaje durante el repliegue desde la Base Esperanza, Antártica. Terminaba la residencia en bases antárticas argentinas, organizada por la Dirección Nacional del Antártico de Argentina, y el buque Goluvnin tuvo que detenerse en el camino debido al exceso de hielo en el mar, por lo que debimos continuar nuestro trayecto en helicóptero hasta la Base Marambio. Placas de hielo se esparcían como rompecabezas en ritmos y patrones siempre cambiantes. El paisaje se rompía y el territorio, visto como un mapa, se dislocaba. El mar se abría camino por el hielo y nuestra visión no abarcaba más que una pequeña porción de ese inmenso lugar.

¿Cómo podemos relacionarnos con el paisaje siempre cambiante de la Antártica y del que solo podemos percibir una pequeña porción? ¿Qué relación guarda el mapa con la pintura de paisaje bajo estas condiciones?

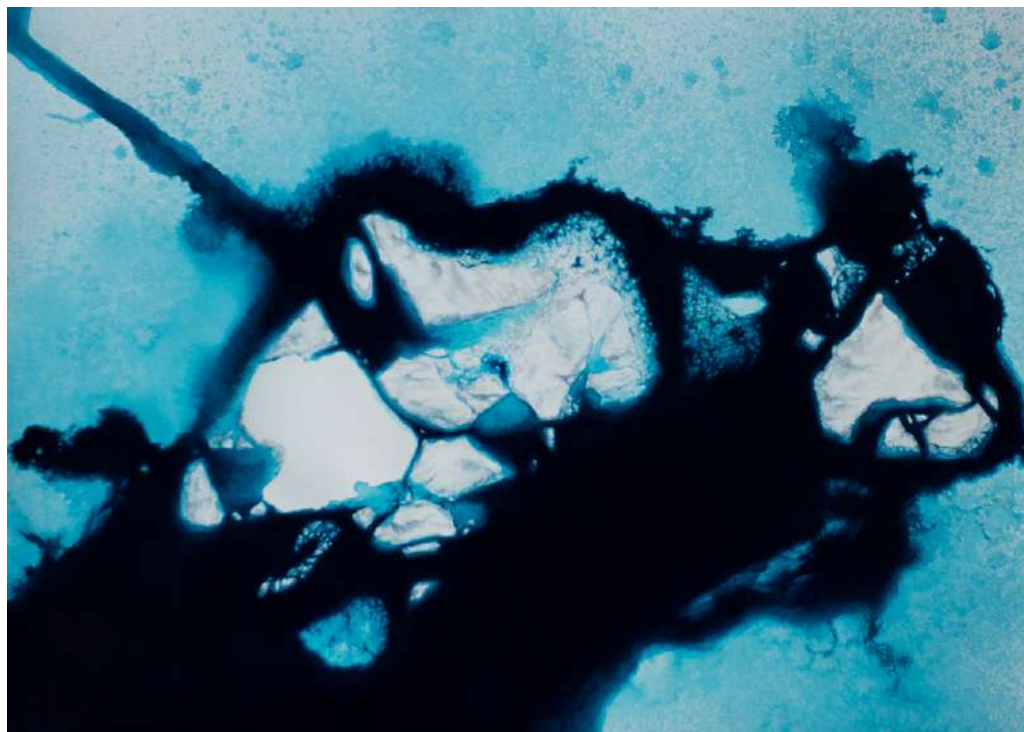
Para este conjunto de piezas trabajé con placas de hielo, que fragmenté y coloqué sobre el papel. Posteriormente derramé pintura para generar una analogía con la aleatoriedad de formas que surgen al romperse el hielo en el mar antártico.



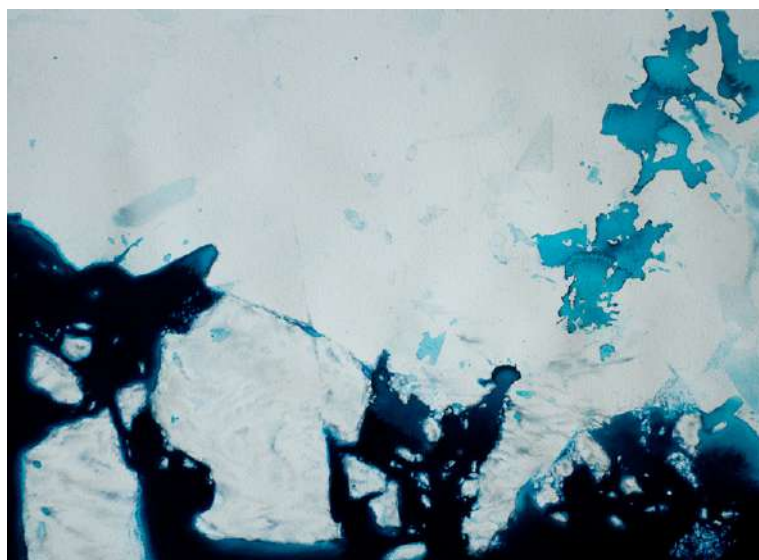
El fotógrafo realizó la serie durante la residencia organizada por la Dirección Nacional del Antártico de Argentina.



63°55'S, 56°25'O (de la serie *Coordenadas antárticas*)
Hielo y acrílico / papel - 70 x 50 cm, 2012

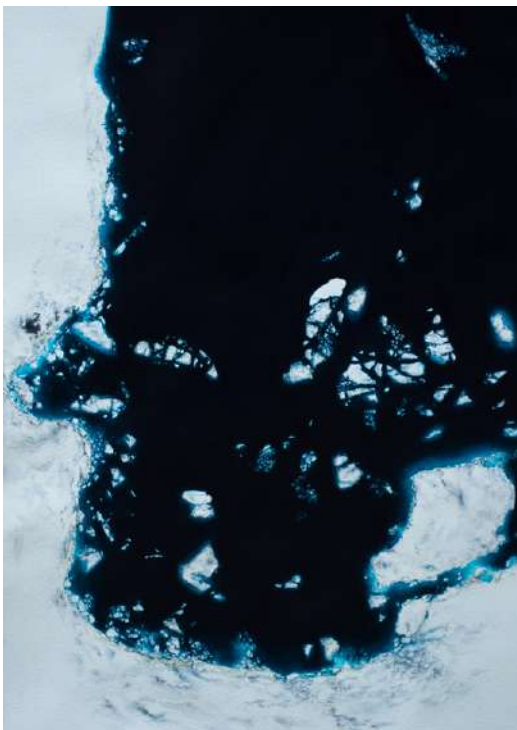


64°03'S, 57°06'O (de la serie *Coordenadas antárticas*)
Hielo y acrílico / papel - 50 x 70 cm, 2012

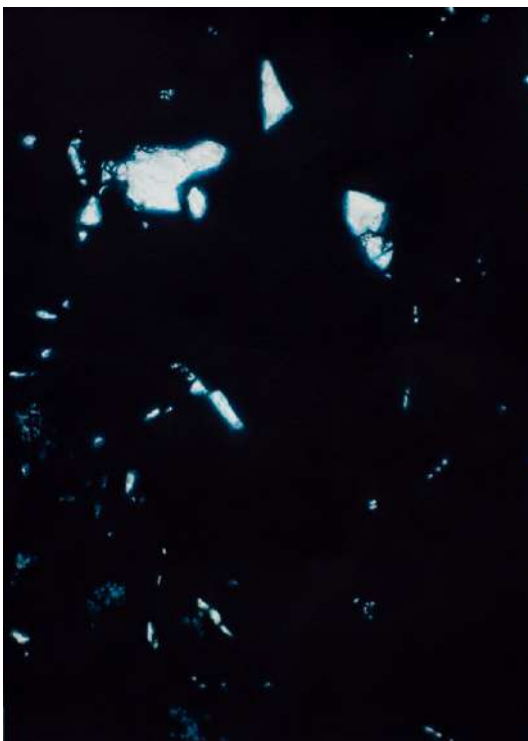


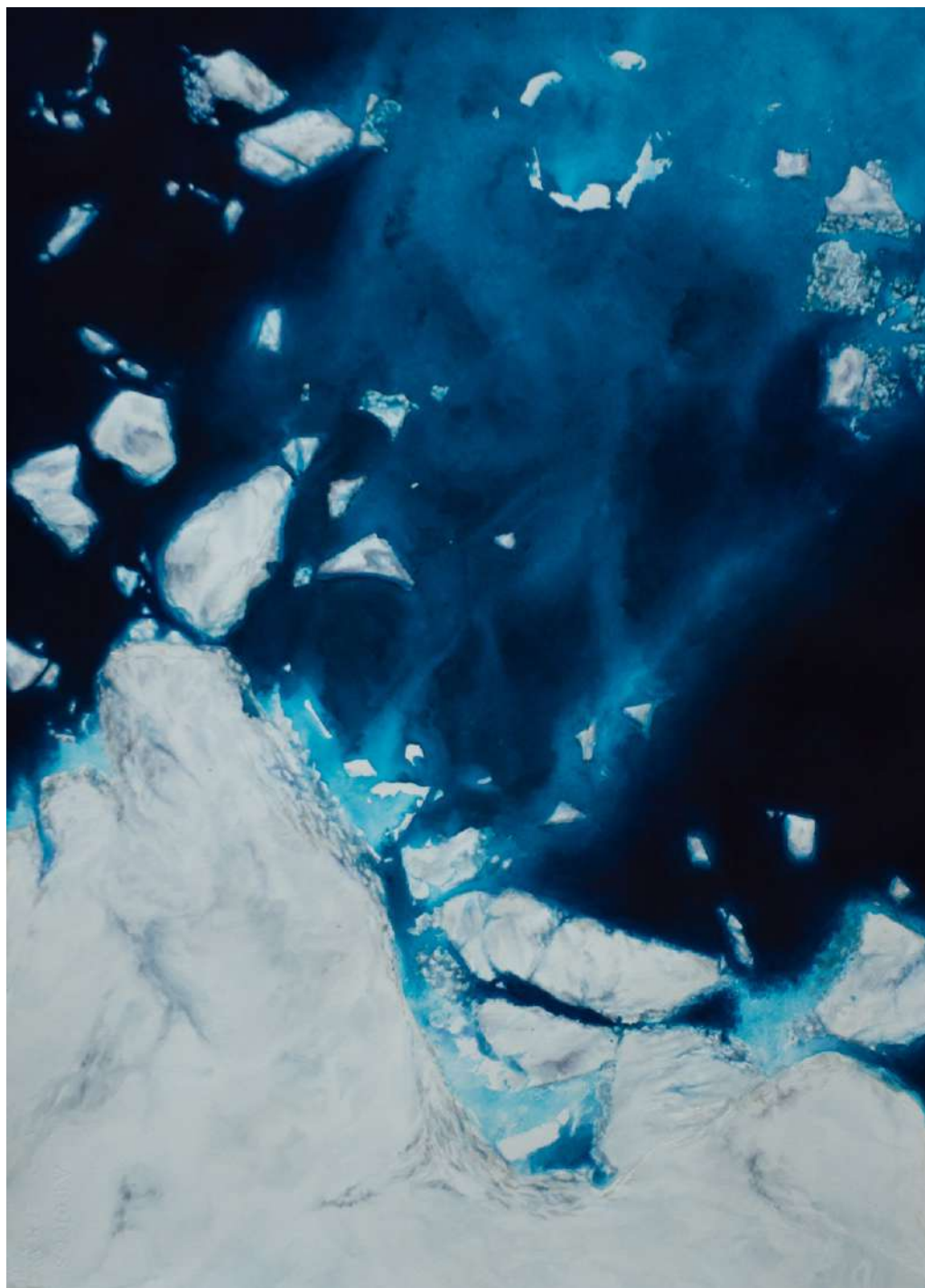
64°08'S, 56°54'O
(de la serie
*Coordenadas
antárticas*)
Hielo y acrílico / papel
50 x 70 cm
2012

64°11'S, 56°44'O
(de la serie *Coordenadas antárticas*)
Hielo y acrílico / papel
70 x 50 cm
2012

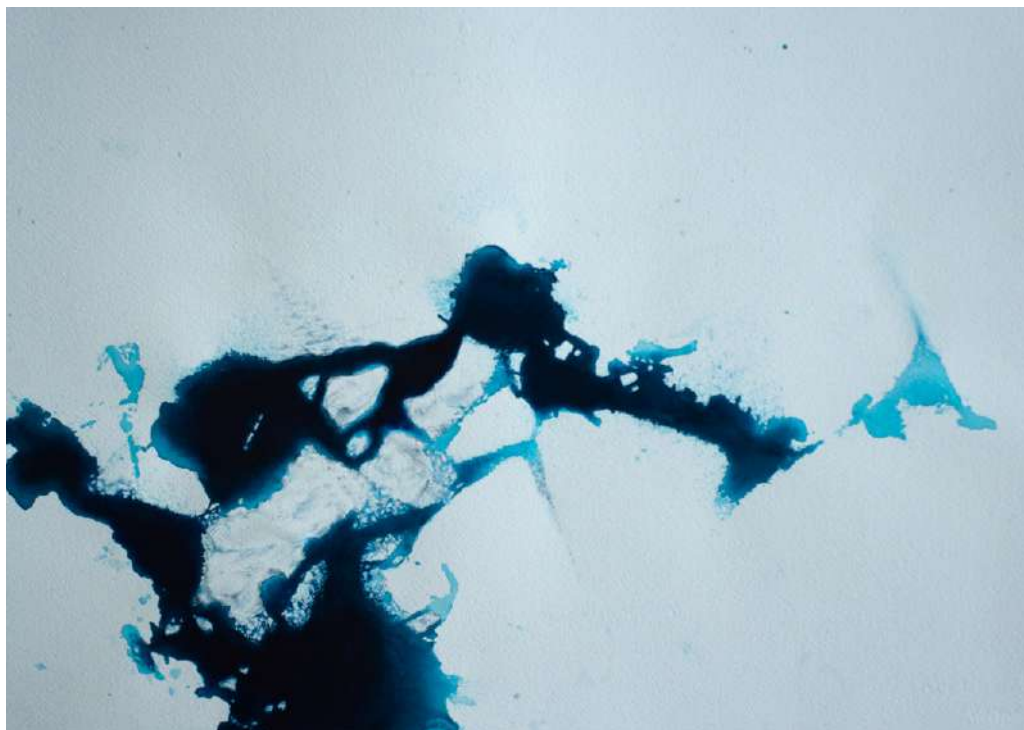


63°24'S, 56°53'O
(de la serie *Coordenadas antárticas*)
Hielo y acrílico / papel
70 x 50 cm
2012





63°27'S, 56°46'O (de la serie *Coordenadas antárticas*)
Hielo y acrílico / papel - 70 x 50 cm, 2012



63°37'S, 56°43'O (de la serie *Coordenadas antárticas*)
Hielo y acrílico / papel - 50 x 70 cm, 2012

Diego Narváez (México D. F., 1984) vive y trabaja en la Ciudad de México. Estudió la Licenciatura en Artes Visuales en la Escuela Nacional de Artes Plásticas (ENAP) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) (2004-2008). Participó en el Seminario de Pintura Contemporánea en la ENAP (2008-2010). Recibió el apoyo del Programa Jóvenes Creadores del Fondo Nacional para la Cultura y Las Artes en dos ocasiones (2010 y 2012). Obtuvo una Mención Honorífica en la VIII Bienal Nacional de Pintura y Grabado Alfredo Zalce (2011) y participó en la I Bienal de Pintura y Grabado Pedro Coronel, (Zacatecas, México). Cuenta con una exposición individual, *Transiciones*, en el Instituto Tecnológico Autónomo de México, y varias colectivas, entre las que destacan: *Sur Polar IV*, Museo de Arte Tigre, Buenos Aires, Argentina, 2012; *Hacia una Nueva Figuración en la Pintura Contemporánea Mexicana*, Galería Aldama Fine Art, México D.F.; *Realidades compartidas*, Banco de México, México D. F.; *Artistas por el Medio Ambiente*, Galería Hécaro, México D. F.

RESÚMENES



**revista de
ciencias
sociales**

segunda época



Rosalía Winocur

Etnografías multisituadas de la intimidad *online* y *offline*

Resumen

En este artículo se analiza críticamente el estatus epistemológico de las denominadas etnografías de lo virtual y de lo real a partir de la reflexión teórico-metodológica sobre diversas formas de abordar el estudio de la intimidad. Se hace especial énfasis en el valor heurístico de la *diversidad* y la *perspectiva del actor* como constructos antropológicos para entender dicho fenómeno, que incluyen y trascienden al mismo tiempo la dicotomía *online/offline* presente en la mayoría de las investigaciones sobre el tema.

Palabras clave: etnografía, intimidad, “real”, “virtual”, diversidad, perspectiva del actor.

Abstract

This article critically examines the epistemological status of the denominated ethnographies of the virtual and the real, stemming from a theoretical and methodological reflection on the diverse ways to approach the study of intimacy. Special emphasis is placed on the heuristic value of *diversity* and the *actor perspective* as anthropological constructs to understand this phenomenon, which simultaneously include and transcend the *online / offline* dichotomy, present in most research on the topic.

Keywords: ethnography, intimacy, “real”, “virtual”, diversity, the actor perspective.

Sara Isabel Pérez

Tecnologías digitales, análisis del discurso y multimodalidad: de la lingüística crítica a la semiótica social

Resumen

Las tecnologías digitales hicieron su aparición en la escena lingüística de maneras diversas, tempranamente. En este artículo se presentan algunas de las miradas teóricas y analíticas que se han propuesto sobre este nuevo fenómeno, que ha revolucionado la comunicación contemporánea de los estudios críticos del discurso (también denominado análisis crítico del discurso) y la semiótica social. Se presenta un breve panorama de las propuestas de Susan Herring, con sus estudios sobre la comunicación mediada por computadoras (CMC), primero, y el discurso mediado por tecnologías digitales, luego; el análisis mediacional desarrollado por R. Scollon y los estudios sobre semiótica social multimodal, cuyos principales referentes son G. Kress y T. Van

Leeuwen. El artículo se centra en esta teoría y busca exponer sus ejes centrales, así como las discusiones y debates que propone a los enfoques tradicionales de la lingüística y la semiótica. Ha sido la semiótica social, de la mano de estos dos últimos autores, centralmente, junto a otros como B. Hodge, J. Lemke y K. O'Halloran, la teoría que propone cambios epistemológicos centrales, atribuibles estrictamente a la naturaleza novedosa del objeto u objetos de estudio que la irrupción de las tecnologías digitales impone o propone a la semiótica y que se convierten en un desafío ineludible para el estudio de los procesos y prácticas discursivas en la comunicación contemporánea.

Palabras clave: discurso, multimodalidad, semiótica social, tecnologías digitales.

Abstract

Digital technologies appeared early in the linguistics field in different ways. This article presents some theoretical and analytical perspectives of this new phenomenon that has revolutionized contemporary communication of critical discourse studies (also called critical discourse analysis) and social semiotics. We begin by presenting a brief overview of the proposals by Susan Herring, her studies on Computer Mediated Communication (CMC), followed by the Digital Technological Mediated Discourse, and consequently, nexus analysis developed by R. Scollon to finally address multimodal social semiotic studies, whose main references are G. Kress and T. Van Leeuwen. This article focuses on social semiotics and seeks to expose their central assumptions, as well as discussions and debates with the traditional linguistics and semiotics theories. Social semiotics, -from the hand of Kress and Van Leeuwen, along with others such as B. Hodge, J. Lemke, L. Unsworth and K. O'Halloran- proposes central epistemological changes strictly attributable to the innovative nature of the object or objects of study that the emergence of digital technologies imposes or proposes to semiotics and becomes an unavoidable challenge for the study of discursive processes and practices in contemporary communication.

Keywords: discourse, multimodality, social semiotics, digital technologies.

Federico Gobato

La interacción social en la comunicación contemporánea

Resumen

El presente ensayo explora y presenta alternativas teóricas para la definición de una noción sociológica de "interacción", ajustada a los intercambios emergentes en los escenarios deslocalizados de la comunicación

digital contemporánea. A partir de verificar, en la tradición sociológica de estudios de la interacción, la sujeción de la noción al criterio de copresencia, se propone una tipología de la interacción que, basada en las diferentes adquisiciones evolutivas de las tecnologías de la palabra, permite superar el corsé de la presencialidad física y conjeturar otros horizontes de realización para los procesos interaccionales. La perspectiva teórica que funge de base para estos propósitos combina la teoría de los sistemas sociales de Niklas Luhmann y el análisis de la interacción y de los marcos de la experiencia de Erving Goffman, conjugados con aportes diversos de los estudios de la palabra y la comunicación.

Palabras clave: interacción, interactividad, comunicación.

Abstract

This paper explores and presents theoretical alternatives for the definition of a sociological notion of 'interaction', set to the delocalized scenarios of digital communication. In the sociological tradition, the criteria of co-presence (face-to-face) define the notion of interaction. We propose a typology of the interaction, based on different evolutionary acquisitions of word technologies, enables other horizons conjecture for interaction processes. The theoretical framework of this study combines the social systems theory of Niklas Luhmann and the Goffman frame analysis', mixed with input from various studies of word and communication.

Keywords: interaction, interactivity, communication.

Luz María Garay Cruz

Estudiantes, usos de tecnologías digitales en ámbitos de vida cotidiana y escolar. Retos de formación para los docentes

Resumen

Las tecnologías de la información y la comunicación (TIC) se han introducido de manera sistemática en la vida cotidiana y escolar de un creciente número de jóvenes. Esto ha generado nuevas formas de interacción y paulatinamente ha cambiado algunas prácticas de su actividad escolar. Su dinámica académica se ha visto modificada a partir del uso de los recursos tecnológicos. Por otro lado, los docentes se enfrentan a nuevos retos de formación para lograr insertar los recursos digitales en sus aulas y en sus prácticas de enseñanza. El texto presenta una somera revisión de usos de las TIC por parte de los jóvenes y algunas ideas para la formación de los docentes.

Palabras clave: jóvenes, tecnología digital y usos escolares.

Abstract

Information and Communication Technologies (ICTs) have been systematically introduced in the school and everyday life of a growing number of young people, generating new ways of interaction and gradually changing some of their school related practices. Moreover, teachers now face new teaching challenges to include digital resources in their classrooms and in their teaching practices. The text presents a brief review of ICT usage by young people and some ideas for teacher training.

Keywords: young people, digital technology and educational practices.

Lucía Cantamutto

La recursividad de las interacciones contemporáneas. Límites teórico-metodológicos del estudio de los SMS como conversación

Resumen

La transposición de categorías como “conversación” a las interacciones que se dan a través de dispositivos tecnológicos genera una serie de problemas en torno a las categorías teóricas utilizadas para definir las intervenciones de los interactuantes. Ante la perspectiva interaccional, este trabajo intenta especificar algunas problemáticas metodológicas y teóricas emergentes. Asimismo, el abordaje desde la pragmática de los distintos tipos de emisiones que se llevan adelante en estas comunicaciones introduce, para el investigador, un desafío: la reconstrucción del contexto de enunciación en la elaboración del corpus. Partimos del análisis de un corpus SMS de la variedad dialectal del español bonaerense para ilustrar algunas prácticas generadas por la conectividad permanente de los usuarios; como señala Yus, los usuarios se han convertido en un nodo de interacciones y sus comunicaciones se desarrollan de manera progresiva y simultánea en diferentes entornos. De esta manera, a partir del análisis concreto de SMS delineamos desafíos metodológicos para los estudios pragmáticos de la comunicación. Esta investigación se adscribe teórica y metodológicamente a la sociolingüística interaccional (Gumperz) e integra herramientas de pragmática —en su vertiente sociocultural (Bravo) y ciberpragmática (Yus)— y análisis de la conversación (Briz; Bravo y Briz).

Palabras clave: SMS, pragmática, español bonaerense.

Abstract

The use of categories such as “conversation” to describe interactions produced via technological devices poses a series of problems for the theo-

retical labeling used to define these interventions. From the interactional perspective, this work aims to specify some emerging methodological and theoretical problems. Likewise, by using a pragmatics-based approach for the different types of messages produced in this kind of communication the researcher is confronted with a challenge: reconstructing the enunciation context in the corpus creation.

In this work, I analyze SMS corpus in the dialectal variety of Buenos Aires Spanish in order to illustrate some of the practices emerging as a result of the users' permanent connectivity: as Yus points out, users have become a node for interactions and their exchanges take place progressively and simultaneously in different environments. Accordingly, through an SMS analysis, this work underlines methodological challenges posed for pragmatic studies of communication.

The present research is theoretically and methodologically framed in Interactional Sociolinguistics (Gumperz) and includes tools from Pragmatics—specifically from the subfields of Sociocultural Pragmatics and Cyberpragmatics (Yus)—, and Conversation Analysis (Briz; Bravo and Briz).

Keywords: SMS, Pragmatics, Buenos Aires Dialect.

Renato de Almeida Arao Galhardi

Buscando la mexicanidad en una postmodernidad digital. La mexicanidad en la presentación de mexicano-americanos en Facebook

Resumen

El presente trabajo presenta las discusiones y resultados de reflexionar sobre la composición de una identidad étnica en el ámbito social digital. Utilizando el enfoque del interaccionismo simbólico, la presentación dramática, la fenomenología, la psicología social y las teorías que remiten a una constitución del *self*, dentro de un entorno digital posmoderno, investigamos cómo mexicanos-americanos se presentan en un sitio de redes sociales particular, Facebook. Por medio de la etnografía digital y entrevistas a profundidad, revitalizamos las discusiones acerca de las estrategias de la articulación de la etnicidad como componente de sus presentaciones en un espacio estratificado, autorreferencial, posmoderno y digital.

Palabras clave: internet, posmodernidad, mexicanidad, presentación, *self*.

Abstract

This work presents the discussions and results of considering the composition of an ethnic identity in a social and digital environment. Through

the optic of symbolic interactionism, theatrical presentation, phenomenology, social psychology, and theories that refer to the construction of "Self", within a digital and postmodern environment, we researched how Mexican-Americans present themselves in a particular social networking site, Facebook. By means of digital ethnography and in depth interviews, we reinvigorate the discussions surrounding the strategies of articulating ethnicity as a component of one's presentation in a tiered, self-referential, postmodern digital space.

Key Words: Internet, postmodernity, Mexicanness, presentation, Self.

José Alberto Sbattella / Pablo Ignacio Chena /
Pilar Palmieri / Leandro Marcelo Bona
**Excedente económico y distribución del ingreso
en la Argentina de la posconvertibilidad**

Resumen

El presente artículo tiene como objetivo revisar el período de posconvertibilidad (2003-2008) desde la óptica de la economía política clásica para determinar la evolución del excedente económico y su vinculación con la acumulación de capital. En este contexto, la investigación se focaliza en la relación estrecha que existe entre la generación de excedente económico y las condiciones de inserción de las personas en el mercado de trabajo, como así también en el rol del Estado en la determinación del costo de reproducción social. A nivel metodológico, se presenta un esquema innovador que permite cuantificar, desde el microdato, dichos conceptos y la apropiación del excedente económico entre capital y trabajo durante el período en estudio.

Palabras clave: excedente económico, distribución del ingreso, posconvertibilidad.

Abstract

The aim of this paper is to review the post-convertibility period (2003-2008), from the classic political economy perspective, to establish the development of the economic surplus and its relation with the capital accumulation. In this context, the investigation focuses in the close relation between the generation of economic surplus and conditions of labour market insertion, as well as the role of the State in determining the cost of social reproduction. At a methodological level, an innovative scheme is presented, which allows quantifying, as from microdata, such concepts

and appropriation of the economic surplus between capital and labour during the period under analysis.

Keywords: Economic Surplus, Income distribution, Post-convertibility.

Noemí M. Girbal-Blacha

Acerca de la memoria y la reflexión histórica en la Argentina bicentenaria

Resumen

Este trabajo reseña críticamente los hitos fundamentales del pasado más o menos mediato de la Nación Argentina para interpretar y reflexionar acerca de sus significados, como una contribución a la formulación de las políticas públicas –basadas en la historia pero ejercitando la memoria–, con el propósito de fijar objetivos nacionales y regionales de largo plazo. Existe un uso político del pasado y –tal vez– por esa razón la posición que hoy comparten la mayoría de los historiadores, descreídos de las grandes interpretaciones y juzgando imposibles las síntesis ilusorias que ponen en peligro una historia comprensiva, admiten la pluralidad de interrogantes, la diversidad metodológica y la variedad de fuentes; es decir, aceptan un mosaico de verdades que no son necesariamente complementarias y acumulativas. Pasar revista a la historia es importante para gobernantes y gobernados. No es extraño entonces que historia y política renueven un contacto que les es propio y que reconoce lejanas raíces. Recordarlas y revisarlas críticamente es un compromiso y una necesidad colectiva, en medio de las pautas que impone la sociedad del conocimiento que pretende apostar a la inclusión social.

Palabras clave: memoria, historia, identidad, Argentina bicentenaria.

Abstract

This article critically reviews the key milestones in recent past of the Argentina nation. By interpreting and reflecting on their meanings, the main objective is to contribute in formulation of national and regional long term public policies that take into account the need to exercise historical memory.

There is a political use of the past and, perhaps, for that reason the position now shared by most historians –unbelieving of great performances and judging syntheses impossible, illusory and endangering a comprehensive History– admit the plurality of questions, methodological diversity and variety of sources; accepting a mosaic of truths that are not necessarily complementary and cumulative.

Reviewing History is important for rulers and ruled. The connection between History and Politics is constantly renewed and recognizes ancient roots. To remember these links and examine them critically is a collective commitment and a need amidst guidelines imposed "knowledge society" aimed at social inclusion bet.

Keywords: Memory, History, Identity, Bicentenary Argentina.

Luis Ernesto Blacha

Certezas e incertidumbres de lo social. Las perspectivas culturalista y figuracional

Resumen

La sociología figuracional de Norbert Elias propone un estudio cultural de amplio alcance temporal en el que se evidencia paralelamente a la constitución del sujeto moderno el establecimiento de las estructuras administrativas del Estado racional. El desarrollo del proceso civilizatorio supone la consolidación de un marco de certezas compartidas y socialmente determinadas. Este enfoque implica cierto grado de incertidumbre inherente a las interacciones sociales como constitutivas del dinamismo de los procesos de psico- y sociogénesis.

La perspectiva culturalista de Pierre Bourdieu supone el estudio de estructuras estructurantes socialmente determinadas que reflejan las relaciones de poder imperantes. Los esquemas de percepción y pensamiento generan *habitus* que implican un cúmulo de certezas compartidas que transforman en sociales a las acciones individuales. La actualización de estas estructuras conforma un conjunto de interacciones pasadas que ofician de telón de fondo de lo social donde se conjugan los elementos culturales disponibles con las interacciones de poder.

Este estudio propone establecer puntos de contacto y diferencias entre la perspectiva figuracional de Norbert Elias y el enfoque culturalista de Pierre Bourdieu con referencia a las certezas e incertidumbres propias de lo social. El estudio se complejiza con la incorporación de dos términos que enriquecen la perspectiva teórica propuesta: el carácter potencial del poder del enfoque radical de Steven Lukes y el concepto de reflexividad de la teoría de la estructuración de Anthony Giddens. El objetivo es arribar a una caracterización de lo social a través de un análisis de las certezas e incertidumbres como una tensión inherente del pensamiento sociológico.

Palabras clave: certeza, incertidumbre, Bourdieu, Elias.

Abstract

Figurational sociology, developed by Norbert Elias proposes a comprehensive cultural study within western world and in the long term. In this theoretical perspective, the constitution of the “modern” subject takes place at the same time administrative structures of the rational state are established. The development of the civilizing process involves the consolidation of a shared framework of certainty socially determined. Also, this approach involves some degree of uncertainty inherent to social interactions as a constituent part of the dynamic processes of *psycho* and *sociogenesis*.

The culturalist perspective by Pierre Bourdieu concentrates in the study of certain socially structuring structures that reflect prevailing power relations in a society. Schemes of perception and thought generate a *habitus*: a cluster of shared certainties that turn individual actions into social ones. Upgrading and updating of these structures form a cluster of past interactions. It functions as a backdrop of “the social network” which combines the cultural elements available with power interactions.

This study intends to establish contact points and differences between figurational perspective of Norbert Elias and Pierre Bourdieu’s culturalist approach referring to the certainties and uncertainties of “the social”. So as to add complexity to this essay two more concepts are included: the *potentiality of power*—from the radical approach by Steven Lukes— and the notion of *reflexivity* from structuration theory, by Anthony Giddens. The aim is to arrive at a characterization of “the social” through an analysis of the certainties and uncertainties as an inherent tension of sociological thought.

Keywords: Certainties, Uncertainties, Bourdieu, Elias.